
NADIA BLANCO
EL ECO DEL HIELO
Atreyu

EL ECO DEL HIELO

Nadia Blanco

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
El Eco del Hielo
Prólogo
Capítulo 1: El Silencio Blanco
Capítulo 2: Ecos de Cristal
Capítulo 3: La Morgue Improvisada
Capítulo 4: Fronteras Cerradas
Capítulo 5: El Huésped Invisible
Capítulo 6: Cicatrices en la Memoria
Capítulo 7: Sangre en la Nieve
Capítulo 8: La Lista de Pacientes
Capítulo 9: Anatomía de una Obsesión
Capítulo 10: La Jaula de Hielo
Capítulo 11: El Visitante Nocturno
Capítulo 12: Descenso al Inframundo
Capítulo 13: Fracturas Internas
Capítulo 14: El Diario del Dr. F.
Capítulo 15: Avalancha
Capítulo 16: Hipoxia
Capítulo 17: La Sombra en el Pasillo

Capítulo 18: Fiebre de Cabaña
Capítulo 19: El Paciente Cero
Capítulo 20: El Chivo Expiatorio
Capítulo 21: Inocencia Congelada
Capítulo 22: La Traición de Lucas
Capítulo 23: Termodinámica del Miedo
Capítulo 24: Ratas en el Muro
Capítulo 25: Punto de Congelación
Capítulo 26: Sangre y Hielo
Capítulo 27: El rastro de la Presa
Capítulo 28: El Tiempo Detenido
Capítulo 29: Decisiones en Frío
Capítulo 30: El Reino Blanco
Capítulo 31: La Galería
Capítulo 32: Cara a Cara
Capítulo 33: Laberinto de Espejos
Capítulo 34: Fuego Frío
Capítulo 35: El Derrumbe
Capítulo 36: El Último Aliento
Capítulo 37: Sombras en la Ventisca
Capítulo 38: El Rastro Perdido
Capítulo 39: Hielo en las Venas
Capítulo 40: El Refugio Olvidado
Capítulo 41: Traición bajo Cero
Capítulo 42: La Huella del Intruso
Capítulo 43: El Despertar del Frío
Capítulo 44: Horizonte de Escarcha
Capítulo 45: El Abismo de Nieve
Capítulo 46: Cenizas y Cristales

Capítulo 47: El Murmullo del Glaciar
Capítulo 48: Atrapados en el Tiempo
Capítulo 49: La Tormenta Final
Capítulo 50: El Eco del Destino
Epílogo

EL ECO DEL HIELO

Nadia Blanco

PRÓLOGO

AIGÜESTORTES, VALLE DE BOÍ Veinte de diciembre, veinte años antes

El aire no se respiraba; se masticaba. Era una masa sólida de agujas de hielo que se clavaban en la garganta de Isabel, rasgando el tejido blando de sus pulmones con cada inhalación desesperada. No había sonido en el mundo, salvo el estruendo de su propia sangre golpeando el interior de sus oídos, un tamborileo frenético y desacompasado que amenazaba con reventar sus tímpanos.

Corría. O al menos, eso intentaba su cerebro, enviando órdenes urgentes a unas piernas que hacía tiempo habían dejado de responder como carne para comportarse como madera empapada. El manto blanco le llegaba hasta las rodillas, un océano inmaculado y virgen que conspiraba para devorarla. Cada paso exigía levantar un peso muerto, romper la costra helada de la superficie y hundirse en el polvo traicionero que había debajo.

El bosque era una catedral de sombras. Los abetos, gigantes centenarios cargados de invierno, se inclinaban sobre ella como jueces mudos, sus ramas vencidas por el peso de la tormenta. No había luna. El cielo había sido engullido por una masa de nubes tan densa que borraba la frontera entre la tierra y el firmamento. Solo existía el gris, el negro y el blanco sucio del suelo que se extendía infinitamente en todas direcciones.

Isabel tropezó.

No fue una caída dramática, sino un derrumbe torpe. Sus manos, enguantadas en lana barata que ya no protegía nada, se hundieron en el gélido tapiz buscando un asidero que no existía. El frío le mordió las muñecas, una quemadura gélida que subió por sus antebrazos como un parásito invisible. Intentó levantarse, impulsándose con un gemido que murió ahogado en la inmensidad del valle, pero el terreno cedió.

La pendiente era más pronunciada de lo que sus ojos, cegados por las lágrimas congeladas, habían calculado. Rodó. El mundo se convirtió en una licuadora de sombras y golpes secos. Una raíz oculta bajo el manto blanco, dura como el hierro forjado, atrapó su bota derecha mientras el resto de su cuerpo seguía girando por la inercia.

El chasquido sonó como una rama seca partida en el silencio de una biblioteca.

El padecimiento no fue inmediato; primero llegó la náusea, una ola mareante que le nubló la vista, y luego, el fuego. Un incendio líquido brotó de su tobillo, irradiando calambres agónicos que le hicieron arquear la espalda sobre el lecho helado. El grito de Isabel desgarró la noche, pero la capa nival, esa esponja impasible, absorbió el sonido antes de que pudiera viajar más de tres metros.

Se quedó allí, tendida boca arriba, mirando la negrura insondable mientras los copos caían sobre su rostro. Eran enormes, suaves, ajenos a su sufrimiento. Se posaban en sus pestañas, en sus labios entreabiertos, derritiéndose con el calor residual de su vida.

—Por favor... —susurró. La palabra se cristalizó en una nube de vapor efímero.

Nadie respondió. Solo el viento, que silbaba entre las copas de los árboles con una melodía antigua y cruel. Isabel intentó arrastrarse. Clavó los codos en el manto helado, ignorando la protesta de sus músculos agotados, y tiró de su cuerpo. Su pierna derecha era un

lastre inútil, un ancla de agonía que dibujaba un surco profundo tras ella.

Avanzó medio metro. Luego otro. Su respiración era un fuelle roto.

Entonces, el viento cambió.

Dejó de traer el aroma a resina y tierra húmeda. De repente, en medio de la naturaleza salvaje, surgió un aroma imposible. Era clínico. Aséptico. Una fragancia punzante a menta y desinfectante hospitalario que no tenía derecho a existir en aquel bosque primordial.

Isabel se detuvo. El instinto, ese animal primitivo que habita en la base del cerebro, le erizó el vello de la nuca. La aflicción del tobillo pasó a un segundo plano, eclipsada por un terror mucho más antiguo. Giró la cabeza, el cuello rígido por el frío, y miró hacia la cima de la pendiente por la que había caído.

Allí estaba.

No era un monstruo de dientes afilados, ni una bestia de leyenda. Era una silueta humana, recortada contra la escasa luminosidad que reflejaba el blanco sudario. Un hombre. Inmóvil. La tormenta azotaba su abrigo, pero él parecía ajeno a la violencia del clima. No jadeaba. No había urgencia en su postura. La observaba con la paciencia de quien mira un reloj de arena, sabiendo que el último grano está a punto de caer.

Isabel quiso gritar de nuevo, pero la garganta se le había cerrado, una tubería obstruida por el pánico.

La figura comenzó a descender.

No corría. No se precipitaba con la furia de un depredador hambriento. Sus pasos eran metódicos, calculados. Hundía las botas en el tapiz inmaculado con una precisión casi coreográfica, avanzando sin esfuerzo, como si levitara sobre el desastre. A medida que se acercaba, Isabel pudo distinguir detalles inconexos: un abrigo

de lana de corte impecable, guantes de cuero negro, un rostro parcialmente oculto por una bufanda gris.

Lo que más la aterrorizó no fue que llevara un arma —sus manos parecían vacías—, sino sus ojos.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca para que ella viera el color, se dio cuenta de que eran dos pozos de hielo azul. No había ira en ellos. No había el brillo febril de la lujuria ni la oscuridad del odio. Estaban vacíos de pasión humana, pero llenos de un propósito terrible. La miraba como un escultor mira un bloque de mármol en bruto, evaluando vetas y fracturas.

—No... —Isabel intentó retroceder, pataleando con la pierna sana, lanzando nieve inútilmente hacia él—. ¡No te acerques!

El hombre se detuvo a un paso de ella. Se agachó con una elegancia fluida, sin que sus rodillas tocaran el suelo húmedo. La fragancia a menta se intensificó, envolviéndola, asfixiando el hedor de su propio miedo.

—Shhh —el sonido fue suave, casi maternal.

Él extendió una mano enguantada. Isabel esperó el golpe. Cerró los ojos, preparándose para el impacto que acabaría con todo. Pero el golpe nunca llegó. En su lugar, sintió un toque delicado en la mejilla, el cuero frío rozando su piel afiebrada. Le apartó un mechón de cabello mojado que se le había pegado a la frente con una ternura que le heló la sangre más que el propio ambiente gélido.

—Lo has hecho muy bien, Isabel —dijo él. Su voz era un barítono suave, culto, sin ninguna aspereza—. Has luchado con valentía. Eso es importante. La lucha preserva la vitalidad del color en las mejillas.

Ella abrió los ojos, confundida, temblando incontrolablemente.

—¿Qué...? —balbuceó, los dientes castañeteando.

—Pero ya está. El caos ha terminado —el hombre deslizó la mano hacia abajo, recorriendo su cuello, su hombro, hasta llegar a su

brazo izquierdo. Sus movimientos eran los de un médico veterano, seguros y eficientes—. Mira tu pierna. Está rota. La asimetría es... lamentable, pero corregible. El sufrimiento te está afeando el gesto.

Isabel intentó apartar el brazo, pero él la sujetó. No apretó con fuerza bruta; simplemente aplicó la presión exacta en los puntos precisos para anular su resistencia. Con la otra, extrajo algo del bolsillo interior de su abrigo. Un estuche metálico brilló fugazmente.

—No voy a hacerte daño, querida —susurró él, acercando el rostro al de ella. Su aliento no olía a nada, como si su interior estuviera esterilizado—. El padecimiento es vulgar. El miedo es transitorio. Yo te ofrezco algo mejor.

Una jeringuilla apareció en su palma. El líquido en su interior era transparente, viscoso.

—¡No! ¡Socorro! —Isabel reunió el aire que le quedaba en los pulmones, pero él ya había actuado.

Con una destreza quirúrgica, deslizó la aguja a través de las capas de ropa, buscando el músculo del deltoides con una precisión que hablaba de una práctica infinita. El pinchazo fue insignificante comparado con la agonía de su tobillo.

—La permanencia —dijo él mientras presionaba el émbolo. Lo hizo despacio, saboreando el momento, asegurándose de que el fluido entrara al ritmo correcto—. Te ofrezco la perfección de la quietud.

Isabel sintió el líquido entrar en su sistema. No ardía. Al contrario, era como si le hubieran inyectado sol líquido. Un calor dorado comenzó a expandirse desde su hombro, bajando por su brazo, subiendo hacia su cuello, envolviendo su corazón.

El hombre retiró la aguja y guardó el instrumental con calma metódica. Volvió a acariciarle el rostro, limpiando una lágrima que se había congelado en su pómulo.

—El mundo es sucio, Isabel. El tiempo lo pudre todo. La vejez, la enfermedad, el olvido... —Hablaba como si le estuviera revelando el secreto del universo—. Pero tú no. Tú serás inmaculada.

La punzada en el tobillo comenzó a desvanecerse. No desapareció, simplemente dejó de importar. Se sentía distante, como si le estuviera ocurriendo a otra persona a kilómetros de distancia. Los árboles dejaron de parecer jueces amenazantes y se convirtieron en testigos benevolentes. El gélido lecho ya no estaba frío; era una manta de plumas, suave y acogedora.

Los párpados de Isabel pesaban toneladas. Intentó mantenerlos abiertos, fijar la vista en aquellos ojos de hielo azul, pero el mundo se estaba volviendo borroso, suave, hermoso.

—Duerme —ordenó él. No era una sugerencia.

La respiración de Isabel se ralentizó. El sonido de los tambores en sus oídos se apagó, reemplazado por un silencio absoluto, perfecto. Su cuerpo se relajó por completo, entregándose a la gravedad y al gélido lecho. La última sensación que tuvo no fue miedo. Fue una gratitud absurda, química y artificial, hacia aquel ángel oscuro que le había arrebatado el sufrimiento.

El Escultor observó cómo la consciencia abandonaba los ojos de la chica, dejando atrás una mirada vidriosa, vacía, lista para ser eternizada. Asintió para sí mismo, satisfecho con el lienzo en blanco que el destino le había entregado.

La tormenta arreció, cubriéndolos a ambos, pero él no tenía prisa. El arte requería tiempo. Y ahora, tenían toda la eternidad.

CAPÍTULO 1: EL SILENCIO BLANCO

Aigüestortes, Pirineo Catalán 20 de diciembre, 2018

El hielo posee una honestidad brutal de la que carecen las personas. No finge, no manipula y, sobre todo, no perdona. Si cometes un error en la ciudad, pides disculpas; si lo cometes aquí arriba, mueres. Esa simplicidad binaria era lo único que mantenía mis demonios a raya.

Ajusté la correa de mi piolet y clavé los crampones en la superficie vitrificada del glaciar norte. El sonido fue un crujido seco, como el de un hueso al partirse, que el viento se encargó de devorar al instante. A tres mil metros de altura, el oxígeno es un lujo y el silencio, una sentencia.

Miré mi muñeca. El viejo reloj analógico de papá marcaba las diez y doce minutos. La esfera estaba rayada, pero el tictac seguía siendo constante, un metrónomo metálico que acompasaba mi respiración con la montaña. Me quité el guante térmico de la mano izquierda solo unos segundos, exponiendo la piel al aire gélido. La cicatriz en forma de media luna que cruzaba mi palma pareció contraerse con el frío, una vieja amiga recordándome por qué había cambiado los interrogatorios policiales por la glaciología.

Las personas mienten. Los estratos de hielo, no.

—Veamos qué tienes hoy para mí —susurré, y mi voz sonó ajena, pequeña ante la inmensidad blanca.

Me arrodillé junto a la grieta principal. El equipo de perforación manual descansaba a mi lado. Mi trabajo consistía en documentar una tragedia lenta: el retroceso del glaciar. El calentamiento global estaba desollando la montaña, retirando la capa blanca metro a metro, año tras año, exponiendo rocas que no habían visto el sol en siglos. La tierra estaba vomitando su historia.

Introduje la barrena. El metal mordió la superficie. Giré la manivela, buscando extraer un núcleo limpio. Necesitaba burbujas de aire atrapadas hace décadas, pequeñas cápsulas de tiempo que me dijeran cómo era la atmósfera antes de que el mundo decidiera suicidarse lentamente.

Me gustaba esto. El orden. La química predecible del agua sólida. Aquí no había motivos ocultos, ni psicópatas con complejos de Dios, ni víctimas cuyos nombres olvidabas para poder dormir por las noches. Aquí solo había física y termodinámica.

Hasta que el sol cambió de ángulo.

Un destello inusual captó mi atención periférica, unos cinco metros más abajo, en la pendiente que descendía hacia la morrena lateral. No era el brillo especular del cuarzo, ni la refracción azulada típica del hielo comprimido.

Era algo mate. Opaco.

Me incorporé, sintiendo cómo los músculos de los muslos protestaban por el esfuerzo. Caminé con cuidado, asegurándome de que las puntas de acero de mis botas mordieran firme antes de dar el siguiente paso. El viento soplaba desde el norte, trayendo agujas invisibles que buscaban cualquier hueco entre mi bufanda y las gafas de ventisca.

Al acercarme, la anomalía cromática se hizo más evidente. Parecía una mancha rosácea sepultada bajo una capa translúcida de unos

diez centímetros.

—Basura —mascullé. Probablemente algún envoltorio plástico dejado por un alpinista irresponsable en los noventa, que el deshielo ahora decidía devolver.

La indignación profesional me impulsó a limpiar la zona. Odiaba ver mi santuario profanado por la negligencia humana. Me agaché de nuevo, esta vez con la azuela del piolet.

Golpeé con suavidad. *Clac.* Saltaron esquirlas de cristal como diamantes rotos.

Golpeé otra vez. *Clac.*

La capa superficial cedió. Pasé la mano enguantada para barrer el polvo de nieve resultante. Lo que quedó expuesto no era plástico. Tampoco era tela sintética descolorida por los rayos UV.

Me detuve. El aire se atascó en mi garganta, negándose a entrar o salir.

La textura bajo el hielo restante tenía poros. Tenía líneas. Tenía una geografía biológica que mi cerebro, entrenado durante años en la unidad de análisis de conducta, reconoció antes de que mis ojos quisieran aceptarlo.

Limpié con frenesí, olvidando la cautela científica, rascando la superficie con la desesperación de quien intenta borrar una mancha que no se va. El hielo, pulido ahora por mi guante, se convirtió en una ventana perfecta, un escaparate de museo macabro.

No era basura.

Era una mano.

Una mano humana, pálida, con los dedos ligeramente curvados en un gesto de descanso eterno, no de agonía. Las uñas tenían un tono violáceo, pero la piel... la piel estaba inmaculada. Perfectamente preservada por la temperatura bajo cero.

Me dejé caer hacia atrás, resbalando un par de metros hasta que mis botas frenaron el descenso. La bilis me subió por el esófago, ácida y caliente.

No. No aquí. No ahora.

Había huido a la cima del mundo para escapar de la muerte, para no tener que mirar otro cadáver a los ojos, para no tener que preguntarme *por qué*. Y, sin embargo, la montaña me había traicionado. El glaciar, en su retroceso, no solo estaba liberando gases y rocas. Estaba liberando secretos.

Me obligué a mirar de nuevo, luchando contra el temblor que surgía de mis entrañas y se propagaba hasta las puntas de mis dedos. Esa mano no estaba sola. Se hundía en la oscuridad del hielo profundo, conectada a un brazo, a un hombro, a un cuerpo que la montaña había mantenido en un abrazo celoso y gélido.

Allí, bajo mis pies, alguien esperaba.

Y por la posición de los dedos, relajados, casi elegantes, supe con la certeza de los viejos instintos que aquello no había sido un accidente. La montaña mata con violencia; rompe, desgarra y retuerce. Pero esto... esto tenía una serenidad artificial.

El silencio del valle, que minutos antes me parecía un bálsamo, se transformó de golpe en un alarido mudo. Estaba sola. Completamente sola con algo que no debería existir.

Miré la mano atrapada bajo el cristal. Parecía estar saludándome desde el otro lado del espejo, invitándome a volver al infierno del que creí haber escapado.

CAPÍTULO 2: ECOS DE CRISTAL

Aigüestortes, Vall de Boí 20 de diciembre de 2018

El descenso desde la morrena glaciar no fue un viaje, sino una huida geológica. La gravedad tiraba de las botas de Elena Vives con la insistencia de un ancla buscando el fondo marino, mientras el viento aullaba una advertencia que solo los necios ignorarían. Cada paso sobre la nieve costra era un crujido que reverberaba en su columna vertebral, un recordatorio sónico de la fragilidad humana ante la indiferencia de la montaña.

Condujo el Land Rover por las curvas cerradas de la carretera de servicio, aferrando el volante con tal fuerza que sus nudillos perdieron el color. La calefacción del vehículo rugía al máximo, escupiendo un aire seco y sintético que irritaba sus fosas nasales, pero el frío que experimentaba no tenía nada que ver con la temperatura ambiente. Era una gelidez interna, una semilla de hielo plantada en el estómago hacía una hora, allá arriba, donde el mundo perdía sus colores para volverse blanco y azul.

Miró de reojo el asiento del copiloto. Allí descansaba su cámara digital, un objeto negro y compacto que ahora pesaba más que todo su equipo de escalada. Contenía la prueba. La anomalía. La razón por la que el temblor de su mano derecha, la que sostenía la palanca de cambios, no obedecía a la vibración del motor diésel.

Al llegar al pueblo, la normalidad la golpeó con la violencia de una bofetada. Había luces navideñas parpadeando en los escaparates de

piedra, turistas descargando esquís de coches familiares y el humo de las chimeneas dibujando columnas grises contra un cielo que empezaba a oscurecerse prematuramente. Nadie sabía lo que el glaciar había escupido, ni sospechaban que, a pocos kilómetros en vertical, la belleza del paisaje ocultaba una tumba de cristal.

Elena aparcó frente a la comisaría local, un edificio de pizarra y madera que intentaba mimetizarse con la arquitectura tradicional del valle, aunque la antena de radio en el tejado rompía la ilusión rústica. Apagó el motor. El silencio repentino en la cabina permitió que el tictac de su muñeca se hiciera audible. Bajó la vista hacia el reloj analógico de hombre, demasiado grande para su brazo, cuya correa de cuero estaba desgastada por el uso y el tiempo. Las manecillas avanzaban implacables, ajenas al horror.

—Cálculo y evidencia —murmuró para sí misma, recitando el mantra que había abandonado hacía tres años.

Se frotó la cicatriz en forma de media luna de su palma izquierda con el pulgar, un gesto automático, casi supersticioso, antes de abrir la puerta y enfrentarse a la burocracia.

El interior de la comisaría olía a pino sintético, papel viejo y café recocido. El contraste térmico empañó sus gafas de ventisca, que colgaban de su cuello, y la obligó a parpadear para adaptarse a la luz amarillenta de los fluorescentes. No era una estación moderna de la gran ciudad; aquí no había cristales blindados ni detectores de metales en la entrada. Solo un mostrador de madera barnizada y, tras él, un hombre que parecía tallado en la misma roca que las montañas circundantes.

Lucas Riera levantó la vista de un expediente manchado de grasa. Tenía el cabello negro salpicado de un gris prematuro en las sienes, como si la nieve del exterior hubiera decidido quedarse a vivir allí. Sus ojos, marrones y profundos, cargaban con ese tipo de cansancio que no se cura durmiendo, sino olvidando.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó. Su voz era grave, una resonancia de barítono que llenó el pequeño espacio de recepción.

Elena se acercó al mostrador, ignorando la punzada de claustrofobia que siempre la asaltaba en espacios cerrados y desconocidos. Necesitaba que la lógica fuera su escudo.

—Soy la doctora Elena Vives, glacióloga del Centro Nacional. Estoy realizando el estudio de retroceso en la cara norte del Perdiguero.

Lucas dejó el bolígrafo sobre la mesa con una lentitud deliberada. Observó la ropa técnica de Elena, el piolet que aún colgaba de su mochila y la tensión en su mandíbula.

—Sé quién es —dijo él, recostándose en la silla. La madera crujió bajo su peso—. Nos enviaron la notificación de su permiso la semana pasada. Aunque no esperaba verla aquí abajo tan pronto. Se supone que la tormenta grande no llega hasta mañana por la noche.

—No he bajado por el clima.

Lucas arqueó una ceja, un gesto mínimo que denotaba una paciencia entrenada para tratar con forasteros nerviosos.

—Si es por el equipo robado, le advierto que en temporada alta es difícil controlar a cada excursionista que...

—He encontrado un cuerpo.

Las tres palabras cayeron en la habitación con el peso de piedras lanzadas a un estanque quieto. El zumbido de la nevera en la esquina pareció detenerse por un segundo. Lucas se incorporó, perdiendo esa postura relajada de funcionario rural. Su expresión cambió, pasando de la cortesía aburrida a una alerta profesional, aunque teñida de escepticismo.

—¿Un cuerpo? —repitió, como si probara el sabor de la palabra—. ¿Un alpinista? Hemos tenido un par de rescates esta temporada, pero no hay nadie desaparecido esta semana. Quizás un escalador solitario que cayó...

—No ha sido una caída —interrumpió Elena. Su voz sonaba metálica, carente de la inflexión emocional que se esperaría de alguien que acaba de ver un cadáver. Era el tono de la forense que había sido, no de la científica que era—. La posición es incorrecta. No hay contusiones visibles en la dermis expuesta, ni fracturas en las extremidades visibles. El cuerpo no está al pie de un risco, agente. Está dentro del hielo.

Lucas se puso de pie. Era alto, superando el un metro ochenta, y sus hombros anchos bloqueaban gran parte de la luz que venía de la ventana trasera. Elena notó al moverse una leve irregularidad en su paso, una cojera casi imperceptible en la pierna derecha que intentaba disimular cargando el peso en la izquierda. La humedad de la tormenta entrante debía estar afectándole las articulaciones.

—Dentro del hielo —repitió él, saliendo de detrás del mostrador y acercándose a ella. Ahora que estaba cerca, Elena pudo oler el tabaco rancio en su uniforme—. Escuche, doctora. El glaciar se mueve. Expulsa restos de hace décadas. El año pasado encontramos una bota de la Guerra Civil. A veces, el deshielo saca a la luz accidentes antiguos. Si está tan profundo como dice...

—No es antiguo.

Elena se quitó la mochila con un movimiento brusco y la dejó sobre una silla de plástico. Sus manos temblaban ligeramente, pero sus movimientos eran precisos. De ella extrajo la cámara.

—La ropa es moderna. Fibras sintéticas, no lana ni cuero. Y la conservación... —Elena tragó saliva, sintiendo un nudo áspero en la garganta—. Su estado era anómalo. El hielo suele triturar, deformar. La presión de toneladas de agua congelada aplasta los huesos. Esto... esto parece curado.

Lucas la miró fijamente durante un instante, evaluando su cordura. Veía a una mujer con los ojos inyectados en adrenalina, el cabello castaño pegado a la frente por el sudor seco y una cicatriz en la mano que frotaba compulsivamente. En su experiencia, la gente de

ciudad tendía a exagerar la brutalidad de la naturaleza. Veían un zorro y gritaban lobo. Veían un hueso de ciervo y gritaban asesinato.

—Mire —dijo Lucas, suavizando el tono, tratando de manejar la situación como se contiene a un niño asustado—. Entiendo que haya sido un shock. Subiré con un equipo en cuanto pase la tormenta. Protocolaremos el hallazgo, llamaremos al juez de guardia y...

—No me está escuchando —siseó Elena. La condescendencia en la voz del policía encendió una mecha antigua en su pecho, la furia de no ser tomada en serio cuando los datos eran irrefutables—. Si espera a que pase la tormenta, la nieve cubrirá la entrada de la grieta. La presión barométrica cambiará. Podríamos perder la ubicación exacta. Necesito que movilice al personal científico ahora. Necesito una cadena de custodia.

—¿La científica? —Lucas soltó una risa breve, seca y sin humor—. Doctora Vives, esto es Aigüestortes, no Madrid. "La científica" es un tipo en Lleida que tarda tres horas en venir si la carretera está despejada. Y créame, con lo que viene del norte, la carretera no va a estar despejada mucho tiempo.

Él se giró, dispuesto a volver a su escritorio y enterrar el asunto en un formulario de «hallazgo de restos» hasta que el tiempo mejorara. Para él, era un trámite. Un desgraciado que la montaña se había cobrado y que ahora revelaba. Trágico, sí, pero parte del ciclo de aquel lugar.

—Véalo usted mismo.

Elena encendió la cámara y extendió el brazo, interponiendo la pantalla digital entre el rostro del policía y su confortable negación.

Lucas suspiró, frustrado por la insistencia, y bajó la vista hacia el pequeño rectángulo luminoso.

La imagen era nítida, a pesar de la escasa luz de la grieta. El flash había capturado el azul profundo, casi negro, del hielo milenario. Y

atrapado en esa matriz vítrea, como un insecto en ámbar, había un rostro.

El mundo de Lucas se detuvo.

No fue una metáfora poética. Fue una interrupción fisiológica. Su respiración se cortó en seco, el diafragma paralizado por una orden urgente del cerebro que no sabía cómo procesar el *input* visual. El sonido de la calefacción, el zumbido de la nevera, el tráfico lejano... todo se desvaneció, absorbido por el silencio sepulcral que emanaba de esa fotografía.

Los ojos cerrados. Las pestañas con escarcha. La piel pálida, marmórea, pero inquietantemente intacta. Y ese cabello... ese mechón rebelde que él había apartado tantas veces de una frente cálida y viva.

Sintió que la sangre abandonaba su rostro, drenándose hacia los talones, dejándolo con una sensación de vértigo. Sus manos grandes y callosas, que habían sostenido armas y acunado niños, se cerraron sobre el borde del mostrador buscando un punto de apoyo, porque el suelo bajo sus pies parecía haberse convertido en líquido.

Elena observó la transformación. Vio cómo la máscara de autoridad del jefe de policía se agrietaba y caía a pedazos, revelando debajo algo crudo y devastado. No era la reacción de un profesional ante un cadáver anónimo. No era asco ni curiosidad forense.

Era reconocimiento.

Lucas extendió un dedo tembloroso hacia la pantalla, pero no llegó a tocarla, como si temiera que el frío de la imagen pudiera quemarle la piel.

—No... —El sonido salió de su garganta como un rasguido, una negación que no tenía poder alguno sobre la realidad—. No puede ser.

Levantó la vista hacia Elena. Sus ojos marrones, antes cansados, ahora eran pozos de pánico absoluto. La barrera entre ellos, la distancia entre el policía local y la científica forastera, se había evaporado, sustituida por una gravedad terrible que los unía.

—¿Quién es? —preguntó Elena. Ya no había exigencia en su voz, solo la suavidad cautelosa de quien sabe que está pisando sobre una mina antipersona.

Lucas no respondió de inmediato. No podía. Su mente estaba luchando por reconciliar dos realidades imposibles: la mujer que había visto comprar el pan hacía dos días, sonriendo con esa bufanda roja que siempre llevaba, y la figura serena, eterna y muerta que lo miraba desde el hielo.

—Isabel —susurró finalmente. El nombre se rompió en sus labios—. Es Isabel.

El reloj de Elena seguía marcando los segundos, indiferente. Tictac. Tictac. Pero el tiempo en la comisaría había cambiado de textura. Ya no era una tarde de invierno esperando una tormenta. Era el inicio de una pesadilla.

Elena retiró la cámara lentamente, guardando la imagen como quien enfunda un arma.

—Entonces no es un accidente antiguo —dijo ella, y la frase quedó flotando en el aire cargado, una sentencia que cerraba todas las salidas—. Tenemos que volver a subir. Antes de que la nieve la borre del mapa.

Lucas asintió, aunque su mirada seguía perdida en el vacío donde antes había estado la pantalla. Fuera, el viento comenzó a golpear las ventanas con más fuerza, haciendo vibrar los cristales. La Bestia Blanca estaba llegando, y ellos acababan de desenterrar algo mucho peor que una tormenta.

CAPÍTULO 3: LA MORGUE IMPROVISADA

Aigüestortes, 20 de diciembre de 2018

El trayecto desde la comisaría hasta el Centro de Atención Primaria fue un ejercicio de contención muda. La nieve, que horas antes caía con la delicadeza de una advertencia, se había transformado en cortinas sólidas que golpeaban el parabrisas del patrulla. El limpiaparabrisas gemía rítmicamente, luchando contra la acumulación blanca, un metrónomo desesperado que marcaba el tiempo que se les escapaba entre los dedos.

Elena Vives observaba el paisaje desdibujarse al otro lado del cristal. El valle se cerraba sobre sí mismo, tragándose los pinos y las carreteras bajo una garganta de niebla y hielo. A su lado, Lucas Riera conducía con los nudillos blancos apretados sobre el volante. El jefe de policía no había dicho una palabra en los diez minutos de viaje, pero el habitáculo olía a su miedo; un aroma acre, metálico, distinto al tabaco rancio impregnado en la tapicería. Cada vez que pisaba el freno en una curva, su pierna derecha temblaba levemente, un espasmo involuntario que él intentaba disimular tensando la mandíbula. El cambio de presión atmosférica debía estar torturando su vieja lesión, aunque el dolor físico era probablemente la menor de sus cargas ahora que el cadáver de Isabel viajaba en la furgoneta forense detrás de ellos.

El vehículo se detuvo frente a la entrada de urgencias, una estructura de piedra y pizarra que parecía más una fortaleza sitiada que un lugar de sanación.

—Arnald nos espera abajo —dijo Lucas. Su voz sonaba lijada, áspera por la falta de uso y el exceso de emoción.

Descendieron al sótano por una rampa de servicio, empujando la camilla cubierta por una bolsa negra de vinilo. Las ruedas chirriaban sobre el linóleo, un sonido agudo que rebotaba en las paredes de hormigón desnudo. Aquello no era una morgue real; Aigüestortes no tenía muertos suficientes para justificarla. Era un almacén refrigerado, habilitado con prisa, donde cajas de suministros médicos se apilaban en las esquinas como espectadores mudos.

El doctor Arnald Soler aguardaba en el centro de la estancia, bajo la luz parpadeante de dos tubos fluorescentes que bañaban la habitación en un tono verdoso, enfermizo. El médico se ajustaba los guantes de látex con movimientos secos, precisos. A pesar de la temperatura ambiente, que rondaba los cinco grados, una fina capa de sudor perlaba su frente amplia.

—Lucas —saludó el doctor, ignorando a Elena por un momento. Su tono carecía de la calidez paternal que solía dispensar—. Lamento que tengamos que hacer esto aquí. Las condiciones son... subóptimas.

—Haz lo que puedas, Arnald —respondió el policía, quedándose junto a la puerta, como si una barrera invisible le impidiera acercarse a la mesa de metal.

Elena dio un paso al frente. El aire olía a una mezcla perturbadora de humedad subterránea y ese aroma punzante a menta y desinfectante que parecía emanar de la piel misma del doctor Soler.

—Necesitamos documentar cada centímetro antes de que la temperatura ambiente altere los tejidos —intervino ella, su voz carente de inflexión emocional. Era la voz de la perfiladora, una

herramienta más en la sala—. La cadena de custodia empieza y termina con lo que veamos ahora.

Soler la miró entonces. Había una resistencia en sus ojos, una opacidad defensiva.

—Sé cómo hacer mi trabajo, señorita Vives. He firmado más certificados de defunción en este valle de los que usted ha leído en sus informes.

Sin esperar respuesta, el médico bajó la cremallera de la bolsa. El sonido, similar al rasgado de una tela gruesa, pareció absorber todo el oxígeno del sótano.

Isabel apareció ante ellos no como un cadáver, sino como una estatua derribada. La congelación había detenido la descomposición, manteniendo sus rasgos en una suspensión pavorosa. Su piel tenía el color del mármol veteado de azul, y la escarcha formaba cristales diminutos en sus pestañas, otorgándole una belleza cruel, artificial. No parecía muerta; parecía pausada.

Elena sintió una presión familiar en el pecho, la garra de la claustrofobia emocional arañando desde dentro. *Orden*, se dijo a sí misma, buscando el peso del reloj de su padre en su muñeca izquierda. *Busca el orden en el caos*.

Se acercó a la mesa, invadiendo el espacio personal del médico. Lucas soltó un suspiro entrecortado desde la puerta, pero no se movió.

—No hay livideces cadavéricas evidentes —murmuró Soler, pasando una linterna sobre el torso de la chica—. El frío detuvo la circulación antes de que la sangre pudiera asentarse. Causa probable: hipotermia severa tras caída accidental.

—Demasiado rápido, doctor —corrigió Elena. Sus ojos verdes recorrían el cuerpo no como quien mira a una persona, sino como quien lee un mapa topográfico—. Mire las manos.

Las manos de Isabel estaban cruzadas sobre el pecho. No en la posición defensiva de quien intenta protegerse de una caída, ni engarrotadas buscando calor. Estaban colocadas. Puestas allí con intencionalidad.

Elena sacó su cámara digital y comenzó a disparar. El *flash* estalló, rebotando en la piel cerúlea, revelando detalles que el ojo desnudo podía pasar por alto.

—Vamos a retirar la ropa. Necesito ver la piel —ordenó Elena.

Soler dudó un segundo, sus manos enguantadas flotando sobre el abrigo sintético de la víctima.

—Está rígida como la piedra. Tendremos que cortar la tela.

Con unas tijeras de trauma, el médico fue abriendo las capas de ropa. El sonido de la tela rasgándose era violento en el silencio sepulcral. Cuando el torso de Isabel quedó expuesto, un silencio denso, pesado como el plomo, cayó sobre los tres.

No había moratones desordenados. No había fracturas abiertas con hueso astillado rompiendo la dermis.

Lo que había era un mapa.

Elena se inclinó, conteniendo la respiración. Sobre el abdomen de Isabel, y subiendo hacia las costillas, había líneas. No eran rasguños producidos por rocas o ramas en una caída desesperada. Eran incisiones. Cortes limpios, quirúrgicos, trazados con una precisión que helaba la sangre más que la temperatura de la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó Lucas, su voz rota desde la penumbra. Se había acercado sin darse cuenta, atraído por el horror magnético de la escena.

Elena pasó un dedo enguantado cerca de una de las líneas, sin llegar a tocarla.

—Los bordes son perfectos —susurró, sintiendo un nudo de asco intelectual formarse en su estómago—. No hay reacción vital. No hay inflamación, ni retracción de los tejidos.

Miró a Soler. El médico estaba pálido, sus ojos fijos en las marcas con una expresión indescifrable.

—Doctor, estas incisiones fueron hechas *post-mortem* —afirmó Elena, y la sentencia quedó flotando en el aire viciado—. Alguien la abrió, o intentó hacerlo, después de que su corazón dejara de latir. Y luego... la volvió a cerrar con suturas intradérmicas. Casi invisibles.

Soler negó con la cabeza, un movimiento espasmódico.

—Imposible. Eso... eso podría ser el efecto del hielo al expandir la piel, o el roce con alguna superficie afilada del glaciar. La naturaleza puede ser caprichosa, Elena. Usted ve intenciones donde solo hay accidentes geológicos.

—La naturaleza no usa bisturí, Arnald —replicó ella, endureciendo el tono. Señaló una incisión en forma de Y sobre el esternón—. Esto es técnica de embalsamamiento. O de preservación.

—¡Es absurdo! —estalló el médico, retrocediendo un paso, como si la acusación física de los cortes lo ofendiera personalmente—. ¿Quién haría algo así en medio de una tormenta, en la cima de una montaña? Estás viendo fantasmas, chica. Estás proyectando tus traumas de la gran ciudad en nuestra desgracia.

Lucas miraba alternativamente a Elena y al cuerpo, perdido en un laberinto de dolor y confusión.

—Elena... —empezó a decir él—, Arnald lleva treinta años cuidando de nosotros. Si él dice que el hielo...

—El hielo conserva, Lucas. El hielo cuenta la verdad que los hombres quieren ocultar —lo interrumpió ella, girándose para encarar al médico—. Estas marcas son arte. Alguien se tomó el tiempo de

trabajar sobre ella mientras se congelaba. No fue una caída. Fue una puesta en escena.

Un sonido sutil, casi imperceptible, detuvo la discusión.

Goteo.

Plic.

Una gota de agua condensada resbaló por el brazo de Isabel y cayó sobre la mesa de metal. Luego otra. El calor generado por los cuerpos vivos y la iluminación precaria estaba empezando a ganar la batalla contra el frío que preservaba la evidencia.

La piel de Isabel, hasta ahora una porcelana impoluta, comenzaba a brillar con una fina película de humedad. El tiempo, ese enemigo implacable que Elena intentaba controlar con el reloj de su padre, se había puesto en marcha de nuevo.

—Se está descongelando —dijo Elena, sintiendo la urgencia subir por su garganta como bilis—. Si esas incisiones se ablandan, perderemos la geometría de los bordes. Necesitamos moldes. Necesitamos fotografía macroscópica. Ahora.

Soler se cruzó de brazos, interponiéndose entre Elena y el instrumental.

—No voy a permitir que profanes el cuerpo de una chica a la que vi crecer basándote en teorías conspiranoicas. Esperaremos al juez de instrucción. Esperaremos a que pase la tormenta.

—Para cuando pase la tormenta —dijo Elena, señalando el charco minúsculo que empezaba a formarse bajo el codo de la víctima—, las pruebas se habrán diluido en agua sucia. Y el asesino lo sabe.

Lucas miró el cuerpo de Isabel, la chica que quizás amó, o quizás protegió, ahora convirtiéndose en un enigma que se deshacía ante sus ojos. El agua seguía cayendo, lenta, inexorable, marcando el ritmo de una cuenta atrás que nadie sabía cómo detener.

CAPÍTULO 4: FRONTERAS CERRADAS

Carretera C-28, Acceso al Valle de Bohí 20 de diciembre, 2018 17:45 PM

El trayecto desde el pueblo hasta el puerto de montaña no fue un viaje, sino una batalla contra la blancura. Lucas Riera sentía cómo los neumáticos del Jeep masticaban la nieve virgen, buscando tracción sobre un asfalto que había dejado de existir hacía horas. El limpiaparabrisas libraba una guerra perdida, dibujando arcos frenéticos que apenas concedían segundos de visibilidad antes de que la tormenta volviera a cegar el cristal.

Su rodilla derecha palpitaba con un ritmo propio, una señal de alarma biológica más precisa que cualquier barómetro. La presión atmosférica caía en picado y, con ella, la articulación enferma le recordaba su propia fragilidad. Lucas apretó los dientes, aferrándose al volante con sus manos grandes y callosas, obligándose a ignorar el dolor punzante que subía por el muslo. No había tiempo para la debilidad.

A lo lejos, unas luces estroboscópicas de color ámbar teñían la niebla de un naranja enfermizo. Era el único color en un mundo que se había vuelto monocromático.

Lucas detuvo el vehículo junto al patrulla de la Guardia Civil que bloqueaba el paso. El viento aullaba, un lamento agudo que se

filtraba incluso a través del aislamiento del coche. Al abrir la puerta, el frío le abofeteó con la violencia de un objeto sólido. El aire helado se coló en sus pulmones, quemando al entrar, con ese sabor metálico y puro de las alturas.

El sargento Miralles estaba de pie junto al quitanieves, una mole amarilla de maquinaria pesada que yacía inerte, torcida en un ángulo antinatural contra el guardarraíl, como un animal prehistórico abatido en medio de la tundra.

Lucas avanzó cojeando, hundiendo las botas en treinta centímetros de nieve polvo. El vendaval intentaba empujarlo hacia atrás, pero su complexión ancha le servía de ancla.

—¡Jefe! —gritó Miralles para hacerse oír sobre el rugido de la ventisca—. El vaho de su aliento se cristalizaba al instante en su barba—. ¡Esto es una maldita locura!

Lucas no respondió de inmediato. Sus ojos oscuros, habituados a leer escenas de desgracia, escanearon el entorno. La visibilidad no superaba los cinco metros. Más allá, la carretera desaparecía en un abismo blanco. La quitanieves, su única esperanza para mantener abierta la arteria que conectaba Aigüestortes con el mundo civilizado, estaba muerta.

Junto a la cabina del conductor, un hombre con un mono reflectante manchado de grasa gesticulaba con desesperación. Era Pau, el operario municipal. Tenía el rostro desencajado por el frío y el miedo.

—¡Se paró en seco! —bramaba Pau, agitando un cigarrillo apagado entre los dedos enguantados—. ¡Os juro que el motor estaba perfecto esta mañana! ¡Hice la revisión yo mismo!

Lucas se acercó al costado de la máquina. El olor a gasoil y fluido hidráulico era penetrante, una mancha olfativa en la pureza estéril de la montaña. Se agachó, ignorando la protesta de su rodilla, y dirigió el haz de su linterna hacia las entrañas mecánicas del vehículo.

Lo que vio le provocó una sensación de vacío en el estómago más gélida que la temperatura exterior.

Sobre la nieve inmaculada, bajo el chasis, se extendía un charco oscuro y viscoso. Parecía sangre negra brotando de una herida abierta. Lucas siguió el rastro del fluido hasta su origen: los latiguillos del sistema hidráulico principal.

No estaban reventados por la presión. No había el deshilachado caótico de una rotura por desgaste.

Eran cortes limpios. Precisos. Quirúrgicos.

Lucas se quitó el guante derecho y pasó la yema de los dedos por el borde de uno de los tubos seccionados. La goma estaba tajeada con una herramienta afilada, un corte oblicuo diseñado para vaciar el sistema en minutos.

Se incorporó lentamente, sintiendo el peso de la placa policial sobre el pecho, un peso que de repente se sentía inútil.

—Esto no ha sido una avería, Pau —dijo Lucas, su voz grave cortando el aire helado con una autoridad que no sentía por dentro.

Miralles se acercó, con los ojos muy abiertos. —¿Qué quieres decir, Lucas?

—Han cortado los frenos y la dirección hidráulica. Alguien se ha metido debajo con una navaja o un cúter.

El silencio que siguió a sus palabras fue más pesado que la tormenta. Los tres hombres se miraron, compartiendo una comprensión tácita y aterradora. La máquina no se había roto por el azar. La habían asesinado.

Lucas se giró hacia la carretera, hacia el sur, hacia donde debería estar la salida del valle. La nieve caía ahora con más fuerza, copos grandes y húmedos que se apilaban a una velocidad vertiginosa, borrando cualquier rastro de asfalto, convirtiendo el puerto de montaña en una pared infranqueable.

—¿Cuánto tardarán en enviar otra máquina desde Vielha? —preguntó Miralles, aunque su tono sugería que ya conocía la respuesta.

—Con esta tormenta... —Pau negó con la cabeza, mirando al cielo plomizo—. Nadie va a subir hoy. Ni mañana. Estamos hablando de metros de acumulación en las próximas horas. Si no limpiamos esto ahora, la vía de acceso quedará bloqueada.

—Ya lo está —sentenció Lucas.

El jefe de policía caminó hasta el borde del precipicio, donde la barrera de seguridad apenas asomaba bajo el manto blanco. Miró hacia la oscuridad del valle que se extendía a sus pies. Las luces del pueblo eran apenas luciérnagas moribundas en la distancia, ahogadas por la nevasca.

La sensación de claustrofobia se cerró sobre él como un puño. No era solo el aislamiento geográfico. Era la certeza de la intención. Alguien había saboteado la quitanieves a propósito. Alguien quería que nadie entrara.

Pero, más importante aún, alguien quería que nadie saliera.

Recordó el cuerpo de Isabel en el sótano del centro médico, las incisiones perfectas, el hielo preservando el horror. Y ahora esto. Las piezas del puzle empezaban a encajar con un chasquido siniestro. No se enfrentaban a un accidente ni a un crimen pasional aislado.

Lucas sacó su radio, pero solo obtuvo estática, un chisporroteo blanco que imitaba el caos visual que les rodeaba. La orografía del valle, combinada con la tormenta eléctrica que acompañaba a la nieve, había levantado un muro de silencio.

—Sargento —ordenó Lucas, guardando la radio y volviendo a su coche. Su cojera era más pronunciada ahora, pero su determinación había endurecido sus facciones—. Colocad las vallas de hormigón. Bloquead la entrada por completo. Que nadie suba hasta aquí para quedarse atrapado.

—¿Y nosotros? —preguntó Miralles, mirando la carretera que desaparecía.

Lucas se subió al Jeep y cerró la puerta, aislándose de nuevo del viento, pero no del frío que se le había instalado en los huesos. Miró por el retrovisor, viendo cómo la nieve comenzaba a cubrir el cadáver amarillo de la quitanieves, sepultando la evidencia del sabotaje.

—Nosotros volvemos abajo —dijo Lucas para sí mismo, arrancando el motor—. A encerrarnos con ellos.

La trampa ya estaba tendida. El valle de Aigüestortes ya no era un refugio turístico; era una jaula de cristal y hielo, y la llave acababa de ser arrojada al abismo.

CAPÍTULO 5: EL HUÉSPED INVISIBLE

Aigüestortes, Valle de Boí 20 de diciembre de 2018

El trayecto desde la clínica del doctor Soler hasta el Hotel Sanatorio no superaba los trescientos metros, pero la tormenta había borrado cualquier noción de distancia o geografía. La «Bestia Blanca» no era una simple nevada; era una pared sólida, un organismo vivo que empujaba a Elena Vives contra el suelo, intentando sepultarla antes de que pudiera dar el siguiente paso.

Cada inhalación era un castigo. El aire gélido entraba en sus pulmones como vidrio molido, quemando la garganta y congelando las pestañas hasta convertirlas en pesadas agujas de hielo. Se protegió la cara con el antebrazo, luchando contra un viento que aullaba con la furia de mil lamentos. Sus botas de montaña, diseñadas para terrenos extremos, resbalaban sobre la capa de hielo que ya comenzaba a formarse bajo la nieve fresca.

Cuando la silueta del hotel emergió de la negrura, pareció más una lápida gigante que un refugio. El edificio, una mole de piedra y pizarra de principios de siglo, se alzaba desafiante contra los elementos, con sus ventanas oscuras observando el valle como cuencas vacías.

Elena subió los escalones de la entrada a trompicones, con las manos entumecidas buscando el pomo de bronce. Empujó. La

pesada puerta de roble cedió, y ella se deslizó hacia el interior, cerrando tras de sí con un golpe sordo que cortó de tajo el rugido del viento.

El silencio que siguió fue absoluto, casi litúrgico.

Se quedó allí un instante, apoyada contra la madera, permitiendo que su respiración se estabilizara. El calor del vestíbulo la golpeó no como una caricia, sino como un cambio de presión atmosférica que le hizo zumbar los oídos. Se quitó las gafas de ventisca; la condensación empañó su vista un segundo antes de disiparse.

El *lobby* del Hotel Sanatorio era una caverna de lujo decadente. Techos altos con molduras de escayola que narraban escenas de caza, alfombras persas desgastadas por décadas de pasos y una inmensa lámpara de araña que colgaba como una espada de Damocles sobre el centro de la estancia. No había nadie. Solo el tictac de un reloj de péndulo que resonaba contra las paredes forradas de madera oscura.

Elena avanzó. Sus pasos sobre el mármol producían un eco húmedo, intruso. Se llevó la mano a la muñeca izquierda y acarició la esfera fría del reloj de su padre, un gesto automático, un ancla cuando la marea mental subía demasiado. Las ocho y cuarto.

—¿Hola? —su voz salió ronca, pequeña en la inmensidad del recinto.

Tras el mostrador de caoba, una figura se enderezó. No lo había visto; se mimetizaba con la penumbra del fondo. Era un hombre enjuto, de edad indefinida, vestido con un traje que parecía haber sido elegante treinta años atrás. Su piel tenía el tono del papel antiguo.

—La cocina está cerrada, señora —dijo el hombre sin preámbulos. Su tono era neutro, desprovisto de hospitalidad o rechazo. Simplemente enunciaba un hecho.

—No busco comida. Necesito una habitación.

El conserje —o gerente, o el espíritu que custodiaba aquel mausoleo — ladeó la cabeza. Sus ojos acuosos recorrieron la ropa técnica de Elena, la mochila empapada y el piolet que asomaba por un costado.

—Tenemos noventa habitaciones. Ochenta y nueve están vacías. Puede elegir la vista que prefiera, aunque esta noche todas dan al mismo infierno blanco.

—Cualquiera servirá. Solo quiero quitarme esto de encima —señaló su ropa mojada.

El hombre deslizó un gran libro de registro sobre la superficie pulida del mostrador. Abrió las páginas con una lentitud exasperante. El papel crujió, seco y quebradizo.

—Nombre y documento, por favor. Soy el señor Baró.

Elena rebuscó en su bolsillo interior con dedos torpes hasta dar con su cartera. Mientras Baró transcribía sus datos con una caligrafía picuda y angulosa, la mirada de ella vagó por la página abierta. La obsesión, esa vieja compañera que la había convertido en una de las mejores perfiladoras y luego en una ruina emocional, tomó el control.

Buscaba patrones. Buscaba anomalías.

La página estaba desolada. Diciembre era temporada muerta, el limbo entre el otoño y la llegada de los esquiadores de enero. Solo había una entrada reciente, fechada el día anterior.

Habitación 302.

La tinta era negra, fresca, contrastando con el azul desvaído de las anotaciones de noviembre. Pero no fue el número de la habitación lo que detuvo el corazón de Elena durante un latido, sino el nombre.

Sr. Pygmalion.

Elena parpadeó. Volvió a leer. Las letras estaban allí, firmes, arrogantes.

—¿Tienen otro huésped? —preguntó, intentando que su voz sonara casual, aunque el nudo en su estómago se apretó.

Baró levantó la vista del documento de identidad de Elena. Siguió la dirección de su dedo.

—Ah. El señor de la 302. Un hombre particular.

—¿Particular?

—Llegó ayer, antes de que el cielo se cayera. Pagó en efectivo, una semana por adelantado. Pidió privacidad absoluta —Baró se encogió de hombros, un movimiento mecánico de sus huesos finos—. No ha bajado ni a comer. Supongo que busca inspiración o escondite. En este valle, a menudo son la misma cosa.

Pygmalion. El escultor mítico que se enamoró de su propia creación. Un nombre que nadie usa en un registro de hotel a menos que quiera enviar un mensaje, o esté jugando a ser Dios.

Elena sintió una punzada en la base del cráneo. La cicatriz de su mano izquierda le picó, un recordatorio fantasma. En el sótano de la clínica, el cuerpo de Isabel presentaba incisiones precisas, quirúrgicas, como si alguien hubiera intentado remodelarla. Y ahora, a menos de un kilómetro, un huésped se registraba con el nombre de un creador de estatuas vivientes.

Las coincidencias no existen. Solo piezas que no sabemos encajar.

—¿Lo ha visto hoy? —insistió Elena.

—Nadie lo ha visto. El servicio de habitaciones deja la bandeja en la puerta y la recoge intacta. Quizás duerme. Quizás escribe. No es asunto mío mientras no queme las cortinas.

Baró giró el libro hacia ella y le tendió una pluma pesada. Elena firmó. Su propia letra le pareció temblorosa al lado de la firma del huésped invisible.

—Le daré la 204 —dijo el gerente, descolgando una llave pesada de un tablero de madera lleno de ganchos vacíos—. Segundo piso. Justo debajo de él, si eso le preocupa. Los techos son altos, no oirá nada.

Elena tomó la llave. El metal estaba helado.

—Gracias.

Se dirigió hacia la gran escalera central. El ascensor, una jaula de hierro forjado, parecía fuera de servicio o simplemente demasiado tétrico para intentarlo. Mientras subía, el sonido de sus botas sobre la madera barnizada resonaba en la cúpula del vestíbulo.

Uno. Dos. Tres escalones.

El hotel crujía. La madera se contraía por el cambio de temperatura, las tuberías cantaban canciones antiguas en las paredes. Eran los ruidos normales de un edificio viejo asentándose para la noche.

Pero entonces, algo rompió la sinfonía habitual.

Se detuvo en el primer descansillo, aferrándose a la barandilla.

Arriba. En el tercer piso.

No fue un crujido. Fue un arrastre. Lento, deliberado. Algo pesado siendo movido sobre una superficie rugosa. *Ssshhhk. Ssshhhk.*

Elena miró hacia arriba, hacia la oscuridad de la barandilla del piso superior. La luz del vestíbulo no llegaba hasta allí; las sombras se acumulaban como agua negra.

—¿Señor Baró? —llamó, inclinándose sobre el pasamanos para mirar abajo.

El gerente ya no estaba tras el mostrador. El *lobby* estaba vacío.

El sonido se repitió. *Ssshhhk.* Justo encima de su cabeza. Un mueble siendo desplazado, o quizás algo inerte siendo arrastrado hacia el borde.

Su respiración se aceleró. La sensación de seguridad que prometían las paredes gruesas del hotel se evaporó. Aquel lugar no era un refugio; era una caja de resonancia. Y ella acababa de encerrarse dentro con algo que no quería ser visto, pero que definitivamente estaba despierto.

Apretó la llave en su puño hasta que los bordes se clavaron en su carne, usando el dolor para enfocar su mente. Subió el siguiente escalón. Tenía que llegar a su habitación, cerrar el cerrojo y esperar a que amaneciera. O a que Lucas llegara.

Pero Lucas estaba fuera, en la tormenta, y ahí dentro, en la penumbra del tercer piso, el «Sr. Pygmalion» acababa de dar un paso.

CAPÍTULO 6: CICATRICES EN LA MEMORIA

Hotel Sanatorio, Aigüestortes 21 de diciembre de 2018

El amanecer no llegó como una promesa de luz, sino como una leve variación en la escala de grises que asfixiaba el valle. Elena Vives abrió los ojos, aunque técnicamente nunca había llegado a cerrarlos del todo. La vigilia había sido una compañera exigente, sentada a los pies de la cama en la habitación 204, vigilando el vaivén de las cortinas agitadas por corrientes de aire invisibles.

Se incorporó. Las sábanas, húmedas por un sudor frío que contradecía la temperatura glacial de la estancia, se adhirieron a su piel. Miró su muñeca izquierda. El reloj de su padre marcaba las seis y doce minutos. El segundero avanzaba con esa indiferencia mecánica que tanto envidiaba; el tiempo no sentía miedo, simplemente pasaba.

Cogió la cámara digital de la mesita de noche. Sus dedos, entumecidos, buscaron los botones con torpeza hasta que la pequeña pantalla LCD iluminó la penumbra con un resplandor azulado.

Ahí estaba. La imagen que había capturado antes de que la tormenta lo engullera todo.

No era solo un cadáver. Elena amplió la foto hasta que los píxeles se convirtieron en bloques abstractos de color cian y blanco. La postura

de la víctima no mostraba lucha, ni ese rictus de agonía que retuerce los músculos cuando la muerte llega con violencia. La chica parecía estar durmiendo dentro del bloque de hielo, suspendida en un paréntesis eterno.

—No hay caos —susurró, y su propia voz sonó extraña, ronca por el desuso de la noche.

Aquello no era un asesinato pasional. La ira es desordenada; deja manchas, roturas, caos entrópico. Esto era arquitectura. Era diseño. Alguien se había tomado la molestia de componer la escena con la precisión de un conservador de museo.

Elena bajó los pies al suelo. La madera crujió, un quejido seco que resonó en sus sienes. Necesitaba entender el escenario para comprender la obra. El Hotel Sanatorio no era un simple edificio; sus paredes, revestidas de papel pintado que se despegaba como piel muerta, respiraban una historia que el presente intentaba ignorar.

Se vistió con rapidez, superponiendo capas de lana y tejido técnico, y salió al pasillo.

El silencio en la segunda planta era denso, casi líquido. Caminó hacia la escalera, evitando las tablas centrales que sabía que delatarían su posición. Abajo, el vestíbulo yacía en penumbras, con los muebles cubiertos por sábanas que parecían fantasmas agazapados esperando su turno. Pero su destino no era la salida, bloqueada por toneladas de nieve, sino el ala este, donde el día anterior había vislumbrado una puerta de doble hoja con cristales esmerilados.

Biblioteca. O lo que quedara de ella.

Empujó la puerta. Las bisagras protestaron con un chirrido agudo que le erizó el vello de la nuca. El olor la golpeó primero: una mezcla de celulosa en descomposición, cuero viejo y ese aroma dulzón y rancio que tiene el tiempo cuando se estanca en lugares cerrados.

La estancia era un mausoleo de conocimiento olvidado. Estanterías de roble oscuro se alzaban hasta el techo, repletas de volúmenes

que nadie había consultado en décadas. La luz del exterior, filtrada por la tormenta, entraba apenas como una neblina sucia, insuficiente para leer. Elena sacó una pequeña linterna de su bolsillo y trazó un haz de luz sobre los lomos.

Tratados de anatomía. Filosofía natural. Registros climáticos.

Sus manos se movían con la urgencia de quien busca aire bajo el agua. No buscaba ficción. Buscaba lógica. Si el asesino, ese supuesto «Pygmalion» del libro de registro, estaba usando este lugar, tenía que haber una razón. Los depredadores territoriales no eligen sus guaridas al azar; buscan ecosistemas que favorezcan su naturaleza.

Pasó por la sección de contabilidad. Facturas de 1980, recibos de luz... demasiado reciente. Siguió retrocediendo. Una caja de cartón, húmeda en la base, contenía legajos atados con cordel.

1965. 1958.

Elena dejó la linterna sobre una mesa de lectura y desató el nudo de uno de los fajos más antiguos. El polvo se levantó en una nube microscópica, haciéndola toser contra la manga de su jersey. Eran diarios médicos. Bitácoras de los doctores que gestionaban el lugar cuando el «Sanatorio» hacía honor a su nombre, tratando la tuberculosis y las afecciones respiratorias de la burguesía catalana.

Abrió un cuaderno de tapas negras, con las esquinas devoradas por la humedad. La caligrafía era picuda, estricta, trazada con una pluma estilográfica que no perdonaba los borrones.

14 de enero de 1952. Temperatura exterior: -15ºC.

Elena pasó las páginas, sus ojos verdes escaneando palabras clave, filtrando la paja administrativa: *suministros, morfina, vendajes...*

Se detuvo. Su dedo índice, marcado por la fina cicatriz en forma de media luna, se posó sobre un párrafo que parecía vibrar con una energía oscura.

«Sujeto 04. La inducción controlada de hipotermia muestra resultados prometedores en la ralentización del deterioro tisular. El frío no debe ser visto como un enemigo, sino como un formol natural. Si detenemos el flujo, detenemos el tiempo.»

El corazón le dio un vuelco doloroso, golpeando contra sus costillas como un pájaro atrapado. Siguió leyendo. No eran notas sobre cómo curar la enfermedad. Eran observaciones sobre la preservación. Sobre cómo mantener la belleza de la vida justo en el umbral de la extinción.

«El arte de la criogenia rudimentaria requiere paciencia. La cristalización del agua en las células es el fracaso del artista. El objetivo es la vitrificación. Un estado de suspensión perfecta.»

Elena se apartó del libro como si las letras quemaran. La respiración se le aceleró, empañando el aire frente a su boca. Miró a su alrededor, y las sombras de la biblioteca parecieron alargarse, cobrando formas grotescas.

No era algo nuevo. El crimen de la joven congelada no era una innovación macabra de un psicópata moderno. Era una cita. Un homenaje.

El hotel había albergado un programa experimental en los años cincuenta. Un proyecto obsesionado no con curar la muerte, sino con perfeccionar el cadáver.

—Estás replicando el método —susurró a la sala vacía, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas encajaban con un sonido metálico en su mente.

El asesino no solo conocía el hotel. Había estudiado sus archivos. Quizá se veía a sí mismo como el heredero de aquella ciencia perversa, el alumno aventajado que finalmente había logrado lo que aquellos médicos solo soñaron: la eternidad a través del hielo.

Un sonido sordo, procedente del piso superior, rompió su concentración. No fue el viento. Fue el sonido inconfundible de un

objeto pesado siendo arrastrado por el suelo de madera. Justo encima de su cabeza.

Elena apagó la linterna de golpe, sumiéndose en la oscuridad, con la certeza absoluta de que la historia estaba a punto de repetirse. Y ella estaba en el centro de la página.

CAPÍTULO 7: SANGRE EN LA NIEVE

Aigüestortes, perímetro del Estany de Sant Maurici 22 de diciembre de 2018, 08:15 AM

La montaña no guardaba secretos; simplemente los enterraba bajo capas de silencio blanco.

Lucas Riera avanzaba cojeando, aunque intentaba disimularlo clavando el talón izquierdo con más fuerza en la nieve costrosa. Su rodilla derecha, esa vieja estación meteorológica hecha de cartílago y tornillos, palpitaba con un ritmo sordo, anunciando lo que el cielo gris plomo ya gritaba: la tormenta estaba cerca. La «Bestia Blanca» no era una metáfora para los locales; era una sentencia.

Delante de él, la correa de cuero se tensaba como una cuerda de violín a punto de estallar. Roco, un pastor alemán de pelaje oscuro y hocico canoso, tiraba con una determinación que rozaba la demencia. El animal no olfateaba el suelo; bebía el aire, capturando moléculas invisibles que la brisa helada arrastraba desde las cotas altas.

—Despacio, chico —murmuró Lucas, su aliento cristalizándose en una nube efímera frente a su rostro.

Elena Vives caminaba dos pasos por detrás. El crujido de sus botas técnicas sobre el hielo rompía la quietud del bosque de pino negro. Llevaba las manos embutidas en los bolsillos de su parca, pero Lucas

sabía que dentro, sus dedos estarían acariciando la esfera fría del reloj de su padre. Un tic nervioso. Un ancla.

—Las huellas desaparecen aquí —dijo ella. Su voz sonó pequeña, absorbida por la inmensidad de los árboles.

Lucas se detuvo y observó el suelo. Tenía razón. El viento había comenzado a barrer la superficie, borrando la historia reciente del bosque. Lo que ayer eran marcas profundas de botas, hoy eran depresiones vagas, sombras en la nieve que podían ser pasos o simples caprichos del deshielo.

—El viento de la noche —concedió el policía, ajustándose el cuello de la chaqueta—. Pero Roco no sigue huellas visuales. Sigue el rastro del miedo. O de algo peor.

El perro emitió un gemido bajo, gutural. No era el ladrido de advertencia habitual, sino un sonido húmedo, primitivo. Se detuvo en seco frente a un afloramiento rocoso, una pared de granito vertical donde las raíces de los pinos se retorcían como venas expuestas buscando la tierra.

Elena se acercó, sus ojos verdes escaneando el entorno con esa precisión clínica que a Lucas le fascinaba y le aterraba a partes iguales. Ella no miraba el paisaje; lo diseccionaba.

—Ahí —señaló Elena.

Una grieta estrecha, apenas una cicatriz en la roca, se abría paso entre dos bloques de piedra cubiertos de liquen y escarcha. Era una cueva natural, poco profunda, pero suficiente para ocultar a un hombre agazapado. O para esconder sus pecados.

Roco se negó a avanzar. El animal se sentó sobre sus cuartos traseros, erizando el pelo del lomo, y enseñó los dientes hacia la oscuridad de la fisura.

Lucas soltó el seguro de su arma reglamentaria, el clic metálico sonó obscenamente fuerte en la quietud matutina.

—Quédate detrás —ordenó, aunque sabía que ella no lo haría.

El policía avanzó, encendiendo la linterna táctica. El haz de luz cortó la penumbra de la cueva, revelando un espacio no mayor que una despensa. El aire allí dentro estaba estancado, protegido de la ventisca, y cargaba con un aroma que hizo que el estómago de Lucas se contrajera violentamente.

No olía a animal muerto, ni a podredumbre vegetal.

Olía a limpieza.

Era un hedor químico, punzante, una mezcla de alcohol isopropílico y algo dulzón, mentolado, que no pertenecía a la naturaleza salvaje. Era el olor de los pasillos de un hospital a las tres de la madrugada.

—Dios mío —susurró Elena a su espalda.

La luz de la linterna iluminó una superficie plana de piedra, una laja natural que había sido limpiada meticulosamente de polvo y escombros. Sobre ella, dispuestos con una simetría enfermiza, descansaban varios objetos.

No eran basura. Eran herramientas.

Un bisturí con mango de acero inoxidable brillaba con un resplandor azulado bajo el haz de luz. A su lado, unas pinzas hemostáticas y un rollo de gasa abierto, inmaculado. Y un pequeño frasco de vidrio ámbar, destapado, del que emanaba aquel vapor de menta sintética.

Elena se adelantó, ignorando el protocolo, atraída por la escena como una polilla al fuego.

—No es un escondite —dijo ella, con la voz temblorosa pero firme, analizando los datos mientras su mente procesaba el horror—. Es una estación de trabajo. Un taller de campo.

Lucas sintió que la bilis le subía por la garganta. La idea de que alguien hubiera estado allí, en medio de la nada, preparando instrumental quirúrgico con la paciencia de un artesano, era más

aterradora que cualquier cadáver. Implicaba planificación. Implicaba que el dolor que infligía no era un medio, sino el fin.

—Esto es reciente —apuntó Lucas, acercando la mano sin tocar nada. El acero no tenía escarcha—. Alguien estuvo aquí esta mañana. Quizás hace una hora.

El perro, que había permanecido en la entrada gruñendo hacia la oscuridad del bosque, cambió repentinamente de actitud.

Sus orejas se levantaron, girando como antenas parabólicas hacia el este, hacia la espesura más densa donde los árboles se cerraban formando una pared negra.

—Roco, quieto —advirtió Lucas, sintiendo la tensión en la correa aflojarse un instante antes del tirón.

El animal ladró, un estallido sonoro que rebotó en las paredes de piedra, y entonces, algo se rompió. No la correa, sino la disciplina. Un instinto más antiguo que el adiestramiento policial tomó el control. El perro detectó algo que los humanos no podían ver ni oír.

Con un movimiento brusco, Roco se revolvió, el collar de castigo se clavó en su cuello pero no le importó. El cuero húmedo resbaló de la mano enguantada de Lucas, entumecida por el frío.

—¡Roco, no! ¡ALTO! —gritó Lucas.

El pastor alemán salió disparado como una saeta negra sobre la nieve blanca, internándose en el bosque, persiguiendo una sombra, un olor, un fantasma.

—¡Lucas! —gritó Elena, viendo cómo el policía intentaba correr tras él, pero su pierna derecha fallaba, haciéndole trastabillar sobre una raíz oculta.

Lucas cayó de rodillas, soltando un gruñido de dolor y frustración, golpeando la nieve con el puño.

Los ladridos de Roco se alejaron rápidamente, mezclándose con el silbido del viento que empezaba a arreciar entre las copas de los árboles. Y luego, tan súbitamente como habían empezado, cesaron.

Un silencio absoluto, pesado como una losa de mármol, cayó sobre el bosque.

Lucas se levantó con dificultad, el rostro pálido, la mirada fija en la dirección donde su compañero había desaparecido. La soledad, de repente, se volvió física, tangible. Ya no eran los cazadores.

En aquel claro, rodeados de herramientas quirúrgicas y nieve virgen, acababan de convertirse en la presa.

CAPÍTULO 8: LA LISTA DE PACIENTES

Aigüestortes 21 de diciembre de 2018

El descenso desde la cueva no fue una retirada, sino una caída lenta hacia el infierno.

El Jeep Wrangler devoraba las curvas de la carretera forestal con una violencia mecánica que hacía rechinar los ejes, pero Lucas Riera apenas notaba las sacudidas del vehículo. Su mundo se había reducido a dos puntos de dolor insoportable: el latido agónico en su rodilla derecha, que ardía como si alguien le hubiera clavado un clavo al rojo vivo bajo la rótula, y el vacío en el asiento del copiloto.

La ausencia de Roco pesaba más que la gravedad.

Cada vez que miraba por el retrovisor, esperando ver el hocico húmedo de su pastor alemán o escuchar ese jadeo rítmico que había sido la banda sonora de su vida durante los últimos cinco años, solo encontraba la tapicería vacía y manchada de barro. La culpa era un ácido que le corroía el estómago. Lo había dejado atrás. Había priorizado la seguridad de Elena, la lógica, el protocolo, y a cambio, la montaña se había tragado a su única familia.

El limpiaparabrisas luchaba contra una mezcla de nieve y granizo que empezaba a cuajar sobre el cristal, un telón blanco que amenazaba con sepultar el valle entero. La Bestia Blanca ya no era

una advertencia meteorológica; estaba arañando las puertas del pueblo.

Lucas frenó en seco frente al Ayuntamiento, ignorando la zona reservada. Bajó del coche sin cerrar la puerta. Su bota derecha impactó contra el asfalto helado y la pierna le falló momentáneamente, obligándole a apoyarse en el capó caliente para no besar el suelo. Gruñó, un sonido animal que se perdió en el aullido del viento, y forzó a su cuerpo a erguirse. Cojeando, arrastrando una estela de agua sucia y hojas muertas, subió las escaleras de piedra de dos en dos, impulsado por una furia que nublaba su visión periférica.

Ignoró el saludo de la recepcionista. Ignoró los villancicos que sonaban por los altavoces del pasillo. Irrumpió en el despacho de la alcaldía sin llamar, abriendo la puerta de doble hoja con tal fuerza que la madera golpeó contra el tope de la pared, provocando un estruendo que hizo temblar los cuadros de los antiguos regidores.

La alcaldesa Marta Vallés levantó la vista de sus papeles. Estaba sentada tras su escritorio de caoba inmaculado, vestida con un traje de lana gris perla que no tenía ni una sola arruga. La estancia olía a café recién hecho y a cera para muebles, un contraste obsceno con el olor a humedad, sangre seca y miedo que Lucas traía adherido a la piel.

—Jefe Riera —dijo ella, con esa calma ensayada que utilizaba en los plenos municipales cuando la oposición se ponía difícil—. Tienes un aspecto lamentable. ¿Nadie te enseñó a llamar?

Lucas avanzó hasta el escritorio, dejando huellas de lodo sobre la alfombra persa. Se apoyó con ambas manos en la superficie de madera, invadiendo el espacio personal de la mujer.

—Déjate de formalidades, Marta. —Su voz sonaba ronca, como si tuviera grava en la garganta—. Necesito acceso completo a los archivos históricos del Sanatorio. Ahora mismo.

La alcaldesa se quitó las gafas de lectura y las depositó con delicadeza sobre un informe presupuestario. Sus ojos, oscuros y calculadores, recorrieron la figura del policía, deteniéndose en el temblor de sus manos y en la palidez cerosa de su rostro.

—Los archivos del Sanatorio están sellados por la ley de protección de datos y patrimonio, Lucas. Lo sabes mejor que yo. No puedes entrar ahí como un elefante en una cacharrería solo porque tienes una corazonada.

—No es una corazonada —escupió él. Se inclinó más, bajando la voz a un susurro peligroso—. Hemos encontrado algo arriba. En el bosque perimetral. Hay una cueva, Marta. Un taller. Alguien ha estado operando allí.

Marta no parpadeó, pero Lucas, que había pasado media vida leyendo gestos en interrogatorios, vio la tensión instantánea en la comisura de sus labios. Una microexpresión de reconocimiento, no de sorpresa.

—¿Operando? —repitió ella, ganando tiempo—. Estás delirando. La tormenta te está afectando, o quizás es esa pierna tuya que te niegas a tratar. Deberías ir al médico.

—Encontré una mano amputada, congelada en un bloque de hielo —soltó Lucas, lanzando las palabras como piedras—. Y herramientas quirúrgicas. Y sé que tiene relación con las renovaciones que se hicieron en el ala norte hace cinco años.

La alcaldesa se puso de pie, alisándose la chaqueta. Caminó hacia el ventanal que daba a la plaza, dando la espalda a Lucas.

—Esas renovaciones fueron necesarias para la estructura. El edificio se caía a pedazos.

—No me mientas —Lucas golpeó la mesa con el puño—. Revisé los registros públicos antes de subir. La empresa constructora era una fachada. Y la financiación... la financiación no vino de la Diputación,

Marta. Salió de la partida discrecional del Ayuntamiento. Tu firma está en la autorización.

Marta se giró lentamente. La máscara de política afable había desaparecido. Ahora había acero en su mirada.

—Era una inversión, Lucas. Turismo de bienestar. Un centro de recuperación de alto nivel. El pueblo se muere, necesitamos ingresos. Si para conseguir capital privado tuve que mirar hacia otro lado con ciertos... antecedentes del edificio, lo hice.

—¿Mirar hacia otro lado? —Lucas sintió que la bilis le subía por el esófago—. Financiaste la reconstrucción de un matadero sabiendo lo que ocurrió allí en los años setenta. Sabías sobre los experimentos de criogenia. Sabías sobre las desapariciones de los "pacientes". Y ahora, alguien está usando esas instalaciones, o lo que queda de ellas, para continuar el trabajo.

—¡Basta! —El grito de Marta resonó en el despacho, cortante como un látigo—. Estás hablando de conspiraciones absurdas. Estás alterado, sucio y, francamente, pareces desequilibrado. Me han dicho que has perdido al perro. Es una lástima, pero el duelo no te da derecho a acusarme de complicidad criminal.

La mención de Roco fue un golpe bajo que casi le hizo perder el control. Lucas apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes, luchando contra el impulso de agarrarla por las solapas.

—Dame la llave del archivo —dijo, con una frialdad que le asustó a él mismo—. O voy a la prensa y les cuento en qué se gastó el dinero de las guarderías.

Marta volvió a sentarse, recuperando el control de la situación con una sonrisa gélida. Abrió un cajón lateral y sacó una carpeta.

—No vas a ir a ninguna parte, Riera. Y no vas a tener esa llave. De hecho, si no sales de mi despacho en diez segundos y te vas a casa a dormir la mona, consideraré esto una insubordinación grave.

Tengo la carta de despido redactada desde que empezaste a cojear hace seis meses. Solo me falta ponerle la fecha.

La amenaza flotó en el aire, tangible y venenosa. Lucas sabía que no era un farol. Marta tenía el poder de quitarle la placa, el arma y lo único que le daba sentido a sus días vacíos.

—¿Me estás amenazando con mi carrera mientras hay un psicópata suelto en la montaña? —preguntó, incrédulo.

—Te estoy dando una orden directa. Vete a casa. Lávate. Y reza para que cuando pase la tormenta yo esté de buen humor.

Lucas la miró fijamente durante un largo segundo. Vio la arrogancia en sus ojos, la certeza absoluta de que tenía la sartén por el mango. Ella creía que había ganado.

—Está bien —dijo él, relajando los hombros en un gesto de aparente derrota. Dio un paso atrás, fingiendo que la pierna le fallaba de nuevo, y se apoyó pesadamente sobre el extremo del escritorio, cerca de la bandeja de entrada—. Tú ganas, alcaldesa. Me voy.

Mientras ella bajaba la vista hacia sus documentos, satisfecha con la sumisión, la mano izquierda de Lucas se movió con la rapidez de un carterista. Sus dedos se cerraron alrededor del llavero de latón que descansaba junto al pisapapeles, oculto parcialmente bajo un sobre abierto. Reconoció la etiqueta desgastada: *Sótano / Archivo*.

Deslizó el metal frío dentro de la manga de su chaqueta en un movimiento fluido, al mismo tiempo que se impulsaba para separarse de la mesa.

—Pero ten claro una cosa, Marta —dijo Lucas desde la puerta, con la mano ya en el pomo—. Si aparece un solo cadáver más, su sangre no manchará mis botas. Manchará tu inmaculada alfombra.

Salió al pasillo antes de que ella pudiera responder.

El sonido de la puerta al cerrarse fue definitivo. Lucas caminó por el corredor, sintiendo el peso de la llave robada presionando contra su

muñeca. El dolor en la rodilla seguía allí, agudo y constante, y la imagen de Roco perdido en la nieve seguía atormentándole, pero ahora, mezclado con la angustia, había un nuevo combustible ardiendo en su pecho.

Ya no era el Jefe de Policía siguiendo órdenes. Ahora era un hombre que no tenía nada que perder, y acababa de declarar la guerra.

CAPÍTULO 9: ANATOMÍA DE UNA OBSESIÓN

Hostal del Valle. Habitación 204. 21 de diciembre de 2018.

El viaje de regreso desde el bosque había sido un borrón de pinos grises y silencio espeso, solo interrumpido por el quejido del motor del Jeep de Lucas luchando contra el barro. Me había dejado en la entrada del hostal con una promesa muda en la mirada y la orden estricta de encerrarme hasta que él volviera del Ayuntamiento. Ahora, sola entre cuatro paredes empapeladas con motivos florales, la seguridad del edificio se sentía frágil, una cáscara de huevo bajo la bota de una tormenta que empezaba a aullar al otro lado del cristal.

Transformé el escritorio de madera barata en una mesa de disección. No había cadáveres, solo imágenes capturadas con mi cámara digital y fragmentos de memoria que quemaban más que el hielo seco. Las fotografías del «taller» en la cueva se desplegaban sobre la superficie barnizada formando un mosaico de la demencia.

Mis dedos, todavía entumecidos por el frío residual de la caverna, trazaron el contorno de los instrumentos quirúrgicos retratados. Bisturís alineados con una precisión que ofendía al caos natural del mundo. Frascos sin etiqueta. Y ese tanque.

—Orden —susurré, y mi propia voz sonó ajena en la habitación vacía.

No era la guarida de un animal salvaje. Era un templo.

Acerqué la lámpara de la mesita de noche, forzando a la bombilla de tungsteno a revelar los secretos de las texturas. La pantalla de la cámara mostraba un primer plano de los residuos encontrados en la mesa de trabajo de la cueva. Una sustancia viscosa, translúcida, que no se comportaba como el agua al congelarse.

Como glacióloga, entendía la estructura del frío. El agua, al solidificarse, es brutal; sus cristales son dagas microscópicas que rompen las membranas celulares, desgarrando la carne desde dentro. Por eso los cuerpos congelados en la montaña se vuelven negros, quebradizos. Pero lo que había visto en el bosque, y lo que intuía en las víctimas anteriores, era diferente. Era una preservación inmaculada.

Una vitrificación.

La cicatriz en forma de media luna de mi palma izquierda palpitó, un recordatorio fantasma de viejas heridas. Me froté la muñeca, sintiendo el peso del reloj de mi padre, cuyas manecillas avanzaban ajenas al horror que yo intentaba decodificar.

Alguien no quería matar. Alguien quería detener el tiempo.

Unos golpes secos en la puerta desbarataron mi concentración. Tres toques rítmicos, precisos.

Mi mano voló instintivamente hacia el bolsillo de mi chaqueta, buscando un arma que no tenía, antes de recordar dónde estaba. Me obligué a respirar, llenando los pulmones de un aire que olía a polvo y cera de muebles.

—¿Elena? —La voz al otro lado era grave, familiar, cargada de una preocupación paternal que, en otro momento, me habría reconfortado.

Dr. Arnald Soler.

Cubrí las fotografías con un mapa turístico desplegado apresuradamente y fui a abrir.

Soler estaba en el pasillo, con su abrigo de lana gris impecable a pesar del viento que azotaba Aigüestortes. Sostenía un maletín de cuero médico en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. Su rostro, enmarcado por esa barba canosa cuidadosamente recortada, mostraba una fatiga ensayada.

—Lucas me llamó —dijo, entrando casi antes de que yo me apartara —. Dijo que te encontró vagando cerca del perímetro, que estabas alterada.

La mentira de Lucas para protegerme. Inteligente.

—Solo necesitaba aire —respondí, cerrando la puerta. El sonido del pestillo al deslizarse fue definitivo—. El hotel me asfixia.

Soler dejó las cosas sobre la cama. La habitación pareció encogerse con su presencia. De la bolsa emanó el aroma a café recién hecho y cruasanes, un olor a normalidad que resultaba obsceno dadas las circunstancias.

—Tienes mal aspecto, hija. —Se quitó los guantes de piel con movimientos lentos, casi hipnóticos—. Las pupilas dilatadas, palidez... El estrés postraumático es una bestia paciente, Elena. Espera a que bajes la guardia.

—Estoy bien, Arnald. —Me crucé de brazos, creando una barrera física—. ¿Qué haces aquí realmente?

—Traerte el desayuno y asegurarme de que no te desmoronas. — Abrió su maletín. El chasquido de los cierres metálicos resonó como el amartillar de un arma—. Y quizás darte algo para los nervios. Un sedante suave. Necesitas dormir antes de que la tormenta nos encierre a todos.

Se acercó al escritorio. Mi corazón golpeó contra mis costillas. El mapa cubría lo peor, pero los bordes de algunas fotos asomaban.

—No necesito dormir. Necesito entender.

Soler se detuvo, su mirada azul recorriendo el desorden de mi estación de trabajo improvisada. No había curiosidad en sus ojos, sino una evaluación clínica.

—¿Entender qué? —preguntó, con un tono suave, el mismo que usaba cuando yo era una estudiante brillante pero volátil.

—La física de esto. —Me acerqué a la mesa y retiré el mapa deliberadamente. Quería ver su reacción—. Lucas y yo encontramos algo más que árboles en el bosque.

Soler no retrocedió. Se inclinó sobre las imágenes del instrumental quirúrgico. Su expresión no cambió, ni un músculo se tensó, lo cual, paradójicamente, fue la reacción más alarmante de todas. Una persona normal habría preguntado qué era eso. Un médico inocente se habría sorprendido. Él simplemente observó.

—Parece... rudimentario —comentó, señalando la foto de los frascos.

—Eso pensé al principio. —Me apoyé en el marco de la ventana, dejando que la luz gris de la tormenta bañara mi perfil—. Pero mira los residuos en la mesa. No es hielo normal.

—Es un lugar frío, Elena. Las cosas se congelan.

—No así. —Giré para enfrentarlo plenamente—. El agua se expande al congelarse. Rompe los tejidos. Esto... esto es diferente. Es como si el agua hubiera sido sustituida.

Soler se enderezó, alisando una arruga inexistente en su abrigo.

—¿Sustituida? Estás hablando de criobiología avanzada. Eso requiere laboratorios de millones de euros, no una cueva en el Pirineo. Tu imaginación está buscando patrones donde solo hay coincidencia.

—¿Y si no es dinero lo que se necesita, sino conocimiento? —Lancé la pregunta como un anzuelo—. Un compuesto casero. Una mezcla de glicerol y... ¿qué más? ¿Dimetilsulfóxido?

Arnald soltó una risa breve, seca, carente de humor.

—El dimetilsulfóxido es tóxico a las concentraciones necesarias para evitar la cristalización total sin equipo industrial. El sujeto moriría antes de congelarse, y el tejido se degradaría por la toxicidad química. Quedaría una pasta amorfa, no una estatua.

La respuesta salió de él con una fluidez automática, de catedrático corrigiendo a un alumno.

—¿Entonces cómo explicarías que las muestras que vi no tuvieran escarcha superficial? —insistí, dando un paso hacia él—. La piel estaba lisa. Perfecta. Como porcelana.

Por primera vez, el Dr. Soler dudó. Fue un parpadeo, una fracción de segundo donde su máscara de mentor benévolo se resquebrajó. Sus dedos tamborilearon sobre el cuero de su maletín.

—Quizás... —empezó, eligiendo las palabras con cuidado quirúrgico —, quizás si se usara una solución de etilenglicol modificada, con un agente estabilizador. Algo que aumentara la viscosidad rápidamente para evitar la nucleación del hielo.

—Etilenglicol. Anticongelante.

—Refinado —corrigió él rápidamente—. Pero eso generaría un color característico. Un tono azulado en las extremidades.

Mi mente hizo clic. El sonido fue ensordecedor en mi cabeza.

Yo no le había dicho nada sobre el color de las muestras. Las fotos en la mesa eran impresiones en blanco y negro que había sacado con la impresora de la recepción antes de subir, o simplemente visualizaciones en la pantalla pequeña de la cámara que él no había examinado de cerca. Y sin embargo, él estaba visualizando el resultado clínico.

—Nadie ha hablado de tonos azulados, Arnald.

El silencio que siguió fue denso, pesado como una manta de plomo. El viento golpeó la ventana, haciendo vibrar el vidrio en su marco.

Soler me miró. Ya no había paternalismo en sus ojos. Había una inteligencia fría, calculadora, la mirada de un ajedrecista que se da cuenta de que ha movido un peón demasiado pronto.

—Es una hipótesis médica, Elena. —Su voz bajó una octava, volviéndose peligrosamente suave—. Deduzco basándome en la fisiología. Si inyectas eso, la cianosis es inevitable. Es de libro de texto.

—No está en los libros de texto que yo estudié. Y he leído tu bibliografía completa.

Él sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—La medicina es un arte vasto. Siempre hay rincones oscuros que no se enseñan en la universidad para no dar ideas a mentes... impresionables.

Cerró su maletín con un golpe seco.

—Deberías comer algo. El azúcar te ayudará a pensar con claridad. Estás viendo fantasmas, Elena. Y los fantasmas, cuando se les da demasiada atención, tienden a volverse peligrosos.

—¿Es una amenaza clínica o personal?

—Es un consejo médico. —Se dirigió a la puerta con paso firme—. La tormenta va a empeorar. No salgas. Y deja de jugar a los detectives con cosas que superan tu comprensión. La naturaleza tiene sus propios métodos de conservación, no necesita ayuda humana.

Abrió la puerta y el aire del pasillo entró, trayendo consigo el eco lejano de truenos.

—Por cierto —dijo, deteniéndose en el umbral sin girarse—, esa mezcla de la que hablas... la propietaria. Si existiera, olería a

almendras amargas y menta para ocultar el solvente. Si alguna vez hueles eso, corre.

La puerta se cerró tras él.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo el frío de la habitación me calaba hasta los huesos. Almendras y menta.

Me acerqué a la mesa y tomé la cámara. Hice zoom en una de las fotos del taller, en un rincón oscuro que había pasado por alto. Allí, apenas visible detrás de un frasco, había una caja de pastillas de menta industrial y, al lado, un recipiente de vidrio oscuro con un símbolo químico grabado a mano.

Soler no había especulado. Había descrito la receta.

Me llevé la mano a la boca, sintiendo la bilis subir por mi garganta. Él sabía exactamente qué mezcla se estaba usando porque no era una técnica forense estándar. Era una firma de autor.

El "taller" no era solo un lugar de carnicería. Era un laboratorio de pruebas para una tesis que Arnald Soler llevaba años escribiendo en su cabeza, o quizás, ejecutando con sus propias manos.

Miré el reloj de mi padre. Las manecillas marcaban la una y cuarto. Lucas estaba en el Ayuntamiento, metiéndose en la boca del lobo con la Alcaldesa, y yo acababa de invitar al lobo a mi habitación.

Fui hacia la puerta y eché el cerrojo, luego arrastré una silla y la encajé bajo el pomo. Un gesto inútil, lo sabía. Si Soler quería entrar, entraría. Si él era el Escultor, o su mentor, ninguna puerta de madera podrida lo detendría.

Mi mirada volvió al mapa turístico sobre la mesa. Aigüestortes no era un refugio; era una placa de Petri gigante, y nosotros éramos los cultivos esperando ser congelados.

Tenía que avisar a Lucas. Pero cuando saqué mi teléfono, la pantalla mostró lo que más temía: "Sin Servicio".

La Bestia Blanca había llegado, y con ella, el aislamiento total. Estaba sola con la verdad, y la verdad tenía un sabor metálico y venenoso.

CAPÍTULO 10: LA JAULA DE HIELO

Aigüestortes, 21 de diciembre de 2018 20:00 PM

La tormenta había dejado de ser un simple fenómeno meteorológico para convertirse en una entidad con voluntad propia. Fuera, la nieve no caía; atacaba. Golpeaba los cristales del Hostal del Valle con la cadencia furiosa de mil puños diminutos exigiendo entrar, sepultando el mundo bajo un manto blanco que borraba carreteras, senderos y cualquier rastro de civilización.

En la habitación 204, Elena Vives sentía cómo el aire se espesaba. No era solo la falta de ventilación, sino la presión atmosférica cayendo en picado, un peso invisible que le oprimía el pecho y hacía que su cicatriz en la palma izquierda palpitara con un ritmo sordo.

Ajustó el enfoque de la cámara digital sobre la muestra de tejido. A través de la lente macro, la carne vitrificada del cadáver de la cueva parecía un paisaje alienígena, una geografía de cristales perfectos que desafiaban la biología. No había ruptura celular. Esa era la firma del artista: la preservación absoluta.

—No es hielo natural —murmuró para sí misma. Su voz sonó extraña, absorbida por las paredes forradas de madera.

Guardó el bisturí en el kit forense con un movimiento mecánico. Sus dedos estaban rígidos, y no solo por la temperatura que descendía en la estancia. La mentira del doctor Soler sobre los suministros

químicos flotaba en su mente como una mancha de aceite en agua. Él tenía acceso. Él sabía cómo detener el tiempo biológico.

Se llevó la mano a la muñeca y acarició la esfera fría del reloj de su padre. El segundero avanzaba a trompicones, el único sonido rítmico en aquel caos estático. Tic. Tac. Tic. Necesitaba salir de esa habitación, pero el pasillo se sentía tan amenazante como la ventisca exterior.

A dos kilómetros de distancia, en la comisaría local, Lucas Riera libraba una guerra perdida contra la estática.

—Central, aquí Aigüestortes. ¿Me reciben? Cambio.

El único retorno fue un chirrido agónico, una mezcla de ruido blanco y distorsión que le taladró el oído. Soltó el micro con frustración, dejándolo caer sobre el escritorio lleno de mapas topográficos.

Su pierna derecha era un bloque de dolor. La bajada de presión anunciaba el desastre en sus articulaciones con más precisión que cualquier barómetro. Se masajeó el muslo, sintiendo la tensión de los músculos bajo la tela del uniforme.

—Jefe —la voz del agente joven, Marcos, temblaba desde el marco de la puerta—. El generador de emergencia de la antena está tosiendo humo negro. El viento ha doblado uno de los soportes.

Lucas se levantó, ignorando el pinchazo en su rodilla. Caminó hacia el ventanal blindado de la entrada. Lo que vio fuera le heló la sangre más que el aire de la montaña. Los árboles se doblaban en ángulos imposibles, como juncos ante una guadaña invisible.

—Si perdemos la antena, perdemos los ojos y la voz —dijo Lucas, más para sí mismo que para su subordinado—. Estamos solos, Marcos.

El joven asintió, pálido. La radio emitió un último chasquido, similar al de un hueso al partirse, y luego calló para siempre.

De vuelta en el hostal, el doctor Arnald Soler cruzaba el vestíbulo desierto. Sus pasos quedaban amortiguados por las alfombras persas, pero el eco de su respiración le resultaba ensordecedor. Llevaba el abrigo de lana abrochado hasta el cuello, una armadura insuficiente contra el frío que se filtraba por las rendijas de las ventanas antiguas.

Se detuvo frente a la recepción vacía. La madera crujía bajo la embestida del viento. Arnald miró hacia la escalera que conducía al segundo piso, donde Elena Vives jugaba a ser detective con fragmentos de muerte. Sabía que ella sospechaba. Lo había visto en sus ojos verdes, esa mirada analítica que desnudaba intenciones.

Metió la mano en el bolsillo y apretó la bolsa de papel vacía arrugada en su puño. Tenía que tomar una decisión. El valle se estaba cerrando, convirtiéndose en una tumba de hielo, y los secretos que había guardado durante décadas amenazaban con salir a la superficie con el deshielo.

Pero no habría deshielo. No pronto.

El sonido llegó primero.

No fue un trueno, sino un desgarró metálico, agudo y terrible, que resonó por todo el valle y superó el aullido del viento. Fue el lamento del acero cediendo ante la naturaleza.

En la ladera norte, la torre de telecomunicaciones, el único cordón umbilical que unía Aigüestortes con el siglo veintiuno, sucumbió. Los pernos de la base saltaron como balas de fusil. La estructura de treinta metros osciló una vez, dos veces, y luego se desplomó en cámara lenta, arrastrando consigo el tendido eléctrico principal en una lluvia de chispas azules que iluminaron la noche por un instante, un flash fotográfico de la catástrofe.

En la habitación 204, la lámpara de la mesilla de Elena parpadeó.

La luz osciló, luchando por mantenerse viva. Luego, con un zumbido eléctrico que sonó a despedida, la bombilla se apagó.

El ordenador portátil murió. El zumbido de la calefacción cesó. El silencio mecánico fue instantáneo y absoluto.

Elena se quedó inmóvil en la negrura. Sus pupilas se dilataron, buscando desesperadamente una referencia visual, pero el mundo se había reducido a sombras densas. Se levantó de la silla, volcando el kit forense en su precipitación. El ruido de los instrumentos metálicos golpeando el suelo fue una explosión en la quietud.

Tanteó en la oscuridad hasta encontrar la ventana.

Fuera, el pueblo de Aigüestortes había dejado de existir. Las farolas de la calle principal, las luces de las casas en la ladera, el letrero de neón de la farmacia... todo había sido engullido. No había luna, ni estrellas; solo la masa grisácea de la tormenta y la oscuridad abismal que lo devoraba todo.

Lucas, desde la comisaría, vio cómo la negrura avanzaba por el valle como una marea de tinta, tragándose edificio tras edificio hasta llegar a ellos. La luz de emergencia del techo parpadeó y, con un chasquido seco, el filamento se fundió.

—Mierda —susurró Lucas en la penumbra.

Estaban ciegos. Sordos. Mudos.

La "Bestia Blanca" había cerrado la jaula.

Elena pegó la frente al cristal helado de su habitación. Su aliento empañó el vidrio, creando una barrera de vaho que tuvo que limpiar con el puño de la manga. Necesitaba ver algo, cualquier cosa que le confirmara que no estaba flotando en el vacío.

Y entonces, lo vio.

Allí, en la linde del bosque, donde los pinos negros se alzaban como centinelas de un reino prohibido.

Una luz.

No era una farola, ni un coche. Era un punto de luz fijo, blanco, quirúrgico. Brillaba con una intensidad antinatural entre la maleza, a unos trescientos metros del hotel. No parpadeaba. Estaba allí, estática, desafiando la oscuridad total que había consumido al resto del valle.

Elena sintió que el estómago se le cerraba en un puño. Un escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura le recorrió la nuca, erizándole el vello de los brazos. Esa luz no era una señal de socorro.

Era una invitación.

Alguien estaba allí fuera, en medio de la tormenta, con una fuente de energía propia, observando el hotel. Observándola a ella.

La luz se mantuvo encendida durante diez segundos eternos. Luego, con la misma brusquedad con la que había aparecido el apagón, se extinguió, dejando una imagen residual en la retina de Elena y la certeza absoluta de que la caza había comenzado.

CAPÍTULO 11: EL VISITANTE NOCTURNO

Hostal del Valle, Pirineo Catalán 22 de Diciembre de 218 00:15 AM

La oscuridad no era simplemente una ausencia de luz; era una entidad física que había devorado el vestíbulo hacía horas. Cuatro horas, para ser exactos, desde que la antena colapsó y la red eléctrica del valle exhaló su último aliento, dejando al Hostal del Valle sumido en una penumbra abisal.

Elena Vives ajustó el haz de su linterna, observando cómo las partículas de polvo danzaban en el cono de luz blanca, suspendidas como astros muertos en una galaxia en miniatura. El frío ya no era una advertencia, sino un inquilino que se había instalado en los huesos. Se frotó los brazos sobre la chaqueta técnica, sintiendo la fricción inútil contra la tela impermeable. El silencio del edificio era absoluto, solo roto por el gemido distante de la estructura de madera resistiendo el embate del viento exterior.

Lucas Riera estaba junto a la entrada principal, una silueta recortada contra las sombras. Su postura era rígida, la mano derecha descansando instintivamente sobre la funda de su arma en la cintura. La cojera de su pierna derecha se acentuaba con la bajada de temperatura, obligándolo a cambiar el peso de un pie a otro con un ritmo casi hipnótico.

—¿Lo has oído? —preguntó Lucas. Su voz sonó rasposa, carente de eco en la amplitud de la sala amueblada con sofás de cuero y alfombras persas que ahora parecían manchas de tinta.

Elena asintió, aunque él no podía verla fuera del radio de luz. —Golpes.

No era el viento. La Bestia Blanca, como llamaban los locales a la tormenta, aullaba y arañaba, pero esto era rítmico. Deliberado. Urgente.

Pum. Pum. Pum.

Alguien golpeaba la madera maciza de la puerta principal con la desesperación de quien sabe que el tiempo se ha agotado.

Lucas avanzó. El haz de su linterna policial cortó la negrura, iluminando los cerrojos de hierro forjado. Elena lo siguió, con el bisturí que había guardado en su bolsillo pesando como un ancla moral; una herramienta de precisión en un mundo que se estaba volviendo demasiado tosco.

—Apártate, Elena —ordenó el policía. No hubo duda en su tono, solo la autoridad de quien está acostumbrado a interponerse entre el peligro y los civiles.

Lucas deslizó el pasador superior. El metal chirrió, un sonido agudo que pareció desgarrar el aire helado del vestíbulo. En cuanto giró el pomo, la naturaleza reclamó su espacio.

La puerta se abrió de golpe, empujada por una fuerza invisible y violenta. La ventisca irrumpi en el lobby como una explosión de cristales molidos. El viento aulló, apagando el silencio sepulcral y lanzando una cortina de nieve horizontal que cegó a Elena momentáneamente. El frío, hasta entonces pasivo, se tornó agresivo, mordiendo cualquier centímetro de piel expuesta.

Una figura se desplomó hacia el interior, cayendo sobre las baldosas de pizarra con el sonido sordo de un saco de carne congelada.

Lucas luchó contra la puerta, empujando con el hombro y haciendo una mueca de dolor cuando su pierna mala protestó, hasta que logró cerrarla de nuevo, silenciando el rugido de la tormenta a un murmullo amenazante.

Elena ya estaba de rodillas junto al recién llegado. Enfocó su linterna.

Era un hombre. O lo que quedaba de uno.

Llevaba un anorak azul marino con el logotipo de la empresa de mantenimiento del valle, rasgado en el hombro. Su rostro era una máscara de horror cerúleo; la piel tenía ese tono grisáceo y translúcido de la cera vieja. La escarcha se había soldado a sus pestañas y a la barba de tres días, creando una costra de hielo que le daba un aspecto irreal, casi escultórico.

—¡Lucas, ayúdame! —gritó Elena, buscando instintivamente el pulso en la carótida. Su propia mano temblaba, pero sus dedos encontraron la piel del hombre dura como el mármol—. ¡Está hipotérmico!

El policía se arrodilló al otro lado, iluminando el cuerpo. —Es Miquel. El técnico de la antena.

Miquel abrió los ojos. No había pupilas, solo dos pozos dilatados que miraban hacia un infinito aterrador. Sus labios, agrietados y azules, se movieron sin emitir sonido, como un pez fuera del agua boqueando por oxígeno.

Elena acercó su oído a la boca del hombre. Sentía el aliento de él, tenue y con ese olor dulzón y metálico que precede al final. —Miquel, mírame —exigió ella, usando su tono profesional, esa voz diseñada para anclar a las víctimas a la realidad—. Estás en el hotel. Estás a salvo.

El cuerpo del técnico se convulsionó. No era un temblor de frío, sino el espasmo final de un sistema nervioso colapsando. Su mano, enguantada y rígida, se alzó torpemente para aferrar la solapa de

Elena. La fuerza del agarre la sorprendió; era la desesperación pura convertida en acción motora.

—No... —graznó él. La palabra salió envuelta en una nube de vapor —. No... a salvo.

Elena buscó heridas visibles. Aparte de la congelación evidente, vio hematomas en el cuello, marcas púrpuras que no eran obra del frío, sino de dedos humanos. Alguien lo había sujetado con fuerza.

—¿Qué ha pasado, Miquel? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Lucas, acercándose tanto que su linterna iluminó las fosas nasales dilatadas del moribundo.

El hombre tosió, un sonido húmedo y cavernoso. Sangre oscura brotó de la comisura de sus labios, manchando la nieve derretida en el suelo. —La... luz... —susurró, con la voz rota como hojas secas pisadas—. Me vio.

Elena sintió un nudo en el estómago, una presión física que le dificultaba respirar. La luz en el bosque. La que habían visto desde la ventana antes de bajar.

—¿Quién te vio? —insistió ella, limpiando la sangre con su manga, un gesto inútil pero humano.

Miquel fijó su mirada en el techo oscuro, o quizás más allá, atravesando el hormigón y la madera hasta el cielo encapotado. Sus ojos se llenaron de una lucidez repentina y terrible, esa claridad final que a veces otorgan los últimos segundos.

—El Escultor... —dijo, y esta vez la palabra fue clara, nítida, una sentencia—. Está... en el sótano.

La revelación cayó sobre ellos con más peso que la oscuridad del hotel. Elena se quedó paralizada. El sótano. Debajo de sus pies. En la misma estructura donde intentaban refugiarse.

El agarre en la solapa de Elena se aflojó. La mano de Miquel cayó al suelo con un golpe seco. El aire abandonó sus pulmones en un

suspiro largo y definitivo, llevándose consigo la última chispa de calor que le quedaba. Sus ojos quedaron fijos, vidriosos, capturando para siempre el terror de lo que fuera que había visto en la negrura.

Lucas soltó una maldición ahogada y se pasó una mano por el rostro, frotándose los ojos con fuerza. —Joder.

Elena se apartó lentamente, gateando hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pata de un sillón. Se miró las manos. Tenía sangre de Miquel en la manga y la sensación de su muerte impregnada en la piel.

—Está muerto —declaró ella. No era una pregunta. Era la confirmación clínica de un hecho irreversible.

El silencio volvió a apoderarse del vestíbulo, pero ahora tenía una cualidad diferente. Ya no era un vacío. Ahora estaba habitado. Habitado por un cadáver a sus pies y por una amenaza que respiraba debajo de ellos.

Lucas se puso de pie, ignorando el dolor de su pierna. Alumbró hacia el pasillo que conducía a las cocinas y, más allá, a las escaleras de servicio. El haz de luz se perdió en la negrura, incapaz de disipar el miedo que acababa de germinar.

—Dijo el sótano —murmuró el policía, desenfundando su arma por completo y quitando el seguro con un chasquido metálico que resonó como un disparo—. Elena, coge tu equipo.

La mujer asintió, recogiendo su linterna del suelo. Sus dedos rozaron el reloj de hombre que llevaba en la muñeca, el tictac mecánico inaudible pero presente contra su pulso acelerado. La ventisca seguía golpeando los muros, encerrándolos en una tumba de hielo y piedra, pero el verdadero peligro ya no estaba fuera.

Habían dejado entrar a la muerte, pero el asesino ya estaba dentro.

CAPÍTULO 12: DESCENSO AL INFRAMUNDO

Aigüestortes, Valle de Boí 22 de diciembre de 2018

La puerta de servicio, situada tras el mostrador de recepción, cedió con un gemido de madera hinchada que rompió el silencio sepulcral del vestíbulo. Lucas avanzó primero, con el arma reglamentaria extendida y el haz de su linterna cortando la densidad del polvo en suspensión. Su pierna derecha, rígida por el cambio de presión atmosférica que traía la tormenta, arrastraba levemente sobre las baldosas, produciendo un siseo rítmico, doloroso de escuchar.

Elena lo siguió, aferrando su cámara con los nudillos blancos. El aire allí olía diferente al hedor metálico de la sangre que habían dejado atrás con el cadáver de Matías; aquí abajo, la atmósfera tenía el sabor rancio de la humedad estancada y un subtono químico, similar al alcanfor, que le picaba en la garganta.

—Cuidado con los escalones —murmuró Lucas. Su voz rebotó en las paredes estrechas, distorsionada, como si el edificio quisiera digerir sus palabras.

El descenso no era una simple bajada a un almacén. La escalera se curvaba en una espiral angosta, tallada en la roca viva de la montaña sobre la que se asentaba el hotel. A cada paso que daban, la temperatura, ya de por sí gélida, descendía otro grado. Elena

sintió cómo el frío traspasaba las capas de su ropa técnica, buscando el calor de sus órganos vitales como un parásito invisible. Llevó la mano izquierda al pecho, rozando la esfera del reloj de su padre, buscando en el tictac mecánico un ancla contra la claustrofobia que empezaba a cerrar sus garras alrededor de su cuello.

Las paredes de ladrillo visto dieron paso a bloques de granito irregulares, enormes y primitivos.

—Alto —susurró ella, deteniéndose en seco.

Lucas giró el torso, barriendo la pared con la luz.

—¿Qué ves?

Elena se acercó a la superficie de piedra. No estaba vacía. Alguien, hacía mucho tiempo, había utilizado carbón o una herramienta punzante para marcar la roca. No eran los grafitis urbanos a los que estaba acostumbrada en los callejones de la ciudad, ni las firmas de adolescentes aburridos.

Eran diagramas. Líneas geométricas que se superponían con trazos frenéticos. Elena trazó una de las líneas con el dedo enguantado. Había fechas, algunas de principios del siglo XX, y frases en un latín bastardo, escritas con una caligrafía picuda y furiosa. *Natura non facit saltus*. La naturaleza no da saltos. Y debajo, más reciente, casi fresco: *Perfectionis*.

—Parece un registro —dijo Elena, fotografiando la pared. El flash estalló, revelando por una fracción de segundo la magnitud de las inscripciones: cubrían todo el pasillo descendente, un tapiz de obsesión grabado en piedra—. O una cuenta atrás.

—Sea lo que sea, no es de Matías —Lucas reanudó la marcha, pero su agarre sobre la pistola se había tensado—. Esto lleva años aquí.

El pasillo desembocó abruptamente en una caverna vasta, y el haz de luz de Lucas se perdió en la negrura antes de encontrar el techo. El sonido de sus pasos cambió; ya no era el golpe seco sobre la

piedra, sino un eco hueco, resonante, que sugería una amplitud catedralicia.

Elena alzó su propia linterna, barriendo el espacio. Su respiración se detuvo.

No estaban en un sótano convencional. Ante ellos se desplegaba una columnata de arcos de medio punto, desgastados por los siglos pero inconfundibles. El suelo estaba cubierto de mosaicos fracturados donde teselas azules y blancas formaban patrones de olas.

—Dios santo... —exhaló Lucas, bajando el arma por pura incredulidad.

En el centro de la estancia subterránea, una inmensa piscina rectangular dominaba el espacio. No había agua líquida. La superficie era una losa de hielo negro, perfectamente lisa, que reflejaba sus siluetas deformadas como espejos de feria macabra.

—Termas —dedujo Elena, su mente de perfiladora encajando las piezas arquitectónicas—. El hotel se construyó sobre unas antiguas termas romanas. Por eso lo llamaban «Sanatorio». Aprovecharon las aguas medicinales...

—Hasta que se congelaron —completó Lucas, iluminando el borde de la piscina.

El descubrimiento añadía una capa de antigüedad opresiva al lugar. Estaban pisando un estrato de historia olvidado, un lugar diseñado para la curación que ahora parecía una tumba. El vaho de sus respiraciones se mezclaba en el aire estático.

Un ruido al fondo, algo parecido al roce de plástico contra piedra, hizo que Lucas volviera a levantar el arma.

—¿Hay alguien ahí? —gritó. El eco le devolvió su propia voz multiplicada: *ahí, ahí, ahí*.

Nadie respondió, pero la linterna de Elena captó un grupo de figuras al otro lado de la piscina helada, agrupadas en una esquina, en la

penumbra.

Eran cinco. Quizás seis. Estaban de pie, inmóviles, con las extremidades en ángulos antinaturales.

—Lucas... —Elena sintió una punzada en el estómago, una náusea repentina que no tenía nada que ver con el olor.

—Quédate aquí.

—No.

Avanzaron juntos, rodeando el perímetro del hielo. El crujido de sus botas sonaba como disparos en aquel silencio de mausoleo. A medida que se acercaban, las figuras cobraban definición. La piel pálida, brillante bajo la luz artificial. Los torsos desnudos.

Elena se preparó para ver rostros de cadáveres, la expresión vacía de la muerte que tan bien conocía. Pero cuando el haz de luz iluminó de lleno al grupo, la realidad fue más grotesca que la expectativa.

No eran personas; tampoco simples maniquíes de escaparate. Eran modelos anatómicos antiguos, de esos usados en las facultades de medicina décadas atrás. Estaban destrozados. A uno le faltaba la mandíbula inferior, arrancada con violencia, dejando ver un mecanismo de resorte oxidado. A otro le habían abierto el torso, no con la precisión de un cirujano, sino con la furia de un animal, exponiendo órganos de plástico pintado que colgaban como frutas podridas.

Estaban dispuestos en círculo, como si estuvieran celebrando un cónclave silencioso.

Elena se acercó al más alto. Tenía la cabeza girada 180 grados, mirando hacia su propia espalda. En el pecho de fibra de vidrio, alguien había usado un bisturí para tallar sobre el material sintético. Esta vez, no se trataba de palabras, sino de cortes profundos, incisiones que imitaban heridas quirúrgicas.

—Estaba practicando —susurró Elena, sintiendo cómo la bilis le subía a la boca. La repulsión era física, visceral—. No es arte. Es ensayo.

Lucas iluminó el suelo alrededor de los maniquíes. Había fragmentos de «piel» sintética esparcidos por todas partes, y entre ellos, herramientas reales. Un separador costal. Unas pinzas hemostáticas dobladas.

—¿Ensayo para qué? —preguntó el policía, aunque su tono sugería que prefería no saber la respuesta.

—Para preservar —contestó ella, mirando los ojos de vidrio de un maniquí infantil que la observaba desde el suelo—. O para corregir lo que él considera imperfecto.

La linterna de Lucas parpadeó una vez. Luego dos. La batería, afectada por el frío extremo, estaba empezando a morir. La oscuridad del fondo de la sala, donde las termas se extendían hacia túneles aún más profundos, pareció avanzar un paso hacia ellos, reclamando su territorio.

CAPÍTULO 13: FRACTURAS INTERNAS

Aigüestortes, 22 de diciembre de 2018 Amanecer

El ascenso desde las profundidades de las termas había sido un peregrinaje silencioso, una procesión de dos almas cargando con el peso de una verdad demasiado grande para ser compartida bajo la luz artificial del vestíbulo. La noche se había disuelto no en un estallido de sol, sino en una degradación del negro al gris sucio, ese tono específico de la ceniza húmeda que anuncia que el mundo exterior ha dejado de existir.

Elena Vives observaba el vapor que emanaba de su taza vacía. Sus manos, aferradas a la cerámica barata, buscaban un calor que el sistema de calefacción del hotel ya no podía garantizar. La cocina industrial era un vasto mausoleo de acero inoxidable y azulejos blancos, un lugar diseñado para el ruido y el caos culinario, ahora reducido a un silencio litúrgico, solo roto por el zumbido asmático de una nevera moribunda.

Llevaba el reloj de su padre en la muñeca izquierda. El segundero avanzaba con una cadencia que le resonaba en las sienes, un martilleo constante contra el hueso. *Tic*. Una vida. *Tac*. Una muerte. La cicatriz en forma de media luna de su palma le picaba, un recordatorio fantasma de que el peligro no estaba solo en los maniquíes mutilados del sótano, sino en la tensión estática que llenaba la habitación.

Lucas Riera estaba de pie junto al marco de la puerta de servicio, con los hombros apoyados en la madera como si sostuviera la estructura del edificio por pura voluntad. Su pierna derecha, la mala, apenas rozaba el suelo; distribuía el peso hacia la izquierda con una naturalidad ensayada durante años de ocultar la debilidad. Sus ojos, dos pozos de café oscuro enturbiados por el insomnio, barrían el espacio vigilando las entradas.

Frente a ellos, el personal del hotel se congregaba como un rebaño asustado ante la inminencia del lobo.

El gerente, un hombre llamado Vallés cuya calva brillaba con una fina capa de transpiración a pesar del frío, se secaba la frente con un pañuelo arrugado. A su lado, Marta, la camarera de pisos de rostro anguloso, y Bernat, el cocinero corpulento de manos enrojecidas, intercambiaban miradas que no requerían traducción verbal. El miedo tiene un idioma universal: pupilas dilatadas y respiraciones cortas.

—La situación es insostenible —dijo Vallés, con voz temblorosa, carente de la autoridad impostada que solía exhibir en la recepción —. La carretera sigue bloqueada. La radio está muerta. Y ahora… esto.

Elena levantó la vista. No miró a los ojos de nadie; se centró en la yugular del gerente, observando cómo el pulso latía desbocado bajo la piel flácida. 110 pulsaciones por minuto. Pánico contenido.

—¿Esto? —preguntó Lucas. Su voz era grave, una lija pasando sobre piedra.

Bernat dio un paso al frente. Su delantal, normalmente impoluto, mostraba manchas de grasa vieja. Se giró hacia la gran cámara frigorífica situada al fondo de la estancia, una bestia metálica de puerta pesada.

—Fui a preparar el desayuno —gruñó el cocinero. Había una mezcla de incredulidad y furia en su tono—. Racionamiento, como dijisteis. Algo caliente para mantener la moral.

Caminó hacia la despensa seca, un cuarto anexo con estanterías de metal, y abrió la puerta de par en par. El gesto fue teatral, violento.

El vacío les devolvió la mirada.

No era una ausencia total, lo cual habría sido menos inquietante. Era una sustracción quirúrgica. Faltaban las latas de conserva, los embutidos curados, las cajas de alimentos energéticos, el chocolate, el alcohol de alta graduación. Solo quedaban sacos de harina abiertos, especias inútiles y servilletas de papel. Los huecos en los estantes parecían dientes arrancados de una boca enferma.

—¿Cuándo? —La pregunta salió de los labios de Elena antes de que pudiera filtrarla. Su mente analítica ya estaba trazando líneas temporales, calculando volúmenes y rutas de escape.

El sonido de su voz pareció actuar como un detonante. Las cabezas se giraron hacia ella al unísono, un movimiento coreografiado por la sospecha.

—Anoche estaba todo aquí —escupió Marta, cruzándose de brazos como si quisiera proteger sus órganos vitales—. Yo misma cerré con llave antes de subir a las habitaciones.

—La cerradura no está forzada —apuntó Lucas, acercándose a examinar el marco. Sus dedos callosos recorrieron el metal sin encontrar arañazos—. Quien lo hizo tenía llave o sabía cómo evitar el cerrojo.

—O quizás nunca se fue a dormir —dijo Bernat. El cocinero se giró hacia Elena, y su cuerpo masivo pareció expandirse, ocupando más espacio del que le correspondía—. Quizás alguien ha estado paseándose por el hotel mientras los demás intentábamos descansar.

La atmósfera cambió. La temperatura en la cocina pareció descender 10 grados de golpe. Ya no era una reunión de supervivientes; era un tribunal improvisado.

Elena sintió esa presión familiar en el pecho, la garra de la claustrofobia emocional cerrándose sobre sus pulmones. *No reacciones*, se ordenó. *Observa*.

Bernat tenía los nudillos blancos. Vallés miraba al suelo, incapaz de sostener la confrontación, cómplice por omisión. Marta la miraba con un desprecio que iba más allá de la lógica; era el rechazo atávico de la tribu hacia el forastero que trae la desgracia.

—Llevas aquí dos días —continuó el cocinero, dando un paso hacia la mesa donde Elena estaba sentada—. Desde que llegaste, todo se ha ido a la mierda. Primero la tormenta, luego los ruidos, ahora la comida.

—Eso es absurdo —dijo Elena, manteniendo el tono neutro, casi clínico—. Físicamente no podría haber movido esa cantidad de provisiones sola y sin hacer ruido. Además, ¿dónde iba a esconderla? ¿En mi habitación?

—Tienes esa mochila —intervino Marta, señalando el equipo de montaña que descansaba a los pies de la silla de Elena—. Y ayer bajaste al sótano. Nadie baja al sótano. Está prohibido. ¿Qué hacías allí? ¿Esconder lo que nos has robado?

La acusación carecía de fundamento, pero en situaciones de estrés extremo, la verdad es irrelevante; lo único que importa es encontrar un culpable para canalizar el terror. Elena era el chivo expiatorio perfecto: distante, extraña, ajena al valle.

—Estaba investigando —respondió Elena. Sus ojos verdes, del color del musgo helado, se clavaron en Marta—. Y lo que hay abajo es mucho peor que unas latas de atún desaparecidas. Deberíais preocuparos por…

—¡No nos vengas con cuentos de ciudad! —gritó Bernat, golpeando la mesa de acero con la mano abierta. El estruendo resonó como un disparo, haciendo vibrar la vajilla—. ¡Queremos saber dónde está la comida! ¡Tengo hijos en casa a los que no sé cuándo veré, y no voy

a morir de hambre por culpa de una pija de Barcelona que juega a los detectives!

El cocinero avanzó otro paso. Su invasión del espacio personal de Elena fue una agresión flagrante. La sombra de su cuerpo cayó sobre ella, eclipsando la pálida luz de la ventana. Elena se tensó, sus músculos preparándose para la huida o la lucha, la adrenalina inundando su torrente sanguíneo con el sabor metálico del miedo antiguo.

—Bernat, atrás —advirtió Lucas desde la despensa.

—Tú cállate, Riera —le espetó el hombre, cegado por la ira—. Siempre protegiendo a los de fuera. ¿Es que te estás tirando a la…?

El movimiento fue un borrón.

Lucas no corrió; su cojera se lo impedía. Pero la velocidad de su reacción no residía en las piernas, sino en la furia explosiva que había estado conteniendo. En dos zancadas largas y desiguales, se interpuso entre el cocinero y la mesa.

No sacó el arma. No hizo falta.

Lucas agarró a Bernat por la solapa del delantal y lo empujó hacia atrás con una violencia seca, bruta. El cocinero, a pesar de su tamaño, tropezó y chocó contra la encimera de mármol, derribando una pila de bandejas que cayeron con un estrépito de metal torturado.

El jefe de policía no se detuvo ahí. Se abalanzó sobre el espacio que acababa de crear, acorralando al otro hombre. Su rostro estaba a centímetros del de Bernat. Las venas de su cuello se marcaban como cuerdas bajo la piel.

—¡He dicho que atrás! —bramó Lucas.

Su voz no era la de un vecino, ni la de un amigo. Era la voz de la autoridad quebrada, de un hombre que ha visto el abismo y no tiene

paciencia para las pequeñeces humanas. El eco del grito rebotó en los azulejos, silenciando incluso el zumbido de la nevera.

Marta soltó un pequeño grito ahogado y se llevó la mano a la boca. Vallés retrocedió hasta chocar con la pared, pálido como la cera.

Lucas respiraba con dificultad. El dolor de su pierna debía ser agónico tras el esfuerzo repentino, pero se mantenía erguido, una torre de protección entre la turba y la mujer sentada a la mesa.

—Nadie ha robado nada para sí mismo —dijo Lucas, bajando el volumen, pero manteniendo la intensidad letal—. Quien se ha llevado la comida no quiere comer. Quiere que nosotros pasemos hambre. Quiere que nos debilitemos. Quiere que nos peleemos entre nosotros como animales.

Se giró lentamente hacia el grupo, soltando a Bernat, quien se masajeaba el pecho, aturdido por la fuerza del empuje.

—Elena estaba conmigo —mintió Lucas, o al menos, omitió la parte en la que se habían separado brevemente—. Y lo que vimos abajo… Créanme, el problema no es ella. El problema es que no estamos solos en este hotel.

Un silencio espeso, casi sólido, se instaló en la cocina. La acusación contra Elena se había disuelto, reemplazada por una hostilidad latente, más fría y peligrosa. El grupo se había fracturado. Ya no eran seis personas atrapadas por la nieve. Eran dos bandos: Lucas y Elena contra el resto.

Elena se puso de pie despacio. Sus piernas temblaban, pero su rostro permanecía impasible, una máscara de porcelana agrietada. Recogió su taza vacía.

—Gracias por la confianza —dijo, su voz cortante como el viento que aullaba al otro lado del cristal—. Si me disculpan, tengo trabajo que hacer antes de que se vaya la luz.

Salió de la cocina sin mirar atrás, sintiendo en la nuca el peso de las miradas de odio y miedo. Lucas se quedó un segundo más, sosteniendo la posición, asegurándose de que nadie la siguiera, antes de cojear tras ella.

La fractura estaba hecha. Y por la grieta, el frío comenzaba a entrar.

CAPÍTULO 14: EL DIARIO DEL DR. F.

Aigüestortes, 22 de diciembre de 2018 Habitación 204

El ascenso desde las cocinas fue una peregrinación a través de un silencio denso, casi líquido. Elena Vives ascendió los tres tramos de escaleras, sintiendo la madera crujir bajo sus botas con un sonido que rememoraba huesos fracturándose. Dejó atrás el caos de la despensa saqueada, las acusaciones mudas del personal y la mirada de perro herido de Lucas. Necesitaba aislamiento. Su mente, esa máquina entrenada para categorizar el horror, exigía un entorno estéril para procesar la siguiente pieza del rompecabezas.

Al entrar en la habitación 204, el aire viciado la golpeó con olor a encierro y humedad. Cerró la puerta y echó el cerrojo. No fue suficiente. Arrastró la pesada silla de roble y la encajó bajo el pomo, construyendo una barricada física para un miedo que era, en esencia, invisible.

Se quitó los guantes con los dientes, ansiosa, y se sentó en el borde de la cama sin deshacer. De su mochila extrajo el objeto que quemaba a través de la tela: el diario encuadernado en cuero negro que había sustraído días atrás. La piel de la cubierta estaba agrietada, parecida a la textura de una mano anciana dejada a la intemperie.

Encendió la lámpara de la mesilla. La bombilla parpadeó, luchando contra la tormenta eléctrica que asediaba el valle, y arrojó sombras largas y convulsas sobre las paredes.

Elena abrió el cuaderno.

El olor a moho y formaldehído ascendió desde las páginas, una mezcla olfativa que activó en su cerebro la memoria muscular de las morgues y las salas de autopsias. No leyó de inmediato. Primero, observó la caligrafía. Era una letra picuda, inclinada hacia la derecha con una agresividad maníaca, donde las tildes parecían puñaladas sobre el papel.

—Vamos a ver quién eras —susurró, y su propia voz sonó extraña en la penumbra.

Pasó las primeras hojas, llenas de fechas de 1948. El autor, que firmaba solo con una F estilizada, no escribía bitácoras médicas estándar. Eran manifiestos.

«La corrupción de la carne es el pecado original de la biología. El calor es el enemigo. En el calor, las bacterias prosperan, los tejidos se ablandan, la moral se disuelve. El calor es putrefacción acelerada».

Una opresión se instaló en sus sienes. No era un médico buscando curar la tuberculosis; era un fanático obsesionado con detener el tiempo. Continuó leyendo, sus ojos verdes escaneando párrafos donde la terminología científica se mezclaba con delirios místicos.

«He observado que el hielo no destruye. El hielo purifica. Suspende la decadencia. Mis pacientes no mueren en la nieve; trascienden su propia mortalidad. Al bajar la temperatura corporal por debajo de los veinticinco grados, el alma se cristaliza, impoluta, perfecta para la eternidad».

Eugenesia. La palabra flotó en la mente de Elena, pesada como una lápida. El Dr. F. creía que estaba «salvando» a sus pacientes mediante la congelación metódica.

Un recuerdo no invitado asaltó a Elena, violento y repentino. Ya no estaba en el hotel. Estaba de vuelta en el Pirineo aragonés, seis meses atrás. El caso que la rompió. Veía el rostro de aquella niña, pálido y azulado, preservado bajo una capa de escarcha matutina. La belleza estática de la muerte que tanto horrorizaba a los vivos y que, al parecer, fascinaba al autor de este diario. Su respiración se volvió superficial. El pecho se le cerró como si unas costillas de hierro la apretaran desde fuera.

—Céntrate —se ordenó, clavándose las uñas en la palma de la mano izquierda, justo sobre la cicatriz en forma de media luna. El dolor agudo sirvió de ancla.

Volvió al cuaderno. Pasó una página y se detuvo ante un dibujo anatómico detallado con una precisión casi obscena. Mostraba un cuerpo humano sumergido en lo que parecía una bañera de inmersión, con anotaciones sobre los tiempos de congelación de cada órgano. El hígado resistía más que los riñones. El cerebro debía enfriarse primero para preservar la «esencia».

Y entonces, llegó a la lista.

Ocupaba las últimas páginas escritas con aquella pluma estilográfica antigua. El encabezado rezaba: *CANDIDATOS PARA LA OBRA MAGNA*.

No eran nombres de pacientes enfermos. Eran descripciones de rasgos. «Sujeto 1: Varón, complexión robusta, simetría facial perfecta. Resistencia al dolor elevada». «Sujeto 4: Hembra, edad fértil, cabello claro. La pureza estética es vital para la conservación».

Elena comprendió con una náusea vertiginosa que el Sanatorio no había sido un hospital, sino un estudio de arte macabro donde los materiales eran carne y hueso, y el cincel era el frío absoluto. El «Escultor» que los acechaba ahora no era un imitador cualquiera; era un discípulo, un continuador de esta teología helada.

Sus dedos pasaron la hoja con temblor. El papel crujió, seco y quebradizo.

En el margen derecho de la última página, la textura de la escritura cambió.

Ya no era la tinta sepia y desvaída de 1948. No había la oxidación del tiempo en los trazos. Era tinta azul, brillante, química. Tinta de bolígrafo moderno. Un añadido reciente, garabateado con una fuerza tal que había marcado el papel en relieve.

Elena acercó el cuaderno a la luz, negándose a aceptar lo que sus retinas le enviaban al cerebro. El corazón le golpeaba contra el esternón con la violencia de un pájaro atrapado.

Allí, entre las anotaciones de hace setenta años, había una lista nueva. Tres nombres tachados con una línea furiosa. Y debajo, el único nombre intacto, escrito con una caligrafía que denotaba posesión y hambre.

Elena Vives.

Al lado de su nombre, una nota en el mismo azul vibrante: *«Simetría intelectual. La pieza central. Lista para la recolección»*.

Soltó el diario como si fuera una brasa ardiendo. El cuaderno cayó al suelo con un golpe sordo, quedando abierto en esa página acusadora.

Elena retrocedió hasta chocar con la pared fría de la habitación. La realidad se fracturó. No estaba allí para resolver un crimen. No era la cazadora que perseguía a una bestia en la montaña. Todo este tiempo, desde que recibió la primera carta, desde que puso un pie en este valle maldito, no había sido más que ganado caminando voluntariamente hacia el matadero.

El viento aulló fuera, sacudiendo los cristales de la ventana, pero el verdadero frío, ese que el Dr. F. prometía que purificaría el alma, acababa de instalarse dentro de su propia sangre.

El enemigo no solo sabía quién era. La había estado esperando durante décadas.

CAPÍTULO 15: AVALANCHA

Aigüestortes, 22 de diciembre de 2018 Mediodía

El valle no guardaba silencio; contenía la respiración.

Lucas Riera se ajustó el cuello de la parka, sintiendo cómo el tejido sintético raspaba contra la barba de tres días que le sombreaba el rostro. El aire tenía un sabor metálico, similar al de una moneda vieja chupada bajo la lengua, un gusto que precedía a las nevadas que borraban caminos y reescribían la geografía. Pero aquello no era solo meteorología. Era una quietud artificial, tensa, como la cuerda de un violín estirada hasta el punto de ruptura.

Su pierna derecha, aquella que cargaba con la memoria de viejas lesiones y el secreto de un diagnóstico degenerativo que ocultaba al mundo, palpitaba con un ritmo sordo. Era su barómetro personal. El dolor no era agudo, sino una presión constante, un recordatorio de que el tiempo se le escapaba, no solo en la investigación, sino en la vida.

—No me gusta cómo se ven esas cornisas, jefe —dijo Marc, uno de los voluntarios del pueblo. El chico, apenas un veinteañero con el rostro enrojecido por el viento cortante, señalaba hacia la cresta occidental del pico que se alzaba sobre el hotel.

Lucas siguió la dirección de su dedo. La montaña se inclinaba sobre ellos con la arrogancia de un dios antiguo. Grandes acumulaciones

de nieve inestable colgaban como balcones de mármol a punto de ceder.

—Mantened a la gente alejada del perímetro norte —ordenó Lucas, su voz sonando ronca, tragada por la inmensidad blanca—. Si eso cae, no avisará.

—¿Cree que aguantará hasta que llegue el quitanieves?

Lucas no respondió de inmediato. Observó el cielo, un manto gris y plano, sin matices, que parecía haber descendido para aplastar las copas de los abetos. No había pájaros. No había viento. Solo esa espera insoportable.

—Nadie va a llegar, Marc. Estamos solos.

La afirmación no pretendía ser cruel, solo honesta. Lucas se giró hacia la fachada del antiguo sanatorio reconvertido en hotel de lujo. El edificio, una estructura imponente de piedra y madera, parecía un intruso en aquel reino de hielo. En el segundo piso, una ventana reflejaba la luz plomiza del día. La habitación 204.

Elena estaba allí.

Pensar en ella provocó una contracción involuntaria en su estómago. La admiración profesional que sentía por la experfiladora había mutado, rápida y peligrosamente, hacia un territorio que no podía permitirse explorar. Ella era una mujer hecha de cristales rotos y bordes afilados, buscando patrones en el caos, mientras él era un hombre que intentaba mantener el orden mientras su propio cuerpo se desmoronaba.

Dio un paso hacia la entrada principal, con la intención de reagrupar a los voluntarios en el vestíbulo, cuando el mundo se quebró.

No fue un rugido al principio. Fue un chasquido. Seco. Violento. Antinatural.

Crack.

El sonido reverberó en el valle con la claridad de un disparo de rifle, pero magnificado mil veces. No era el crujido perezoso del hielo derritiéndose. Era una detonación.

Lucas se detuvo en seco, el instinto policial gritando antes de que su cerebro procesara la información visual. *Explosivos*. Alguien había detonado una carga en la cresta.

—¡Corred! —el grito le desgarró la garganta—. ¡Adentro! ¡Todos adentro!

Levantó la vista. Lo que vio le heló la sangre más rápido que cualquier ventisca. La cima de la montaña pareció disolverse. La cornisa que Marc había señalado ya no era una estructura sólida; se había transformado en una pared líquida, una ola de espuma blanca y furia que comenzaba a descender devorando la ladera.

La gravedad hizo el resto. Toneladas de nieve, hielo y roca se precipitaron hacia el valle, ganando velocidad con cada metro, convirtiéndose en una bestia amorfa que borraba el bosque a su paso. Los árboles centenarios estallaban como palillos de dientes ante el empuje de la masa.

Desde la ventana de la habitación 204, Elena Vives observó el fin del mundo.

Tenía el diario del doctor en una mano y la otra apoyada contra el cristal frío. Su mente, entrenada para diseccionar escenas del crimen estáticas, luchaba por procesar la violencia cinética que se desplegaba ante sus ojos de color musgo. No había belleza en aquella destrucción, solo una fuerza bruta, indiferente y colosal.

Divisó las figuras diminutas abajo. Puntos negros sobre un lienzo blanco. Entre ellas, distinguió a Lucas.

Lo reconoció por su postura, por esa manera de cargar el peso sobre la pierna izquierda. Estaba empujando a otros hacia las puertas, gesticulando, gritando palabras que el doble acristalamiento silenciaba.

—¡Lucas! —gritó ella, golpeando el vidrio con la palma abierta, un gesto inútil, absurdo.

La marea blanca, una lengua de leviatán, alcanzó el límite del bosque y se abalanzó sobre el claro del hotel. Elena retrocedió, tropezando con la silla que bloqueaba la puerta, el corazón golpeándole las costillas como un pájaro atrapado.

Abajo, el tiempo se dilató. Para Lucas, cada segundo se estiró hasta convertirse en una eternidad de detalles hiperrealistas. Percibió el terror puro en los ojos de Marc mientras el muchacho se lanzaba hacia el interior del vestíbulo. Notó cómo la nieve pulverizada, el «aerosol» que precede a la avalancha, oscurecía el sol, convirtiendo el mediodía en crepúsculo.

Intentó correr. Su cerebro envió la orden a sus piernas, exigiendo velocidad, potencia, huida. Pero su rodilla derecha falló. Un pinchazo agudo, como un clavo ardiente, le hizo trastabillar.

No llegaría a la puerta.

La comprensión llegó con una calma extraña. No había pánico, solo una aceptación aritmética de la distancia y la velocidad.

Se giró, dando la espalda a la muerte blanca que se le venía encima, y se lanzó hacia el hueco protegido por uno de los contrafuertes de piedra de la entrada, cubriéndose la cabeza con los brazos.

El impacto no fue sonido; fue presión.

El mundo se volvió blanco, luego gris, y finalmente, absolutamente negro.

El edificio gimió. La estructura del hotel, diseñada para resistir inviernos rigurosos pero no el castigo directo de la montaña entera, se estremeció hasta los cimientos. El estruendo fue ensordecedor, una cacofonía de cristales reventando, madera astillándose y metal retorciéndose.

La nieve no entró en el vestíbulo; lo invadió. Rompió las ventanas de la planta baja como si fueran de papel de azúcar, inundando la recepción, el salón de estar y los pasillos. La fuerza del alud arrastró muebles, lámparas y obras de arte en un torrente de escombros helados.

Luego, las luces parpadearon una vez. Dos veces. Y se extinguieron.

El rugido de la montaña cesó tan abruptamente como había comenzado, dejando tras de sí un silencio denso, pesado, un vacío acústico que zumbaba en los oídos.

Elena se encontraba en el suelo de su habitación, con las manos sobre la cabeza, respirando polvo y miedo. El suelo había dejado de vibrar. Se incorporó lentamente, con los músculos temblando por la descarga de adrenalina. La luz que entraba por su ventana era difusa, enferma.

Se acercó al cristal, o a lo que quedaba de la vista.

Abajo no había nada. La entrada principal, el porche donde Lucas estaba hacía segundos, el camino de acceso... todo había desaparecido bajo una manta irregular de nieve sucia, mezclada con ramas y piedras. La nieve se apilaba hasta la mitad de las ventanas del primer piso.

—Lucas... —el nombre salió de sus labios como una plegaria rota.

Bajo la superficie, la realidad era muy distinta.

Lucas Riera estaba vivo, pero no sabía por cuánto tiempo.

Despertó, o recobró la consciencia, en una oscuridad absoluta. No podía moverse. Sentía un peso opresivo sobre el pecho, una losa invisible que le impedía expandir los pulmones más allá de inspiraciones cortas y superficiales.

El pánico, una criatura reptiliana, intentó tomar el control. *Estoy enterrado. Voy a morir aquí.*

No.

Forzó a su mente a trabajar. Era policía. Era un hombre de procedimientos. Paso uno: Evaluar.

No sentía las piernas, pero podía mover ligeramente los dedos de la mano derecha dentro del guante. Tenía la boca llena de arenilla helada. Escupió, tosiendo, y el esfuerzo le costó un dolor agudo en las costillas.

El frío no era ambiente; era un contacto físico directo. La nieve lo envolvía como un molde de yeso fraguando rápidamente. Sabía, por los entrenamientos de rescate en montaña, que la nieve de alud se endurece como el cemento en cuestión de minutos una vez que se detiene el movimiento.

Tenía que moverse. Ahora.

Intentó arquear la espalda. Nada. Estaba inmovilizado. La claustrofobia comenzó a cerrar su garganta, más efectiva que cualquier mano humana. La imagen de una tumba de hielo, perfecta, inmaculada, cruzó su mente. El sueño del «Escultor». ¿Era así como terminaba? ¿Convertido en una estatua bajo la nieve?

Elena te necesita.

El pensamiento fue un latigazo. Si él moría, ella quedaría sin ayuda con el asesino. Desamparada en un hotel que ahora era una ratonera.

La ira le dio la fuerza que el miedo le negaba. Gruñó, un sonido animal en la oscuridad, y empujó con todo su cuerpo, pasando por alto el dolor de su pierna, desatendiendo la falta de aire. Sintió algo ceder a su izquierda. Un hueco.

Estaba cerca de la pared del edificio. El contrafuerte. Si había un espacio de aire, estaba allí.

Liberó un brazo, rascando la nieve compacta con desesperación. Sus uñas, protegidas por los guantes de cuero, arañaron algo duro.

Piedra. Siguió el muro hacia arriba. La nieve estaba más suelta en esa dirección.

Cavó sin descanso hasta que los músculos de sus hombros ardieron. La nieve caía sobre su cara, entrando por su cuello, derritiéndose contra su piel caliente por el esfuerzo, pero él siguió empujando hacia lo que esperaba que fuera la superficie.

Su mano rompió la costra de hielo y encontró el vacío.

Aire. Aire gélido, pero respirable.

Lucas emergió de la nieve como un náufrago de un océano sólido, boqueando, tosiendo violentamente. Se arrastró hasta quedar sentado sobre los escombros blancos, limpiándose los ojos.

La visión era dantesca.

Se encontraba dentro del vestíbulo, o lo que quedaba de él. La avalancha había reventado la fachada principal y llenado la planta baja casi hasta el techo. Estaba sentado sobre una montaña de nieve que llegaba hasta las lámparas de araña del hall. Podía tocar el techo con la mano si se estiraba.

Miró a su alrededor, buscando a los otros.

—¿Marc? —su voz sonó débil, absorbida por la acústica amortiguada de la nieve.

Un movimiento a su derecha. Un brazo salía de la blancura. Lucas se arrastró hacia allí, sus piernas hundiéndose en la nieve inestable, y tiró. Ayudó al joven voluntario a salir, temblando y pálido, con un corte feo en la frente que sangraba profusamente, manchando la nieve de un carmesí brillante.

—Jefe... —balbuceó Marc, los dientes castañeteando—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Nos han encerrado —murmuró Lucas, mirando hacia donde debería estar la recepción.

Todo estaba sepultado. El mostrador, la centralita, el acceso a los sótanos.

Los sótanos.

Una nueva oleada de horror golpeó a Lucas.

—La planta eléctrica —dijo, la palabra saliendo con una nube de vapor—. Los grupos electrógenos de emergencia están en el nivel inferior.

Marc siguió su mirada. Solo había nieve compacta bloqueando las escaleras que descendían. Toneladas de ella.

El hotel estaba a oscuras. Sin electricidad. Sin calefacción. En medio de una tormenta que prometía temperaturas de veinte bajo cero. Y la única fuente de energía estaba enterrada bajo diez metros de avalancha provocada.

Lucas miró hacia la escalera principal, que milagrosamente seguía en pie, ascendiendo desde la montaña de nieve hacia la oscuridad de los pisos superiores.

Arriba, en la barandilla del primer piso, vio una figura recortada contra la penumbra. El brillo inconfundible de un reloj de hombre en una muñeca delgada.

Sus ojos se encontraron con los de Elena. No hubo alivio en la mirada de ella, solo una comprensión aterradora de la nueva realidad.

Ya no se trataba de resolver un crimen. Ahora, la partida había cambiado. El tablero se había volcado.

El asesino no solo quería matar a Elena. Pretendía congelarlos a todos. Convertir el hotel entero en su gran obra maestra, su mausoleo de hielo. Y acababa de poner la primera piedra.

Lucas se miró las manos. Grandes, callosas, temblando incontrolablemente, no por el frío, sino por la furia. Apretó los puños

hasta que los nudillos se pusieron blancos.

Estaban atrapados en el vientre de la bestia blanca. Y la temperatura comenzaba a bajar.

CAPÍTULO 16: HIPOXIA

Aigüestortes, Pirineo de Lleida 22 de diciembre de 2018

El silencio posterior al estruendo pesaba más que los escombros. No era la ausencia de sonido, sino una presión física en los tímpanos, una sustancia densa que sustituyó al aire en los pulmones de Elena Vives.

Desde la barandilla del primer piso, observó la nueva geografía del hotel. El vestíbulo había dejado de existir. Donde antes había alfombras persas y sillones de cuero, ahora se extendía una duna blanca, compacta y violenta, que había reventado las puertas principales y devorado la recepción. La nieve no era ese polvo inocente de las postales; era hormigón helado, sucio de astillas y cristales pulverizados.

El polvo de la mampostería flotaba en haces de luz mortecina que se filtraban por las grietas superiores, danzando como espectros sobre la tumba de la planta baja.

—¿Lucas? —su voz sonó ajena, rasposa, como si tragara arena.

Un movimiento bajo el arco de la escalera principal rompió la estática. Una figura emergió de la penumbra lateral, sacudiéndose una capa de yeso de los hombros. Lucas Riera tosió, un sonido cavernoso que retumbó en la estructura hueca del edificio.

Elena sintió que el nudo en su diafragma se aflojaba, solo para apretarse de nuevo al ver cómo caminaba. El jefe de policía avanzó

cojeando, arrastrando la pierna derecha con una rigidez que iba más allá de su vieja lesión. Cada paso sobre los escombros era una negociación con el dolor.

—Arriba. Todos arriba. Ahora —ordenó Lucas. Su tono no admitía réplica, aunque le faltaba el aire.

Los supervivientes empezaron a salir de las habitaciones del pasillo donde se encontraba Elena. El doctor Arnald Soler, con su bata de lana gris impecable a pesar del caos, ajustó sus gafas con manos temblorosas. Una pareja de huéspedes jóvenes se abrazaba contra la pared, con los ojos desorbitados, mirando el vacío blanco que había engullido la salida.

Elena miró su reloj de pulsera, la esfera grande y masculina que había pertenecido a su padre. Las agujas marcaban las doce y veinticinco. El tiempo seguía corriendo, indiferente a que el mundo se hubiera detenido.

—La estructura aguanta —dijo Elena, obligando a su mente a entrar en modo analítico. Era su mecanismo de defensa: convertir el terror en datos. Si analizaba, no sentía—. Pero hemos perdido la calefacción. Los generadores estaban en el sótano.

Lucas llegó al descansillo del primer piso. Tenía el rostro grisáceo, manchado de hollín, y una línea de sangre seca le cruzaba la frente. Se apoyó en la pared, evitando cargar peso sobre la pierna mala. Sus miradas se cruzaron. En los ojos oscuros de él, Elena leyó la confirmación de sus peores temores: aquello no había sido un accidente natural. Pero Lucas calló. No era el momento.

—Hay que hacer recuento —dijo él, jadeando levemente—. ¿Quién falta?

—Estamos todos los de esta planta —respondió Arnald, asumiendo una autoridad frágil—. El personal de cocina... ellos estaban abajo.

Un silencio sepulcral siguió a la declaración. Nadie necesitaba verbalizar el destino de quienes estuvieran en la planta baja.

Estaban bajo toneladas de nieve compactada.

—No podemos bajar —Elena tomó el mando, su voz ganando firmeza—. Y nadie va a venir a buscarnos. La carretera debe estar borrada del mapa.

Caminó hacia el final del pasillo. El frío ya empezaba a reclamar el edificio. Sin el zumbido constante de la calefacción, el hotel se convertía rápidamente en una nevera de piedra. La temperatura descendía por minutos, una marea invisible que entumecía los dedos y ralentizaba el pensamiento.

—Necesitamos un refugio dentro del refugio —dictaminó Elena. Se giró hacia el grupo—. La biblioteca. Es la sala más interior, tiene chimenea y puertas dobles. Tenemos que concentrar el calor corporal.

—¿Y quedarnos ahí encerrados? —protestó el hombre de la pareja joven, con la voz quebrada por la histeria—. ¡Tenemos que intentar cavar, salir por alguna ventana!

Lucas se adelantó, interponiendo su cuerpo macizo entre el pánico del chico y la realidad.

—Si abre una ventana, nos matará a todos —dijo el policía. Su mano derecha reposaba cerca de la cintura, donde guardaba el arma, un gesto inconsciente de control—. Afuera estamos a veinte grados bajo cero y bajando. Con este viento, la sensación térmica es letal en minutos. El hotel es lo único que nos separa de la congelación.

Elena asintió, validando la orden.

—Recojan todo lo que pueda arder. Libros, sillas de madera, mantas de las habitaciones. Llevad toda la comida que encontréis en los minibares a la biblioteca. Vamos.

El grupo se dispersó con movimientos torpes, aturdidos por el shock. Elena se acercó a Lucas, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero.

—Tu pierna.

—Estoy bien —mintió él, apretando la mandíbula. El sudor frío perlaba su sien a pesar de la temperatura decreciente—. Es solo el golpe.

—No me mientas, Riera. Te necesito entero.

—Necesito que mantengas a esta gente cuerda, Elena. Eso es lo que necesito.

Se dirigieron a la biblioteca. Era una sala amplia, forrada de madera oscura, con estanterías que llegaban al techo. Arnald ya estaba allí, apilando volúmenes encuadernados en piel dentro de la gran chimenea de piedra. El doctor actuaba con una eficiencia autómata, quemando cultura para comprar supervivencia.

Cuando el fuego prendió, las llamas lamiendo las páginas antiguas, una falsa sensación de seguridad inundó la estancia. Los seis supervivientes se agruparon cerca del hogar. Cerraron las puertas dobles y las sellaron con toallas enrolladas en la base para evitar corrientes.

El calor comenzó a subir, pero con él, algo más.

Pasó una hora. Luego dos.

Elena estaba sentada en un sillón orejero, revisando el contenido de su kit forense. Bisturí, bolsas de evidencia, luminol. Herramientas inútiles para luchar contra el frío. De pronto, sintió una punzada detrás de los ojos. Un dolor sordo, rítmico.

Levantó la vista. La chica joven se frotaba las sienes. Lucas, apoyado contra la estantería, parpadeaba con pesadez, como si sus párpados fueran de plomo. El fuego, antes vibrante, había adquirido una tonalidad anaranjada, perezosa.

El aire.

Elena se puso de pie de golpe, y el movimiento brusco le provocó un mareo que casi la derriba. El mundo osciló.

—El fuego —jadeó Elena. Su propia voz sonaba lejana—. Apagad el fuego.

—¿Qué dices? —Arnald la miró con incredulidad, sosteniendo otro libro—. Nos congelaremos.

—¡Nos estamos asfixiando! —gritó ella, avanzando hacia la chimenea.

Tomó el atizador y dispersó los libros en llamas, pisoteando las brasas que rodaron por la alfombra. El humo acre llenó la habitación, haciendo toser a todos.

—La habitación es estanca —explicó Elena, sintiendo cómo la adrenalina despejaba momentáneamente la niebla de su cerebro—. Hemos sellado las entradas. El fuego consume el oxígeno más rápido que nosotros. Estamos creando una cámara de gas.

Lucas reaccionó, cojeando hacia las puertas dobles. Arrancó las toallas del suelo y abrió las hojas de par en par.

El aire del pasillo, gélido y cortante como una cuchilla, invadió la biblioteca. Fue un golpe brutal, pero traía consigo el regalo del oxígeno. Los supervivientes aspiraron con avidez, tosiendo, mientras la temperatura de la sala se desplomaba en segundos.

El dilema se presentó ante ellos con la claridad de una sentencia de muerte.

Elena se abrazó a sí misma, temblando. Miró a Lucas, luego a Arnald y al resto. Sus alientos formaban nubes blancas cada vez que exhalaban.

—Si cerramos y encendemos el fuego, morimos por hipoxia —dijo Elena, con la fatalidad de un forense dictando la causa de la muerte antes de que ocurra—. Si ventilamos, morimos de hipotermia.

Nadie respondió. La verdad flotaba entre ellos, invisible y tóxica. Tenían que elegir entre respirar o calentarse. No podían tener ambas cosas.

Lucas cerró las puertas, pero esta vez no las selló. Dejó una rendija abierta. Una invitación al frío, el precio a pagar por seguir despiertos. Regresó junto a Elena, sus movimientos cada vez más lentos, lastrados por el dolor que se negaba a admitir.

—Turnos —dijo él—. Haremos turnos para vigilar la ventilación. Diez minutos cerrado, dos minutos abierto.

Se sentaron en el suelo, en círculo, como una tribu primitiva rodeando un fuego que ya no podían alimentar con alegría. La luz de la tarde moría en las ventanas, dando paso a una oscuridad azulada que borraba los rostros.

En ese momento, Elena comprendió la verdadera naturaleza de su prisión. El Escultor no necesitaba un arma. Solo necesitaba tiempo y física. El hotel no era un refugio; era un mausoleo de hielo esperando a que sus ocupantes dejaran de moverse.

El silencio volvió a caer sobre ellos, pero esta vez no era vacío. Estaba lleno de respiraciones acompasadas, del sonido de los dientes castañeteando y de la certeza absoluta de que la noche que se avecinaba sería la más larga de sus vidas.

CAPÍTULO 17: LA SOMBRA EN EL PASILLO

Hotel Aigüestortes, Pasillo del Ala Oeste 22 de diciembre de 2018

Abandonar la relativa seguridad de la biblioteca se sintió como desprenderse de una segunda piel. Dejé atrás el resplandor agónico de la chimenea y a Lucas, cuyo sueño inquieto llenaba la estancia de una fragilidad insoportable. Necesitaba moverme. La inmovilidad era un caldo de cultivo para los fantasmas que habitaban mi memoria, y esa noche, el hotel parecía decidido a invocarlos a todos.

El pasillo se extendía ante mí como la garganta de una bestia muerta. El frío aquí era diferente al del exterior; no tenía la furia del viento, sino la paciencia del hielo que se filtra entre las costuras de la ropa de montaña. Encendí la linterna. El haz de luz cortó la oscuridad, revelando partículas de polvo suspendidas que bailaban en el aire estancado, pequeños satélites en un universo clausurado.

Mis botas apenas producían ruido sobre la alfombra raída, pero el silencio del edificio era tan absoluto que incluso el roce de mi chaqueta sonaba como un disparo. Apreté el bisturí que había sustraído del kit forense dentro de mi bolsillo. El metal frío contra la palma de mi mano, justo sobre la cicatriz de media luna, me anclaba a la realidad.

Entonces lo escuché.

No fue el crujido del edificio asentándose bajo el peso de la nieve, ni el gemido de las vigas contrayéndose por la temperatura. Fue un sonido rítmico. Deliberado. El impacto suave de una suela de goma contra la madera crujiente, unos veinte metros más adelante, justo donde el corredor giraba hacia las habitaciones de servicio.

Me detuve en seco. Mi respiración se atascó en la garganta, una bola de hielo que no podía tragar ni expulsar. Alguien caminaba. No era Lucas, su cojera arrastraba un compás distinto. Y el doctor Soler roncaba levemente cuando cerré la puerta de la biblioteca.

Apagué la linterna.

La oscuridad me engulló al instante, densa y líquida. Mis pupilas se dilataron, buscando desesperadamente cualquier matiz en la negrura. Agudicé el oído, convirtiéndome en pura percepción.

Cric. Crac.

Pasos. Se alejaban, pero sin prisa. Era el andar de quien se sabe dueño del terreno, de quien no teme ser descubierto porque él es el depredador.

Me obligué a avanzar. Cada paso requería una negociación con mi instinto de supervivencia, que gritaba que diera media vuelta y me atrincherara junto al fuego. Pero la perfiladora que aún vivía en algún rincón de mi cerebro, sepultada bajo capas de trauma y nieve, tomó el control. Necesitaba ver. Necesitaba saber a qué nos enfrentábamos.

Avancé pegada a la pared, sintiendo el papel pintado rugoso bajo las yemas de los dedos. Al llegar a la esquina, me asomé con la precaución de quien mira al abismo.

Una sombra se recortó al final del pasillo.

Era apenas una silueta, una ausencia de luz más profunda que el entorno. Alta, indistinta. Se detuvo frente a la puerta de la

habitación 314. No la abrió con una llave, ni la forzó. Simplemente se desvaneció hacia el interior, como si la madera fuera niebla.

El corazón me golpeaba las costillas con la violencia de un pájaro enjaulado. Me deslicé hacia allí, contando los segundos, calculando la distancia. El miedo se transformó en una claridad helada. Estaba acorralada.

Llegué a la puerta. Estaba entreabierta, apenas una rendija negra. Empujé la madera con el hombro, encendiendo la linterna y alzando el bisturí en un solo movimiento fluido, lista para rasgar, para gritar, para matar si era necesario.

—¡Quieto! —mi voz salió ronca, un graznido en la penumbra.

El haz de luz barrió la estancia frenéticamente. La cama estaba deshecha, pero vacía. El armario, abierto, mostraba perchas desnudas que se mecían levemente, como péndulos burlones.

Nadie.

Giré sobre mis talones, iluminando cada rincón. Debajo de la cama. Detrás de las cortinas pesadas que ocultaban la tormenta exterior. Nada. Era imposible. Lo había visto entrar hacía menos de diez segundos. La habitación no tenía balcón, y las ventanas estaban selladas por el hielo y la tempestad.

Entonces, un sonido metálico sobre mi cabeza detuvo mi búsqueda. Un *clic* suave, seguido de un arrastre sordo.

Alcé la linterna hacia el techo. La rejilla del conducto de ventilación no estaba en su sitio. Colgaba de un solo tornillo, oscilando levemente. El hueco negro y rectangular me devolvió la mirada como una boca abierta.

Comprendí la arquitectura de nuestra prisión con un horror renovado. El hotel no era solo pasillos y habitaciones; tenía un sistema circulatorio oculto. Una red de túneles de metal por donde el aire viciado viajaba... y por donde él se movía. Mientras nosotros

estábamos atrapados en la superficie, vigilando las puertas, el Escultor reptaba por las entrañas del edificio, invisible, omnipresente. Podía estar en cualquier parte. Podía estar sobre nosotros ahora mismo, observando a través de las rendijas.

Bajé la vista, mareada por la revelación. La luz de mi linterna rebotó en el espejo del tocador, al fondo de la habitación.

Me acerqué, atraída por algo que no encajaba en la lógica térmica del lugar.

El cristal estaba empañado. Una mancha de vaho condensado en el centro del espejo, una isla de aliento caliente en un océano de frío. Alguien había estado allí, parado frente al reflejo, exhalando su propia vida contra el vidrio segundos antes de que yo entrara.

Y en medio de esa nube efímera, un dedo enguantado había trazado unas palabras.

La condensación ya empezaba a evaporarse, devorada por la sequedad del aire gélido. Las letras perdían sus bordes, convirtiéndose en agua, borrándose ante mis ojos como un secreto que el universo se niega a guardar.

Leí el mensaje justo antes de que la última vocal desapareciera:

«Haces demasiado ruido, Elena.»

El vaho se disipó por completo, dejándome sola frente a mi propio reflejo. Mis ojos verdes, desorbitados y brillantes por el pánico, me devolvieron la mirada desde el cristal. Pero ya no estaba sola en esa habitación. La sensación de ser observada, no desde una esquina, sino desde arriba, desde las paredes, desde el mismo aire que respiraba, se clavó en mi nuca.

No era una cacería. Era un juego. Y él acababa de cambiar las reglas.

CAPÍTULO 18: FIEBRE DE CABAÑA

Aigüestortes, Pirineo Catalán 23 de diciembre de 2018

El amanecer no llegó como una promesa, sino como un rumor grisáceo, un cadáver de luz que apenas lograba atravesar la costra de hielo acumulada en los ventanales de la biblioteca.

Había regresado al refugio común poco después de mi incursión en el ala oeste, con el terror todavía adherido a la piel como una segunda capa de ropa térmica. Nadie me preguntó dónde había estado; la miseria es un narcótico potente y la mayoría de los huéspedes estaban demasiado ocupados intentando no congelarse como para notar mi ausencia o mi regreso. Me ovillé en un rincón, lejos de las estanterías de caoba, abrazando mis rodillas, observando cómo la realidad se deshilachaba en los bordes de la estancia.

El aire se había vuelto denso, casi masticable. Olía a sudor rancio, a ropa húmeda que nunca se seca y, por debajo de todo eso, al aroma metálico del miedo estancado. La ventilación seguía escupiendo bocanadas de un calor insuficiente, pero traía consigo algo más: un siseo constante que se clavaba en los tímpanos, una frecuencia baja que hacía vibrar los dientes.

—Están ahí... —susurró una voz a mi izquierda.

Giré el cuello, sintiendo la rigidez de las vértebras. Era un hombre joven, quizás treinta años, con un anorak azul eléctrico que ahora

lucía opaco por la suciedad. Miraba fijamente un punto vacío en la pared, justo donde el papel pintado se levantaba por la humedad.

—¿Quiénes? —pregunté, más por inercia que por curiosidad.

—Los pájaros —respondió él, sin parpadear, con las pupilas dilatadas hasta devorar el iris—. Tienen fuego en el pico. Quieren quemar los libros.

Me tensé. No había pájaros. Solo sombras alargadas y el silencio de la nieve sepultándonos vivos. Hipoxia. O quizás monóxido de carbono filtrándose lentamente, un asesino invisible que competía con el que se escondía en los conductos. «La locura de las montañas», la llamaban los locales. La mente, privada de estímulos y sometida al frío perpetuo, empezaba a inventar sus propios monstruos para no sentirse tan sola.

Al otro lado de la sala, una mujer de mediana edad se mecía rítmicamente, murmurando una canción de cuna a un cojín de terciopelo. La cohesión del grupo, ese frágil pegamento social que nos había mantenido civilizados durante las primeras cuarenta y ocho horas, se estaba evaporando. Ya no éramos personas esperando un rescate; éramos animales enjaulados midiendo el grosor de los barrotes.

El detonante fue absurdo, como suelen serlo las tragedias.

Una manta. Una simple pieza de lana escocesa, raída en los bordes, que descansaba sobre el respaldo de un sillón orejero.

El hombre del anorak azul, el que veía pájaros de fuego, se levantó con movimientos espasmódicos. Sus manos, amoratadas por el frío, se cerraron en torno a la tela.

—¡Es mía! —El grito rasgó la atmósfera letárgica de la biblioteca.

No hubo advertencia. Un segundo hombre, corpulento y con la barba llena de escarcha, se abalanzó sobre él. El choque de los

cuerpos sonó hueco, desagradable, carne golpeando contra hueso sin la amortiguación de la cortesía.

Rodaron por el suelo, derribando una pila de enciclopedias que cayeron abiertas, como pájaros muertos con las alas quebradas.

—¡Suéltala, ladrón! —bramó el hombre de la barba, lanzando un puñetazo torpe que impactó en la oreja del otro.

El caos estalló. Los gritos de la mujer que acunaba el cojín se unieron a la cacofonía. La violencia, contagiosa y primitiva, electrificó el aire. Vi sangre salpicar la alfombra persa, gotas rojas y brillantes que parecían obscenas sobre el tejido oscuro.

—¡Basta! —La orden intentó imponerse, pero salió fracturada.

Lucas Riera avanzó desde su posición cerca de la puerta. Se movía mal. La cojera de su pierna derecha era más pronunciada hoy, un lastre doloroso que le robaba autoridad física. Su rostro estaba pálido, ceroso, y el arma en su cintura parecía un peso muerto que no tenía intención de usar.

Intentó agarrar al hombre de la barba por el hombro, pero su agarre carecía de fuerza. El combatiente se revolvió con la furia de la desesperación y empujó al policía. Lucas trastabilló, sus botas resbalaron en una enciclopedia abierta y cayó sobre una rodilla con un gruñido ahogado que delató su fragilidad.

El jefe de policía, nuestro protector designado, estaba fallando. La enfermedad que le devoraba por dentro, esa que intentaba ocultar tras una máscara de estoicismo, estaba ganando la batalla contra su voluntad.

El individuo del anorak azul aprovechó la distracción. Sus dedos buscaron el cuello de su oponente, apretando la tráquea con una fuerza lunática. Los ojos se le salían de las órbitas, inyectados en sangre, viendo enemigos que solo existían en su cerebro privado de oxígeno.

Iba a matarlo. Allí mismo, por un trozo de tela.

Me incorporé, buscando en mis bolsillos el bisturí que había robado, aunque sabía que no llegaría a tiempo. La distancia era un abismo insalvable.

Entonces, una sombra blanca se deslizó por mi visión periférica.

No corrió. No gritó. El doctor Arnald Soler se movió con la fluidez de un espectro que atraviesa una pared. Su bata de lana ondeó levemente a su alrededor, no como ropa, sino como una extensión de su propia frialdad.

Llegó hasta la maraña de extremidades que luchaban en el suelo. No intentó separarlos a la fuerza. No perdió energía en forcejeos inútiles.

Se arrodilló junto al agresor, el de la prenda azul. Su mano derecha descendió, rápida y precisa como el picotazo de una víbora. Hubo un destello metálico, breve, casi imperceptible bajo la luz mortecina de la mañana.

Un gemido agudo escapó de los labios del hombre.

Soler retiró la mano.

Uno, dos, tres segundos.

El individuo parpadeó, confundido. La tensión en sus brazos se disolvió como azucarillo en agua caliente. Sus párpados aletearon, pesados, y se desplomó hacia un lado, rodando fuera del cuerpo de su víctima con la gracia inerte de un saco de arena.

El silencio que siguió fue absoluto, más pesado que la tormenta que rugía fuera.

El hombre de la barba se arrastró hacia atrás, jadeando, tocándose la garganta enrojecida. Miraba a Soler no con gratitud, sino con el terror puro de quien acaba de ver a un depredador mayor devorar a uno menor.

Lucas se puso en pie con dificultad, apoyándose en una mesa. Su mirada viajó del hombre inconsciente a la mano derecha del médico.

Soler se irguió lentamente. Se ajustó las gafas con un gesto mecánico, desprovisto de cualquier emoción. En su mano, sostenía una jeringuilla vacía. El émbolo estaba bajado hasta el fondo. Con un movimiento casual, casi aburrido, la guardó en el bolsillo profundo de su bata.

—Estaba desperdiciando oxígeno —dijo Soler. Su voz era plana, sin aristas, una línea recta en un monitor cardíaco—. Y alterando a los demás.

Sentí un frío nuevo, distinto al de la montaña, nacer en la boca de mi estómago.

No había dudado. No había evaluado la situación. Y lo más aterrador: tenía la jeringuilla preparada. Cargada. Lista en su bolsillo antes de que la pelea siquiera comenzara. Como si hubiera estado esperando una excusa, cualquier excusa, para usarla.

Crucé mi mirada con la de Lucas. En sus ojos oscuros y cansados vi reflejada mi propia conclusión, una certeza que helaba la sangre más que cualquier ventisca.

El doctor no nos estaba cuidando. Nos estaba gestionando. Como a ganado. O peor, como a especímenes en una placa de Petri que deben mantenerse quietos para ser estudiados.

Nadie dijo nada. Nadie reclamó la manta. El hombre sedado roncaba suavemente en el suelo, y el resto nos apartamos de Arnald Soler, creando un círculo de vacío a su alrededor. Él simplemente se sentó de nuevo en su sillón, abrió un libro y continuó leyendo, como si acabara de aplastar un insecto molesto.

La biblioteca ya no era un refugio. Era una sala de espera. Y el doctor decidía quién pasaba a la siguiente fase.

CAPÍTULO 19: EL PACIENTE CERO

Aigüestortes, 23 de diciembre de 2018 Ala Este del Gran Hotel

El pasillo que conectaba el edificio principal con el ala clausurada no era un simple corredor; era una garganta de madera podrida que amenazaba con tragárselos.

Elena Vives avanzó pegada a la pared, donde las vigas maestras ofrecían mayor resistencia. Cada paso era una negociación con la gravedad. El suelo crujía con el quejido de un animal moribundo bajo sus botas de montaña, liberando nubes de polvo y esporas que danzaban en el haz de luz de su linterna. A su espalda, la respiración de Lucas Riera sonaba pesada, rítmica, marcada por el esfuerzo de arrastrar una pierna derecha que la humedad de la tormenta había convertido en un bloque de cemento y dolor.

—Pisa donde yo piso —susurró ella, aunque el consejo sobraba.

Lucas no respondió. Se limitó a barrer la oscuridad con el cañón de su arma reglamentaria, una extensión de acero que temblaba imperceptiblemente en su mano callosa. El frío allí era diferente al de la biblioteca; no era la helada limpia de la nieve, sino un aire estancado, denso, cargado con el olor dulzón de la humedad y el olvido.

El ala este había sido condenada décadas atrás, mucho antes de que el hotel intentara reinventarse como un refugio de lujo. Las puertas a ambos lados del corredor colgaban de sus goznes o estaban tapiadas con tablones que el tiempo había curvado. El papel pintado se desprendería en tiras largas y grisáceas, revelando el yeso agrietado como la piel de un leproso.

Elena se detuvo frente a una bifurcación donde el techo había cedido parcialmente, permitiendo que la nieve se colara y formara un montículo blanco sobre la alfombra raída.

—Según los planos de evacuación que vi en el vestíbulo, las suites principales estaban al fondo —dijo, su voz apenas una voluta de vapor—. Si alguien quisiera ocultar algo valioso, o vergonzoso, lo haría lejos de las miradas de los huéspedes y del servicio.

—O simplemente es una zona en ruinas, Elena. —Lucas se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano izquierda—. Si damos un paso en falso aquí, caeremos dos pisos hasta el sótano de calderas.

—No es ruina total. Mira.

Elena señaló el suelo. Entre la capa de polvo y escombros, había un sendero limpio. Alguien había caminado por allí recientemente. Las huellas no eran claras, habían sido borradas deliberadamente, pero el patrón de «limpieza» en la suciedad era innegable. Un rastro de orden en el caos.

Avanzaron. La tensión se acumulaba en la nuca de Elena, una presión física que conocía bien. Su mente de perfiladora, entrenada para diseccionar escenas del crimen, empezaba a catalogar las anomalías. No había ratas. El silencio era absoluto, una campana de vacío que los aislaba del aullido del viento exterior.

Llegaron al final del pasillo. Allí, donde la lógica dictaba que debía haber una pared o una ventana rota, se alzaba una puerta de roble macizo. A diferencia de las demás, esta no tenía la pintura desconchada. El pomo de latón brillaba, pulido con un cuidado obsesivo.

Lucas se adelantó, ignorando la protesta de su rodilla, y colocó la mano en el pomo. Estaba cerrado, pero la madera alrededor del marco mostraba signos de haber sido forzada y reparada múltiples veces, como una herida que se abre y se cose una y otra vez.

—Cúbreme —ordenó el policía.

Con un golpe seco de su hombro, Lucas venció el mecanismo. La puerta cedió con un suspiro hidráulico, revelando una oscuridad mucho más profunda que la del pasillo.

Elena entró primero, levantando la linterna. El haz de luz cortó las tinieblas y lo que reveló le robó el aliento.

No era una habitación de hotel. Era un santuario.

Las ventanas estaban selladas herméticamente con planchas de metal, impidiendo que entrara ni un solo rayo de luz natural o copo de nieve. El aire interior estaba gélido, mucho más que afuera, mantenido artificialmente por un sistema de ventilación que zumbaba en una frecuencia casi inaudible. Pero lo que golpeó a Elena no fue el frío, sino el olor.

Menta y antiséptico.

El aroma era tan fuerte que le picó en la garganta. Era el mismo olor que, según los archivos, impregnaba las cartas del asesino. El olor de la esterilidad clínica.

—¡Dios santo! —murmuró Lucas, bajando el arma.

En el centro de la estancia, una cama de hospital de los años setenta dominaba el espacio. Las sábanas estaban estiradas con una precisión militar, sin una sola arruga. A su lado, una mesa de metal quirúrgico sostenía una colección de frascos de vidrio ámbar, jeringuillas de cristal antiguas y un cuaderno de cuero negro.

Las paredes no estaban decoradas con cuadros, sino con diagramas anatómicos y esquemas de refrigeración industrial dibujados a mano.

Elena se acercó a la mesa, sintiendo cómo el pulso le latía en las yemas de los dedos. Dejó su linterna sobre una superficie plana para tener las manos libres y tomó el cuaderno. Sus ojos verdes escanearon las páginas. La caligrafía era picuda, nerviosa.

—«Día 450. La degradación celular se ha detenido. La belleza permanece» —leyó en voz alta. Su voz sonaba extraña en aquella cámara acústica—. «El hielo no destruye; el hielo suspende. Es la única forma de amar algo para siempre: impidiendo que cambie».

Lucas recorría el perímetro de la habitación. Se detuvo frente a una estantería baja.

—Elena, tienes que ver esto.

Ella cerró el cuaderno y se reunió con él. Sobre la repisa de madera oscura, había una serie de fotografías enmarcadas en plata. Eran antiguas, en blanco y negro o sepia, pero conservadas en perfecto estado.

La primera mostraba a un hombre en esa misma cama. Estaba demacrado, con la piel pegada al cráneo, los ojos hundidos en cuencas oscuras. Una enfermedad degenerativa lo consumía.

La segunda foto era la que helaba la sangre.

Mostraba al mismo hombre, pero esta vez no estaba solo. Un niño de unos diez años estaba sentado a los pies de la cama. El niño no miraba a su padre con tristeza, ni con miedo. Lo miraba con una intensidad analítica, casi científica. En las manos del pequeño descansaba un bloque de hielo, y sus ojos claros, inexpresivos, parecían estudiar cómo el agua sólida se derretía entre sus dedos.

Elena tomó la foto. Al darle la vuelta, encontró una inscripción en tinta azul desvaída: «Para mi hijo, el único que entiende que la muerte es solo un fallo técnico. 1982».

—El Paciente Cero —susurró Elena, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas encajaban con un chasquido metálico en su mente—.

Todo esto... el hotel, el aislamiento, la obsesión con el frío. No es un asesino en serie aleatorio.

Giró la foto para que Lucas la viera bien bajo la luz de la linterna.

—Este hombre murió aquí —continuó ella, señalando la cama vacía —. O al menos, su cuerpo dejó de funcionar. Pero su hijo no aceptó el final. Convirtió esta habitación en un laboratorio para intentar preservarlo.

Lucas se acercó más a la imagen, entornando los ojos cansados.

—El Escultor... —dijo el policía, comprendiendo la magnitud del horror—. No mata por placer. Está practicando.

—Está perfeccionando la técnica —corrigió Elena, mirando alrededor con un nuevo terror. Los diagramas en la pared no eran teóricos; eran instrucciones—. Cada víctima es un ensayo. Un intento de lograr lo que no pudo hacer con su padre: la conservación perfecta. La inmortalidad a través del hielo.

Un ruido seco, como madera partiéndose, resonó en el pasillo exterior.

Lucas se giró en redondo, apuntando hacia la puerta abierta. Elena apagó su linterna instintivamente, sumiendo la habitación en una penumbra grisácea.

—Alguien sabe que estamos aquí —susurró Lucas.

Elena apretó la fotografía contra su pecho. La identidad legal del Escultor seguía siendo un misterio, un nombre en un censo, pero ahora conocían su alma. Sabían de dónde venía su monstruo. Era un niño huérfano que se negó a enterrar a su padre, y que había decidido congelar el mundo entero para no tener que despedirse nunca más.

La venganza no era contra las personas; era contra el tiempo mismo. Y ellos acababan de profanar su iglesia.

CAPÍTULO 20: EL CHIVO EXPIATORIO

Sanatorio de Aigüestortes, 23 de diciembre de 2018

El pasillo de regreso desde el ala clausurada no era un camino, sino una garganta de piedra que devoraba la luz de nuestras linternas. El frío allí no era una temperatura; era una presencia física, una entidad con dientes que masticaba la tela de mi abrigo de montaña y buscaba la calidez de la sangre.

Lucas cojeaba a mi lado. El sonido de su bota derecha arrastrándose sobre el suelo de baldosas rotas marcaba un ritmo fúnebre, un metrónomo de nuestra desesperación. En mi bolsillo, la fotografía robada del despacho del Paciente Cero pesaba más que una losa de granito. Teníamos un rostro del pasado, un niño, pero necesitábamos un culpable en el presente.

—¿Estás segura de querer hacer esto así? —susurró Lucas. Su voz rebotó en las paredes desconchadas, distorsionándose.

—No tenemos opción —respondí, y mi propio aliento se condensó en una nube blanca frente a mis ojos—. El asesino está con nosotros. Si no actuamos ya, esta noche morirá alguien más.

Llegamos a las puertas dobles de la sala común. La madera crujió bajo la palma de Lucas cuando empujó. El calor del interior nos golpeó el rostro, una bofetada de aire viciado, cargado con el olor a humo de chimenea, sudor rancio y miedo concentrado.

La escena que encontramos era un cuadro estático de la derrota. Los huéspedes estaban dispersos como náufragos en una balsa demasiado pequeña. El doctor Arnald Soler limpiaba sus gafas con un pañuelo de tela, sus ojos miopes entrecerrados ante el fuego moribundo. Y allí, en una esquina, apartado de la luz principal, estaba él.

Javier Blasco.

El hombre tranquilo. El que apenas hablaba. El que siempre observaba con una neutralidad que ahora, con la información que quemaba en mi mente, me parecía calculadora.

Lucas avanzó hacia el centro de la habitación. Su sombra se estiró por el suelo, gigante y deforme.

—Que nadie se mueva —ordenó. No gritó, pero la autoridad en su tono, forjada en años de patrullar calles hostiles, cortó el murmullo del viento exterior como un cuchillo.

Las cabezas se giraron al unísono. Soler se puso las gafas lentamente.

—Inspector Riera —dijo el médico, con esa voz untuosa que siempre me erizaba el vello de la nuca—. Empezábamos a preocuparnos. ¿Han encontrado una salida?

—Hemos encontrado algo mejor —intervine yo, dando un paso al frente. Sentí las miradas clavarse en mí, docenas de agujas invisibles —. Hemos encontrado el motivo.

Crucé la sala directa hacia Blasco. Él levantó la vista de un libro ajado que tenía en el regazo. No había sorpresa en su rostro, solo una placidez inquietante, como la superficie de un lago helado que oculta profundidades negras.

—Señor Blasco —dijo Lucas, situándose a su derecha, la mano cerca de la funda de su arma reglamentaria—. Levántese. Despacio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Blasco. Su tono era plano, carente de la vibración nerviosa que tendría cualquier inocente en esa situación.

—Su maleta —exigí, señalando el equipaje de cuero marrón a sus pies—. Ábrala. Ahora.

Un murmullo recorrió la sala. El resto de los supervivientes se puso en pie, formando un círculo irregular, atraídos por el magnetismo del conflicto. La curiosidad humana es un parásito que se alimenta de la desgracia ajena.

—Esto es absurdo —protestó Blasco, pero sus manos obedecieron.

Los cierres metálicos chasquearon. El sonido fue seco, definitivo, como el gatillo de un arma descargada. Levantó la tapa.

Ropa doblada con precisión militar. Un neceser gris. Nada a simple vista.

—Apártese —Lucas lo empujó suavemente con el hombro y se arrodilló.

Mis ojos de perfiladora escanearon a Blasco. Buscaba la señal de fuga, la tensión en el masetero, la dilatación de las pupilas. Nada. O era inocente, o era un psicópata con un control emocional absoluto. La duda, ese ácido corrosivo, empezó a gotear en mi estómago.

Lucas revolvió las camisas. Sus manos grandes y callosas tanteaban el forro. De repente, se detuvo.

—Elena —me llamó, sin apartar la vista del interior del equipaje.

Me acerqué. Lucas extrajo un objeto envuelto en una toalla del hotel. Lo desenvolvió sobre el suelo con cuidado ceremonial.

El silencio en la habitación se volvió sólido.

Sobre la felpa blanca descansaba un juego de bisturíes quirúrgicos, brillantes, impolutos. Y junto a ellos, una pequeña botella de cristal farmacéutico sin etiqueta, llena de un líquido transparente. Pero lo que me robó el aire de los pulmones no fue eso.

Eran las fotografías.

Tres polaroids esparcidas como cartas de una baraja macabra. No eran fotos de paisajes. Eran primeros planos. Ojos abiertos y vidriosos cubiertos de escarcha. Labios azules cosidos con hilo de pesca. La «obra» del Escultor, documentada con el orgullo de un artista que cataloga su colección.

El aroma mentolado me invadió. Procedía de la ropa de la maleta. Ese aroma antiséptico, limpio, que había impregnado la habitación del Paciente Cero.

—¡Dios mío! —exclamó alguien a mi espalda. Creo que fue una de las turistas jóvenes.

Blasco retrocedió un paso, chocando contra la pared. Por primera vez, la máscara de calma se resquebrajó. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, dos pozos de pánico genuino.

—Eso no es mío —balbuceó. Su voz subió una octava—. ¡Juro que no es mío! Alguien lo ha puesto ahí. ¡No he tocado esa maleta en todo el día!

—Tiene fotos de los cadáveres, por el amor de Dios —rugió el Dr. Soler, avanzando con una furia que me pareció extrañamente teatral —. ¡Usted los mató! ¡Los congeló como si fueran trozos de carne!

—¡No! —Blasco agitó las manos—. ¡Soy contable! ¡Vengo de Madrid! ¡No sé nada de esto!

Lucas no esperó más. El instinto policial tomó el control sobre cualquier duda razonable. Se abalanzó sobre Blasco, girándolo contra la pared con un golpe sordo.

—¡Manos a la espalda! —gritó Lucas.

—¡Me están tendiendo una trampa! —chilló el acusado, forcejeando débilmente. No tenía la fuerza física necesaria para mover cuerpos, pensé fugazmente. ¿Cómo habría arrastrado a las víctimas? Pero la adrenalina del momento barrió mi análisis lógico como un alud.

—¡Quieto! —Lucas le torció el brazo. Blasco gimió de dolor.

—Arnald, la cuerda —pedí, señalando los suministros que habíamos apilado cerca de la chimenea.

El doctor Soler me entregó un rollo de cordel de nylon con manos temblorosas. Me acerqué a Lucas y juntos atamos las muñecas de Blasco. El nylon se clavó en su piel, blanca y suave, nada parecida a las manos de un artesano o un asesino que trabaja con hielo.

Lo sentamos en una silla de madera robusta, lejos de la salida, y aseguramos sus tobillos a las patas. Blasco lloraba ahora. Lágrimas gruesas y silenciosas que rodaban por sus mejillas y morían en su camisa.

—¿Por qué? —preguntó Lucas, de pie frente a él, con el pecho agitado—. ¿Por qué hacer algo así?

—No fui yo... —sollozó Blasco, con la cabeza gacha—. Tienen que creerme.

Me alejé del círculo. La habitación parecía haber exhalado un suspiro colectivo. Los hombros de los presentes bajaron. La amenaza tenía nombre y rostro. Estaba atada. Ya no era un fantasma que acechaba en la ventisca, sino un hombre patético amarrado a una silla.

Me acerqué a la ventana. El reflejo en el cristal me devolvió la imagen de una mujer con ojeras profundas y el pelo apelmazado. Detrás de mi reflejo, la tormenta seguía rugiendo, indiferente a nuestra pequeña victoria.

Miré las polaroids que habían quedado en el suelo. Algo no encajaba. El Escultor buscaba la perfección, la eternidad. Esas fotos estaban desenfocadas, mal encuadradas. Eran vulgares. Y la maleta... estaba sin cerrar con llave, accesible para cualquiera en la habitación común mientras Blasco iba al baño o dormía.

—Lo tenemos, Elena —dijo Lucas, poniéndose a mi lado. Me pasó un brazo por los hombros. Sentí el calor de su cuerpo y por un segundo

quise dejarme caer en él, olvidar la lógica, olvidar la cicatriz en mi palma y simplemente aceptar que el horror había terminado.

—Sí —mentí. Mi voz sonó hueca—. Lo tenemos.

El doctor Soler se había acercado a la maleta y miraba los bisturíes con fascinación morbosa.

—Un trabajo preciso —murmuró para sí mismo, aunque lo oí perfectamente—. Muy preciso.

Fuera, el viento aulló con una fuerza renovada, haciendo temblar los cristales. La Bestia Blanca golpeaba los muros del sanatorio, furiosa porque le habíamos arrebatado a su siervo. O tal vez, se reía.

Miré a Blasco, encogido en su silla, derrotado. Y luego miré al resto de la sala, a las sombras que bailaban en los rincones donde la luz del fuego no llegaba. La sensación de alivio que inundaba la estancia me parecía un narcótico peligroso. Nos habíamos bebido la mentira porque estábamos sedientos de seguridad.

Mi reloj analógico marcaba las once y cuarto. El segundero avanzaba implacable, ajeno a la justicia o al error.

Tic. Tac.

Habíamos atrapado al chivo expiatorio. Pero el lobo seguía suelto, y ahora, todos habíamos bajado la guardia.

CAPÍTULO 21: INOCENCIA CONGELADA

Refugio de Aigüestortes, Pirineo Catalán 24 de diciembre de 2018. 03:15 a.m.

El silencio no era una ausencia de ruido, sino una presencia física que presionaba los tímpanos hasta hacerlos doler. Fuera, la Bestia Blanca había decidido tomarse un respiro, una tregua engañosa en la que el viento dejaba de aullar para permitir que el frío hiciera su trabajo en soledad: petrificar el mundo.

Elena Vives observó las agujas fosforescentes de su reloj analógico. El segundero avanzaba con esa cadencia militar que su padre le había enseñado a respetar y temer a partes iguales. Tres y cuarto. La hora del lobo. La hora en que la biología humana es más vulnerable y las defensas del espíritu se rinden ante la fatiga.

No podía dormir. La imagen de la maleta de Javier Blasco, repleta de bisturíes y polaroids macabras, seguía bailando detrás de sus párpados cada vez que intentaba cerrarlos. Era demasiado perfecto. Demasiado simétrico. En la naturaleza, nada encaja con tanta precisión salvo que haya sido forzado por la mano del hombre. La glaciología le había enseñado que el hielo es caótico en su estructura microscópica; solo parece liso desde la distancia. Y aquel caso, visto de cerca, tenía grietas.

Se incorporó en el catre de la habitación común. El aire estaba viciado, cargado con la respiración pesada de los supervivientes que dormían el sueño de los justos, o de los condenados, creyendo que el monstruo estaba enjaulado. Lucas Riera cabeceaba en una silla junto a la puerta, con la barbilla clavada en el pecho y la mano derecha descansando sobre la funda de su arma reglamentaria. Incluso dormido, el jefe de policía mantenía la postura de un perro pastor agotado.

Elena se deslizó fuera de las mantas. El suelo de madera crujió bajo sus botas, un quejido seco que hizo que Lucas abriera un ojo instantáneamente.

—¿A dónde vas? —susurró él. Su voz era grava y fatiga.

—Necesito verlo —Elena ajustó el cuello de su forro polar. El frío del pasillo se filtraba por debajo de la puerta—. Hay algo en su declaración... la forma en que gritaba que era una trampa. Los psicópatas narcisistas no suelen suplicar, Lucas. Manipulan, seducen o se callan con superioridad. Blasco estaba aterrorizado.

Lucas se frotó la cara con las manos callosas, estirando la piel para espantar el sueño.

—La evidencia es sólida, Elena. Tenía las herramientas. Tenía las fotos.

—Las herramientas estaban limpias. Demasiado limpias para alguien que supuestamente lleva años operando en este valle. —Elena ya tenía la linterna en la mano y la llave de la habitación 204 en el bolsillo—. Solo voy a comprobar que sigue ahí. Necesito ver sus ojos una vez más sin el ruido de la multitud acusándole.

Lucas se levantó, ignorando la punzada en su pierna derecha que siempre le avisaba de los cambios de presión.

—No vas a ir sola.

Salieron al pasillo. La temperatura allí descendía drásticamente, convirtiendo su aliento en pequeñas nubes efímeras que desaparecían antes de tocar el techo. El corredor estaba sumido en una oscuridad líquida, apenas rota por el haz de luz blanca de la linterna de Elena. Las sombras de las vigas se alargaban y contraían como costillas de un animal inmenso que respiraba lentamente.

Llegaron frente a la puerta 204. La madera era robusta, de pino viejo.

—¿Tienes la llave? —preguntó Lucas, con la mano ya en el pomo, verificando que seguía cerrado con vuelta.

Elena asintió y sacó el metal frío. Lo introdujo en la cerradura. El *clac* del mecanismo al girar sonó como un disparo en la quietud del refugio.

—Quédate atrás —ordenó Lucas, recuperando su rol, desplazándola suavemente con el hombro para entrar primero.

Empujó la hoja de madera.

El olor los golpeó antes que la imagen. No era el hedor de la putrefacción, eso tardaría horas. Era un aroma férrico, denso y caliente, mezclado con el vaciado involuntario de los esfínteres que acompaña al final de la vida. Olía a matadero recién baldeado.

Lucas alzó su propia linterna táctica y barrió la estancia.

Elena ahogó un grito, llevándose el dorso de la mano a la boca para bloquear la bilis que le subió por la garganta como ácido hirviente.

Javier Blasco seguía en la silla donde lo habían dejado. Pero su postura había cambiado. La cabeza colgaba hacia atrás en un ángulo antinatural, casi obsceno, desafiando a las vértebras cervicales.

—¡Dios santo! —murmuró Lucas, avanzando dos pasos, con el arma desenfundada apuntando a las esquinas vacías de la habitación.

Elena, impulsada por una fuerza morbosa que superaba a su miedo, se acercó. La luz de su linterna iluminó el cuello del prisionero.

No había sido una lucha. Había sido una ejecución.

Un corte profundo, limpio y quirúrgico atravesaba la garganta de izquierda a derecha. Había seccionado la carótida y la yugular con tal precisión que los bordes de la herida parecían dibujados con regla. La sangre había brotado con fuerza, empapando el pecho de Blasco, la silla y creando un charco negro y viscoso que avanzaba hacia los pies de Elena. Ya no manaba; el corazón había dejado de bombear hacía rato. La sangre comenzaba a tener esa textura gelatinosa, similar a la mermelada de grosella, indicando que la muerte había ocurrido hacía al menos una hora.

—La puerta estaba cerrada... —susurró Elena. Su mente analítica intentaba procesar el horror convirtiéndolo en datos, en física, en cualquier cosa que no fuera la realidad—. Lucas, la puerta estaba cerrada con llave.

El policía se acercó al cuerpo, evitando pisar el lago carmesí. Guardó el arma y se puso los guantes de látex que siempre llevaba en el bolsillo trasero, un hábito de sus días en la ciudad.

—Las ataduras —dijo él, con voz temblorosa—. Mira las muñecas.

Elena dirigió el haz de luz hacia las manos de Blasco, atadas al respaldo de la silla. Los nudos estaban intactos. La cuerda de escalada se hundía en la carne pálida, tensa y cruel. No había ni un solo signo de que hubiera intentado liberarse. Quienquiera que hubiese entrado, lo hizo con tal sigilo o autoridad que Blasco ni siquiera tuvo tiempo de forcejear.

O conocía a su asesino.

—No pudo hacerlo él —sentenció Lucas, verificando la rigidez incipiente de los dedos—. Nadie se corta el cuello de esta manera y luego se ata las manos a la espalda. Es físicamente imposible.

Elena sintió que el suelo se inclinaba. La falsa seguridad de las últimas seis horas se desmoronó como un alud de nieve polvo. Habían creído tener al culpable. Habían dormido, habían bajado la guardia, habían sentido ese alivio narcótico de la justicia cumplida.

Y mientras ellos descansaban, el verdadero Escultor había entrado en esta habitación.

—Está aquí —dijo Elena. Las palabras salieron de su boca como piedras frías—. Lucas, no se ha ido. El asesino no es Blasco. Blasco era el cebo.

Lucas se giró hacia ella. Su rostro, iluminado desde abajo por la linterna, parecía una máscara de teatro trágico, acentuando las ojeras y el terror en sus ojos marrones.

—Tenemos que despertar a los demás —dijo él—. Ahora mismo.

Pero antes de que pudieran dar un paso hacia la salida, un ruido en el pasillo los heló. No era el viento. Era el crujido de una tabla. Alguien había estado escuchando. Alguien que respiraba con la calma de quien acaba de terminar una obra maestra.

Elena miró el cuerpo desangrado, la «inocencia» de Blasco escrita en rojo sobre su camisa. La verdad no los había liberado; los había encerrado en una tumba de hielo con un depredador invisible.

El pánico, esa criatura que había estado arañando las paredes de su mente desde que llegaron, finalmente rompió la puerta y lo inundó todo.

—Cierra la puerta —ordenó Elena, con la voz quebrada por la certeza del desastre—. Ciérrala, Lucas. No sabemos quién está al otro lado.

CAPÍTULO 22: LA TRAICIÓN DE LUCAS

Refugio de Aigüestortes, Pirineo catalán 24 de diciembre de 2018, 06:15 a.m.

El silencio que sigue al descubrimiento de un cadáver no es la ausencia de sonido, sino una frecuencia aguda, casi eléctrica, que se instala en la base del cráneo. Elena Vives caminaba por el pasillo de la segunda planta, alejándose de la habitación 204, sintiendo cómo esa vibración le subía por la columna vertebral. Dejó atrás el olor cobrizo de la sangre derramada, esa fragancia metálica y dulzona que se adhería al paladar como una capa de grasa rancia, pero la imagen de Javier Blasco, atado y degollado con la precisión de un matarife, seguía impresa en sus retinas con la fidelidad de una fotografía forense.

A su lado, el paso de Lucas Riera era irregular. El jefe de policía arrastraba levemente la pierna derecha, un sonido rítmico —*clac, arrastre, clac*— que resonaba contra la madera barnizada del suelo. En otro momento, aquel defecto en su andar le habría provocado compasión; ahora, solo despertaba en ella una sospecha clínica, fría y afilada.

Llegaron a un recodo del pasillo, una suerte de alcoba ciega destinada a almacenar ropa de cama, lejos de las orejas curiosas de los huéspedes que dormían, o fingían hacerlo, en la planta baja. La única iluminación provenía de un ventanuco por el que se filtraba la

luz azulada y enferma del amanecer, teñida por la tormenta que seguía rugiendo fuera, ajena a la tragedia humana, sepultando el valle bajo toneladas de indiferencia blanca.

Elena se detuvo en seco y giró sobre sus talones. El movimiento fue tan brusco que Lucas tuvo que frenar de golpe, apoyando una mano grande y callosa en la pared para no perder el equilibrio.

—Cierra la boca —ordenó ella antes de que él pudiera articular palabra. Su voz no era más que un susurro, pero cargaba con la autoridad de quien ha interrogado a monstruos y conoce la arquitectura de la mentira.

Lucas parpadeó, confundido. Las ojeras bajo sus ojos marrones parecían cráteres de hollín en un rostro que había envejecido diez años en cinco horas.

—Elena, tenemos que bajar. Tenemos que asegurar el perímetro y avisar a…

—Nadie entra y nadie sale, Lucas. Eso ya lo sabemos. —Elena dio un paso hacia él, invadiendo su espacio personal. Necesitaba ver sus pupilas, buscar la dilatación del miedo o la contracción de la culpa.

—¿Cómo qué? —El policía se pasó la mano por el pelo negro, salpicado de canas prematuras en las sienes, en un gesto de exasperación.

—La puerta de la 204 —dijo ella, enunciando cada sílaba con lentitud quirúrgica—. Estaba cerrada con llave. Tuvimos que usar tu copia maestra para entrar. Pero cuando revisé los bolsillos de Blasco, no había nada. Ni en la mesa, ni en el suelo.

Elena observó cómo la nuez de Lucas subía y bajaba al tragar saliva. La tensión en el pequeño habitáculo aumentó, desplazando el aire.

—El asesino se la llevó —aventuró Lucas, aunque su voz carecía de convicción.

—Correcto. El asesino cerró desde fuera. Giró el pestillo, echó la vuelta y se marchó con el trofeo. —Elena clavó sus ojos verde musgo en los de él, buscando una grieta—. Pero para llevar a cabo ese cierre desde fuera necesitas una llave. Y en este refugio solo hay tres juegos: el del huésped, que ha desaparecido; el de los guardeses, que cuelga en la recepción; y la maestra.

Hizo una pausa, dejando que la implicación flotara entre ellos como el vapor de sus respiraciones en el aire gélido del pasillo.

—Tú tienes la maestra, Lucas.

El hombre retrocedió instintivamente, chocando su espalda contra una estantería llena de toallas limpias. El olor a lavanda industrial, tan doméstico y seguro, resultaba obsceno en aquel contexto.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó, con un tono que oscilaba entre la ofensa y el pánico.

—No insinuo. Analizo variables. —Elena cruzó los brazos sobre el pecho, protegiendo sus órganos vitales, una costumbre adquirida tras años de convivir con la depredación humana—. Blasco murió hace horas. La sangre estaba coagulada, la temperatura hepática había descendido. Ocurrió durante la noche. Mientras todos dormíamos. O mientras se suponía que dormíamos.

—Yo estaba en mi habitación —se defendió Lucas, pero sus manos empezaron a temblar. No era un temblor sutil; era una sacudida nerviosa que intentó ocultar metiendo los puños en los bolsillos de su pantalón de pana gastado.

—Enséñamela —exigió Elena, extendiendo la mano izquierda, con la cicatriz en forma de media luna brillando pálida bajo la luz espectral de la ventana.

—¿Qué?

—La llave maestra. Sácala. Ahora.

Lucas la miró, y en esa mirada Elena vio derrumbarse al jefe de policía, al protector del valle, al hombre que había mantenido la compostura cuando la nieve los aisló. Lo que quedó frente a ella fue un ser humano erosionado, lleno de grietas por las que se escapaba la dignidad.

—No puedo —susurró él.

El estómago de Elena se contrajo, una náusea ácida que nada tenía que ver con el cadáver de arriba y todo que ver con la traición.

—¿Por qué no puedes, Lucas?

Él sacó la mano derecha del bolsillo. Estaba vacía. Luego la izquierda. También vacía. Se palpó el abrigo, el pantalón, con una desesperación teatral que a Elena le pareció patética. Pero no era teatro. Era la constatación de una catástrofe.

—No está —confesó, con la voz rota—. La tenía anoche. Lo juro por mi vida, Elena. La dejé en la mesilla de noche, junto a mi arma.

Elena sintió cómo el suelo bajo sus botas de montaña perdía solidez. La única alianza en la que se había permitido confiar, el único pilar de autoridad en aquel infierno blanco, acababa de convertirse en arena.

—¿Me estás diciendo que perdiste el único objeto que garantiza el acceso a todas las habitaciones de este refugio con un asesino suelto?

—No la perdí —replicó él, y de repente la vergüenza dio paso a una ira defensiva—. Me la quitaron. Alguien entró en mi habitación mientras dormía y se la llevó.

Elena soltó una risa seca, carente de humor.

—¿Entraron en tu habitación? ¿Tú, un policía entrenado, con el sueño ligero de quien lleva veinte años patrullando, y no oíste nada? ¿Ni el pomo girando, ni los pasos, ni la respiración de un extraño a medio metro de tu cama?

Lucas bajó la cabeza. Su respiración se volvió pesada, ruidosa. Parecía estar librando una batalla interna, debatiéndose entre mantener una fachada de acero que ya estaba oxidada o dejar que la verdad, por corrosiva que fuera, saliera a la luz.

—No tengo el sueño ligero, Elena. No últimamente.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un frasco de plástico naranja, de esos que dispensan en las farmacias con receta estricta. Lo sostuvo en la palma de la mano, ofreciéndolo como una prueba incriminatoria. El sonido de las pastillas chocando contra las paredes del envase sonó como un cascabel de advertencia.

Elena tomó el frasco. Leyó la etiqueta. El nombre químico era complejo, pero ella conocía la familia del fármaco. Agonistas dopaminérgicos. Sedantes potentes. Medicación para trastornos neurológicos graves.

Levantó la vista, reevaluando todo lo que creía saber sobre el hombre que tenía delante. La cojera. El cansancio crónico. Las manos grandes que a veces escondía bajo la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque su mente analítica ya estaba conectando los puntos, trazando una línea recta entre el síntoma y el diagnóstico.

—Tengo un principio de Parkinson —dijo Lucas. La palabra salió de su boca como una piedra que lleva años tragada—. Degeneración temprana. Los médicos dicen que avanza rápido.

El mundo de Elena se inclinó. La confesión no le provocó lástima. Le provocó vértigo.

—Tomé la dosis nocturna —continuó él, hablando atropelladamente, como si al soltar el lastre pudiera evitar el naufragio—. Me deja K.O. Es como si me apagaran el cerebro. No sueño, no me muevo. Si hubieran disparado un cañón en el pasillo, no me habría despertado.

Elena apretó el frasco hasta que el plástico crujió. La ira, caliente y líquida, empezó a bombear por sus venas, sustituyendo al miedo.

—Me ocultaste esto.

—No quería que me tratarais como a un inválido. Soy la autoridad aquí. Si sabían que estaba enfermo...

—¡No se trata de tu orgullo, maldita sea! —El grito de Elena rebotó en las paredes estrechas, sobresaltándolos a ambos—. ¡Se trata de seguridad! Estamos atrapados con alguien que degüella personas como si fuera ganado. Confié en ti porque pensé que eras capaz de vigilar, de reaccionar. Y resulta que te drogas cada noche hasta quedar inconsciente.

Lucas intentó acercarse, poner una mano conciliadora sobre el hombro de ella, pero Elena retrocedió como si el contacto físico fuera contagioso.

—Elena, por favor. Sigo siendo yo. Sigo pudiendo disparar, sigo pudiendo pensar...

—No —lo cortó ella, implacable—. Anoche, mientras tú dormías tu sueño químico, alguien entró en tu cuarto. Alguien que sabía que no despertarías. Te quitó la llave de la mesilla, caminó hasta la habitación de Javier, lo torturó, lo mató, cerró con tu llave y probablemente volvió a dejártela o se la quedó. Y tú no te enteraste de nada.

La crudeza del relato golpeó a Lucas. Se apoyó contra la pared, deslizándose unos centímetros hacia abajo, derrotado por la lógica aplastante de la perfiladora.

—Soy un estorbo —murmuró.

—Eres un riesgo —corrigió Elena. La crueldad era necesaria; la supervivencia no entendía de eufemismos—. Y lo peor no es la enfermedad, Lucas. Es la mentira. Me has dejado operar basándome en datos falsos. Creí que tenía un compañero.

—Lo tienes —insistió él, levantando la vista, con los ojos húmedos de desesperación.

—No. Tengo a un hombre enfermo que ha perdido el control de su propia seguridad y, por extensión, de la mía.

Elena le lanzó el frasco de pastillas. Lucas lo atrapó en el aire con un reflejo torpe, casi se le escapa.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó ella, recuperando el tono profesional, gélido.

—Nadie. Solo mi médico en Vielha.

—El asesino lo sabe —sentenció Elena. Se giró hacia la ventana, observando cómo la nieve se acumulaba en el alféizar, capa tras capa, ocultando el mundo—. Quienquiera que sea, sabía que estarías fuera de combate. Sabía que podía entrar en tu habitación y tomar la llave sin riesgo. Eso significa que te ha estado observando. A ti. A tus manos temblorosas. A tus pastillas.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura recorrió la espalda de Lucas. La idea de haber sido estudiado, analizado y descartado como amenaza mientras creía tener el control era humillante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él, cediendo el mando sin rechistar.

Elena se miró la cicatriz de la palma. Recordó el caso anterior, el que la había retirado. El error de confiar en que las variables eran estáticas. La naturaleza era caos, y el ser humano, parte de ella. Había cometido el error de buscar orden en Lucas, y el caos se lo había devorado.

—Tú no haces nada —dijo ella sin mirarlo—. Vas a bajar, te vas a sentar en la sala común y vas a vigilar a los demás. Si es que puedes mantener los ojos abiertos.

—Elena...

—Yo voy a buscar esa llave. Y voy a buscar qué más nos has ocultado.

—No te he ocultado nada más.

Elena se giró para mirarlo una última vez. La distancia entre ellos en ese pasillo estrecho era de apenas dos metros, pero emocionalmente se había abierto un abismo insalvable, una grieta glaciar profunda y oscura. La alianza se había fracturado. Ya no eran "nosotros". Eran "yo" y "él".

Elena pasó por su lado, rozando su hombro con una indiferencia deliberada, y se dirigió hacia las escaleras, dejándolo solo en la penumbra del pasillo, con su frasco de pastillas en la mano y el peso de un cadáver y una traición sobre sus hombros cargados. El sonido de sus pasos alejándose fue lo único que rompió el zumbido eléctrico del silencio.

Lucas se quedó allí, estático, mientras la tormenta fuera golpeaba los cristales, exigiendo entrar. Se miró las manos. Temblaban. Y por primera vez en años, no supo si era por la enfermedad o por el terror puro y absoluto de saberse vulnerable.

CAPÍTULO 23: TERMODINÁMICA DEL MIEDO

Aigüestortes, 24 de diciembre de 2018 Sala de calderas 12:15 p.m.

El descenso al infierno no olía a azufre, sino a gasóleo rancio y humedad estancada.

Elena Vives dejó atrás la segunda planta, cargando con el peso de la traición de Lucas como si fuera una mochila llena de piedras. Cada escalón metálico que bajaba hacia el subsuelo del hotel resonaba con un eco hueco, una percusión solitaria que marcaba su distancia del resto del grupo. El aire se volvía denso y opresivo, una masa gelatinosa que costaba respirar. La decepción con el policía había creado una costra dura alrededor de sus emociones, un escudo necesario para lo que su mente analítica llamaba «modo de ejecución».

Al final de la escalera de servicio, una puerta cortafuegos de acero pintado de rojo la esperaba entreabierta. Al cruzarla, la temperatura se desplomó. No era el frío limpio y cristalino de la montaña; era una gelidez industrial, sucia, que se pegaba a la piel bajo las capas de ropa térmica.

—¿Señora Vives? —la voz rebotó en las paredes de hormigón.

Ramón, el encargado de mantenimiento, emergió de entre las sombras de una inmensa estructura cilíndrica. Era un hombre de

cincuenta años con las manos perpetuamente manchadas de grasa y un mono azul que le quedaba dos tallas grande. Sostenía una llave inglesa con la misma reverencia con la que un soldado empuña su fusil.

—Me dijo que bajara si encontraba algo raro —dijo el hombre, limpiándose el sudor frío de la frente con el dorso de la muñeca—. Su voz temblaba, no por el frío, sino por esa vibración instintiva que tienen los animales antes de una tormenta.

Elena avanzó, iluminando con su linterna el laberinto de tuberías que cruzaban el techo como las venas abiertas de un gigante de metal.

—¿Qué ha visto, Ramón?

El mecánico señaló el panel de control de la caldera principal. La máquina, un monstruo de hierro fundido que debería estar rugiendo para calentar el edificio, permanecía en un silencio sepulcral, tan muerta como el cadáver que habían dejado arriba en la nieve.

—No es una avería —susurró Ramón, acercándose al panel con cautela—. He intentado purgar el sistema, pensando que era una obstrucción por hielo. Pero mire esto.

Elena se inclinó. Siguió el dedo índice del hombre, que apuntaba a una serie de válvulas de latón en la base de la unidad.

—Las válvulas de seguridad no saltaron. Alguien las puenteó. Y aquí... —Ramón iluminó una sección de la tubería de admisión—. Esto no es desgaste. Hay marcas de herramientas. Alguien inyectó nitrógeno líquido en el circuito de agua antes de bloquear el flujo.

Elena sintió un nudo en el estómago. La implicación era aterradora en su precisión.

—¿Sabotaje?

—Peor —corrigió el mecánico, girándose hacia ella con los ojos muy abiertos—. Es una ejecución técnica. Quien hizo esto sabía exactamente dónde golpear para que el sistema no solo fallara, sino

que fuera irreparable. Convirtieron el hotel en una cámara frigorífica sellada. No querían que pasáramos frío; querían congelarnos.

La revelación golpeó a Elena con la fuerza de una certeza física. No era caos; era diseño. El asesino no improvisaba. Estaba esculpiendo el entorno para adaptarlo a su obra.

—¿Se puede arreglar? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

Ramón negó con la cabeza y se volvió hacia la parte trasera de la caldera, donde la oscuridad era más espesa.

—Necesito ver si el daño llegó al intercambiador de calor. Si tengo suerte, quizá pueda hacer un baipás manual, pero...

El hombre se adentró en el hueco entre la máquina y la pared de ladrillo. Elena se quedó quieta, analizando la geometría del lugar. El lugar presentaba demasiados puntos ciegos, una profusión de sombras donde la luz de la linterna moría sin retorno.

Un sonido metálico, agudo y seco, chasqueó en la penumbra.

—¿Ramón?

—¡Lo tengo! —exclamó él desde la oscuridad—. Hay una palanca auxiliar, parece que la dejaron...

La frase se cortó.

No hubo un grito. Solo un sonido húmedo, visceral, como el de una bota hundiéndose en el barro, seguido inmediatamente por el ruido de una herramienta pesada cayendo al suelo.

—¿Ramón? —repitió Elena, dando un paso adelante. Su mano derecha buscó instintivamente el bisturí en su bolsillo.

El silencio que siguió fue absoluto, pero duró apenas un segundo. Luego, el cuerpo del mecánico salió despedido desde detrás de la caldera. No caminaba; caía. Se desplomó a los pies de Elena con la pesadez inerte de la carne muerta.

La luz de su linterna barrió el cuerpo. Ramón tenía los ojos abiertos, fijos en la nada, y una varilla de acero —probablemente parte del propio mecanismo de la caldera, afilada como un estilete— le atravesaba la garganta de lado a lado. La sangre brotaba a borbotones, negra bajo la luz artificial, empapando el mono azul.

Elena retrocedió, el corazón golpeándole las costillas como un pájaro atrapado.

Una figura se recortó en la oscuridad, justo en el lugar donde había estado Ramón.

No vio su rostro. Solo vio una silueta envuelta en ropa oscura, mimetizada con la negrura del sótano, y el brillo fugaz de unos ojos que reflejaron el haz de su linterna con la indiferencia de un depredador ártico.

El olor llegó entonces. No era gasóleo.

Menta. Y algo químico. Antiséptico.

El asesino no había huido. La había estado esperando. Usar al mecánico como cebo para atraerla a las entrañas del edificio.

La figura dio un paso hacia ella. El movimiento fue fluido, sin urgencia, con la calma terrorífica de quien controla el tiempo y el espacio.

Elena no pensó. Su cuerpo, entrenado por el trauma y la supervivencia, tomó el mando.

Giró sobre sus talones y corrió.

—¡Elena! —susurró una voz a sus espaldas. No era un grito de amenaza, sino una invitación. Una burla.

Se lanzó hacia el pasillo de tuberías por el que habían venido, pero un estruendo metálico la detuvo. Una llave de paso enorme, lanzada con fuerza inhumana, se estrelló contra la pared a centímetros de su cabeza, arrancando chispas y bloqueando su ruta directa a la puerta.

Cambió de dirección. Se internó en el laberinto de máquinas auxiliares, hacia la zona de generadores.

Apagó la linterna.

La oscuridad la engulló al instante. Fue como quedarse ciega de golpe, pero era su única ventaja. Si ella no podía ver, él tampoco.

Se movió a tientas, con las manos extendidas, rozando metal frío y paredes rugosas. Sus botas resbalaban sobre manchas de aceite. Cada respiración era un estruendo en sus propios oídos.

Crac.

Un paso. Detrás de ella. Lento. Deliberado.

Elena se agachó, deslizándose bajo una tubería baja. Sintió un dolor agudo en el antebrazo derecho cuando un hierro oxidado le rasgó la piel a través de la chaqueta, pero mordió el grito. El dolor era información; le decía que seguía viva.

Avanzó a gatas, sintiendo la sangre caliente resbalar por su muñeca, mezclándose con la suciedad del suelo. El olor a menta parecía flotar en el aire, acercándose, desafiando a la física de la ventilación.

Llegó a una bifurcación. A la izquierda, el zumbido lejano de los generadores. A la derecha, un pasillo estrecho que olía a polvo y olvido.

Eligió la derecha. Se incorporó y corrió, rozando los hombros contra las paredes estrechas.

Sus dedos tropezaron con el pomo de una puerta al final del corredor. Estaba cerrado.

El pánico, ese animal que había mantenido a raya, arañó la puerta de su conciencia.

Escuchó el sonido de algo arrastrándose por el suelo a unos metros. Metal contra hormigón. El asesino no corría. La pastoreaba.

Elena forzó la manilla, empujando con el hombro herido. La madera crujió, resistiéndose.

—No hay salida, Elena —dijo la voz, esta vez mucho más cerca. A su espalda.

Con un gruñido de esfuerzo, embistió la puerta una última vez. El marco podrido cedió. Elena cayó hacia adelante, rodando sobre un suelo de baldosas frías, y pateó la puerta para cerrarla justo cuando una mano enguantada intentaba colarse por la abertura.

Se puso en pie, jadeando, y buscó algo, cualquier cosa, para atrancar el acceso. Empujó un viejo archivador metálico contra la hoja de madera.

Se apoyó contra él, temblando, con el brazo palpitando al ritmo de su sangre desbocada. Al otro lado de la puerta, solo hubo silencio. Ni golpes, ni intentos de forzarla.

Solo una risa suave, apenas un soplo de aire, antes de que el sonido de pasos se alejara, rítmico y tranquilo, de vuelta a la oscuridad de las calderas.

CAPÍTULO 24: RATAS EN EL MURO

Aigüestortes. Día 5. Tarde.

El mundo se había reducido a un tubo de chapa galvanizada de sesenta centímetros de ancho.

Elena Vives avanzaba arrastrando los codos, convertida en un animal ciego que repta por las entrañas de una bestia de metal. La oscuridad no era simplemente la ausencia de luz; era una entidad física, pesada, una manta de plomo que se adhería a su piel y se filtraba por sus fosas nasales con un olor rancio a polvo acumulado durante décadas y grasa industrial.

Cada movimiento era una negociación con el dolor. La cicatriz en forma de media luna de su palma izquierda latía al contacto con los remaches fríos del suelo, enviando descargas eléctricas hasta el hombro. Sus rodillas, desprovistas de protección, golpeaban contra las juntas del conducto con un ritmo sordo y cruel. *Clac. Arrastre. Jadeo. Clac.*

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro. El concepto de tiempo se había disuelto en la negrura, dejando solo la urgencia primitiva de la huida. Atrás quedaba el encierro; adelante, una promesa incierta de libertad o asfixia.

La glacióloga intentó enfocar su mente, esa herramienta que solía diseccionar perfiles criminales con la precisión de un bisturí, pero el

entorno conspiraba contra la lógica. El aire estaba viciado, caliente y escaso. Sentía cómo sus pulmones tenían que trabajar el doble para extraer el oxígeno necesario, una tarea mecánica que comenzaba a fallar. La claustrofobia, esa vieja enemiga que mantenía a raya con espacios abiertos y montañas heladas, arañaba la puerta trasera de su consciencia.

«Es solo un túnel. Tiene salida. Todo sistema de ventilación obedece a un diseño arquitectónico lógico».

Se repitió la mentira técnica como un mantra. Pero su cuerpo, más sabio y aterrado, sabía que estaba enterrada en vida.

Se detuvo un instante para limpiar el sudor que le escocía los ojos. El silencio del conducto fue roto por un sonido lejano. No era el viento, ni el asentamiento del edificio. Eran voces.

El sonido viajaba por el metal con una claridad acústica traicionera, rebotando en las paredes de hojalata y amplificándose como en el interior de un violonchelo macabro. Elena contuvo la respiración, ignorando la quemazón en el pecho. Se arrastró dos metros más, hasta donde una rejilla rectangular cortaba la oscuridad inferior con franjas de luz amarillenta y enfermiza.

La luz dibujaba barrotes en su rostro sucio de hollín. Se asomó con cautela, pegando la oreja al metal frío.

—... no es lo que acordamos.

La voz le heló la sangre más que cualquier ventisca de la montaña. Era inconfundible. Grave, paternal, teñida de esa autoridad médica que tantas veces la había consolado.

El doctor Arnald Soler.

Elena sintió que el suelo de chapa desaparecía bajo su estómago. ¿Arnald? ¿Allí? Su mente luchó por encontrar una explicación inocente, pero el tono del médico destilaba una urgencia clandestina que no encajaba con ninguna ronda rutinaria.

—El proceso se ha acelerado —respondió otra voz. Esta no era humana, o al menos no sonaba como tal. Era un susurro metálico, carente de inflexión, como si las palabras fueran cortadas con un bisturí antes de ser pronunciadas. No pudo ver al interlocutor, solo la sombra alargada que proyectaba sobre las baldosas blancas de lo que parecía una sala de almacenamiento.

—¡No quedan más viales! —La voz de Soler se quebró, perdiendo la compostura—. Si la tormenta no amaina, los generadores fallarán. Y si fallan, la temperatura subirá. Sabes lo que eso significa. Se pudrirán. Todo tu «arte» se convertirá en carne descompuesta.

—La belleza requiere sacrificio, doctor. Usted lo sabe mejor que nadie.

—¡No me hables de sacrificio! —Arnald golpeó algo, quizás una mesa metálica. El estruendo resonó en el conducto, haciendo vibrar los dientes de Elena—. Lo hago por ella. Solo por ella. Si no fuera por Julia...

Elena se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor cobrizo de la sangre. *Julia.* El nombre de la hija de Arnald. La pieza que faltaba en el rompecabezas, la palanca de presión. La imagen del bondadoso doctor, su mentor, el hombre que le había ofrecido un refugio cuando su carrera policial se desmoronó, se fragmentó en mil pedazos irreconocibles.

No era un aliado. Era un peón. O peor, un arquitecto del horror.

—Julia está a salvo mientras usted cumpla su función —dijo la voz sin rostro. Había un matiz en ese tono, una satisfacción sádica que olía a antiséptico y locura—. Mantenga los cuerpos fríos, doctor Soler. Y mantenga a la perfiladora lejos de la verdad. Ella es... perspicaz. Sería una lástima tener que añadirla a la colección antes de tiempo.

—Elena no sabe nada —mintió Soler, y su voz temblaba—. Déjala fuera de esto.

—Eso depende de usted. Y de la tormenta.

Se escucharon pasos, el chirrido de una puerta pesada al abrirse y cerrarse, y luego, el silencio volvió a adueñarse del cuarto de abajo. Solo quedó la respiración entrecortada de Soler, que parecía sollozar en soledad.

Elena quiso moverse, quiso seguir reptando lejos de aquella verdad venenosa, pero su cuerpo se rebeló.

El ataque llegó sin previo aviso, brutal y absoluto.

Las paredes del conducto parecieron contraerse de golpe, como si la garganta de metal decidiera tragarla. El aire se volvió sólido. Elena abrió la boca para tomar una bocanada, pero no entró nada. Su garganta se cerró, un nudo corredizo apretado por manos invisibles.

«No puedo salir. Voy a morir aquí. Como ella».

El recuerdo de su último caso, la víctima que no pudo salvar, la que murió asfixiada en un zulo mientras ella analizaba pistas a kilómetros de distancia, se superpuso a la realidad. Ya no estaba en los conductos del hospital de Aigüestortes. Estaba en aquella caja de madera bajo tierra. La oscuridad era la misma. El olor a miedo era el mismo.

Su corazón, un tambor de guerra desbocado, golpeaba contra sus costillas con tal violencia que temió que se rompieran. El sudor frío le empapó la espalda, mezclándose con la suciedad. Las extremidades se le entumecieron, un hormigueo doloroso que anunciaba la parálisis del pánico.

Quiso gritar, pero el sonido murió en su laringe. Si gritaba, Soler la oiría. Y si Soler la oía, el hombre de la voz de hielo volvería.

Estaba atrapada entre la muerte por asfixia y la muerte a manos de un monstruo.

La visión se le llenó de puntos negros que danzaban como moscas necrófagas. Sintió que la gravedad se invertía, que el conducto

giraba sobre sí mismo. Arañó el metal con las uñas, rompiéndoselas, buscando una salida que la lógica le decía que existía pero que el terror le ocultaba.

«Respira. Elena, respira».

No podía. El peso de la montaña entera estaba sobre su pecho.

En medio del caos sensorial, un sonido rítmico, diminuto pero constante, se abrió paso a través del estruendo de su propia sangre en los oídos.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Su muñeca izquierda estaba aplastada contra el suelo, cerca de su oreja. El reloj de su padre. Esa vieja maquinaria analógica que había sobrevivido al tiempo, a la muerte y al olvido. Las manecillas, recubiertas de un material luminiscente que apenas brillaba ya en la penumbra, seguían avanzando. Indiferentes al miedo. Indiferentes a la traición de Soler. Indiferentes a la muerte.

Un segundo. Otro. Otro más.

El tiempo no se detenía. El orden existía en ese mecanismo de engranajes y muelles. Si el reloj podía seguir funcionando en la oscuridad, ella también.

Elena cerró los ojos y se concentró en ese sonido. Visualizó los engranajes girando, diente por diente, con una precisión matemática. Dejó que el ritmo del reloj sustituyera al ritmo caótico de su corazón.

Inhala. El aire entró, doloroso y escaso, pero entró. *Exhala.* El miedo salió, no todo, pero lo suficiente para dejar espacio a la supervivencia.

El glaciar no entra en pánico cuando la presión aumenta; se compacta, se vuelve más duro, más azul, más fuerte. Ella debía ser hielo.

Abrió los ojos. La oscuridad seguía ahí, pero ya no era un monstruo; era solo ausencia de fotones. Las paredes seguían estrechas, pero eran solo límites físicos, no un ataúd.

—Muévete —susurró, su voz ronca sonando extraña en el tubo.

Obligó a sus músculos agarrotados a responder. Una rodilla adelante. Un codo. Otra vez. El dolor era información: estaba viva.

Se arrastró lejos de la rejilla donde Soler lloraba su pecado. Avanzó cinco metros, diez, quince. El conducto hizo un giro de noventa grados a la derecha. Sintió una corriente de aire más fresco, un hilo tenue que olía a lejía y ropa limpia.

Al final del tramo, otra rejilla. Esta no estaba atornillada con la misma firmeza. La luz que entraba era blanca, estéril.

Elena se giró con dificultad sobre su espalda, apoyó las botas contra la rejilla y empujó. El metal crujió, resistiéndose. Apretó los dientes y descargó toda la frustración, toda la ira por la traición de Arnald, en una sola patada.

La rejilla cedió con un estrépito metálico que resonó como un disparo.

Elena se dejó caer.

El impacto contra el suelo de baldosas fue duro. El dolor estalló en su cadera y hombro, pero era un dolor de libertad. Rodó sobre sí misma, tosiendo, escupiendo el polvo gris que le cubría la lengua.

Se quedó tendida un momento, mirando el techo blanco, inmaculado. Estaba cubierta de hollín, sudor y sangre seca. Parecía un espectro surgido del inframundo para manchar la asepsia de aquel lugar.

Se incorporó lentamente, comprobando que no hubiera huesos rotos. Estaba en la lavandería del hospital. Grandes sábanas blancas colgaban como fantasmas en los estantes. El zumbido de una secadora industrial enmascaraba el ruido de su caída.

Estaba libre del muro. Pero la prisión era mucho más grande de lo que imaginaba.

Se miró las manos temblorosas. Negras de suciedad.

Arnald Soler, el hombre que le había enseñado a confiar de nuevo, estaba colaborando con el asesino para salvar a su hija Julia. El enemigo no estaba solo fuera, en la tormenta, acechando entre la nieve. El enemigo tenía llaves, bata blanca y acceso a cada habitación.

Elena se puso en pie, tambaleándose. Se limpió la cara con la manga, dejando un rastro sucio en su mejilla. Sus ojos verdes, ahora enmarcados en negro, brillaron con una determinación fría y terrible.

Ya no era la víctima atrapada en el conducto. Ahora era el testigo. Y el hielo, cuando se quiebra, corta.

CAPÍTULO 25: PUNTO DE CONGELACIÓN

El pasillo del ala norte de la estación científica se extendía como una garganta de hormigón, tragada por la oscuridad que la tormenta imponía desde el exterior. El generador auxiliar tosía en algún lugar del sótano, enviando espasmos de luz amarillenta que hacían bailar las sombras sobre las paredes desconchadas. El frío no era solo temperatura; era una presencia física, una entidad que mordía la piel a través de las capas de ropa térmica.

Elena Vives avanzaba pegada a la pared, con la respiración contenida en el fondo de los pulmones. Su mano izquierda apretaba la empuñadura de la linterna táctica apagada, mientras el reloj de su padre, enorme en su muñeca delgada, marcaba los segundos con un tictac que le parecía ensordecedor en el silencio sepulcral.

—Faltan 20 metros para la sala de generadores —susurró Lucas Riera. Su voz era grave, una vibración que Elena sintió más que oyó.

El policía cojeaba ligeramente. La humedad y la caída barométrica de la ciclogénesis castigaban su vieja lesión, obligándole a arrastrar la pierna derecha con un ritmo sincopado: paso, arrastre, paso. Él iba delante, su silueta ancha recortada contra la intermitencia de las luces de emergencia, actuando como un escudo humano que Elena no había pedido pero que, en ese instante, agradecía con una culpa ácida en la boca del estómago.

Un olor aséptico y químico perforó el aire viciado por el polvo y la humedad: menta y desinfectante industrial.

Elena se detuvo en seco. Sus ojos verde musgo se dilataron, captando el detalle antes que su cerebro procesara la amenaza.

Demasiado tarde.

Una sombra se separó de la oscuridad de un nicho lateral. No era una mancha de luz, sino una figura sólida, vestida con un impermeable de pescador que brillaba húmedo bajo el parpadeo eléctrico. El rostro no existía; solo había una máscara de soldador modificada, lisa y sin rasgos.

En sus manos, un hacha de incendios de mango rojo describía ya una trayectoria descendente.

El tiempo no se detuvo, sino que aceleró su entropía.

—¡Atrás! —rugió Lucas.

El jefe de policía intentó pivotar, interponer su cuerpo entre el acero y la perfiladora. Buscó apoyo en su pierna derecha para impulsarse hacia atrás, un movimiento instintivo de defensa entrenado durante años. Pero la rodilla, rígida por el frío y el dolor crónico, no respondió a la orden neural.

La articulación falló. Un chasquido seco resonó cuando el soporte de Lucas se derrumbó.

En lugar de esquivar el golpe o bloquearlo con el antebrazo, Lucas resbaló, cayendo pesadamente sobre una rodilla. El cambio de altura fue catastrófico. El hacha, destinada originalmente a su clavícula o cuello, encontró un nuevo objetivo.

El filo de acero templado descendió con la fuerza de la gravedad y la malicia humana.

El sonido fue atroz. No hubo el repiqueteo metálico de una pelea de cine, sino el ruido húmedo, denso y definitivo de la carne separándose violentamente. La hoja mordió profundamente en el muslo derecho de Lucas, atravesando los pantalones tácticos, sajando el vasto medial y buscando el fémur.

—¡¡AGH!!

El grito de Lucas rasgó la atmósfera del pasillo, un alarido animal que heló la sangre de Elena.

El enmascarado, con una eficiencia mecánica, tiró del mango hacia atrás para liberar el arma. La extracción fue peor que el impacto. Un surtidor de sangre oscura, casi negra en la penumbra, brotó de su maltrecha extremidad, salpicando el suelo de linóleo y las botas de Elena.

Lucas colapsó sobre su costado, las manos grandes y callosas volaron instintivamente hacia la herida, tratando de contener lo incontenible. La sangre manaba entre sus dedos con una presión aterradora.

El enmascarado alzó el hacha de nuevo. El movimiento era pausado, curatorial, como un artista examinando dónde aplicar la siguiente pincelada de rojo.

Elena reaccionó. No hubo pensamiento consciente, solo la activación de una memoria muscular enterrada bajo capas de trauma. El miedo paralizante que solía acecharla se transformó en combustible frío.

Se lanzó hacia adelante, no hacia el agresor, sino hacia un extintor colgado en la pared opuesta. Sus dedos se cerraron alrededor de la palanca de metal frío. Con un giro de cadera, arrancó el cilindro de su soporte y, aprovechando la inercia, lo arrojó con toda su fuerza hacia la figura del impermeable.

El tanque de metal rojo golpeó al agresor en el pecho, haciéndole tambalearse y retroceder dos pasos. El hacha golpeó el suelo, saltando chispas, aunque no la soltó.

—¡Vamos! —gritó Elena, su voz irreconocible incluso para ella misma.

Agarró a Lucas por la solapa de su chaqueta. El hombre pesaba una tonelada, peso muerto anclado por el dolor y el shock. Él la miró, los

ojos marrones desorbitados, las pupilas contraídas por la agonía.

—Déjame... —jadeó él, la tez tornándose grisácea—. Corre.

—Cállate y muévete —ordenó ella.

Elena tiró. La adrenalina le prestó una fuerza que sus músculos delgados no deberían poseer. Lucas, comprendiendo que ella no se iría, clavó el talón de su pierna sana en el suelo y empujó. Se arrastraron metro a metro, dejando un rastro ancho y brillante sobre el suelo sucio.

El hombre del impermeable se recuperaba, enderezándose con la lentitud de una pesadilla inevitable.

Elena vio una puerta metálica a su izquierda: *ENFERMERÍA*.

—¡Ahí! —indicó.

Se lanzaron contra la hoja de la puerta. Estaba abierta. Cayeron al interior, un espacio que olía a alcohol y gasas viejas. Elena pateó la puerta para cerrarla justo cuando la sombra del hacha se proyectaba en el umbral.

Giró el seguro y empujó un pesado archivador metálico contra la entrada. Un segundo después, un golpe brutal sacudió la puerta, abollando el metal desde fuera. Luego otro. Y silencio.

Elena se giró. Lucas yacía en el centro de la sala, con la espalda apoyada contra una camilla. Su respiración era sibilante, entrecortada. El charco bajo su pierna derecha crecía con una rapidez obscena, devorando el suelo blanco.

Ella se arrodilló a su lado. La herida era una boca abierta en el muslo, una laceración profunda que exponía el tejido muscular y pulsaba con cada latido del corazón de Lucas. No era una lesión que una venda pudiera solucionar. La vida se le escapaba por esa brecha.

—Elena... —murmuró él, los párpados pesados, la mano manchada de carmesí buscando la de ella—. Hace frío.

Elena miró alrededor, sus ojos verdes escaneando la enfermería con la precisión de un ordenador buscando datos. Vendas, suturas... inútiles con este caudal. Necesitaba detener la hemorragia ya.

Su mirada se posó en un mechero Bunsen sobre la mesa de laboratorio y una espátula de metal quirúrgico. Luego, volvió a mirar la herida abierta, la carne desgarrada que no dejaba de sangrar.

Comprendió lo que tenía que hacer. La bilis le subió a la garganta, pero la tragó.

—Lo siento, Lucas —susurró, mientras se levantaba para preparar el fuego—. Esto va a ser el infierno.

CAPÍTULO 26: SANGRE Y HIELO

El pasillo de la enfermería apestaba a humedad y abandono, pero en ese instante, el olor dominante era el cobre caliente de la sangre arterial.

Elena Vives arrastraba el peso muerto de Lucas Riera. Sus botas resbalaban sobre el linóleo desgastado, dejando un rastro escarlata que brillaba bajo el parpadeo agónico de los fluorescentes de emergencia. Él era un hombre grande, de hombros anchos y estructura pesada, una carga que tensaba cada fibra de los músculos de ella.

—¡Aguanta! —gruñó Elena, pateando la puerta doble de la sala de curas para abrirla.

Lucas soltó un gemido gutural, un sonido húmedo que se le escapó entre los dientes apretados. Su rostro, habitualmente curtido por el sol de montaña, tenía ahora el color de la cera vieja. El sudor frío perlaba su frente, mezclándose con las canas prematuras de sus sienes.

Lo dejó caer sobre la camilla de exploración con menos delicadeza de la que hubiera deseado. El jefe de policía se aferró a los bordes metálicos, sus nudillos blancos, los ojos marrones vidriosos y desenfocados buscando el techo.

Elena se centró en la fuente del horror. No estaba en el hombro, como había temido en la confusión del ataque. La realidad era peor.

El pantalón de uniforme estaba destrozado en el muslo derecho. La tela oscura estaba empapada, pesada, pegada a la piel por la viscosidad del fluido vital que manaba a borbotones rítmicos. Elena recordó con nitidez quirúrgica los segundos previos en el corredor: la sombra del Escultor emergiendo, el hacha de bombero silbando en el aire. Lucas había intentado retroceder, pero su vieja lesión, esa cojera maldita que el clima despertaba, le había traicionado. La rodilla le había fallado y el acero, en lugar de encontrar el aire, había mordido profundamente en el vasto medial.

—Elena... —susurró él. Su voz era un hilo de arena.

Ella no respondió. Su mente analítica, entrenada para diseccionar la psicología de los monstruos, cambió de marcha. Ahora no había perfil que trazar, solo mecánica de fluidos y anatomía de urgencia.

Buscó unas tijeras en la mesa de instrumental. Estaban oxidadas, inservibles. Maldijo por lo bajo y sacó su propia navaja táctica. Con un movimiento seco, rasgó la tela desde la rodilla hasta la ingle.

La herida se abrió ante sus ojos como una boca obscena. El corte era limpio en los bordes, pero profundo, llegando peligrosamente cerca de la arteria femoral. La sangre no dejaba de salir, oscura y rápida, robándole la vida a Lucas con cada latido de su corazón.

—Presiona aquí —ordenó Elena, guiando las manos grandes y callosas de Lucas sobre el origen de la hemorragia—. No sueltes. Si sueltas, te mueres.

Elena se apartó y comenzó a revolver los armarios de metal y cristal. El estruendo de los frascos al chocar resonó en la pequeña habitación, compitiendo con el aullido de la tormenta que golpeaba los cristales blindados del exterior. La *Bestia Blanca* rugía con fuerza de huracán, aislándolos del mundo, de la ayuda, de la esperanza.

Gasas. Vendas. Un frasco de alcohol etílico medio vacío. Nada de suturas. Nada de anestesia. Nada de hemostáticos modernos.

—No hay... no hay suficiente presión —jadeó Lucas. Su cabeza cayó hacia atrás. La mancha roja bajo sus manos se expandía inexorablemente.

Elena miró el reloj de su padre en su muñeca izquierda. El segundero avanzaba con indiferencia cruel. A este ritmo, Lucas entraría en shock hipovolémico irreversible en menos de cinco minutos.

Su mirada barrió la habitación con desesperación hasta detenerse en un mechero Bunsen conectado a una toma de gas en la encimera del laboratorio anexo. Junto a él, una espátula de acero quirúrgico de mango largo.

La idea le provocó náuseas, un vuelco en el estómago que tuvo que tragar a la fuerza. Era una barbaridad. Una carnicería medieval.

Pero era la única opción.

Corrió hacia el mechero, giró la válvula y encendió la llama. El fuego azul siseó, hambriento. Elena tomó la espátula y colocó la hoja plana sobre la lengua de fuego.

—Lucas, escúchame —dijo, volviendo a su lado. Se inclinó sobre él, obligándole a mirarla. Los ojos verde musgo de ella se clavaron en los marrones de él, intentando anclarlo a la consciencia—. Voy a tener que cerrar eso. Ahora.

Él giró la cabeza, vio el metal calentándose al fondo, cambiando de plateado a un rojo cereza amenazante. Entendió al instante.

—Hazlo —dijo, cerrando los ojos con fuerza.

—Va a doler. Más de lo que puedas imaginar.

—Mejor que estar muerto —murmuró, aunque una lágrima solitaria se escapó de su párpado cerrado, perdiéndose en las arrugas de dolor de su rostro.

Elena buscó algo que pudiera morder. Encontró un rollo de venda elástica y se lo puso en la boca.

—Muerde. No grites si puedes evitarlo. No queremos que vuelva.

Se refería al Escultor. El depredador seguía suelto en el edificio, acechando en las sombras, esperando el momento de reclamar su obra de arte.

Elena regresó al mechero. El metal estaba incandescente, irradiando un calor que le secó los ojos. Se envolvió la mano con un trapo para no quemarse con el mango conductor y tomó la espátula.

Caminó hacia la camilla. Cada paso era una sentencia. El aire de la habitación parecía haberse solidificado.

—A la de tres —mintió.

Apartó las manos ensangrentadas de Lucas de golpe y, sin darle tiempo a su cerebro para procesar la crueldad del acto, presionó el acero al rojo vivo directamente sobre la herida abierta en el muslo.

El sonido fue lo peor. Un siseo agudo, como carne arrojada a una sartén hirviendo.

Inmediatamente después, el olor. El hedor acre y denso de la carne humana quemada, mezclado con el dulzor metálico de la sangre cocida y el vello chamuscado. Era un aroma primitivo que despertaba terrores ancestrales en el cerebro reptiliano.

Lucas se arqueó en la camilla como si le hubiera atravesado un rayo. Sus músculos se convulsionaron violentamente. El grito quedó ahogado en la mordaza, convirtiéndose en un aullido sordo, vibrante, que pareció sacudir las paredes de la enfermería. Las venas de su cuello se hincharon como cuerdas a punto de estallar.

Elena mantuvo la presión. Las lágrimas le nublaban la vista, pero no le tembló el pulso. Tenía que cauterizar cada vaso, sellar la carne desgarrada con fuego.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurraba ella, una letanía febril que él no podía oír.

Fueron 10 segundos eternos. 10 segundos en los que el tiempo dejó de existir y solo quedó el dolor absoluto y el olor a muerte.

Cuando finalmente retiró el metal, ya negro y humeante, la piel alrededor de la herida estaba fruncida, ennegrecida y horrenda, pero la sangre había dejado de fluir. El cauce rojo se había convertido en una costra artificial y grotesca.

Lucas se desplomó sobre el colchón delgado. Su pecho subía y bajaba en espasmos irregulares, buscando aire desesperadamente. Estaba inconsciente, o al borde de estarlo. El dolor había sobrepasado el umbral de lo que la mente podía procesar.

Elena dejó caer la herramienta al suelo con un golpe metálico que rompió el silencio. Se apoyó en el borde de la camilla, luchando contra el mareo que amenazaba con derribarla a ella también.

Se miró las manos. Estaban cubiertas de la sangre de Lucas. Manchas secas y oscuras bajo las uñas, salpicaduras frescas en sus antebrazos. La cicatriz en forma de media luna de su palma izquierda parecía brillar, un recordatorio de viejas violencias.

Con movimientos mecánicos, buscó una manta térmica en los armarios y cubrió el cuerpo tembloroso del policía. Le comprobó el pulso en la carótida; era rápido, filiforme, pero constante. Había sobrevivido.

Elena se dejó deslizar por la pared hasta sentarse en el suelo frío, con las rodillas contra el pecho. La adrenalina comenzaba a retirarse, dejando en su lugar un vacío helado y un cansancio plomizo.

Afuera, la tormenta golpeaba el edificio con renovada furia, como si la *Bestia Blanca* estuviera frustrada por no haber podido reclamar una vida esa noche. Pero Elena sabía que la noche era larga. El Escultor seguía ahí fuera, paciente, meticuloso. Y ahora, Lucas era un peso muerto. Ella era la única barrera entre él y el hielo eterno.

Miró hacia la puerta atrancada. Su reloj marcaba las tres de la madrugada. Faltaban horas para el amanecer, y muchas más para que la tormenta amainara.

Nadie vendría. Estaban solos en el infierno blanco.

Elena cerró los ojos un instante, visualizando el mapa del edificio en su mente, trazando rutas, calculando ángulos. La analista había vuelto. Tenía que estar lista. Porque cuando el dolor de Lucas remitiera, o cuando el asesino decidiera terminar su trabajo, ella tendría que ser más fría que el invierno mismo.

CAPÍTULO 27: EL RASTRO DE LA PRESA

Sanatorio de Aigüestortes, 25 de diciembre de2018

El olor a carne cauterizada se había adherido al paladar de Elena Vives, una pátina grasa y amarga que ni siquiera el aire gélido del pasillo lograba disipar. Dejó atrás la barricada de la enfermería, donde la respiración de Lucas, rítmica y pesada, marcaba el único compás de vida en aquel mausoleo de hormigón. Él sobreviviría. Esa certeza era un ancla, pero también un lastre; ahora, cada paso que ella daba hacia la oscuridad no era solo una huida, sino una cacería.

La linterna en su mano derecha proyectaba un cono de luz tembloroso que cortaba la negrura como un bisturí abriendo tejido necrótico. Subió a la tercera planta. Sus botas de montaña, sucias de hollín y sangre seca, se posaban sobre las baldosas con una suavidad antinatural, aprendida no en las montañas, sino en los años de estudio de la conducta depredadora. Para atrapar al monstruo, debía moverse como él: sin sonido, sin piedad, sin temor. O al menos, fingiendo que el miedo no era un parásito devorándole el estómago.

El edificio gemía. Las vigas se contraían bajo la presión térmica de la tormenta exterior, lanzando chasquidos que resonaban como disparos lejanos. Elena se detuvo al pie de la escalera de servicio

que conducía a los niveles superiores, los prohibidos, los que no aparecían en los mapas turísticos del valle.

Miró su reloj de muñeca. La esfera de su padre, con el cristal rayado, marcaba las diez de la mañana, pero la luz del día era un recuerdo distante, ahogado por la nevada perpetua que sellaba las ventanas. Allí dentro, el tiempo se había fracturado.

Dio el primer paso hacia el cuarto nivel y se detuvo en seco.

Algo en la textura del aire había cambiado. No era un ruido, sino una ausencia de polvo en suspensión en un punto específico del haz de luz. Entornó los ojos, esos iris verde musgo que habían analizado cientos de escenas del crimen, buscando la anomalía en el patrón.

Ahí estaba.

Un hilo de pescar, translúcido y tenso, cruzaba el tercer escalón a la altura de la tibia. Era casi invisible, un trazo fantasma esperando una pierna descuidada.

Elena contuvo el aliento. Siguió el recorrido del sedal con la mirada, sin tocarlo. El hilo ascendía por la barandilla, se enroscaba en un sistema de poleas improvisado con óxido y maldad, y terminaba en el techo, sosteniendo un bloque de mampostería arrancado de la pared, erizado de hierros retorcidos y cristales rotos. Una guillotina de escombros.

—Rudimentario —susurró, y su propia voz le sonó extraña, metálica.

No era la obra de un genio inalcanzable, sino la de un ingeniero del dolor. El Escultor no quería solo matar; quería castigar la intrusión.

Con una precisión quirúrgica, Elena levantó la pierna izquierda, superando el hilo mortal. Su equilibrio osciló un instante sobre la pierna derecha, sintiendo el cansancio en los músculos, pero se estabilizó antes de apoyar la suela al otro lado de la trampa. Repitió el movimiento con la otra extremidad.

Al girarse, observó el mecanismo desde arriba. Aquella trampa confirmaba su teoría: él estaba arriba. Nadie protege un camino que no conduce a nada. El depredador se había retirado a su guarida más alta.

Continuó el ascenso. La temperatura descendía con cada peldaño. El vaho de su boca se volvía más denso, una nube blanca que precedía su avance. La frialdad ya no era una molestia ambiental, sino una agresión física, una dentellada en la piel expuesta de su rostro.

Al llegar al descansillo del último piso, antes del acceso a la torre del reloj, la luz de su linterna barrió el suelo de madera podrida.

Un destello de color, incongruente en aquel mundo de grises y negros, capturó su atención.

Se agachó, sintiendo cómo la cicatriz de su palma izquierda palpitaba, un recordatorio fantasma de viejas heridas. En el suelo, volcado sobre su costado, yacía un zapato de tacón. Era de piel fina, elegante, de un tono burdeos que había visto días atrás en una recepción oficial.

El zapato de la alcaldesa.

Elena lo iluminó de cerca. El tacón estaba intacto, pero la suela mostraba surcos profundos, arañazos longitudinales. No se le había caído al caminar. Había sido arrastrada.

La revelación la golpeó con la fuerza de un martillazo.

—No los esconde en el sótano —murmuró, y la comprensión le heló la sangre más que la tormenta—. Los eleva.

La lógica del Escultor cristalizó en su mente con una claridad aterradora. El frío conserva. El hielo detiene la putrefacción. Él no quería que sus obras se pudrieran en la humedad de los cimientos; buscaba la pureza absoluta de la congelación eterna. Y el lugar más frío del sanatorio, el punto donde el viento azotaba sin piedad y la

temperatura caía por debajo de lo humanamente soportable, era la torre del reloj. El ático.

Se incorporó lentamente, dejando el zapato donde estaba. Era una migaja de pan en un bosque de lobos.

Frente a ella, al final del pasillo, se alzaba una puerta de doble hoja, maciza, reforzada con bandas de hierro negro. La madera estaba cubierta de escarcha en el interior, prueba de que al otro lado el clima no obedecía a las leyes de la calefacción central, sino a la tiranía del invierno.

El viento aullaba a través de las rendijas, un canto fúnebre que invitaba a entrar.

Elena avanzó. La sed de venganza que la había impulsado al salir de la enfermería se había transformado en algo más denso, más calculado. Ya no era fuego, era hielo. Apretó el mango del bisturí que guardaba en el bolsillo de su chaqueta térmica hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Llegó ante la puerta.

No había más trampas visibles. Solo la madera, el hierro y el silencio sepulcral que aguardaba detrás. Sabía que al cruzar ese umbral no habría retorno. Allí terminaba la lógica y empezaba el delirio del artista.

Extendió la mano hacia el pomo congelado. El metal quemó su piel, una advertencia final del mundo físico antes de entrar en el reino de la locura.

Giró la manilla.

CAPÍTULO 28: EL TIEMPO DETENIDO

Aigüestortes, 25 de diciembre de 2018 Torre del Reloj

El viento aullaba al otro lado de la madera, una bestia impaciente arañando para entrar, pero el verdadero frío no provenía de la tormenta. Residía allí dentro, agazapado en la penumbra del campanario. Elena empujó la puerta de roble con el hombro, manteniendo el bisturí en alto, una extensión temblorosa de su propia voluntad.

El chirrido de las bisagras oxidadas rasgó el silencio como un grito ahogado.

Nadie atacó. Ninguna sombra se abalanzó sobre ella. Solo el polvo, suspendido en haces de luz grisácea que se filtraban por las rendijas de los postigos, danzaba con una lentitud hipnótica. El mecanismo del reloj dominaba el espacio: una maraña de engranajes de bronce y hierro, inmensos y dentados, que chasqueaban con una cadencia rítmica, indiferente a la vida humana. *Tic. Tac.* El latido mecánico del pueblo.

Elena avanzó un paso. El suelo de tablones crujió bajo sus botas de montaña. El aire olía a aceite industrial, a madera vieja y a algo más. Un aroma punzante, limpio, que contrastaba con la suciedad del entorno. Mentol. Antiséptico. La firma olfativa del quirófano.

Giró el haz de su linterna hacia el centro de la estancia, donde las vigas del techo convergían en una cúspide oscura.

El aliento se le congeló en la garganta, solidificándose en una masa dolorosa que le impedía tragar.

La alcaldesa no estaba atada a una silla, ni tirada en el suelo como un desecho. Estaba expuesta.

Suspendida mediante un sistema de poleas y cadenas finas que se perdían en la oscuridad de las vigas superiores, la mujer flotaba a medio metro del suelo, girando muy despacio sobre su propio eje impulsada por las corrientes de aire. No parecía una víctima de asesinato; parecía una bailarina atrapada en el instante preciso de un salto eterno.

Elena se obligó a acercarse, luchando contra el instinto primitivo que le gritaba que diera media vuelta y huyera hacia la nieve. Su mente analítica, esa herramienta que había afilado durante años para diseccionar la depravación humana, intentó tomar el control. *Observa. Cataloga. No sientas.*

La piel de la alcaldesa ya no era humana. Había adquirido una tonalidad azulada, translúcida, similar a la porcelana fina a punto de quebrarse. La escarcha la cubría por completo, un vestido de diamantes microscópicos que brillaba bajo la luz artificial de la linterna. El cabello, rubio y tieso, formaba una corona de agujas de hielo alrededor de su cabeza inclinada hacia atrás en un éxtasis fingido.

Era grotesco. Y, de una forma enfermiza que revolvió las tripas de Elena, era hermoso.

El Escultor no había cometido un crimen pasional. Había curado una obra. Había eliminado la imperfección de la vida —el calor, el movimiento, el caos— para dejar solo la forma pura. La rigidez cadavérica se había integrado en la postura: los brazos extendidos hacia los lados, las palmas abiertas hacia el techo como si rogara o recibiera una bendición invisible.

Elena bajó la linterna, recorriendo el cuerpo. La ropa había sido retirada. La desnudez de la mujer no resultaba vulnerable, sino estatuaria. No había sangre visible, ni moretones, ni signos de lucha. Solo esa quietud absoluta, preservada por la temperatura bajo cero del ático, que convertía a una persona en un objeto de adoración macabra.

—Dios mío... —susurró, y su voz sonó extraña, pequeña ante la magnitud de aquella puesta en escena.

Se acercó lo suficiente para ver el pecho de la víctima. No se movía. La vida se había extinguido hacía horas. El hielo había reclamado la carne, sellando los poros, deteniendo la descomposición antes de que pudiera empezar. La glacióloga en ella reconoció la técnica: congelación rápida, humedad controlada. El asesino entendía la termodinámica del cuerpo humano mejor que muchos médicos.

Algo blanco sobresalía entre los dedos yertos de la mano derecha de la alcaldesa. No era hielo.

Era papel.

Elena tragó saliva, sintiendo el sabor metálico del miedo en la base de la lengua. Guardó el bisturí en el bolsillo de su anorak, necesitando ambas manos para lo que venía. Sus dedos, enguantados y torpes, rozaron la piel de la víctima. El contacto fue como tocar mármol sacado de un congelador. La quemadura del frío traspasó la tela.

Tiró suavemente de la nota. El papel de alto gramaje, similar al que se usaría para una invitación formal, se deslizó con un crujido seco.

Lo acercó a la luz. La caligrafía era impecable, trazos firmes de pluma estilográfica con tinta negra, sin vacilación ni mácula.

«Casi perfecta. Tú eres mejor.»

El mundo se inclinó.

Las palabras no eran una confesión. Eran una promesa. Una invitación. La alcaldesa era solo un borrador, un ensayo general antes de la creación definitiva. Y la materia prima para esa obra final acababa de entrar voluntariamente en el estudio del artista.

El impacto de la frase golpeó a Elena con la fuerza de un martillazo físico en el plexo solar. La barrera analítica, ese muro de cristal templado que había construido entre ella y el horror, estalló en mil pedazos.

La realidad biológica se impuso a la intelectual.

Ese aroma mentolado se volvió insoportable, mezclándose con el hedor imaginario de su propia muerte futura. Sintió una contracción violenta en el estómago, un espasmo que subió quemando por el esófago como lava ácida.

Se dobló por la cintura, dejando caer la nota.

Las arcadas la sacudieron con violencia. Elena vomitó sobre el suelo de madera vieja, expulsando la bilis amarga y el desayuno escaso, vaciándose de todo excepto del pánico. El sonido de sus propias náuseas resonó en el campanario, compitiendo con el *tic-tac* implacable del reloj.

Tosió, escupiendo un hilo de saliva, y se limpió la boca con el dorso de la mano, temblando incontrolablemente. Sus ojos, anegados en lágrimas de esfuerzo, se clavaron de nuevo en la figura suspendida. La alcaldesa seguía allí, pivotando imperceptiblemente, observándola con esos ojos abiertos, vidriosos y vacíos, como si le diera la bienvenida al museo.

Estaba sola. El asesino no estaba allí, pero su mirada lo llenaba todo. Y ella era la siguiente pieza de la colección.

CAPÍTULO 29: DECISIONES EN FRÍO

Balneario de Aigüestortes, Pirineo Catalán Día 6. 16:45

El mundo exterior había dejado de existir. Al otro lado del cristal reforzado de la enfermería, la realidad se había reducido a un concepto monocromático: blanco. Un blanco voraz, absoluto, que devoraba los contornos de los abetos y difuminaba la línea donde el cielo debía encontrarse con la tierra. La tormenta no caía; empujaba. Era una bestia física embistiendo contra los muros de piedra del hotel, buscando una grieta por donde colarse para reclamar lo que quedaba dentro.

Elena Vives apartó la vista de aquella nada agresiva y se giró hacia la cama.

El silencio en la habitación olía a yodo y a desesperanza añeja. Lucas Riera estaba sentado en el borde del colchón, con la pierna derecha estirada en un ángulo rígido y antinatural. La venda, limpia hacía apenas unas horas, mostraba ya la floración oscura de una mancha de sangre fresca, un mapa geográfico del dolor que él intentaba ocultar apretando la mandíbula hasta que los músculos de su cuello se tensaban como cuerdas de violín a punto de estallar.

—Sé dónde está —dijo Elena.

Su voz sonó extraña en sus propios oídos, carente de vibración, como si las palabras fueran piedras que dejaba caer en un pozo

seco. No había triunfo en la revelación, solo la fatalidad de un diagnóstico terminal.

Lucas levantó la vista. Sus ojos oscuros, habitualmente cálidos, eran ahora dos túneles de cansancio. Las canas de sus sienes parecían haberse multiplicado en las últimas veinticuatro horas, una nevada personal mimetizando la del exterior.

—Las cuevas de la ladera norte —dedujo él—. No era una pregunta. Era la confirmación de un policía que conocía su territorio mejor que las líneas de sus propias manos—. Las antiguas neveras naturales.

—La temperatura allí es constante. Perfecta para conservar… materiales. —Elena evitó la palabra *cuerpos*. Su mente de analista ya estaba allí, visualizando el escenario, anticipando la disposición de los horrores que el Escultor habría preparado. El reloj de su padre, grande y pesado en su muñeca izquierda, marcaba los segundos con un *tic-tac* que resonaba en sus huesos, recordándole que el tiempo no era un recurso renovable.

—Voy contigo.

La frase salió de la boca de Lucas con la rapidez de un acto reflejo, pero carecía de cimientos.

—No, Lucas.

—No te voy a dejar salir ahí fuera sola. Ese malnacido te está esperando. Es una trampa, Elena. Todo esto… —hizo un gesto vago que abarcaba el hotel, la tormenta, los cadáveres acumulados— es su escenario. Y tú eres la actriz principal.

—Exacto. Por eso tengo que ir.

Lucas gruñó, un sonido animal que nacía de la frustración más profunda, esa que corroe la dignidad de los hombres acostumbrados a ser el escudo de los demás. Apoyó las palmas callosas en el borde del colchón e impulsó su cuerpo hacia arriba.

Fue un acto de rebeldía contra la biología.

Elena no se movió para ayudarle. Sabía que él no lo perdonaría. Observó, con una frialdad clínica que le escocía en el pecho, cómo la mecánica del cuerpo humano fallaba.

Lucas consiguió ponerse de pie durante un instante. Un segundo glorioso y patético. Entonces, trasladó el peso a la pierna derecha.

No hubo grito. El sonido fue peor: un jadeo ahogado, el aire escapando de sus pulmones como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar. Su rodilla, esa bisagra compleja de tendones y hueso, colapsó bajo la gravedad. La pierna no le sostuvo; se dobló como una rama podrida.

Cayó pesadamente. El golpe contra el suelo de linóleo sonó a derrota.

Elena cerró los ojos un instante, sintiendo el impacto en su propio sistema nervioso, una descarga simpática de dolor fantasma. Cuando los abrió, Lucas estaba en el suelo, golpeando la tarima con el puño cerrado. Una, dos, tres veces. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Mierda —susurró él, con la voz quebrada por la humillación—. ¡Mierda, mierda!

Elena se acercó y se arrodilló a su lado. No le tocó. Aún no. Respetó el espacio sagrado de su impotencia.

—Tu pierna no aguantará la nieve, Lucas. Hay más de un metro ahí fuera. Necesitas fuerza, equilibrio. Ahora mismo no tienes ni lo uno ni lo otro.

Él la miró. Había lágrimas de rabia contenida en las esquinas de sus ojos.

—Si vas sola, te matará. Él es más fuerte. Conoce el terreno.

—Yo conozco su mente —replicó ella, y por primera vez, dejó que la arrogancia de su antigua vida, la seguridad de la perfiladora que había cazado monstruos en despachos con aire acondicionado, se

filtrara en su voz—. Sé cómo piensa. Sé lo que necesita para completar su obra. Su narcisismo es su punto ciego. Espera que vaya asustada, como una víctima. No espera que vaya como una igual.

Se puso en pie, dejando a Lucas en el suelo, y se dirigió hacia el armario de suministros donde habían apilado el equipo recuperado de la recepción.

Comenzó el ritual.

No era vestirse; era blindarse. Cada prenda era una capa de aislamiento no solo contra el frío, sino contra el miedo.

Primero, la ropa térmica, pegada a la piel como una segunda epidermis sintética. Después, el jersey de lana gruesa, áspero, con olor a naftalina. Los pantalones impermeables silbaron al subir la cremallera, un sonido agudo y definitivo.

Se calzó las botas de montaña. Ató los cordones con fuerza, estrangulando el empeine hasta asegurar que el pie y la suela fueran una sola entidad. Cada nudo era una promesa de no retorno. Finalmente, el anorak rojo. El color de la sangre, de la advertencia. Se subió el cuello y sintió cómo su visión periférica se reducía. Ya solo existía el frente.

Cuando se giró, Lucas había conseguido arrastrarse de vuelta hasta la cama. Estaba sentado, pálido, con gotas de sudor frío perlando su frente a pesar de la baja temperatura de la sala.

—Pareces… —Lucas buscó la palabra, recorriendo su figura con la mirada—. Pareces un soldado.

—Es una guerra, ¿no?

Elena se acercó a la cama. El espacio entre ellos, antes lleno de palabras no dichas y tensiones profesionales, se había cargado de una electricidad diferente. La inminencia del final tiene la cualidad de

destilar las relaciones humanas, evaporando lo superfluo y dejando solo el residuo puro de la verdad.

Lucas metió la mano bajo la almohada. El movimiento fue lento, solemne. Extrajo su arma reglamentaria. Una Glock 19, negra, mate, utilitaria. Un instrumento de muerte diseñado con la precisión de la ingeniería austriaca.

La sostuvo en la palma de su mano enorme, ofreciéndosela como quien entrega una reliquia sagrada.

—Quita el seguro —dijo él, con voz ronca—. Apunta al centro de masa. No dudes. Si ves una sombra, dispara. Si oyes un ruido que no sea el viento, dispara.

Elena tomó el arma. El metal estaba caliente por haber estado bajo su cabeza. Pesaba. Pesaba más de lo que recordaba de sus prácticas de tiro en la academia, años atrás. Pesaba como la responsabilidad de sobrevivir. Comprobó el cargador con un movimiento seco, mecánico. Lleno.

—Lo haré.

Se guardó la pistola en el bolsillo profundo del anorak, junto a la linterna y la navaja. Su mano derecha rozó la culata, memorizando la textura rugosa.

Se hizo el silencio. El viento aulló fuera, sacudiendo los marcos de las ventanas, recordándoles que el tiempo se había acabado.

Lucas extendió la mano y tomó la de ella. Su piel estaba áspera, caliente. La de Elena, fría como el hielo que iba a enfrentar. Él tiró suavemente de ella, acercándola. Elena no se resistió. La gravedad entre ambos había cambiado de eje.

—Elena —dijo él. Su nombre sonó diferente en sus labios, despojado de rangos y formalidades—. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que no vas a dejar que te convierta en una de sus estatuas. Que si no puedes ganar…

No terminó la frase. No hacía falta. La petición flotó en el aire, brutal y honesta. *No dejes que te capture viva.*

—Te lo prometo.

Sus rostros estaban a centímetros. Podía ver el mapa de arrugas alrededor de los ojos de Lucas, la cicatriz pequeña en su barbilla, el pulso latiendo furioso en su cuello. Él se inclinó y la besó.

No fue un beso suave. No hubo ternura de película romántica. Fue un choque. Fue desesperado, sabor a sangre del labio mordido, a café rancio y a miedo. Fue el beso de dos personas al borde de un abismo, intentando anclarse el uno al otro antes de que la caída fuera inevitable. Duró un segundo y duró una eternidad. Cuando se separaron, a ambos les faltaba el aire.

Elena se apartó bruscamente, rompiendo el vínculo físico antes de que la tentación de quedarse, de esconderse bajo las mantas y esperar el final juntos, la paralizara. La «parálisis del análisis» era su viejo enemigo, pero hoy no había lugar para el pensamiento, solo para la acción cinética.

—Espérame despierto —ordenó ella, con voz firme, recuperando su máscara.

—Siempre —respondió él. Una mentira piadosa. Con esa pierna, con la infección acechando, quizás no despertara si cerraba los ojos.

Elena caminó hacia la puerta de la enfermería que daba al pasillo lateral, la salida de servicio que conectaba con el exterior. Puso la mano en el pomo. El metal estaba helado, quemaba las yemas de sus dedos incluso a través de los guantes finos que llevaba debajo de los gruesos.

Miró atrás una última vez. Lucas Riera, el jefe de policía de Aigüestortes, el hombre que había mantenido el orden en el valle,

era ahora una figura rota sobre sábanas blancas, un gigante derribado observándola con la devoción de quien ve partir a su única esperanza.

—Cierra con llave en cuanto salga —dijo ella.

—Suerte, Elena.

Giró el pomo. Empujó.

El viento no entró; invadió. Una ráfaga de aire gélido, cargado de agujas de hielo microscópicas, golpeó su rostro como una bofetada física, robándole el aliento instantáneamente. El rugido de la tormenta ahogó cualquier otro sonido.

Elena Vives dio un paso al frente, cruzando el umbral. La puerta se cerró a su espalda con un chasquido metálico, dejándola sola en el vientre blanco de la tormenta. Ya no había vuelta atrás. El hilo de Ariadna se había cortado.

CAPÍTULO 30: EL REINO BLANCO

Valle de Boí, Pirineo catalán 26 de diciembre de 2018

El mundo había dejado de ser un lugar de formas y contornos para convertirse en un concepto absoluto: blanco.

No existía el cielo, ni la tierra, ni el horizonte. Solo una masa lechosa y furiosa que se tragaba la realidad. Al abandonar el refugio, la transición no había sido gradual; fue como cruzar el umbral de una esclusa de aire hacia el vacío exterior. El viento no soplaba; empujaba con la solidez de una pared de hormigón en movimiento, un gigante invisible que buscaba derribarme a cada paso.

Me ajusté las gafas de ventisca, pero la nieve se incrustaba en el cristal con la violencia de la arena lanzada a presión. Bajo las capas de ropa térmica y el anorak técnico, mi cuerpo era una pequeña caldera luchando por mantener su fuego interno frente a un océano de entropía. La pistola de servicio de Lucas, pesada y fría contra mi cadera, parecía un talismán ridículo. ¿A qué iba a disparar? ¿A la tempestad? ¿Al invierno mismo?

La naturaleza no necesitaba armas para matar; le bastaba con su indiferencia.

Avancé. O eso creía. La noción de distancia se había evaporado junto con la visibilidad. Mis botas se hundían hasta la pantorrilla en la nieve virgen, y cada vez que levantaba una pierna, el esfuerzo

quemaba en mis cuádriceps como ácido láctico hirviendo. El rugido del aire era tan ensordecedor que, paradójicamente, creaba un silencio mental absoluto. No había espacio para el miedo analítico, solo para la mecánica de la supervivencia: levantar, avanzar, pisar. Levantar, avanzar, pisar.

Recordé el mapa topográfico que había memorizado en la mesa de la cocina del refugio. La entrada a las cuevas del sector norte debía estar a menos de dos kilómetros. En un día de verano, un paseo de treinta minutos. Hoy, era una odisea a través de un planeta hostil.

Un golpe de viento lateral, más cruel que los anteriores, me hizo perder el equilibrio. Caí de rodillas. El impacto no fue duro, la nieve lo amortiguó, pero el frío aprovechó esa pausa de segundos para colarse por las juntas de mi ropa. Sentí sus dedos gélidos acariciando mi nuca, buscando el camino hacia mi columna vertebral.

—Levántate —me ordené, pero mi voz se perdió antes de salir de la bufanda.

Al alzar la vista, la referencia que había estado siguiendo —un grupo de abetos negros que se alzaban como centinelas deformes a mi derecha— había desaparecido.

Giré la cabeza. Nada. Solo esa cortina blanca, espesa y arremolinada, que difuminaba el entorno a un metro de mi nariz. El pánico, esa criatura que había mantenido a raya con lógica y procedimiento policial, empezó a arañar las paredes de mi estómago. Sin referencias visuales, el equilibrio humano falla. El oído interno se confunde. Podía estar caminando en círculos, o peor, dirigiéndome hacia uno de los precipicios que flanqueaban el sendero invisible.

Miré el reloj de mi padre en mi muñeca. Las manecillas avanzaban con una normalidad insultante. Habían pasado cuarenta minutos. Debería haber llegado. O, al menos, debería haber visto las formaciones rocosas que precedían a la entrada.

La duda se instaló en mis pulmones, más pesada que el aire helado. Me quité un guante con los dientes, un error táctico inmediato, para sacar la brújula del bolsillo. La aguja bailaba, errática, como si el magnetismo de la montaña estuviera borracho.

—Norte —susurré, viendo cómo mi aliento se cristalizaba al instante.

Pero el norte era solo un concepto abstracto cuando el viento te golpea desde todas las direcciones. Volví a ponerme el guante, pero mis dedos ya estaban entumecidos, torpes como trozos de madera mojada. La hipotermia no llega de golpe; te seduce. Te convence de que estás cansada, de que sentarse un momento no es tan mala idea.

Seguí caminando, guiada únicamente por una obstinación ciega y la imagen de Lucas, herido e impotente en la enfermería. Su cojera, su mirada de perro apaleado cuando le quité el arma. Él confiaba en que yo era más fuerte que esto.

Entonces lo vi.

A unos diez metros, una silueta oscura se recortaba contra la blancura infinita.

Me detuve, el corazón golpeando mis costillas como un pájaro atrapado. Mi mano fue instintivamente a la culata de la pistola bajo el abrigo. La figura estaba inmóvil, alta, con los hombros caídos.

—¿Lucas? —grité, sabiendo que era imposible. Él no podía caminar.

La figura no respondió. El viento agitaba lo que parecía ser una capa o un abrigo largo. Di un paso, entrecerrando los ojos verde musgo, buscando definición en aquella mancha. No era Lucas. La postura era rígida, antinatural.

Era la chica. La víctima del caso fallido. La que dejé morir por no ver las señales a tiempo. Estaba allí, de pie en la nieve, señalando hacia el vacío con un brazo acusador.

Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza, sintiendo el dolor agudo del frío en mis pómulos. «Hipoxia. Estás alucinando. Tu cerebro busca patrones donde solo hay caos». Al abrirlos de nuevo, la figura se había descompuesto. No era una mujer, ni un fantasma. Era un tronco seco, partido por algún rayo antiguo, que sobresalía de la nieve como una costilla rota de la montaña.

La decepción y el alivio se mezclaron en un cóctel amargo. No había nadie. Estaba sola en aquel inmenso lienzo níveo. Pero aquella alucinación había servido para algo: el tronco marcaba el límite del bosque. Si el mapa mental no me fallaba, la pared de roca debía estar justo detrás.

Avancé hacia el árbol muerto, usándolo como boya en el naufragio. Al llegar, toqué la madera rugosa. Era real. Sólida. Me apoyé en ella, jadeando, y miré más allá.

Allí estaba.

No era una entrada majestuosa. Apenas una grieta irregular en la base de un acantilado de granito gris, una herida abierta en la piedra que la nieve no había logrado cauterizar del todo. La oscuridad que emanaba de su interior era absoluta, un contraste violento con la luminosidad cegadora del exterior. Parecía una boca esperando ser alimentada.

El alivio físico fue tan intenso que casi me hizo vomitar. Me arrastré los últimos metros, luchando contra la nieve que se había acumulado en la entrada, formando una duna traicionera. Mis piernas ya no respondían con fluidez; eran pesos muertos que tenía que arrastrar con la fuerza de mis caderas.

Me dejé caer hacia el interior, rodando sobre la piedra fría y seca.

El cambio fue instantáneo. El rugido del viento se apagó, convirtiéndose en un aullido lejano y sordo, como si alguien hubiera cerrado una puerta pesada. El aire aquí dentro estaba quieto. No caliente, ni siquiera templado, pero la ausencia del viento cortante se sintió como un abrazo.

Me quedé en el suelo un momento, con la mejilla presionada contra la roca polvorienta. Olía a humedad antigua, a minerales y a algo más... un olor metálico, sutil, que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Encendí la linterna con manos temblorosas. El haz de luz cortó las tinieblas, revelando paredes de piedra caliza que sudaban humedad. Estaba dentro.

Me incorporé, sentada, abrazando mis propias rodillas para conservar el calor residual. Estaba helada hasta la médula. Mis dientes castañeteaban con un ritmo que no podía controlar. Pero estaba viva. Había vencido a la tormenta, a la Bestia Blanca que custodiaba el valle.

Ahora tenía que enfrentarme a lo que habitaba en su interior.

Miré hacia la negrura que se extendía más allá del círculo de luz de mi linterna. El silencio de la cueva era denso, expectante. No era un refugio vacío. Se sentía habitado, vigilado.

Saqué la pistola de Lucas de la funda, quité el seguro con el pulgar entumecido y apunté a la nada.

—Ya estoy aquí —susurré al vacío, y mi voz rebotó en las paredes, distorsionada, devolviéndome un eco que sonaba a amenaza.

CAPÍTULO 31: LA GALERÍA

Cuevas del Sector Norte, Valle de Arán 26 de diciembre, noche

El silencio pesaba más que la nieve.

Elena avanzó, arrastrando los pies entumecidos sobre la roca desnuda. Atrás había quedado el rugido de la bestia blanca, esa tormenta que arañaba la entrada de la montaña como un depredador frustrado al perder su presa. Aquí dentro, la quietud no era paz, sino una expectativa maligna. Un aguardo.

Encendió la linterna. El haz de luz cortó la oscuridad densa, revelando partículas de polvo que bailaban en el aire estancado como polillas suicidas. Sus dedos, rígidos dentro de los guantes técnicos, se cerraron en torno a la empuñadura de la pistola de Lucas. El metal le devolvió un consuelo frío, una promesa de defensa que sentía inútil ante la magnitud de la negrura que se tragaba el túnel.

Caminó.

Cada paso resonaba con una acústica húmeda, amplificada por las paredes de piedra caliza que parecían cerrarse sobre sus hombros. La claustrofobia, esa vieja conocida que anidaba en su tórax desde el caso de Minnesota, despertó. No como un grito, sino como una presión hidráulica en la base de la garganta. Respiró por la boca,

intentando engañar al pánico, pero el aire tenía un sabor equivocado.

No olía a humedad, ni a tierra mojada, ni al guano rancio de los murciélagos.

Olía a menta. Y debajo de ese frescor químico, agresivo y antiséptico, reptaba el hedor dulzón de la carne cuando deja de ser vida para convertirse en materia.

El túnel se ensanchó de golpe. El techo se elevó hasta perderse en las sombras superiores y la temperatura descendió bruscamente, no con la violencia del viento exterior, sino con la quietud absoluta de una cámara frigorífica industrial. El vaho de su respiración se congelaba ante sus ojos antes de disiparse.

Elena barrió el espacio con el cono de luz.

Se detuvo en seco. Las botas chirriaron contra el suelo, que ya no era de roca irregular, sino que había sido nivelado, pulido con una dedicación maníaca.

—¡Dios mío! —susurró. Su voz no tuvo eco; el hielo lo absorbió todo.

No estaba en una caverna. Estaba en una catedral.

A ambos lados de un pasillo central, ordenados con una simetría enfermiza, se alzaban bloques rectangulares. Monolitos traslúcidos de dos metros de altura. Brillaban bajo la luz de la linterna con un resplandor azulado, casi radiactivo.

Se obligó a acercarse al primero de la fila izquierda. El miedo le tensaba los músculos del cuello como cables de acero a punto de partirse.

Limpió la escarcha de la superficie con la manga de su abrigo. El corazón le golpeaba las costillas, un tambor frenético que amenazaba con delatar su posición. Alzó la luz.

Dentro del hielo, suspendida en una ingravidez eterna, había una mano.

Solo una mano.

Estaba preservada con una perfección obscena. Los dedos extendidos en un gesto de súplica o de alcance, la piel pálida, las uñas con un tono violáceo bajo la capa de esmalte transparente. El corte en la muñeca era quirúrgico, limpio, sin desgarros. No había sangre. El hielo había cauterizado la historia, deteniendo la descomposición en el segundo exacto en que la belleza se encontraba con la muerte.

Elena retrocedió, tropezando con sus propios pies. La luz osciló violentamente, iluminando el resto de la galería.

No era la única pieza. Había docenas.

Avanzó por el pasillo, con la bilis quemándole el esófago. El siguiente bloque contenía un torso femenino, desnudo, marmóreo, con la caja torácica abierta y las costillas separadas con separadores de plata, exponiendo unos pulmones que nunca volverían a inhalar. Más allá, un rostro. Un hombre joven, con los ojos abiertos y azules, inyectados en una solución que mantenía el brillo de la vida mucho después de que el alma hubiera huido.

Era un museo.

Una pinacoteca de atrocidades donde el medio artístico no era el óleo ni el mármol, sino la biología humana detenida en el tiempo. El Escultor no mataba por placer sádico; mataba por curaduría. Buscaba la preservación del instante, la victoria pírrica sobre la entropía. Cada bloque era un fracaso o un éxito en su búsqueda de la inmortalidad física.

El impacto de la visión hizo que sus piernas flaquearan. La realidad se fracturaba. Aquello no era obra de un asesino en serie común; era la labor de años, quizás décadas, de perfeccionamiento técnico. La logística necesaria para mantener aquella temperatura, para

transportar los cuerpos, para crear los moldes... la magnitud de la operación la aplastaba más que la montaña que tenía encima.

Llegó al final de la nave principal.

Allí, el espacio se abría en una especie de ábside natural. No había hielo en el centro, solo una plataforma de piedra elevada, iluminada por una luz tenue que provenía de una apertura al fondo, sugiriendo una estancia contigua con energía eléctrica.

Sobre la plataforma había un pedestal vacío.

Era una losa de granito negro, pulida hasta convertirse en un espejo oscuro. Esperaba. Reclamaba.

Elena se acercó, atraída por una gravedad morbosa que no podía resistir. La linterna temblaba en su mano izquierda, haciendo bailar las sombras de las estalagmitas como espectros hambrientos.

Sobre la superficie del pedestal, tallada con cincel y rellenada con pan de oro, había una placa metálica. Pequeña. Elegante. Definitiva.

Leyó la inscripción. El aire se escapó de sus pulmones y se negó a volver a entrar.

«ELENA VIVES La Pieza Final»

La realidad se tambaleó bajo sus pies. No era una intrusa. No era la cazadora que había seguido las migajas de pan hasta la casa de la bruja.

Era el encargo.

Todo —la llamada, las pistas, la tormenta, la ruta que la había llevado hasta allí— había sido un diseño. Una coreografía macabra orquestada para traerla a ese punto exacto, frente a ese pedestal vacío que aguardaba su forma, su gesto final, su eternidad congelada.

Su reloj de pulsera, el viejo analógico de su padre, marcó los segundos con un *tic-tac* que le pareció ensordecedor en el silencio

sepulcral. *Tic*. Estás aquí. *Tac*. Es tu turno.

Un zumbido eléctrico rompió el trance.

Al fondo, tras el pedestal, una puerta de metal pesado se entreabrió con un siseo hidráulico. Una luz blanca, clínica y cegadora, se derramó desde el interior, cortando la penumbra de la galería como un bisturí sobre piel tensa.

Elena alzó el arma hacia la luz, entrecerrando los ojos contra el brillo repentino. Sus pupilas se contrajeron dolorosamente.

El laboratorio estaba abierto.

CAPÍTULO 32: CARA A CARA

Laboratorio Central, Sistema de Cuevas del Valle de Aigüestortes 26 de diciembre de 2018

La luz no era lo que hería, sino su pureza.

Tras horas arrastrándose por galerías donde la oscuridad tenía peso y textura, donde las sombras se adherían a la piel como brea, el resplandor que emanaba de la caverna central resultaba una agresión física. Elena Vives parpadeó, sintiendo cómo las lágrimas reflejas bañaban sus retinas, tratando de enfocar aquel escenario imposible.

No había estalactitas goteando humedad, ni el caos geológico de la piedra caliza. El suelo había sido nivelado con una resina grisácea, industrial, sobre la cual descansaban mesas de acero inoxidable dispuestas con la precisión de un quirófano. Un generador ronroneaba en algún rincón oculto, un latido mecánico, constante y grave, que sustituía al pulso de la montaña. Pero lo que dominaba el aire no era el ozono de la maquinaria, sino ese aroma. Mentol. Eucalipto químico. Una asepsia agresiva que intentaba, sin éxito, enmascarar el olor ferroso de la sangre antigua.

Y allí estaba él.

No se giró cuando ella cruzó el umbral. Permanecía de espaldas, inclinado sobre una mesa de trabajo, manipulando un objeto con la delicadeza de un relojero. Llevaba una bata blanca, inmaculada, que

contrastaba violentamente con la negrura de la roca circundante. Su cabello, de un rubio ceniza tan pálido que parecía carecer de pigmento, estaba peinado con una exactitud geométrica.

Elena alzó la pistola. El arma de servicio de Lucas pesaba más de lo que recordaba, o quizá eran sus propios músculos los que habían perdido la capacidad de sostener la realidad. El metal del cañón estaba frío, pero su palma sudaba contra la empuñadura. Apuntó al centro de esa espalda pulcra.

—No te muevas —su voz sonó rasgada, una lija contra la garganta seca.

El hombre detuvo sus manos, pero no se tensó. No hubo ese espasmo instintivo de quien se sabe cazado. Simplemente, dejó de hacer lo que hacía con una calma que helaba la sangre más que la temperatura bajo cero de la cueva.

—La puntualidad nunca fue tu fuerte en la facultad, Elena —dijo él. Su voz era suave, carente de aristas, con una cadencia barítona que resonó en las paredes de piedra—. Pero supongo que el clima ha complicado el ascenso.

Se giró despacio.

Elena contuvo el aliento, buscando el rostro del monstruo. Lo que encontró fue la normalidad más aterradora. Unas facciones simétricas, anodinas, de esas que la mente olvida cinco segundos después de haberlas visto en la cola de un supermercado. Solo los ojos rompían esa máscara de mediocridad: dos pozos de un azul hielo, estáticos, desprovistos de cualquier chispa de humanidad. Eran ojos de tiburón, hechos para observar, no para sentir.

El Escultor.

No llevaba armas visibles. Solo sostenía en su mano derecha, enguantada en látex azul, una pequeña herramienta de tallado, similar a un bisturí, pero con la hoja curva.

—Suéltalo —ordenó ella, dando un paso al frente para afianzar su posición. Sus botas de montaña chirriaron sobre la resina.

Él sonrió, un gesto mínimo que apenas curvó sus labios finos. Depositó el instrumento sobre la mesa metálica con un tintineo suave. Luego, extendió las manos, palmas hacia arriba, en un gesto que no era de rendición, sino de bienvenida. Como un anfitrión que recibe a un invitado tardío en una cena de gala.

—No hay necesidad de tanta hostilidad. Estás temblando, y ese gatillo es sensible. Sería una lástima estropear el momento con un accidente vulgar.

—¿El momento? —Elena sintió una oleada de bilis ascender por su esófago. Pensó en la galería anterior, en los bloques de hielo, en los rostros preservados en una agonía eterna—. ¿Llamas «momento» a esa carnicería?

El hombre negó con la cabeza, una decepción paternalista ensombreciendo su mirada.

—Carnicería es lo que hace la naturaleza, Elena. La putrefacción. Los gusanos. El olvido. Yo ofrezco permanencia. —Caminó rodeando la mesa, acercándose a ella con pasos medidos—. Baja el arma. No has venido hasta aquí para matarme. Has venido para entender.

—He venido para acabar con esto.

—Si quisieras disparar, ya lo habrías hecho. Eres una analista, una perfiladora. Tu mente necesita completar el patrón antes de cerrarlo. No puedes destruir la incógnita sin antes resolver la ecuación. Es tu naturaleza.

Elena mantuvo el alza de la pistola alineada con el pecho del hombre. Tenía razón, y eso la aterraba. Su dedo índice acariciaba el guardamonte, dudando. El miedo no era una parálisis, sino una vibración de alta frecuencia que recorría sus nervios, advirtiéndole que estaba ante un depredador que no usaba garras, sino palabras.

—Si te acercas un paso más, te vuelo la cabeza —advirtió ella.

El Escultor se detuvo a tres metros. Se apoyó casualmente en una de las mesas, cruzando los tobillos. Detrás de él, Elena pudo ver lo que había estado manipulando: un bloque de hielo cúbico, de unos treinta centímetros. Dentro, suspendida en la transparencia cristalina, había una mano humana. Los dedos estaban extendidos, gráciles, capturados en un gesto de súplica o de entrega. No parecía muerta; parecía pausada.

—¿Por qué? —preguntó ella, la palabra escapando de sus labios antes de que pudiera censurarla.

—La pregunta del millón. —El hombre suspiró, observando su obra —. La gente teme a la muerte, pero lo que realmente les aterra es el deterioro. Ver cómo la belleza se marchita, cómo la piel se arruga, cómo la identidad se disuelve en una sopa biológica. —Levantó la vista y clavó sus ojos azules en los de ella—. Yo detengo el reloj. Convierto lo efímero en absoluto. ¿No es eso lo que busca todo artista?

—Eres un psicópata —escupió Elena. La etiqueta clínica le servía de escudo, una forma de reducirlo a una patología conocida, manejable.

—Las etiquetas son para los mediocres que necesitan clasificar lo que les supera. —Hizo un gesto vago con la mano, abarcando el laboratorio—. Tú no eres como ellos, Elena. Por eso estás aquí. Por eso eres la pieza final.

El aire en los pulmones de Elena se solidificó. La «Pieza Final». La frase que había intuido, que había temido, ahora pronunciada con esa certeza casual.

—¿Me has estado observando?

—Desde hace años. —La confesión cayó como una losa—. No tus movimientos cotidianos, eso es vulgar. He leído tus trabajos. Tu tesis

sobre la morfología de los glaciares en el Pirineo. Tus artículos sobre la preservación de isótopos en el permafrost.

Elena sintió que el suelo oscilaba. No era una persecución física; era una violación intelectual. Él no la había elegido por su apariencia, o por azar. Había entrado en su mente mucho antes de entrar en su vida.

—Tú entiendes el hielo, Elena —continuó él, su voz adquiriendo un fervor casi religioso—. Sabes que el agua congelada es la única memoria verdadera de este planeta. La roca se erosiona, la madera se pudre, el papel arde. Pero el hielo... el hielo recuerda. Cada burbuja de aire atrapada hace diez mil años sigue ahí, intacta. Tú buscas la verdad en los glaciares. Yo busco la verdad en la carne. Somos colegas.

—No me compares contigo —gruñó ella, apretando el arma hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Yo estudio la naturaleza. Tú torturas personas.

—Yo las salvo —corrigió él con vehemencia, perdiendo por un segundo su compostura gélida—. Las salvo de la fealdad del final. Piensa en esa chica que encontraste en el bosque. Si yo no hubiera intervenido, ahora sería polvo y huesos. Gracias a mí, será perfecta para siempre. Incorruptible.

Elena recordó el cuerpo de la primera víctima. La serenidad antinatural de su rostro. La ausencia de violencia visible, salvo por el hecho de que estaba muerta. Sintió una náusea profunda, intelectual. La lógica de aquel hombre era un laberinto de espejos rotos, donde la crueldad se disfrazaba de piedad.

—Y ahora me quieres a mí —dijo ella, conectando los puntos—. No solo para tu colección. Sino porque crees que... lo aprecio.

—Porque eres la única que puede entender la magnitud de mi obra. —El Escultor se separó de la mesa y dio un paso lento hacia ella—. Las otras... eran lienzos en blanco. Materia prima. Pero tú... tú eres un espejo. Tu mente es fría, analítica, precisa. Como este lugar.

Como yo. Preservarte a ti no sería solo guardar un cuerpo; sería cristalizar una inteligencia afín. Sería la culminación de mi museo.

Elena retrocedió un paso, chocando con el borde de una mesa de autopsias vacía. El gélido acero se clavó en su espalda baja. Estaba acorralada entre el abismo moral de aquel hombre y el metal de su laboratorio.

La tentación de disparar era abrumadora. Un movimiento del dedo y el cerebro que concebía aquellos horrores dejaría de funcionar. Pero algo la detuvo. No era compasión. Era la necesidad de saber dónde estaba Lucas. Si disparaba ahora, y Lucas estaba atrapado en alguna de esas cápsulas, muriendo de frío, jamás lo encontraría a tiempo. El laboratorio era un complejo de túneles; necesitaba información.

—¿Dónde está él? —preguntó, desviando el tema, tratando de retomar el control del interrogatorio.

El Escultor ladeó la cabeza, como un perro curioso.

—El policía. El rudo y sentimental jefe Riera. —Chasqueó la lengua —. Un elemento discordante. Demasiado... orgánico. Demasiado caótico. No encaja en la estética.

—¡¿Dónde está?! —gritó Elena. El eco de su voz rebotó contra las paredes de roca pulida.

—Cerca. —Señaló vagamente hacia una puerta metálica al fondo del laboratorio, sumida en la penumbra—. Está experimentando el proceso. La transición térmica. Es fascinante, ¿sabes? El cuerpo lucha, tirita, quema sus últimas reservas de glucosa. Es la danza final de la biología resistiéndose a la eternidad.

El corazón de Elena golpeó contra sus costillas como un pájaro enjaulado. «Transición térmica». Se estaba congelando. Lucas estaba muriendo ahora mismo, a pocos metros de ella.

La urgencia sustituyó al miedo. Tenía que pasar por encima de ese hombre.

Discretamente, con un movimiento que esperaba fuera imperceptible bajo la luz cenital, Elena deslizó el pulgar sobre el seguro de la pistola. Ya estaba quitado, lo había comprobado al entrar, pero necesitaba sentir el mecanismo. Reajustó el agarre. No podía fallar. A esa distancia, un disparo al pecho lo derribaría, pero quizás no lo mataría instantáneamente si llevaba algún tipo de protección bajo la impóluta bata. La cabeza. Tenía que ser a la cabeza.

El Escultor vio el micromovimiento de su mano. Sus ojos azules brillaron con una inteligencia depredadora.

—Vas a intentarlo —dijo, no como una pregunta, sino como una constatación—. Vas a intentar matarme para salvar a un hombre que ya está marcado por la decadencia. Él está enfermo, Elena. Lo has visto en su forma de andar, en el temblor de sus manos. Su propio cuerpo lo está traicionando. Yo solo estoy acelerando lo inevitable.

¿Enfermo? La mente de Elena flasheó hacia la cojera de Lucas, las pastillas que tomaba a escondidas. El Escultor sabía demasiado. Había diseccionado sus vidas antes de diseccionar sus cuerpos.

—Se acabó la clase de filosofía —dijo Elena, tensando los músculos del brazo. La decisión estaba tomada. Lucas valía más que cualquier respuesta ética.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, el sonido cambió.

El zumbido constante del generador tosió. Las luces blancas del laboratorio parpadearon una vez, dos veces. La intensidad bajó, sumiendo la estancia en una penumbra grisácea por un segundo, antes de recuperar su potencia.

Ese breve instante de inestabilidad eléctrica fue suficiente.

El Escultor se movió. No con velocidad sobrehumana, sino con eficiencia calculada. Aprovechó el parpadeo de luz que había distraído a Elena una fracción de segundo. Dio dos pasos largos, fluidos, acortando la distancia entre ellos.

Elena reaccionó, pero el tiempo se había estirado y contraído de forma extraña. Alzó el arma, buscando el blanco, pero él ya estaba demasiado cerca. No la golpeó. Se detuvo justo en el límite de su espacio personal, invadiendo su esfera de seguridad con su olor a menta y muerte.

Podía ver los poros de su piel, la textura casi sintética de su epidermis. Podía ver que sus pupilas no se habían dilatado ni siquiera ante la inminencia del disparo.

—Dispara —susurró él. Su voz era un siseo íntimo, seductor y terrible—. Dispara y rompe el silencio. Pero si lo haces, la ubicación de la cámara de congelación muere conmigo. Y tu policía se convertirá en una estatua de hielo antes de que encuentres la llave.

Elena se congeló. El dedo en el gatillo temblaba, aplicando libras de presión que no llegaban a liberar el percutor. El cañón de la pistola estaba a centímetros del pecho de la impóluta bata.

Estaban atrapados en un punto muerto. Ella tenía el poder de fuego; él tenía el control de la información. Y ambos sabían que el tiempo corría en contra de Lucas, tic-tac, tic-tac, como el enfriamiento progresivo de una célula.

—Eres un monstruo —susurró ella, sintiendo cómo las lágrimas de frustración quemaban sus ojos.

—Soy un visionario, Elena. —El Escultor alzó una mano lentamente y, con una audacia que desafiaba toda lógica de supervivencia, apartó suavemente el cañón de la pistola hacia un lado, milímetro a milímetro. Elena opuso resistencia, pero la duda debilitaba sus brazos—. Y tú estás a punto de convertirte en mi obra maestra.

Estaban cara a cara. El aliento de él no producía vaho, como si su interior fuera tan frío como la cueva. El de ella salía en nubes entrecortadas. Enemigos íntimos, unidos por una comprensión perversa del hielo y la muerte, separados solo por una decisión imposible.

El generador volvió a toser, más fuerte esta vez, y la luz osciló, proyectando sombras largas y danzantes que parecían aplaudir la escena.

CAPÍTULO 33: LABERINTO DE ESPEJOS

Aigüestortes, 26 de diciembre de 2018 Túneles del sistema kárstico

El disparo atronó en la cavidad de piedra, un estallido sordo que no encontró carne, sino la dureza milenaria de la roca. La bala rebotó, arrancando chispas anaranjadas que murieron antes de tocar el suelo, y el eco se multiplicó como una carcajada geológica, burlándose de mi puntería.

El Escultor no se encogió. Ni siquiera parpadeó. Con una fluidez que contradecía la violencia del momento, se giró sobre sus talones, la bata blanca ondeando como un sudario fantasmagórico, y se deslizó hacia la boca negra del túnel este.

—¡Quieto! —grité, pero mi voz sonó frágil, devorada por la acústica de la caverna.

No podía dejarlo ir. Él guardaba la llave, el único conocedor del código. Lucas se estaba convirtiendo en una estatua de hielo a pocos metros de allí, y cada segundo que yo dudaba, sus células se rompían, cristalizándose irreversiblemente. La imagen de sus pulmones colapsando me empujó hacia adelante, obligando a mis piernas a correr tras la estela de olor a menta y formol que el asesino dejaba a su paso.

Salí del laboratorio improvisado y me adentré en la garganta de la montaña.

El cambio fue inmediato. Si la sala de operaciones poseía una frialdad clínica, artificial, los túneles exhalaban el aliento húmedo y podrido de la tierra profunda. El suelo era una trampa de calcita irregular, resbaladizo por siglos de filtraciones. La luz de mi linterna bailaba caóticamente, cortando las sombras con un haz tembloroso que apenas lograba penetrar la densidad del aire.

Lo vi al final de un recodo, una mancha pálida que se movía con una gracia irritante. Él no corría; fluía. Conocía cada grieta, cada estalagmita que brotaba del suelo como un diente de tiburón esperando desgarrar un tobillo incauto. Yo, en cambio, era una intrusa, un cuerpo extraño que la cueva intentaba expulsar.

Mis botas de montaña, diseñadas para la nieve exterior, no encontraban tracción en el limo húmedo de la roca interior. Al intentar ganar velocidad en una curva cerrada, mi pie derecho patinó sobre una placa de musgo subterráneo.

El mundo giró.

No hubo tiempo para poner las manos. Mi costado chocó violentamente contra una arista de piedra afilada que sobresalía de la pared. El aire escapó de mis pulmones en un gemido ahogado. Sentí el desgarro de la ropa térmica y, un instante después, el ardor agudo, caliente y líquido, de la piel abriéndose a la altura de las costillas.

Me quedé jadeando contra la roca, el sabor metálico de la bilis en la boca. La pistola de Lucas, pesada y fría, seguía en mi mano derecha, pero mis dedos habían perdido sensibilidad. Me toqué el costado con la izquierda; la humedad que recogí no era agua.

Levanté la vista. Él se había detenido diez metros más adelante, justo en el umbral donde el túnel se ensanchaba en una galería llena de columnas naturales. No estaba huyendo. Me estaba esperando.

Una comprensión terrible se asentó en mi estómago, más pesada que el miedo: él no corría a ciegas. Cada paso suyo era una coreografía calculada. Yo tropezaba con la geografía de la cueva; él, en cambio, la usaba como una extensión de su cuerpo.

Me incorporé, ignorando la punzada que me taladraba el torso con cada inhalación. Avancé cojeando, apuntando con el arma hacia su silueta.

—Se acabó —dije, tratando de estabilizar la mira.

Él ladeó la cabeza, un gesto de curiosidad casi infantil. Estaba junto a un panel de control rústico, una caja de fusibles oxidada adosada a la pared de roca, probablemente instalada por los contrabandistas que usaron estas cuevas décadas atrás.

—Elena —su voz llegó clara, sin el jadeo del esfuerzo físico—, intentas aplicar la lógica de la superficie en las profundidades. Aquí abajo, la vista es un lujo, no un derecho.

Miré a mi alrededor. La galería era un bosque de piedra. Estalactitas gigantescas colgaban del techo como lanzas apuntando a mi cabeza. Necesitaba cobertura. Si él decidía atacar, yo estaba expuesta en medio del corredor.

Me lancé hacia una columna de roca caliza, buscando refugio. En el movimiento, golpeé una formación delgada, una estalactita joven que se quebró con un crujido seco. El fragmento, largo y cónico como un puñal de hueso, cayó en mi mano libre. Lo apreté. Una pistola con pocas balas y una piedra afilada. Esas eran mis herramientas contra un hombre que había convertido la muerte en una disciplina estética.

—¿Dónde está la llave? —exigí, asomando apenas un ojo por el borde de mi refugio.

Él sonrió. Fue una mueca triste, decepcionada.

—Sigues sin entenderlo. No se trata de abrir puertas, sino de cerrar los ojos.

Su mano enguantada se movió hacia el panel eléctrico. No fue un movimiento rápido, sino deliberado, dándome tiempo a entender lo que iba a suceder, permitiéndome saborear la impotencia.

—No... —susurré.

Bajó la palanca.

El zumbido del generador distante murió al instante. Las bombillas de obra que colgaban del techo chisporrotearon una última vez y se extinguieron.

La oscuridad no cayó; se abalanzó.

Fue una negrura absoluta, sólida, que se tragó mis manos, el arma, el suelo y mi propia existencia. Era una ceguera tan total que mis ojos dolieron al dilatarse inútilmente, buscando un fotón, un destello, algo. El silencio que siguió fue sepulcral, solo roto por el goteo rítmico del agua, que ahora sonaba como un reloj contando el tiempo que me quedaba de vida.

Retrocedí, la espalda pegada a la columna fría. El pánico, esa criatura que había mantenido a raya con análisis y lógica, arañó la puerta de mi mente. Me encontraba ciega, estaba herida y completamente perdida en su laberinto.

Entonces, escuché el sonido.

Un *clic* mecánico, seguido de un zumbido agudo, casi imperceptible, como el de un mosquito eléctrico.

Nzzzzzzzzzt.

El sonido venía de donde él había estado. Tecnología militar. Gafas de visión nocturna. Lo había visto en los inventarios, en los manuales, pero nunca había sentido el peso de su implicación hasta ahora.

Para mí, el mundo había dejado de existir. Para él, yo acababa de iluminarme en un verde fósforo, brillante y vulnerable, una presa radiante en medio de la nada.

Escuché el roce de una suela de goma sobre la piedra. Se acercaba. Y yo no sabía hacia dónde apuntar.

CAPÍTULO 34: FUEGO FRÍO

El vaho de la respiración se congelaba antes de tocar el suelo. No era una cueva natural, sino una catedral invertida excavada en las entrañas del glaciar, donde las estalactitas colgaban como colmillos de una bestia dormida. El zumbido de los generadores diésel, un latido mecánico y constante, profanaba el silencio milenario de la montaña.

Elena Vives se detuvo en seco, con las botas clavadas en la roca desnuda. Su mano izquierda buscó instintivamente la esfera fría del reloj de su padre en la muñeca, un tic nervioso que ni siquiera la terapia había logrado erradicar. Ante ella, iluminados por focos de quirófano que proyectaban sombras alargadas y violentas, se alzaban los cilindros.

Eran seis. Columnas de polímero transparente llenas de un líquido viscoso donde flotaban suspendidos aquellos a quienes Aigüestortes había dado por perdidos. No estaban muertos, o al menos no lo parecían; la «preservación» de la que hablaba el perfil psicológico estaba allí, manifestada en una quietud obscena. La belleza estática, libre de la decadencia del tiempo.

—El frío es la única verdad absoluta, Elena —la voz resonó desde la penumbra, rebotando en las paredes de hielo azulado—. Detiene la entropía. Detiene el dolor.

El olor llegó primero. Una bofetada química de antiséptico mezclada con la dulzura artificial de la menta. El aroma del Dr. Arnald Soler.

Lucas Riera emergió a su derecha, con la pistola reglamentaria temblando ligeramente en sus manos callosas. La cojera de su pierna derecha era más pronunciada que nunca; el frío húmedo de la caverna debía estar mordiéndole las articulaciones como un perro rabioso.

—¡Manos donde pueda verlas! —gritó Lucas. Su voz se quebró, carente de la autoridad habitual, erosionada por el horror de ver los rostros conocidos tras el cristal.

Arnald salió de detrás del último cilindro. No llevaba bata, sino un traje térmico gris, impoluto, y guantes de nitrilo azules que parecían manos de cadáver. Sus ojos, esquirlas de hielo idénticas al entorno, no mostraron miedo ante el arma. Solo una decepción paternal.

—Lucas, siempre tan predecible —susurró el médico, ajustándose los guantes—. La enfermedad te está comiendo por dentro, muchacho. Puedo verlo en tu postura. Podría detenerlo, ¿sabes? Podría pararlo todo ahora mismo.

—¡Cállate! —Lucas avanzó un paso, pero su rodilla mala cedió bajo el peso de la tensión.

Un crujido seco resonó en la gruta. No fue un disparo, sino el sonido de la bota de Lucas resbalando sobre una placa de verglas invisible. El jefe de policía cayó pesadamente sobre su costado, y el arma se deslizó por el suelo de piedra pulida, alejándose hacia la oscuridad.

Arnald no corrió. Se movió con la fluidez de quien conoce cada grieta de su santuario. En su mano derecha brilló el acero quirúrgico: un bisturí de hoja larga.

Elena sintió que el mundo se estrechaba. La claustrofobia emocional, esa vieja amiga que le cerraba la garganta, amenazó con paralizarla. *No analices*, se ordenó. *Actúa*. Sus ojos verdes recorrieron el espacio buscando una ventaja. Cilindros, cables, mesas de metal con instrumental... y su propia mochila, caída a dos metros.

El médico se abalanzó sobre Lucas, que intentaba incorporarse inútilmente. Arnald no buscaba matar con furia, sino con precisión; alzó el bisturí buscando la arteria femoral, un corte limpio para desangrar al policía en minutos.

—¡No! —El grito rasgó la garganta de Elena.

Se lanzó hacia su mochila, ignorando el dolor agudo cuando sus rodillas impactaron contra la roca. Sus dedos, entumecidos por la temperatura bajo cero, torpedearon el interior de la tela. *Cuerda, piolet... no hay tiempo...* Su mano se cerró en torno a un cilindro de metal frío y rugoso. La bengala de emergencia.

Oyó un gruñido de Lucas y el sonido húmedo de la tela rasgándose. Arnald estaba encima de él.

Elena arrancó la tapa de seguridad con los dientes, sintiendo el sabor metálico en la lengua, y tiró del percutor.

Un siseo furioso llenó la cueva.

La luz roja estalló con la violencia de un sol moribundo. El magnesio ardió a mil grados, devorando el oxígeno y tiñiendo el hielo azul de un carmesí infernal. Las sombras danzaron enloquecidas, convirtiendo las estalactitas en garra de sangre.

Elena no lanzó la bengala. La blandió como una espada de fuego, cargando contra Arnald.

El médico alzó la vista, y por primera vez, la máscara de control se rompió. Sus pupilas, dilatadas por la penumbra perpetua de la cueva, no pudieron adaptarse. El resplandor lo cegó instantáneamente. Soltó el bisturí y se llevó las manos a la cara con un alarido que no sonaba humano, sino animal.

—¡Mis ojos! ¡No puedo ver la obra!

Elena aprovechó la confusión. Con un movimiento que nacía de la desesperación más primitiva, embistió a Arnald con el hombro,

manteniéndolo alejado de Lucas. El impacto envió al médico tambaleándose hacia atrás, lejos de la zona segura de la plataforma.

Arnald tropezó, desorientado por la ceguera blanca que le quemaba las retinas. Sus pies buscaron apoyo, pero solo encontraron el borde irregular de una pendiente de nieve compactada que descendía hacia los túneles inferiores de ventilación natural.

—¡Elena! —advirtió Lucas desde el suelo, presionando su mano contra el corte superficial en su muslo.

El médico trastabilló una última vez. Su talón pisó el vacío. No hubo caída dramática hacia un pozo químico, ni un final definitivo. Su cuerpo rodó por la pendiente de nieve dura, desapareciendo en la negrura de un túnel lateral, tragado por las entrañas de la montaña que él creía dominar. Los golpes de su cuerpo contra las paredes de hielo se desvanecieron, sustituidos por el eco de sus maldiciones lejanas.

El calor de la bengala, aún crepitando en la mano de Elena, había hecho algo más que cegar al enemigo. El cambio térmico brutal, el fuego contra la masa helada ancestral, provocó una reacción en cadena en la bóveda inestable.

Crrrreeeacck.

El sonido fue geológico. Una grieta de telaraña apareció en el techo, justo encima de los tanques de preservación. Un bloque de hielo del tamaño de un coche se desprendió, estrellándose contra el suelo a escasos metros de donde Lucas yacía.

El suelo vibró. La cueva, violada por el calor y la violencia, comenzaba a rechazar a sus invasores.

Elena tiró la bengala, que siguió ardiendo sobre la roca, y corrió hacia Lucas. Lo agarró por las axilas, tirando de él con una fuerza que no sabía que poseía.

—¡Arriba! ¡Tenemos que salir! —gritó, su voz apenas audible sobre el estruendo del hielo fracturándose.

Lucas apretó los dientes, el sudor frío mezclándose con la sangre en su pierna. Se apoyó en ella, usándola de muleta humana.

—Se ha escapado... —jadeó él, mirando hacia el túnel oscuro por donde Arnald había desaparecido.

—Si nos quedamos, seremos parte de su colección —replicó ella, empujándolo hacia la salida, hacia el túnel principal por el que habían entrado.

A sus espaldas, el santuario del Escultor comenzaba a derrumbarse. El hielo reclamaba lo suyo, sepultando los cilindros, la evidencia y los secretos bajo toneladas de agua sólida. Pero Arnald Soler no estaba entre los escombros. El monstruo había huido a la tormenta, herido, ciego, pero vivo. Y la montaña, afuera, rugía con la promesa de una noche interminable.

CAPÍTULO 35: EL DERRUMBE

Cueva del escultor, Valle de Boí 26 de diciembre de 2018

El silencio que siguió a la caída del Escultor no fue de paz, sino de inhalación. La montaña, herida por las detonaciones y la violencia antinatural que había albergado en sus entrañas, tomó aire un instante antes de rugir.

Elena Vives sintió la vibración en las suelas de sus botas antes de escuchar el sonido. No era un temblor geológico profundo, sino algo más frágil y aterrador: la estructura de hielo y roca, debilitada por años de excavaciones maníacas y el calor reciente de la bengala, se rendía a la gravedad. El techo de la galería, esa bóveda que había sido catedral de horrores, soltó un quejido agudo, similar al de metal retorciéndose bajo presión hidráulica.

—Muévete —se ordenó a sí misma, aunque su voz no salió. Fue un comando mental, un impulso eléctrico enviado a unas piernas que parecían rellenas de plomo fundido.

La pistola de Lucas pesaba en su mano derecha como un ancla, pero sus dedos se negaron a soltarla. El instinto de aferrarse a la única herramienta de poder que le quedaba era superior a la lógica de la supervivencia.

Un bloque de esquisto del tamaño de un ataúd se desprendió del techo y se estrelló a tres metros de ella, pulverizando una de las vitrinas vacías. El estruendo fue físico, una bofetada de aire y polvo

que le llenó la boca con el sabor cobrizo de la tierra vieja. Elena giró sobre sus talones, dando la espalda al abismo donde yacía su verdugo, y corrió.

No era una carrera atlética, de esas que practicaba en los senderos de Aigüestortes para acallar el ruido de su mente. Era una huida torpe, animal. Sus botas resbalaban sobre el suelo irregular, cubierto de escarcha y escombros. Su respiración rascaba la garganta, cada inhalación una mezcla de aire viciado y partículas de piedra caliza.

Llegó a la bifurcación que conducía a la salida principal, el túnel ancho por el que habían entrado.

Se detuvo en seco, derrapando sobre la grava.

Delante de sus ojos, la arquitectura de la cueva cambiaba en tiempo real. Una grieta zigzagueante, como un rayo negro dibujado en la piedra, recorrió el dintel del túnel. Con un crujido seco, doloroso, toneladas de roca se desplomaron, sellando el pasaje con una finalidad absoluta. La nube de polvo resultante la golpeó, obligándola a cubrirse el rostro con el antebrazo, protegiendo sus ojos verde musgo de la ceguera arenosa.

Tosió, doblándose por la cintura. El pánico, esa vieja sombra que vivía en su pecho desde el caso fallido, intentó cerrar sus garras alrededor de sus pulmones. *Claustrofobia*. La idea de ser enterrada viva, de convertirse en un fósil más en la colección de la montaña, amenazó con paralizarla.

Analiza. No sientas, analiza.

Se obligó a mirar el reloj de su padre en su muñeca izquierda. El segundero avanzaba con indiferencia mecánica. El tiempo existía. Ella existía.

La galería principal estaba bloqueada. El techo sobre su cabeza gemía, soltando una lluvia fina de guijarros que repiqueteaban contra sus hombros como granizo. Necesitaba otra vía. La mente de

Elena, entrenada para ver patrones donde otros solo veían caos, escaneó la penumbra.

El aire.

Si la cueva colapsaba, el aire desplazado tenía que salir por alguna parte. O, mejor aún, si la tormenta fuera rugía con la fuerza que recordaba, la diferencia de presión debía crear una corriente.

Cerró los ojos un segundo, bloqueando el terror visual para potenciar su tacto.

Ahí estaba. Una caricia gélida en su mejilla derecha. Una lengua de aire helado que no pertenecía a la atmósfera estancada del subsuelo.

Se giró hacia la pared lateral. A primera vista, parecía un muro sólido de roca sedimentaria, pero al acercarse, la luz residual le permitió distinguir una fisura vertical, oculta tras una estalagmita rota. No era un túnel, apenas una cicatriz en la roca, probablemente un conducto de drenaje natural para el deshielo primaveral.

El aire silbaba a través de ella.

Elena se quitó la mochila imaginaria del miedo y evaluó la abertura. Era estrecha. Terriblemente estrecha. Su complexión delgada era su única ventaja, pero incluso así, sería como volver al útero de la tierra.

El suelo bajo sus pies se sacudió violentamente. Detrás de ella, en la galería de los horrores, el techo comenzó a ceder en cadena. El estruendo se convirtió en un rugido continuo, una avalancha de piedra que devoraba el espacio vacío, acercándose a su posición.

No había elección.

Guardó la pistola en la pretina de su pantalón, sintiendo el metal frío contra la cadera, y se introdujo en la grieta.

El mundo se redujo a la fricción. La roca le oprimía el pecho y la espalda simultáneamente. Avanzó de lado, arrastrándose como un gusano. La roca le desgarraba la chaqueta técnica, arañando la piel debajo. Cada centímetro ganado era una negociación con la montaña.

Su respiración se aceleró, corta y superficial. El espacio era tan angosto que no podía expandir la caja torácica completamente. La oscuridad era absoluta ahora, densa como alquitrán. Solo el sonido de la destrucción a sus espaldas y el aullido del viento delante le daban coordenadas espaciales.

Voy a morir aquí atrapada. La roca se moverá y me aplastará las costillas.

La voz en su cabeza era seductora, invitándola a rendirse.

—Cállate —gruñó, y la palabra se perdió, absorbida por la piedra.

Siguió la corriente de aire. El frío se intensificaba, transformándose de una molestia a un dolor agudo que le mordía la cara. Sus manos, enguantadas y torpes, buscaban agarres en la superficie irregular. Una arista afilada le cortó la mejilla, pero el dolor fue irrelevante.

De repente, la pendiente se inclinó hacia arriba. Elena clavó las botas en las paredes, usándolas como cuñas, y trepó. Sus músculos ardían, el ácido láctico inundando sus extremidades, pero la adrenalina era un combustible potente.

Vio una claridad difusa arriba. No luz solar, ni siquiera luz de luna, sino el gris lechoso de la nieve nocturna reflejando la nada.

Con un último esfuerzo, impulsada por el terror primario de lo que ocurría abajo, se izó. Sus manos encontraron nieve polvo, blanda y traicionera, y luego roca firme cubierta de hielo. Tiró de su propio peso, sintiendo cómo sus caderas se atascaban momentáneamente antes de liberarse con un tirón que casi le disloca el hombro.

Elena rodó sobre la superficie, alejándose de la abertura.

El aire exterior la golpeó como un mazo. No era simplemente frío; era una violencia atmosférica. La ventisca aullaba con una furia que hacía parecer el colapso de la cueva un juego de niños. La nieve caía horizontal, agujas blancas que se clavaban en cualquier milímetro de piel expuesta.

Apenas se había alejado tres metros cuando la tierra bajo la nieve se estremeció.

Un sonido sordo, profundo, como un tambor golpeado bajo el agua, retumbó en el valle. Elena se giró, cubriéndose la cara con las manos.

Donde había estado la fisura por la que acababa de escapar, el suelo se hundió. La ladera de la montaña pareció suspirar y luego implosionó. Nieve, roca y hielo fueron tragados por la tierra en una nube de polvo blanco que se mezcló con la tormenta. La entrada secreta, la galería de las vitrinas, el cuerpo del Escultor... todo desapareció, sellado bajo toneladas de escombros eternos.

La montaña había cerrado su cicatriz.

Elena se quedó tumbada en la nieve, jadeando, con el corazón golpeando contra el suelo helado. El frío comenzó a penetrar sus capas de ropa inmediatamente, recordándole que la huida no había terminado. Solo había cambiado de escenario.

Miró hacia la nada blanca que la rodeaba. Estaba fuera, sí. Pero estaba sola, en medio de la peor tormenta del siglo, y la noche no tenía intención de ser piadosa.

Se tocó el bolsillo, verificando que el arma seguía ahí, un talismán de acero. Luego miró su reloj. La esfera estaba agrietada, pero las agujas seguían moviéndose.

Tenía que encontrar a Lucas.

CAPÍTULO 36: EL ÚLTIMO ALIENTO

Laderas del pico Peguera, Aigüestortes 26 de diciembre de 2018

El silencio posterior a la catástrofe pesaba más que la propia roca.

Elena Vives emergió de la nieve como quien nace de nuevo, pero sin la inocencia del parto; solo con la suciedad y la culpa adheridas a la piel. El estruendo que había devorado la entrada de la cueva, sepultando al Escultor y su galería de horrores bajo toneladas de granito, había cesado. En su lugar, el viento aullaba, reclamando el vacío acústico con una ferocidad que helaba la sangre antes incluso de tocar la piel.

Se incorporó, tosiendo polvo de piedra y cristales de hielo. El mundo se había reducido a una escala de grises violentos. La tormenta, esa bestia blanca que los meteorólogos habían bautizado con nombres técnicos y que los locales temían como a una deidad antigua, había engullido la montaña. No había arriba ni abajo, solo un vórtice de agujas heladas que se clavaban en sus mejillas expuestas.

Miró sus manos. En la derecha, todavía aferraba la pistola de servicio de Lucas. El metal le mordía la palma, un recordatorio gélido de la violencia que acababa de ejercer. No sentía remordimiento por el hombre que yacía aplastado en las entrañas de la tierra; su mente

analítica, esa que solía diseccionar perfiles criminales con la precisión de un bisturí, ahora solo procesaba datos de supervivencia básica.

—¿Lucas? —La palabra salió de su garganta como un trozo de vidrio, rasgando las cuerdas vocales.

La ventisca se llevó el nombre, dispersándolo en la vasta negrura.

Elena se obligó a ponerse en pie. Sus piernas, entumecidas por la postura forzada y el frío, reaccionaron con calambres agudos y un profundo dolor. La ropa técnica de alta montaña, rasgada durante la huida y el colapso, ya no retenía el calor corporal. Sentía cómo la temperatura le robaba la sensibilidad en los dedos de los pies, una invasión lenta y narcótica que prometía un sueño del que no despertaría.

Giró sobre sí misma, buscando referencias. La entrada de la mina había desaparecido. Donde antes había un agujero negro en la ladera, ahora solo existía un talud de escombros y nieve removida, una cicatriz fresca en la faz del Peguera. Lucas se había quedado fuera, protegiendo el perímetro, luchando con su propia cojera y el agotamiento. Tenía que estar cerca.

—¡Lucas! —gritó de nuevo, esta vez inyectando todo el aire que sus pulmones doloridos pudieron reunir.

Dio un paso y se hundió hasta la rodilla. La nieve fresca ocultaba las trampas del terreno: rocas sueltas, grietas, raíces traicioneras. Cada movimiento era una negociación con la gravedad. El reloj de su padre, con la esfera agrietada por algún golpe reciente, marcaba un tiempo irrelevante. Los segundos no importaban; solo los latidos. Y los suyos galopaban desbocados contra sus costillas, buscando una salida.

Avanzó a ciegas, guiada únicamente por la memoria espacial de dónde había estado él antes de que el mundo se viniera abajo. La visibilidad era nula. Extendió el brazo izquierdo, tanteando el vacío, mientras con el derecho mantenía el arma pegada al pecho, un talismán inútil contra los elementos.

Tropezó. Cayó de bruces, y el sabor metálico de la sangre llenó su boca al morderse la lengua. Quiso quedarse allí. La nieve parecía repentinamente cómoda, un lecho blando que le ofrecía descanso. *Solo un momento*, susurró una voz seductora en la base de su cráneo. *Cierra los ojos. Deja de luchar*.

La imagen de los ojos marrones de Lucas, con esa mirada cansada que siempre parecía comprender demasiado, destelló en su mente. No era una alucinación, era un ancla. Él no se había rendido con ella cuando era una extraña hostil que invadía su comisaría. No podía dejarlo morir solo en esa vasta negrura.

Se levantó con un gruñido animal. La determinación sustituyó al calor.

Unos diez metros más adelante, una forma oscura rompía la monotonía del blanco. No tenía las aristas duras de una roca ni la verticalidad de un pino. Era un bulto irregular, medio cubierto por el manto que la tormenta tejía con rapidez industrial.

Elena se lanzó hacia allí, ignorando la punzada en sus cuádriceps. Se dejó caer de rodillas junto a la forma y empezó a cavar con las manos desnudas, frenética. Apartó la nieve como si fuera tierra de tumba.

El tejido sintético de una parka apareció bajo sus dedos. Azul marino. El uniforme de la policía local.

—Lucas, por favor, no... —suplicó, con la voz quebrada por el llanto que no podía permitirse soltar.

Tiró del cuerpo, girándolo con un esfuerzo que le arrancó un gemido. El rostro de Lucas Riera estaba pálido, con un matiz azulado en los labios que hizo que el estómago de Elena se contrajera en un nudo apretado. Tenía los ojos cerrados y un corte profundo en la frente, sobre la ceja izquierda, donde la sangre se había congelado formando una costra negra y brillante.

Elena se quitó el guante derecho con los dientes y presionó sus dedos contra el cuello de él, buscando la arteria carótida. Sus propias manos temblaban tanto que al principio no sintió nada. El pánico, una marea negra y viscosa, amenazó con ahogarla.

Concéntrate. Busca la vida.

Ahí estaba. Débil. Errático. Como el aleteo de una polilla atrapada en un frasco. Pero estaba.

—Estás vivo —susurró, y el vapor de su aliento golpeó la cara inerte del policía—. Me oyes, Riera. ¡No te atrevas a dejarme aquí sola! ¡No te he dado permiso!

Lucas no respondió. Su respiración era superficial, apenas un silbido entre los labios entreabiertos. La hipotermia ya estaba haciendo su trabajo, apagando los sistemas vitales uno a uno, como quien apaga las luces de una casa vacía.

Elena evaluó la situación con una claridad aterradora. Estaban a la intemperie, en medio de la peor ciclogénesis de la década, sin refugio, sin comunicaciones y con uno de los dos incapacitado. El valle estaba aislado. Nadie vendría. La esperanza no era una estrategia; era un lujo que no podían costear.

Miró alrededor, buscando un abrigo natural, una cornisa, algo. Nada. Solo la noche y la nieve que caía con la intención de borrarlos del mapa. Tenía que moverlo. Tenía que encontrar calor. O morirían ambos antes del amanecer.

Agarró a Lucas por las solapas de la chaqueta y tiró. Él pesaba una tonelada de carne inerte y ropa mojada. Elena apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió.

—Vamos —gruñó, arrastrándolo centímetro a centímetro por la pendiente—. ¡Vamos, maldita sea!

Fue entonces cuando lo vio. A unos diez metros, semioculto por un peñasco que había desviado parte del alud, algo brillaba con una luz

artificial y tenue. No era el reflejo de la luna, inexistente esa noche. Era un piloto rojo. Intermitente.

Una motonieve.

Probablemente el vehículo que el Escultor había usado para llegar hasta allí, o quizás un retén de emergencia olvidado. No importaba el origen, importaba la promesa.

Elena sintió una inyección de adrenalina pura. Era la diferencia entre el final y la oportunidad. Volvió a tirar de Lucas, sus botas resbalando, sus músculos ardiendo con el fuego del esfuerzo supremo.

Llegaron junto a la máquina. Estaba semivolcada, pero el motor aún irradiaba un calor residual. Elena comprobó el panel. Tenía combustible.

Subió a Lucas en la parte trasera con una fuerza que no sabía que poseía, atándolo con las correas de seguridad destinadas a la carga. Él gimió levemente, un sonido de dolor que para ella fue música. Significaba que aún sentía.

Ella se montó en el asiento del conductor. Sus manos, rígidas como garras, buscaron el encendido. Giró la llave. El motor tosió, carraspeó y murió.

—No me hagas esto —siseó Elena, golpeando el manillar—. ¡Funciona! ¡Tienes que funcionar!

Lo intentó de nuevo. El rugido del motor cobró vida, tosco y ruidoso, compitiendo con la borrasca. El faro delantero se encendió, cortando la profunda oscuridad con un haz de luz amarilla que iluminó un camino de descenso suicida.

Elena miró atrás, hacia el montón de rocas que sepultaba la cueva. El mal estaba encerrado allí. Pero la montaña aún no había terminado con ellos.

Aceleró, y la motonieve se lanzó hacia el abismo blanco, descendiendo hacia el valle donde las sombras aguardaban, y donde la verdad, como el hielo, empezaba a resquebrajarse.

CAPÍTULO 37: SOMBRAS EN LA VENTISCA

Ladera oeste del Pico Peguera, 26 de diciembre de 2018

El rugido del motor era la única constante en un universo que se había vuelto blanco y hostil. Elena Vives aferraba el manillar de la motonieve con tal fuerza que los nudillos se le habían tornado del color de la cera vieja, fusionándose visualmente con la tempestad que devoraba el mundo. No había arriba ni abajo, solo el avance frenético a través de una nada lechosa y el peso muerto de Lucas Riera contra su espalda, atado a su cintura con una cuerda de escalada que había rescatado del equipo de emergencia.

La vibración de la máquina le subía por los brazos, sacudiendo la cicatriz de media luna en su palma izquierda, un recordatorio palpitante de errores pasados que ahora servía de ancla para no perder la cordura.

El viento no soplaba; empujaba con la solidez de una pared de hormigón invisible. La nieve no caía; se disparaba horizontalmente, miles de agujas microscópicas buscando cualquier centímetro de piel expuesta para clavar su veneno gélido. Elena entrecerró los ojos verde musgo, protegidos apenas por unas gafas de ventisca rayadas que había encontrado en el compartimento de carga. Cada sacudida del terreno irregular enviaba una descarga eléctrica a su columna, pero el verdadero terror no era el vuelco, sino la quietud que sentía tras de sí.

Lucas no se movía. Su cabeza descansaba pesadamente sobre el hombro derecho de ella, un lastre inerte que amenazaba con arrastrarlos a ambos hacia el olvido.

—¡Aguanta! —gritó ella, aunque el sonido fue arrancado de sus labios antes de que pudiera escucharlo, engullido por la bramante garganta de la tormenta.

El descenso era un suicidio calculado. Sin referencias visuales, Elena navegaba confiando en la gravedad y en un instinto primitivo que le gritaba que el valle estaba abajo. La ladera del Pico Peguera era un laberinto de rocas afiladas ocultas bajo el manto virgen, trampas mortales esperando destrozar los esquís del vehículo.

Un bandazo brusco casi la descabalgó. La oruga trasera patinó sobre una placa de hielo negro. El vehículo coleó, rugiendo en protesta. Elena compensó con el peso de su cuerpo, inclinándose hacia la izquierda, sintiendo cómo el torso inerte de Lucas pendulaba peligrosamente. El miedo, esa entidad viscosa que solía paralizarla en espacios cerrados, aquí se expandía hasta llenar el horizonte. No había paredes, pero la claustrofobia era absoluta; el cielo se había desplomado sobre sus cabezas.

Miró el reloj de su padre en su muñeca. Las agujas brillaban débilmente en la penumbra diurna. Habían pasado veinte minutos desde que la montaña se tragara al Escultor. Veinte minutos en los que la temperatura corporal de Lucas debía haber descendido a niveles incompatibles con la vida.

De repente, una sombra rectangular emergió de la blancura, sólida y geométrica en medio del caos orgánico.

Una borda. Una construcción de piedra seca, vestigio de pastores antiguos, agazapada contra un saliente de roca que la protegía de los aludes.

Elena soltó el acelerador. La motonieve redujo la marcha, hundiéndose en la nieve polvo acumulada. Detuvo el motor a escasos metros de la entrada. El silencio que siguió fue más

ensordecedor que el estruendo mecánico; un vacío auditivo que le pitaba en los oídos.

Se desabrochó el nudo de la cintura con dedos torpes, insensibles, que parecían pertenecer a un cadáver. Al girarse, vio el rostro de Lucas. La escarcha había cubierto sus pestañas y las canas de sus sienes, dándole el aspecto de una estatua de mármol abandonada. La sangre de la herida en su cabeza se había solidificado en un rastro granate oscuro, casi negro.

—Lucas —susurró.

Nada. Ni un espasmo.

Se bajó del vehículo, hundiéndose hasta las rodillas. El viento aprovechó su vulnerabilidad para embestirla, casi derribándola. Caminó hacia la puerta de madera, carcomida por décadas de inviernos, y tiró del pestillo de hierro oxidado. Estaba atascado.

La desesperación se transformó en furia mecánica. Elena cogió una piedra del suelo, una lasca de granito con bordes cortantes, y golpeó el metal. Una, dos, tres veces. El sonido del impacto era seco, patético contra la majestuosidad de la tormenta. Al cuarto golpe, el óxido cedió.

Ahora venía la parte imposible.

Regresó a la motonieve. Lucas era un hombre grande, de hombros anchos y osamenta densa. Ella, con su complexión atlética pero delgada, era una hormiga intentando mover a un gigante caído. Lo agarró por debajo de las axilas, sintiendo la rigidez de la parka policial bajo sus guantes.

—Ayúdame, maldita sea —gruñó, tirando con los músculos de la espalda, usando las piernas como palanca.

El cuerpo se deslizó del asiento y cayó sobre la nieve con un ruido sordo que le dolió a ella en el alma. Lo arrastró. Cada metro era una batalla ganada a la entropía. Sus botas resbalaban, su respiración

era un fuelle rasgado, vaporizándose ante sus ojos. El peso de Lucas era el peso de toda la culpa que ella cargaba: la víctima que no salvó en el pasado, la mentira de su retiro, la atracción que nunca se atrevió a confesarle.

Llegaron al umbral. Con un último esfuerzo inhumano, un tirón que le hizo ver estrellas y tensó cada fibra de su cuello, lo introdujo en la penumbra del refugio.

Cerró la puerta de una patada y dejó caer el travesaño.

La oscuridad interior olía a leña vieja, a polvo y a excrementos de roedores. Pero no había viento. El aullido exterior se redujo a un lamento distante.

Elena no se permitió descansar. Sus manos volaron sobre el cuerpo de él. Buscó el pulso carotídeo. Sus dedos, aún entumecidos, presionaron el cuello frío.

Un segundo. Dos.

Ahí estaba. Un latido débil, errático, como el aleteo de un pájaro moribundo atrapado en una jaula torácica demasiado grande.

—Estás aquí —exhaló, y la tensión acumulada se rompió en un sollozo seco, sin lágrimas.

El lugar era austero. Una chimenea de piedra en una esquina, un camastro de madera podrida y una mesa coja. Elena sacó una linterna táctica del bolsillo de Lucas y barrió la estancia con el haz de luz. Había restos de leña apilados junto al hogar. Secos. Milagrosos.

Trabajó con la eficiencia de una autómata. Rasgó trozos de su propia camisa térmica para usarlos como yesca. Sacó el encendedor de Lucas del bolsillo de su pantalón. La pequeña llama bailó, frágil, antes de prender la tela y lamer la madera. El humo empezó a ascender, y con él, una promesa de calor.

Volvió junto al policía. Necesitaba ver la herida. Con cuidado quirúrgico, apartó el cabello negro y apelmazado. El golpe era feo,

una brecha irregular en el parietal, pero la sangre coagulada había detenido la hemorragia. El verdadero enemigo no era el trauma craneal, sino la hipotermia.

Tenía que quitarle la ropa mojada. La parka estaba rígida por el hielo. Elena luchó con la cremallera, maldiciendo al fabricante, al clima y al destino. Cuando finalmente logró abrirla, le quitó el chaleco, la camisa de franela y la camiseta interior empapada de sudor frío.

La piel de Lucas tenía un tono azulado bajo la luz del fuego naciente. Las cicatrices antiguas y los callos de sus manos contaban la historia de un hombre que había vivido para proteger a otros, olvidándose de sí mismo.

Elena se despojó de su propia chaqueta y se tumbó junto a él en el suelo de piedra, ignorando la suciedad. No había mantas suficientes, no había medicina. Solo tenía su propio calor corporal. Se pegó a su espalda, rodeando su pecho ancho con sus brazos, entrelazando sus piernas con las de él.

Era una intimidad forzada por la supervivencia, pero que detonó algo profundo en su psique. Sintió la lentitud de la respiración de él contra su propio pecho.

—No te atrevas a dejarme sola en esto, Riera —susurró contra su nuca.

El fuego crepitó, lanzando sombras danzantes sobre las paredes de piedra desnuda. Elena miró su reloj. La esfera estaba agrietada, una línea diagonal que partía el tiempo en dos: antes y después de la cueva.

De pronto, Lucas se movió. Fue apenas un espasmo, una contracción involuntaria de los músculos.

—¿Elena? —El nombre salió de su garganta como un sonido de lija raspando piedra.

Ella se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo para mirarlo a la cara. Los ojos marrones de Lucas estaban entreabiertos, vidriosos, desenfocados, buscando algo en la penumbra que no estaba allí.

—Estoy aquí. Estamos a salvo —mintió ella. Nadie estaba a salvo mientras la Bestia Blanca rugiera fuera.

Lucas parpadeó lentamente, luchando contra una niebla narcótica. Su mano grande y fría buscó la de ella, encontrando la cicatriz de la palma. Sus dedos se cerraron débilmente alrededor de la mano de Elena.

—Lo vi... —murmuró, con la voz pastosa y arrastrada—. Antes de que cayera el techo...

Elena sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—¿A quién viste, Lucas? El Escultor está muerto.

Lucas negó con la cabeza, un movimiento infinitesimal que pareció costarle toda su energía restante. Su mirada se aclaró por un segundo, lúcida y aterrorizada, clavándose en los ojos verdes de ella.

—No al Escultor... —tosió, y una burbuja de sangre rosada asomó a sus labios—. Vi el teléfono satelital en su mano. La luz estaba encendida, Elena.

Hizo una pausa para tomar aire, un sonido sibilante y doloroso.

—No estaba pidiendo ayuda... estaba confirmando el envío.

La frase quedó suspendida en el aire viciado de la cabaña. Elena sintió cómo la sangre se le helaba en las venas. Si el Escultor había enviado algo antes de morir —coordenadas, archivos, una orden—, entonces su muerte no era el final. Era solo el primer movimiento de un mecanismo que acababa de ponerse en marcha.

El fuego crujió, ajeno al nuevo abismo que se abría bajo sus pies. Estaban aislados, heridos y atrapados por la tormenta del siglo, pero lo que realmente debía aterrorizarlos no estaba fuera, en la nieve, sino viajando invisible a través de las redes de datos hacia un destinatario desconocido.

CAPÍTULO 38: EL RASTRO PERDIDO

El frío no era un invitado; se había convertido en el dueño absoluto de la cabaña. No mordía, sino que roía, un desgaste lento y constante que despojaba a la madera podrida de cualquier ilusión de refugio. Elena Vives sentía cómo la temperatura de su propio cuerpo descendía, una cuenta atrás biológica marcada no por segundos, sino por temblores.

Estaban ovillados en el rincón más alejado de la puerta, sobre un jergón de paja rancia que olía a humedad antigua y a lana de oveja olvidada. Elena mantenía la espalda contra la pared de piedra, usando su torso como escudo para Lucas Riera. El jefe de policía yacía con la cabeza apoyada en el regazo de ella, sus grandes manos callosas inertes sobre el pecho, buscando un calor que la atmósfera le negaba.

—No te duermas —susurró Elena. Su voz salió como una voluta de vapor, áspera, raspando una garganta reseca.

Lucas parpadeó. Sus ojos marrones, habitualmente cálidos, estaban vidriosos, hundidos en cuencas oscuras. La hipotermia no era violenta en esa etapa; era una seducción narcótica, una promesa de paz si tan solo uno cerraba los párpados.

—No siento la pierna —murmuró él. La mueca de dolor que había deformado su rostro durante la última hora se había suavizado, y eso era lo que aterraba a Elena. El dolor era vida; la ausencia de él, el preludio del final.

Ella deslizó la mano izquierda bajo la chaqueta de él, buscando el ritmo cardíaco. La cicatriz de media luna en su palma rozó la tela rugosa del uniforme. El corazón de Lucas latía con una lentitud de tambor fúnebre. Pum... silencio... pum.

—Háblame, Riera. —Elena sacudió el hombro del hombre, forzando un tono autoritario que no sentía. El miedo, esa vieja sombra que la acechaba desde su retiro, intentaba cerrar su garra alrededor de sus pulmones. La claustrofobia emocional. Allí, atrapada por la tormenta del siglo, no había escapatoria—. Dime algo real. Nada de procedimientos policiales.

Lucas esbozó una media sonrisa, ladeada y débil. —Mi abuela... decía que la nieve tiene memoria. Que si mueres en ella... te guarda para siempre.

—Nadie va a morir hoy. —La afirmación fue tajante, pero carecía de cimientos.

El viento aullaba fuera, una bestia sin cuerpo que arañaba las juntas de las tablas, buscando una entrada. La «Bestia Blanca» no solo había aislado el valle; lo estaba borrando del mapa. Elena miró hacia la puerta atrancada con una viga carcomida. La oscuridad era casi total, solo rota por la bioluminiscencia grisácea que se filtraba por las rendijas, reflejo de la nieve acumulada contra los muros.

Elena sintió un calambre en las piernas. Necesitaba moverse para generar calor, pero si se apartaba de Lucas, él perdería la única fuente térmica que lo mantenía atado a la consciencia. Se conformó con frotar los brazos del policía, una fricción frenética e inútil contra la inmensidad helada.

De repente, el sonido del viento cambió.

No fue un aullido, sino un golpe seco. Algo pesado había chocado contra la estructura exterior.

Elena se quedó paralizada. Su mente analítica, entrenada para diseccionar escenas del crimen, se activó instantáneamente,

atravesando la niebla del entumecimiento. El sonido no era natural. No era una rama rota por el vendaval. Era rítmico.

Crac. Crac. Crac.

Pasos. Alguien rompía la costra de hielo acumulada frente a la entrada.

Lucas intentó incorporarse, pero sus músculos no respondieron. Solo logró emitir un gemido ahogado. —¿Elena?

—Silencio —siseó ella.

Buscó a tientas en la penumbra. Sus dedos se cerraron alrededor de un viejo atizador de hierro oxidado que habían encontrado junto a la chimenea ciega. El metal estaba tan frío que quemaba la piel.

Los golpes cesaron. El silencio que siguió fue más pesado que la tormenta. Elena contuvo la respiración, sus ojos verde musgo clavados en la puerta, intentando taladrar la madera con la mirada. ¿El Escultor? ¿Había venido a terminar su obra, a curar su «arte» congelando a los testigos?

La manilla de la puerta giró. El óxido protestó con un chirrido agónico.

La viga que usaban como tranca vibró, pero resistió.

—¡Abran! —La voz llegó amortiguada, apenas un hilo humano en la cacofonía de la tempestad.

Elena no se movió. Apretó el atizador hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Si era el asesino, entraría por la fuerza. Si era ayuda... ¿qué ayuda podía caminar a través de ese infierno blanco?

Un golpe brutal sacudió la cabaña entera. La madera crujió. Otro golpe. La viga saltó de sus soportes, cayendo al suelo con un estruendo sordo.

La puerta se abrió de golpe, empujada por una racha de viento violenta que trajo consigo un remolino de nieve y granizo. La

temperatura en el interior se desplomó en el acto.

Una figura se recortó en el umbral.

Era masiva, deformada por capas de ropa técnica y cubierta de escarcha de pies a cabeza. Parecía un yeti, una criatura nacida de la propia tormenta. Llevaba gafas de ventisca que ocultaban sus ojos y una bufanda gruesa cubría su rostro.

Elena se puso en pie, tambaleándose, alzando el hierro oxidado como una lanza. —¡Atrás! —gritó, aunque su voz se quebró.

El recién llegado no retrocedió. Dio un paso dentro y cerró la puerta con un portazo, luchando contra la presión del aire hasta que logró encajar el pestillo. El silencio regresó, pero ahora había una presencia nueva, cargada de urgencia.

El hombre se bajó la bufanda y se quitó las gafas.

Unos ojos azul hielo, enmarcados por pestañas congeladas, se encontraron con los de ella. El cabello rubio ceniza, habitualmente pulcro, estaba aplastado por el gorro y húmedo de sudor frío.

—Baja eso, Elena —dijo el Dr. Arnald Soler. Su respiración formaba nubes densas en el aire viciado.

Elena no bajó el arma. Su cerebro procesaba la información con lentitud dolorosa. Arnald. Su mentor. El hombre que le había enseñado a leer la mente de los monstruos. Y el hombre cuyas coartadas empezaban a tener demasiadas grietas.

—¿Cómo...? —empezó ella, pero el temblor de su mandíbula le impidió terminar.

Arnald no respondió de inmediato. Se quitó la mochila pesada que llevaba a la espalda y la dejó caer con un ruido metálico. Sus movimientos eran precisos, clínicos, ignorando la amenaza del atizador.

—Lucas necesita atención inmediata —dijo Arnald, ignorando la pregunta. Se arrodilló junto al policía, que apenas parecía consciente de la nueva presencia.

Elena observó la puerta, esperando ver entrar a alguien más. Quizás Roco, el perro de Lucas, que había desaparecido en el bosque horas atrás. Pero el umbral permaneció cerrado. Arnald había llegado solo. Absolutamente solo en medio de la nada.

—¿Dónde está el equipo de rescate? —preguntó Elena, bajando el hierro unos centímetros, pero sin soltarlo.

—Soy yo. —Arnald sacó una manta térmica dorada de su mochila y comenzó a envolver a Lucas con una eficiencia que rozaba lo mecánico—. Nadie más podía subir. Los caminos están borrados. Tuve que usar las raquetas y la vieja ruta de los contrabandistas.

—¿A pie? —La incredulidad luchaba con el alivio—. Es un suicidio, Arnald.

—O una necesidad. —El médico levantó la vista. Sus ojos eran inexpresivos, pozos de calma en medio del desastre—. Sabía que vendríais aquí. Era el único refugio lógico según el perfil geográfico de la zona. Y sabía que Lucas no aguantaría la noche sin medicación.

Arnald sacó un termo y un vial. El olor que emanó de él al abrirse la parka golpeó a Elena. No era solo sudor y nieve. Había algo más. Un rastro sutil, casi imperceptible, de menta y... ¿jabón quirúrgico? El aroma a limpio, a esterilidad, en medio de la suciedad de la cabaña, resultaba perturbadoramente fuera de lugar.

Elena retrocedió un paso, su espalda chocando contra la pared fría. —¿Cómo sabías que estábamos vivos?

Arnald estaba ocupado inyectando algo en el brazo de Lucas. El policía gimió cuando la aguja penetró la piel endurecida por el frío. —No lo sabía —respondió el médico sin mirar atrás—. Pero la

alternativa era dejaros morir. Y sabes que no me gusta perder mis casos, Elena. Ni mis pacientes.

Elena observó las manos de Arnald. Eran firmes, sin el menor temblor a pesar del esfuerzo físico de la escalada. Manos que curaban. Manos que podían manipular cuerpos con precisión de artista.

Lucas tosió, una convulsión que sacudió su cuerpo bajo la manta térmica. —Arnald... —graznó el policía, reconociendo por fin al hombre—. Roco... ¿viste a Roco?

El médico negó con la cabeza, ajustando el cuello de la manta alrededor de la barbilla de Lucas. —No había nada ahí fuera, Lucas. Solo hielo y viento. Si el perro se separó de vosotros...

Dejó la frase en el aire, suspendida como una sentencia de muerte. Elena sintió una punzada de dolor por el animal, pero fue eclipsada por la tensión que emanaba de Arnald. Había llegado demasiado rápido. Conocía la ubicación con demasiada precisión.

—Toma. —Arnald le tendió el termo a Elena—. Caldo con electrolitos. Bebe. Estás entrando en la fase dos de hipotermia. Tus labios están azules.

Elena dudó. Miró el líquido humeante. Su cuerpo gritaba por él, cada célula exigiendo calor. Pero su instinto, esa alarma interna que la había mantenido viva frente a depredadores humanos, zumbaba en sus oídos.

—Tú primero —dijo ella.

Arnald se detuvo. Una sombra de emoción cruzó su rostro pálido. ¿Decepción? ¿Diversión? Levantó el termo y bebió un largo trago, manteniendo el contacto visual con ella. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano enguantada.

—No soy tu enemigo, Elena. Tu mente ve patrones donde solo hay caos. Es tu don y tu maldición. —Le extendió el termo de nuevo—.

Bebe. Si te desmayas, no podré cargar con los dos.

Elena tomó el recipiente. El calor del metal se transfirió a sus dedos entumecidos, una sensación tan intensa que casi dolía. Bebió. El líquido salado y caliente bajó por su garganta como lava, despertando su estómago contraído.

—La tormenta durará al menos cuarenta y ocho horas más — informó Arnald, volviendo a centrarse en masajear la pierna mala de Lucas para reactivar la circulación—. Estamos atrapados.

Elena se dejó deslizar por la pared hasta quedar sentada, con el atizador aún al alcance de la mano. —Atrapados —repitió.

La cabaña, que antes parecía una tumba solitaria, se había transformado. Ahora era una jaula compartida. Lucas dormitaba bajo el efecto de la medicina y el calor. Y ella estaba encerrada con Arnald Soler, su mentor, su salvador, y quizás, solo quizás, el monstruo que congelaba a la gente para preservarla eternamente.

Arnald se quitó la parka, revelando un jersey de lana gris impecable debajo. Se sentó frente a ellos, cruzando las piernas, y sacó una pequeña linterna de camping que iluminó el refugio con una luz blanca, clínica, implacable.

—Descansa, Elena —dijo él, su voz suave, casi hipnótica—. Yo haré la primera guardia.

Elena apretó los dientes. Sus párpados pesaban toneladas. El calor del caldo la estaba traicionando, empujándola hacia el sueño. Pero sabía una cosa con certeza absoluta: no cerraría los ojos. No mientras Arnald Soler estuviera observándolos con esa mirada de hielo, evaluando su fragilidad como si fueran esculturas a medio terminar.

Fuera, la tormenta rugió de nuevo, sepultando cualquier esperanza de huida bajo metros de silencio blanco.

CAPÍTULO 39: HIELO EN LAS VENAS

El viento no aullaba; gritaba con la voz de mil gargantas desgarradas. Fuera de las paredes de piedra del refugio de Ventosa i Calvell, la tormenta conocida como «La Bestia Blanca» había dejado de ser un fenómeno meteorológico para convertirse en una entidad con voluntad propia, una deidad hambrienta que arañaba la madera y buscaba cualquier grieta para devorar el calor que aún resistía en el interior.

Elena Vives se ajustó el reloj de su padre en la muñeca, un gesto reflejo, un tic nervioso que buscaba anclarla a un tiempo que parecía haberse disuelto. Las manecillas brillaban débilmente en la penumbra, indiferentes al caos que reinaba en el valle. Dentro de la cabaña, el aire era espeso, cargado con el olor a humedad, a lana vieja y al cobre metálico de la sangre seca.

Lucas Riera yacía sobre un jergón en la esquina más protegida de las corrientes. Su respiración era un estertor húmedo, rítmico y doloroso, que competía con el estruendo exterior. Elena se acercó a él, sus botas golpeando sordas contra las tablas del suelo. Se arrodilló, ignorando el dolor agudo en sus propias articulaciones, secuelas de la caminata infernal que los había llevado hasta allí.

—Lucas —susurró, aunque sabía que el nombre se perdería en el rugido del vendaval.

El jefe de policía tenía la piel del color de la ceniza húmeda. El sudor perlaba su frente a pesar del frío que entumecía los dedos de Elena.

No era solo la herida física lo que lo consumía; era la enfermedad degenerativa que él había ocultado con tanto celo y que ahora, bajo la presión extrema del agotamiento y la hipotermia, reclamaba su tributo.

Elena colocó el dorso de su mano sobre la frente de él. Ardía. Una fiebre rabiosa que contrastaba con el mundo helado que intentaba matarlos.

—Aguanta —ordenó ella, transformando la súplica en un mandato militar. No podía permitirse la debilidad de la compasión, no ahora. Necesitaba que él fuera un pilar, aunque estuviera agrietado.

Se levantó y caminó hacia la pequeña ventana atrancada. A través de las rendijas de los postigos, la luz del día era un gris lechoso, indistinguible de la noche. La nieve no caía; volaba horizontal, como metralla de cristal. La «claustrofobia del alma» que siempre la acechaba comenzó a cerrar sus dedos alrededor de su garganta. No era el espacio pequeño lo que la aterraba, sino la falta de control, la certeza de que la naturaleza había decidido borrar cualquier rastro de orden humano.

De repente, un sonido diferente rompió la monotonía del temporal.

No fue el crujido de la madera cediendo, ni el silbido del viento. Fue un golpe seco. Rítmico. Humano.

Toc. Toc. Toc.

Elena se quedó inmóvil. Su corazón, que hasta ese momento había latido con la pesadez de la fatiga, se disparó contra sus costillas como un pájaro atrapado. Miró hacia la puerta principal, una losa de roble reforzado que vibraba bajo el asedio del viento.

¿El Escultor? ¿Había venido a reclamar sus piezas finales?

Sus ojos recorrieron la estancia buscando un arma. Su pistola había quedado inutilizada, perdida en la nieve horas atrás. Sus dedos se cerraron en torno al mango de un piolet oxidado que descansaba

junto a la chimenea apagada. El metal estaba frío, pero le ofreció una promesa de violencia que calmó su temblor.

El golpe se repitió, más frenético.

—¡Abrid! —una voz ahogada, apenas un susurro espectral filtrado por la tormenta.

Elena se pegó a la pared adyacente a la entrada, levantando el piolet. Si era él, si era el monstruo que congelaba la belleza para preservarla, le abriría el cráneo antes de que pudiera pronunciar una de sus frases sobre la estética de la muerte.

—¡Elena! —el grito fue más claro esta vez.

Reconoció la voz. O creyó reconocerla. Bajó la guardia una fracción de segundo, lo suficiente para que la duda se instalara.

Con un movimiento brusco, descorrió la tranca.

La puerta no se abrió; explotó hacia dentro. Una ráfaga de nieve entró como una avalancha en miniatura, cegando a Elena momentáneamente y robando el poco calor que quedaba en la sala. Una figura envuelta en capas de gore-tex y lana se desplomó en el umbral, rodando hacia el interior.

Elena se lanzó contra la puerta, usando todo su peso, clavando las botas en el suelo para vencer la resistencia del viento que intentaba mantenerla abierta. Gritó por el esfuerzo, sintiendo cómo los músculos de su espalda protestaban, hasta que finalmente logró cerrar la hoja de madera y volver a echar el cerrojo.

El silencio relativo regresó, roto solo por los jadeos del recién llegado.

La figura en el suelo era un montón de ropa técnica cubierta de escarcha. Se movió con torpeza, quitándose unas gafas de ventisca que habían protegido sus ojos de la ceguera blanca.

Arnald Soler alzó la vista.

El forense, su mentor, el hombre que le había enseñado a leer a los muertos como si fueran mapas de carreteras, parecía haber envejecido diez años en las últimas horas. Su barba canosa era un bloque de hielo; sus labios, una línea azulada y temblorosa.

Pero lo que heló la sangre de Elena no fue el frío que traía consigo, sino la soledad que lo envolvía.

Arnald estaba solo.

Elena mantuvo el piolet en alto, apuntando al pecho del hombre.

—No te muevas —advirtió. Su voz sonó extraña en sus propios oídos, metálica y carente de emoción.

Arnald parpadeó, sus ojos tratando de enfocarla a través del cansancio. Se quitó un guante con los dientes, revelando una mano amoratada que alzó en gesto de paz.

—Elena... gracias a Dios.

—¿Dónde está Roco? —preguntó ella, ignorando su alivio. La pregunta era una prueba. El pastor alemán de Arnald nunca se separaba de él. Eran una sola entidad, mente y músculo.

La expresión de Arnald se quebró. Una sombra de dolor genuino cruzó su rostro, tan visible y cruda que Elena sintió una punzada de duda sobre sus sospechas. El hombre dejó caer la cabeza, apoyando la frente en las tablas del suelo, respirando con dificultad.

—Lo perdí —graznó Arnald. Su voz era un hilo roto—. En la cresta, antes de llegar al collado. La visibilidad era nula... el viento nos golpeó de costado.

Arnald tosió, un sonido seco que sacudió su cuerpo.

—Se soltó de la correa, Elena. Intenté agarrarlo, pero el suelo... el hielo se abrió bajo sus patas. Cayó por la ladera norte. No pude... no pude bajar a por él. La tormenta me habría matado.

Elena estudió su rostro. Buscaba la mentira, la microexpresión que delatara el engaño. Pero solo encontró la derrota absoluta de un hombre que ha tenido que elegir entre su vida y la de su compañero más leal. La ausencia del perro dejaba un vacío palpable en la habitación, una confirmación de que la montaña no estaba dispuesta a devolver nada de lo que tomaba.

—Levántate —dijo ella, bajando el piolet ligeramente, aunque sin soltarlo.

Arnald se incorporó con dificultad, sus articulaciones crujiendo. Su mirada viajó por la habitación hasta detenerse en el rincón donde yacía Lucas.

—¿Está vivo? —preguntó, y el tono clínico regresó a su voz, desplazando al hombre dolido para dar paso al médico.

—Apenas —respondió Elena.

Arnald se quitó la mochila, dejándola caer con un golpe pesado, y se acercó a Lucas cojeando. Elena se interpuso en su camino, bloqueándole el paso con su cuerpo.

Los ojos de ambos se encontraron. Verde musgo contra marrón oscuro. Historia contra sospecha.

—¿Por qué estás aquí, Arnald? —La pregunta de Elena fue un bisturí —. La última vez que hablamos, todas las pruebas circunstanciales apuntaban a ti. El acceso a los químicos, el conocimiento de la anatomía, la obsesión por la preservación.

Arnald no retrocedió. Sostuvo su mirada con una dignidad cansada.

—Estoy aquí porque sé cómo piensa —dijo él, y por primera vez, Elena notó el miedo real en sus pupilas. No miedo a ella, ni a la tormenta, sino a algo peor—. Y porque sé lo que va a hacer a continuación. No soy el Escultor, Elena. Fui su maestro, sí, en la universidad, hace décadas. Pero él... él ha superado cualquier teoría que yo pudiera enseñar.

—Eso no explica por qué has venido a morir aquí arriba.

—Vine porque encontré esto en su antiguo laboratorio del sótano, el que la policía pasó por alto.

Arnald metió la mano en el bolsillo interior de su anorak y sacó un papel doblado, protegido por una funda de plástico. Se lo tendió.

Elena lo tomó con la mano izquierda, sintiendo la cicatriz de su palma tensarse. Desplegó el documento. Era un diagrama arquitectónico. No de un edificio, sino de una estructura hidráulica.

La Presa de Cavallers.

Pero sobre el plano técnico había anotaciones manuscritas con una caligrafía elegante y perturbadoramente precisa. Círculos rojos marcaban las galerías de inspección inferiores, aquellas que quedaban sumergidas bajo el nivel del agua helada, donde la temperatura era constante y cercana al punto de congelación absoluto.

—«El Gran Frigorífico» —leyó Elena en voz alta, una nota al margen escrita con tinta azul.

—Quiere usar la presión y el frío de la presa —explicó Arnald, su voz ganando urgencia—. No le basta con congelar a sus víctimas en la nieve. Quiere encapsularlas. Crear un mausoleo eterno donde el hielo nunca se derrita, protegido por millones de litros de agua.

Elena miró el papel y luego a Lucas. La conexión fue instantánea y aterradora.

—Lucas... —murmuró.

—Lucas es el obstáculo —dijo Arnald—. Pero tú... tú eres la pieza central, Elena. Siempre lo has sido. La perfiladora que ve el orden en el caos. Él quiere que seas testigo de su *Magnum Opus*.

Un gemido desde el jergón interrumpió la revelación. Lucas se agitó, sus manos grandes y callosas aferrando la manta con desesperación.

—No... vayáis... —balbuceó, con los ojos cerrados, atrapado en la pesadilla de la fiebre—. Es una... trampa.

Arnald se arrodilló junto a él, y esta vez Elena no lo detuvo. Observó cómo las manos del doctor se movían con destreza profesional, tomando el pulso, revisando las pupilas dilatadas.

—Tiene sepsis —diagnosticó Arnald sin rodeos—. La infección de la pierna se ha extendido. Si no recibe antibióticos intravenosos y calor real en las próximas seis horas, su corazón se detendrá.

El silencio que siguió a la sentencia fue más pesado que la tormenta.

—No podemos bajar al pueblo —dijo Elena. Era un hecho, no una opinión. La nieve acumulada en el exterior alcanzaba ya el metro de altura, y la visibilidad era nula. Intentar el descenso con un hombre moribundo era un suicidio.

—No —coincidió Arnald, levantándose—. Pero la presa... la presa tiene instalaciones de mantenimiento. Tienen una enfermería de emergencia para los operarios. Generadores. Calefacción.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Sugieres que vayamos directamente a la guarida del lobo?

—Sugiero que es el único lugar con electricidad y medicinas a menos de diez kilómetros —rebatió Arnald—. Y es donde él está. Si queremos terminar con esto, si queremos que Lucas viva, tenemos que ir allí.

Elena caminó hacia la ventana de nuevo. El viento golpeaba los postigos como si exigiera entrar. La idea era una locura. Arrastrar a un hombre enfermo a través del infierno blanco, directo hacia un asesino psicópata que conocía el terreno mejor que ellos.

Pero la alternativa era esperar. Esperar a que el fuego de la fiebre de Lucas se apagara, dejándolo frío como las esculturas que el asesino dejaba a su paso. Esperar a que la tormenta sepultara el refugio.

Se giró hacia Arnald. El hombre se frotaba las manos, intentando recuperar la sensibilidad. Parecía frágil, lejos de la figura de autoridad que había sido para ella años atrás. Y sin embargo, había subido hasta allí. Había perdido a su perro, su única compañía, en el intento.

—¿Cómo lo llevamos? —preguntó Elena.

Arnald señaló hacia un rincón del refugio donde descansaba un viejo trineo de rescate, una camilla de fibra de vidrio con patines, relicario de alguna temporada de esquí pasada.

—Lo remolcamos. Tú y yo. Nos turnamos.

—La nieve nos tragará —dijo ella, probando la solidez del argumento.

—La nieve ya nos ha tragado, Elena. La cuestión es si queremos morir quietos o moviéndonos.

Elena miró a Lucas. Su pecho subía y bajaba con un ritmo irregular. La barba incipiente en su rostro acentuaba su palidez. Recordó la calidez de su mano cuando la había sacado del río días atrás, la torpeza entrañable con la que intentaba ocultar su cojera. Había una alianza entre ellos, forjada en la desconfianza inicial y templada en la supervivencia. No podía dejarlo morir en ese suelo de madera sucia.

Se acercó a la mochila de Arnald y comenzó a rebuscar. Encontró cuerdas, mosquetones y un termo.

—Bebe —le ordenó a Arnald, pasándole el termo que contenía un resto de caldo tibio que ella había preparado antes—. Necesitas energía. Salimos en diez minutos.

Arnald asintió, agradecido, y sus manos temblorosas acunaron el recipiente.

Elena se agachó junto a Lucas una última vez. Le acarició la mejilla, sintiendo el calor febril quemándole la yema de los dedos.

—Lucas, escúchame —le susurró al oído—. Vamos a dar un paseo. Va a doler. Va a ser frío. Pero no te voy a dejar aquí.

Lucas entreabrió los ojos. Eran dos pozos oscuros, velados por la enfermedad, pero por un instante, hubo un destello de reconocimiento.

—Elena... —su voz fue un roce de papel de lija—. Él... te está esperando.

—Lo sé —respondió ella, y sintió cómo una calma gélida se instalaba en su pecho, desplazando al miedo. Era la misma determinación fría que sentía antes de entrar en una escena del crimen, la desconexión necesaria para analizar el horror sin ser consumida por él—. Y yo voy a por él.

Preparar el trineo fue una labor mecánica. Elena ató a Lucas con firmeza, envolviéndolo en todas las mantas disponibles y cubriéndolo con una lona impermeable que aseguraron con cuerdas elásticas. Él apenas protestó; la consciencia le iba y venía como la marea.

Arnald se ajustó las correas de arrastre al pecho. Elena hizo lo mismo con un segundo juego de cuerdas improvisadas. Parecían dos animales de tiro, dos bestias de carga preparándose para la penitencia.

—La presa está a dos kilómetros siguiendo la cota de nivel —dijo Arnald, revisando su brújula, aunque la aguja bailaba errática por las perturbaciones magnéticas de la tormenta—. Si mantenemos el ritmo, llegaremos en una hora.

—O moriremos en veinte minutos —corrigió Elena.

Se acercaron a la puerta. El rugido exterior había bajado de tono, pero solo ligeramente. Era un engaño, un respiro que la tormenta les ofrecía para atraerlos a la trampa.

Elena empuñó su piolet con la mano derecha, la izquierda sujetando la cuerda de tiro. Miró a Arnald.

—Si te quedas atrás, no pararé —le advirtió.

—Lo sé —dijo él. No había reproche en su voz, solo aceptación.

Elena abrió la puerta.

El mundo se había vuelto blanco. No existía cielo ni tierra, solo un vórtice de partículas heladas. El frío la golpeó como un mazo físico, robándole el aire de los pulmones en un solo instante agónico.

Dieron el primer paso.

El trineo se deslizó con un sonido rasposo sobre la nieve virgen. El peso de Lucas era un ancla que tiraba de ellos hacia atrás, pero la inclinación del terreno jugaba ligeramente a su favor.

Avanzaron hacia la nada.

A sus espaldas, la puerta del refugio quedó abierta, golpeando contra el marco, una boca negra que se reía de su partida. Delante, la presa esperaba. Y con ella, el hombre que creía que la muerte era la única forma de perfección.

Elena clavó la mirada en el vacío blanco frente a ella. Roco ya no estaba. Lucas se desvanecía. Solo quedaban ella, el sospechoso a su lado, y la inmensidad indiferente de la montaña.

Apretó los dientes y tiró.

CAPÍTULO 40: EL REFUGIO OLVIDADO

La nieve no caía; agredía. Cada copo era una esquirla de vidrio impulsada por un viento que había dejado de ser aire para convertirse en una pared sólida, un empuje constante contra el pecho que dificultaba la simple mecánica de respirar. Elena Vives se ajustó las gafas de ventisca, aunque de poco servían en aquel universo blanco donde el cielo y la tierra se habían fundido en una nada lechosa y hostil.

—Elena... —La voz de Lucas Riera llegó fragmentada, devorada por el rugido de la montaña.

Ella se giró. Apenas distinguía la silueta del policía a tres pasos de distancia. Lucas avanzaba arrastrando la pierna derecha, hundiendo la bota en la nieve profunda con un gesto de dolor que, aunque invisible bajo las capas de ropa térmica, Elena podía sentir en sus propios huesos. La cojera, ese recordatorio constante de su fragilidad física, se había acentuado con el descenso brusco de la temperatura.

—Falta poco —gritó ella, no para convencerle a él, sino para acallar el zumbido de su propia ansiedad.

Consultó su muñeca izquierda. El cristal del reloj de su padre estaba empañado, pero el segundero avanzaba con su habitual indiferencia mecánica. Las tres de la tarde. La luz debería ser gris, pero la tormenta había robado el día, imponiendo un crepúsculo prematuro y asfixiante.

Siguieron el rastro del GPS, un punto azul parpadeante que perdía señal intermitentemente, guiándolos hacia la antigua estación meteorológica abandonada en la cresta norte. Según los viejos mapas catastrales que Lucas había desenterrado, allí existía un sótano, una cámara de permafrost natural utilizada décadas atrás para muestras geológicas. El lugar perfecto para quien busca detener el tiempo.

El terreno se niveló abruptamente. Ante ellos, surgió una forma geométrica, angulosa y oscura, que rompía la anarquía orgánica de la nevada. El edificio de hormigón parecía un búnker olvidado, con las ventanas selladas por tablones podridos y placas de metal.

Lucas se apoyó contra el muro exterior, buscando un respiro del vendaval. Su respiración formaba nubes densas y rápidas.

—Si no está aquí... —empezó a decir, pero la tos le cortó la frase.

—Está —sentenció Elena.

No era una deducción lógica, sino una certeza visceral. Su estómago se había cerrado en un nudo apretado, la misma sensación que tenía antes de entrar en una escena del crimen, esa vibración eléctrica que le erizaba el vello de la nuca.

Rodearon la estructura buscando una entrada. La puerta principal estaba bloqueada por un alud de escombros y hielo viejo. Elena señaló hacia un lateral, donde una escotilla de mantenimiento, medio enterrada, mostraba signos de haber sido manipulada recientemente: la nieve alrededor no estaba compactada por el viento, sino removida por una pala.

Lucas desenfundó su arma de servicio. El metal negro contrastaba con la claridad nival del paisaje. Elena sacó su propia linterna táctica y asintió.

El policía tiró de la manija oxidada. El metal gimió, una queja aguda que resonó demasiado fuerte en el aislamiento del valle. Abrieron el hueco justo lo suficiente para deslizarse al interior.

El cambio fue inmediato. El aullido del viento se apagó, reemplazado por un silencio denso, pesado, de esos que parecen presionar los tímpanos. Pero no fue el silencio lo que detuvo a Elena en seco.

Fue el olor.

No olía a humedad, ni a moho, ni al encierro de los lugares olvidados. El ambiente estaba impregnado de un aroma clínico, punzante: menta fresca y desinfectante industrial. Era una fragancia que recordaba a un hospital, a una limpieza obsesiva, a un quirófano antes de la primera incisión.

—Dios santo —murmuró Lucas, bajando el arma pero manteniendo el dedo fuera del guardamonte.

El haz de luz de Elena cortó la oscuridad. Estaban en un pasillo de servicio, con tuberías revestidas de escarcha recorriendo el techo bajo. Las paredes habían sido fregadas; el hormigón brillaba, libre de polvo.

Avanzaron. El sonido de sus botas sobre el suelo limpio resonaba con una claridad obscena. Elena notó que le sudaban las manos dentro de los guantes. Se los quitó, guardándolos en los bolsillos, y pasó el pulgar sobre la cicatriz de media luna en su palma izquierda, un tic nervioso que buscaba anclarla a la realidad.

Al final del pasillo, una doble puerta de plástico grueso, de las que se usan en las cámaras frigoríficas industriales, les cortaba el paso.

Elena miró a Lucas. Los ojos oscuros del policía reflejaban el cansancio de la caminata y el peso de una enfermedad que le comía el tiempo, pero en ese momento, solo había determinación. Él empujó las cortinas de plástico.

Entraron en la galería.

El espacio era vasto, una antigua sala de almacenamiento reconvertida. Pero no había estanterías ni cajas. En el centro de la sala, iluminados por focos halógenos alimentados por un generador

silencioso que vibraba en algún rincón, se alzaban tres bloques rectangulares.

Eran tan transparentes que parecían hechos de cristal, pero el vaho que emanaba de la boca de Elena confirmó que era hielo. Hielo tratado, pulido, conservado a una temperatura precisa para evitar la cristalización opaca.

Se acercaron al primer bloque.

Dentro no había un cadáver en el sentido forense de la palabra. No había descomposición, ni la laxitud de la muerte. La mujer estaba suspendida en el hielo, vestida con una túnica de seda blanca que flotaba a su alrededor como si estuviera bajo el agua. Sus manos estaban entrelazadas sobre el pecho en un gesto de plegaria serena. El cabello rubio se desplegaba en un abanico perfecto, cada hebra individualizada.

—Marta —susurró Lucas, con la voz quebrada. Reconoció a la chica desaparecida del pueblo vecino hacía tres meses.

Pero no era solo Marta. Era una versión idealizada de ella. El maquillaje era sutil, corrigiendo imperfecciones; la postura, estudiada para evocar una santidad artificial.

—No las mata —dijo Elena, su voz sonando extrañamente clínica en sus propios oídos. Se obligó a analizar, a no sentir, a levantar el muro mental que la separaba del horror—. Las... cura. Desde su perspectiva. Detiene el deterioro.

Se movió hacia el segundo bloque. Un hombre joven. Igual placidez impuesta. Una idéntica perfección gélida.

Y entonces, el tercer bloque.

Estaba vacío.

No era un bloque sólido, sino un molde. Un ataúd de cristal y agua a medio congelar, esperando a su ocupante. Junto a él, una mesa de trabajo metálica, impoluta, ordenada con una simetría maníaca.

Bisturís alineados por tamaño, jeringuillas de vidrio, frascos etiquetados con una caligrafía elegante y antigua.

Elena se acercó a la mesa. Entre el instrumental quirúrgico, había un objeto que no encajaba con la asepsia del lugar. Un cuaderno de bocetos encuadernado en cuero.

Lo abrió con la punta de los dedos, temiendo contaminar la evidencia, o quizás temiendo lo que encontraría.

Las páginas estaban llenas de estudios anatómicos. Ilustraciones a carbón de una precisión renacentista. Músculos, tendones, expresiones faciales. Pero a medida que pasaba las hojas, las representaciones cambiaban. Dejaban de ser genéricas.

Apareció un ojo. Un iris detallado con motas doradas sobre un fondo oscuro. Una mano con una cicatriz en forma de media luna. Un perfil de nariz recta y labios finos.

Elena dejó de respirar. No era un estudio anatómico cualquiera. Era ella.

Había retratos de ella durmiendo, de ella caminando por el pueblo, de ella mirando un glaciar. El trazo era amoroso, devoto, enfermizo. El artista no buscaba capturar su vida, sino prepararla para la eternidad.

—Elena... tienes que ver esto —la llamó Lucas desde el fondo de la sala.

El policía estaba parado frente a una pared que había permanecido en sombras. Al iluminarla con su linterna, reveló una colección de imágenes clavadas en el corcho aislante. Eran instantáneas de Lucas. Fotografías tomadas con teleobjetivo. Lucas cojeando. Lucas comprando el pan. Lucas hablando con Elena.

Pero todas las imágenes de Lucas tenían una particularidad: estaban tachadas con una X roja, precisa, quirúrgica, sobre el rostro. Y

debajo de cada una, una nota escrita con la misma caligrafía elegante: *IMPERFECCIÓN. DETERIORO. DESECHO.*

—Sabe que estamos aquí —dijo Lucas, girándose hacia ella. Su mano apretaba la empuñadura de la pistola hasta que los nudillos se pusieron blancos—. No, espera... sabe que *tú* vendrías.

Un estrépito metálico, pesado, resonó detrás de ellos. El ruido de unos pasadores de acero deslizándose en su sitio.

Provenía de la entrada. De la puerta de la escotilla por la que habían entrado.

Elena corrió hacia el pasillo, con el corazón golpeándole las costillas como un animal enjaulado. Empujó las cortinas de plástico y llegó a la puerta blindada del acceso principal. Tiró de la manija.

Inmóvil.

—¡Está cerrada desde fuera! —gritó, golpeando el metal con el puño.

—El generador —advirtió Lucas desde la sala principal.

El zumbido constante de la máquina cambió de tono. Se volvió más agudo, más forzado. Las luces halógenas parpadearon una vez, dos veces, y luego se apagaron, sumiéndolos en una oscuridad absoluta, solo rota por los haces nerviosos de sus linternas.

Y entonces, un siseo.

Provenía de los conductos de ventilación en el techo. No era aire. Era un gas, denso y blanco, que comenzó a caer como una cascada lenta sobre el suelo de la galería.

Elena reconoció el olor al instante, debajo de la capa de menta.

—¡Nitrógeno! —bramó, retrocediendo hacia el centro de la sala—. ¡Está purgando el oxígeno!

Lucas se unió a ella, iluminando el gas que se acumulaba en el suelo como una marea fantasma.

—¿Nos va a asfixiar?

—No —respondió Elena, comprendiendo de golpe la naturaleza de la trampa. Su mente de perfiladora encajó la última pieza con un chasquido aterrador—. Nos va a conservar. Quiere bajar la temperatura hasta que no podamos movernos. Quiere que estemos quietos para el procedimiento.

El gélido ambiente, que ya era intenso, comenzó a morder con una ferocidad renovada. No era el frío del viento exterior; era una quietud térmica que penetraba la ropa, la piel y la carne, buscando el núcleo de calor del cuerpo para extinguirlo.

Elena miró la celda helada, el que estaba esperando. Entendió que no era para ella. Ella era la musa, la obra maestra final que requeriría preparación. El receptáculo vacío, el de desecho, el de práctica... era para Lucas.

—Tenemos que salir —dijo Lucas, su voz perdiendo fuerza. El gas subía por sus tobillos.

—Hay otra salida —dijo Elena, obligándose a enfocar. Recordó los planos, la estructura de las neveras antiguas—. El drenaje. El canal de deshielo.

Se lanzó hacia el suelo, buscando bajo las mesas, ignorando el gas que le quemaba la piel expuesta de la cara. Allí, en la esquina más alejada, bajo una rejilla de hierro fundido.

—¡Ayúdame! —gritó.

Lucas cojeó hasta ella. Juntos, forcejearon con la rejilla. Estaba oxidada, soldada por años de inactividad y hielo. Elena haló con todas sus fuerzas hasta sentir que los músculos de su espalda gritaban, hasta que la cicatriz de su mano ardió.

—A la de tres —gruñó Lucas.

Uno. Dos. Tres.

La rejilla cedió con un crujido seco, levantando una nube de óxido. Debajo, un túnel oscuro, estrecho, cilíndrico, que descendía hacia las entrañas de la montaña. Olía a tierra mojada y a abismo.

—Tú primero —ordenó Lucas, empujándola.

—No cabemos los dos a la vez. Tu pierna...

—¡Entra! —La empujó con una fuerza que no admitía réplica.

Elena se deslizó por el agujero. El tubo de hormigón era apenas más ancho que sus hombros. La oscuridad la engulló. Se arrastró, sintiendo la claustrofobia cerrar su garganta, ese pánico antiguo que vivía en su pecho despertando con violencia. *No pienses. Muévete.*

Oyó a Lucas entrar detrás de ella, el rumor de su cuerpo arrastrándose, y luego el chirrido de la rejilla siendo colocada de nuevo en su sitio, o quizás cayendo.

Arriba, en la galería que dejaban atrás, una voz distorsionada por un sistema de megafonía cobró vida, llenando el ambiente con un tono suave, culto y terrible.

—La impaciencia es enemiga de la perfección, Elena. Pero aprecio el entusiasmo. La sesión ha comenzado.

CAPÍTULO 41: TRAICIÓN BAJO CERO

Ladera oeste del Pico Peguera, Pirineo de Lleida 26 de diciembre de 2018

La nieve no caía; agredía. Era un enjambre de avispas blancas clavando sus aguijones en la poca piel expuesta que les quedaba. No existía el cielo, ni el suelo, ni el horizonte. Solo existía un vacío lechoso, una nada absoluta que devoraba el mundo a su paso, borrando sus huellas segundos después de imprimirlas, como si la montaña se negara a admitir que alguna vez habían estado allí.

Avanzó un paso. Luego otro. La mecánica del movimiento se había convertido en la única religión posible.

Se detuvo y se giró, protegiendo sus ojos con la mano enguantada. A tres metros, la figura de Lucas era una mancha oscura recortada contra el gris perpetuo. Su cojera, esa que habitualmente intentaba disimular con orgullo varonil, ahora era un arrastre agónico. Su pierna derecha no respondía; la arrastraba como si fuera madera muerta, un peso inerte anclado a su cadera.

—No te pares —gruñó él, su voz apenas un susurro rasgado que el viento se llevó al instante. Tenía escarcha en las pestañas y la piel de un tono azulado que le revolvió el estómago.

Detrás de él, el doctor Arnald Soler caminaba encorvado, aferrando las correas de su mochila médica con los nudillos blancos. Su parka naranja era lo único con color en aquel universo monocromático. La miró, y en sus ojos vio el reflejo exacto de su propio terror. Ya no era el mentor, ni la figura paterna que la había guiado por los pasillos de la academia; era un hombre reducido a instinto, y eso lo hacía impredecible.

—¿Cuánto falta, Elena? —gritó Arnald para hacerse oír sobre el aullido de la tormenta.

Miró su muñeca. El cristal del reloj de su padre estaba astillado, una red de fracturas que distorsionaba las agujas. Las tres y cuarenta de la madrugada. Llevaban veinticinco minutos de descenso que parecían tres décadas.

—Estamos cerca —mintió. O quizá no. La orientación espacial era una fantasía en medio de aquella ciclogénesis.

Se giró de nuevo hacia la pendiente y continuó abriendo camino. La pistola de Lucas pesaba en el bolsillo de su chaqueta técnica, un bulto frío contra sus costillas. Cinco balas. Cinco oportunidades para detener a un fantasma o para cometer un error irreparable.

El descenso se volvió más pronunciado. La nieve virgen les llegaba hasta las rodillas, convirtiendo cada zancada en una batalla muscular. Su respiración quemaba, un fuego gélido que bajaba por la garganta y se instalaba en los pulmones. «Claustrofobia», susurró esa voz insidiosa en su nuca. No era el encierro de cuatro paredes, sino el confinamiento de la intemperie. La inmensidad blanca apretaba más que cualquier celda.

De repente, el terreno cambió. La nieve blanda dio paso a una placa de hielo duro bajo la capa superficial.

Escuchó el gemido antes que el golpe.

Se volvió a tiempo para ver a Lucas perder el equilibrio. Su pierna buena resbaló y la mala cedió sin protesta. Cayó pesadamente sobre

el costado, soltando un grito ahogado que se clavó en su pecho.

—¡Lucas!

Se lanzó hacia él, ignorando el ardor en sus propios muslos. Arnald se quedó paralizado un segundo antes de reaccionar, sus movimientos torpes por el exceso de ropa.

Llegó hasta Lucas y lo agarró por las solapas de su abrigo. Tenía los ojos cerrados y los dientes apretados con tal fuerza que temió que se le rompieran.

—Estoy bien —jadeó, una mentira tan evidente que resultaba insultante. Intentó incorporarse, pero su cuerpo se negó a obedecer.

—No te muevas —ordenó Arnald, arrodillándose a su lado en la nieve. Buscó el pulso en el cuello de Lucas con dedos temblorosos—. Está al límite, Elena. La hipotermia está ganando terreno a la adrenalina. Si no lo llevamos a cubierto en veinte minutos, su corazón empezará a fallar.

—No me voy a morir aquí arriba —escupió Lucas, abriendo los ojos. Esos iris marrones, habitualmente cálidos, estaban vidriosos—. Ayúdame a levantarme.

Lo hicieron entre los dos. Arnald por la izquierda, Elena por la derecha. Sintió el peso muerto de Lucas, su calor corporal escapando a través de las capas de tela. Era un hombre grande, sólido, pero en ese momento parecía hecho de cristal a punto de estallar.

—Apóyate en mí —le dijo al oído, gritando para vencer al vendaval —. Vamos a buscar a Marc. Vamos a sacarlo de allí.

La mención del niño actuó como un combustible sucio. Lucas asintió, tensó la mandíbula y dio un paso.

Continuaron. El mundo se redujo al ritmo de su marcha forzada. Uno, dos, arrastra. Uno, dos, arrastra.

El viento cambió de dirección, trayendo consigo un olor distinto. Ya no olía solo a ozono y hielo. Había algo más. Un olor a humedad estancada, a piedra mojada y electricidad estática.

Y entonces, la bestia de hormigón emergió de la oscuridad.

Primero fue solo una sombra, una densidad antinatural en la nevisca. Luego, las líneas rectas se definieron. La presa de Cavallers. No era solo un muro de contención; era una catedral invertida, una curva obscena de ingeniería humana desafiando la brutalidad de la montaña. Se alzaba ante ellos como una lápida gigante, sus muros de hormigón desapareciendo en la negrura superior y hundiéndose en el abismo inferior.

Se detuvo en seco, el corazón golpeando sus costillas como un pájaro enjaulado. Ahí estaba. El escenario final.

—Dios santo —murmuró Arnald. Se había quedado petrificado mirando la estructura.

La presa parecía vibrar. Podía sentir el zumbido de las turbinas, o quizá era solo la sangre martilleando en sus oídos. Sabían, gracias a la llamada, que Marc estaba en los cimientos, en la galería de inspección. Sabían que el lugar estaba conectado al pulso del niño. Una tumba que explotaría si el corazón del pequeño dejaba de latir.

—La entrada de mantenimiento —dijo, señalando hacia el extremo este de la corona, donde una pequeña edificación cúbica rompía la simetría del muro—. Debe ser por ahí.

Arrastraron a Lucas los últimos cien metros. El suelo se niveló, convirtiéndose en el camino de servicio asfaltado, ahora cubierto por una capa traicionera de verglas.

Al llegar a la puerta metálica del edificio de acceso, soltó a Lucas, dejándolo apoyado contra la pared fría. Sacó la pistola. El metal se pegó a su guante. Quitó el seguro con un chasquido que sonó como un disparo en el silencio relativo que ofrecía el resguardo del muro.

—Arnald, quédate con Lucas —ordenó, sin mirarlos. Su atención estaba fija en la cerradura.

—Elena, espera... —empezó Lucas, intentando enderezarse, pero sus piernas eran de trapo.

Se acercó a la puerta. Esperaba encontrarla cerrada, bloqueada, soldada. Esperaba tener que disparar a las bisagras o buscar una ventana.

Pero el pomo giró en su mano con una suavidad aceitosa.

La puerta se abrió hacia dentro, revelando una boca de lobo que exhalaba una corriente de aire ligeramente más cálido que el exterior.

El alivio duró una fracción de segundo. Inmediatamente fue sustituido por una certeza aterradora.

El aire que salía del interior no olía a maquinaria, ni a grasa, ni al polvo de los lugares cerrados durante décadas.

Olía a menta.

Un aroma químico, punzante, limpio. Antiséptico.

El olor del Escultor.

No había forzado la entrada. Los estaba esperando. La puerta abierta no era un descuido; era una invitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Arnald, notando su vacilación.

Se giró hacia ellos. La luz de su linterna táctica iluminó sus rostros demacrados.

—Está aquí —susurró, y las palabras parecieron congelarse en el aire antes de llegar a ellos—. Ya está dentro.

Entró en la oscuridad, con la pistola por delante, cruzando el umbral hacia el vientre de la bestia, sabiendo que acababan de dejar de ser cazadores para convertirse, oficialmente, en huéspedes.

CAPÍTULO 42: LA HUELLA DEL INTRUSO

Presa de Cavallers, Vall de Boí 26 de diciembre de 2018

El chasquido metálico del cierre resonó como un disparo en una catedral vacía. Al empujar la pesada hoja de acero tras nosotros, el aullido de la tormenta quedó cercenado de golpe, sustituido por un silencio que pesaba más que la propia nieve. No era la ausencia de ruido, sino una presencia densa, aceitosa, que se adhería a la ropa húmeda y se colaba por los oídos.

Levanté la linterna táctica. El haz de luz blanca cortó la negrura, revelando un pasillo de hormigón crudo que se extendía hacia las entrañas de la montaña. Las paredes lloraban. Hilos de agua helada resbalaban por la piedra gris, alimentando charcos oscuros en el suelo que reflejaban nuestra intrusión distorsionada.

—¿Elena? —la voz de Lucas sonó rasposa, amplificada por la acústica tubular del túnel.

Me giré. El policía se apoyaba contra el marco de la entrada, con el rostro cerúleo bajo la luz artificial. Su pierna derecha no sostenía peso; la mantenía en un ángulo extraño, y sus nudillos estaban blancos por la fuerza con la que aferraba su costado. A su lado, el doctor Arnald Soler respiraba con dificultad, ajustándose las correas de la mochila médica con movimientos nerviosos, casi espasmódicos. Sus ojos saltaban de las sombras a mi pistola.

—Estamos dentro —susurré, comprobando por enésima vez el seguro del arma—. No hagáis ruido. El hormigón transporta el sonido mejor que el aire.

—Es una galería de inspección —murmuró Soler, pasando un dedo enguantado por la pared húmeda—. Estas presas tienen kilómetros de túneles para vigilar las filtraciones. Podría estar en cualquier parte.

—No en cualquier parte —corrigió Lucas, cojeando hacia mí. El dolor se dibujaba en las comisuras de sus labios, tensas como cuerdas de violín—. Buscará el punto más frío. Donde la temperatura sea constante.

Asentí, obligando a mis pulmones a aceptar el aire viciado. Olía a humedad rancia, a moho antiguo y a algo más. Algo químico. Agudo.

Avancé. Mis botas militares, caladas hasta el calcetín, producían un ruido sordo y pegajoso sobre el suelo empapado. La linterna era mi única defensa contra la oscuridad absoluta que nos engullía. Cada pocos metros, tuberías oxidadas cruzaban el techo bajo como venas varicosas de un gigante dormido.

Mi mente, entrenada para diseccionar escenas del crimen, empezó a catalogar el entorno. No había polvo. El suelo estaba limpio en el centro, barrido recientemente. Alguien había pasado por aquí, arrastrando algo pesado que había dejado un surco sutil en el limo acumulado.

—¡Mirad el suelo! —indiqué, bajando el haz de luz.

Dos líneas paralelas surcaban la suciedad, perdiéndose en el manto de penumbra que se extendía al frente.

—Huellas de arrastre —dictaminó Lucas, desenfundando su radio inútil por puro instinto policial antes de guardarla con un gesto de frustración—. Recientes. El agua aún no las ha borrado.

—¡Marc! —la palabra se escapó de la garganta de Soler, cargada de un temor que sonó demasiado genuino.

—Doctor, manténgase detrás de mí —ordené, sin mirarlo. La desconfianza era un animal que arañaba mi nuca. Soler conocía este lugar demasiado bien, y su insistencia en acompañarnos rozaba lo patológico—. Lucas, cubres la retaguardia. Si no puedes caminar, dímelo ahora. No puedo cargarte.

—Puedo correr si hace falta —mintió. Sabía que era mentira, él sabía que yo lo sabía, pero en ese infierno de cemento, las mentiras piadosas eran el único combustible que nos quedaba.

Nos adentramos más en la galería. La temperatura descendía con cada paso. No era el frío cortante del viento exterior, sino una gélida quietud que penetraba hasta la médula ósea, ralentizando el pulso. Mi aliento formaba nubes efímeras ante la luz.

De pronto, lo olí.

Me detuve en seco, alzando la mano izquierda para detener a los hombres.

—¿Qué pasa? —susurró Arnald, casi chocando contra la espalda de Lucas.

Inspiré por la nariz, buscando confirmar la señal de alarma que mi cerebro reptiliano acababa de enviar. Allí estaba. Debajo del hedor a agua estancada y óxido. Una fragancia limpia, quirúrgica, que no pertenecía a este lugar olvidado por Dios.

Menta. Y desinfectante industrial.

El aroma de la muerte preservada.

—Está aquí —dije, y mi voz me sonó extraña y distante—. El Escultor está aquí.

La tensión en el túnel se disparó. Lucas tensó los hombros, olvidando momentáneamente su pierna herida. Soler se llevó una

mano a la boca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el médico, con los ojos desorbitados.

—Porque huele a quirófano —respondí, reanudando la marcha, esta vez con el arma alzada y el dedo acariciando el guardamonte.

El túnel desembocó en una sala más amplia, una cámara de válvulas donde el techo se elevaba varios metros. En el centro, una inmensa tubería de acero descendía verticalmente, perdiéndose en el suelo. El rugido del agua a presión circulando por el interior del conducto era una vibración grave que se sentía en las muelas más que oírse.

Pero no fue la maquinaria lo que detuvo mi corazón durante un latido.

Al fondo de la sala, iluminado por un foco de obra conectado a un generador portátil que zumbaba suavemente, había una puesta en escena.

No era Marc.

Era un maniquí de costura, de esos antiguos, sin cabeza, con el torso de tela beige manchado. Estaba colocado sobre un pedestal de hielo tallado a mano. El bloque era traslúcido, perfecto, sin una sola burbuja de aire en su interior. Una obra de ingeniería térmica imposible en estas condiciones rudimentarias.

Sobre el torso del maniquí, clavada con un bisturí, había una fotografía polaroid.

Me acerqué, sintiendo cómo la gravedad parecía aumentar, tirando de mis extremidades hacia el suelo. Lucas cojeó hasta mi lado, su respiración convertida en un silbido doloroso.

La luz de mi linterna iluminó la foto.

Era yo.

Una foto tomada desde la distancia, a través de una ventana. Estaba en mi apartamento de la ciudad, sentada frente a la mesa llena de

expedientes, con la cabeza entre las manos. La fecha escrita con rotulador negro en el borde blanco inferior rezaba: *Tres días antes de venir*.

—Te estaba esperando —susurró Lucas. La comprensión en su tono era devastadora—. Elena, esto no es por Marc. Marc es el cebo.

—La presa... —la voz de Arnald tembló—. Él no busca esconder nada. Está exhibiendo.

Me acerqué más al pedestal de hielo. El frío que emanaba me mordió la cara. Dentro del bloque congelado, suspendido como un insecto en ámbar, había algo. No era agua pura.

Acerqué la linterna al hielo.

En el centro del bloque, perfectamente conservado, había un reloj de pulsera. Un Rolex Submariner con la correa desabrochada.

—Es de Marc —dijo Arnald, ahogando un grito—. Se lo regalé cuando terminó la residencia.

El reloj marcaba las 03:55.

Miré mi propia muñeca, el viejo reloj de mi padre. Las agujas marcaban las 03:50.

Faltaban cinco minutos.

—Es una cuenta atrás —dije, y el pánico, frío y afilado, intentó tomar el control de mis manos—. No es la hora de la muerte. Es la hora de la función.

Un sonido metálico, estridente y rítmico, comenzó a resonar desde el túnel opuesto, el que se adentraba aún más en la oscuridad de la presa.

Clang. Clang. Clang.

Alguien golpeaba una barandilla de metal con una herramienta. El ritmo era lento, deliberado. Una invitación.

—Bienvenida, Elena —una voz distorsionada por el eco, carente de humanidad, rebotó en las paredes de hormigón, llegando desde todas partes y de ninguna—. El lienzo está preparado.

Lucas se interpuso entre la oscuridad y yo, alzando su linterna temblorosa.

—¡Policía! —gritó, pero su voz se quebró—. ¡Salga con las manos en alto!

Solo obtuvimos una risa suave, seca, como hojas muertas arrastradas por el viento.

—La belleza requiere sacrificio, agente Riera —respondió la voz, ahora más cerca, proviniendo de las sombras tras la inmensa tubería —. Y el frío... el frío es el único que nunca miente.

El zumbido del generador se detuvo de golpe. El foco de obra se apagó.

La oscuridad cayó sobre nosotros como una losa de granito, absoluta y total, solo rota por el haz tembloroso de mi linterna que ahora apuntaba a la nada. Y en esa negrura, el olor a menta se hizo insoportablemente fuerte, justo detrás de mí.

CAPÍTULO 43: EL DESPERTAR DEL FRÍO

El aire dentro de la cámara subterránea no tenía nada que ver con la tormenta que rugía en la superficie. Si afuera la «Bestia Blanca» era un caos de viento y nieve, aquí abajo reinaba un silencio antinatural, solo roto por el zumbido rítmico de los generadores.

Elena Vives cruzó el umbral de metal reforzado. El cambio de presión le taponó los oídos momentáneamente. Sus dedos buscaron por instinto la esfera del reloj de su padre en la muñeca, un ancla táctil contra la irrealidad que se desplegaba ante sus ojos verdes. No era un sótano cualquiera. Las paredes estaban recubiertas de paneles aislantes blancos, inmaculados, reflejando una luz azulada que emanaba del centro de la estancia.

—Dime que no estoy viendo lo que creo que veo —murmuró Lucas Riera a su espalda.

La voz del policía sonó rasgada, cargada de una fatiga que iba más allá del dolor físico de su pierna derecha. Elena escuchó el arrastrar característico de su bota contra el suelo de linóleo clínico; la cojera se había acentuado con la humedad y el esfuerzo del descenso.

—No mires el suelo, Lucas —advirtió ella, su propia voz carente de inflexión, en modo puramente analítico—. Mira hacia arriba.

El «Taller del Escultor» no estaba diseñado para esconder cadáveres, sino para exhibirlos.

En el centro de la sala, dominando el espacio como un altar pagano, se alzaba un cilindro de cristal reforzado de dos metros de altura. Estaba conectado a gruesas mangueras que bombeaban un líquido viscoso y transparente, manteniendo una temperatura que Elena podía sentir en la piel incluso a varios pasos de distancia. Un frío químico, absoluto.

Dentro del tanque flotaba la figura.

Elena se acercó, obligando a sus piernas a ignorar el instinto de huida. La cicatriz de media luna en su palma izquierda le pulsaba, un recordatorio fantasma de viejas heridas, pero su mente de perfiladora tomaba el control. No había descomposición. No había lividez. La preservación era tan perfecta que resultaba obscena.

Era una chica joven. Apenas una adolescente. Su cabello rubio ceniza flotaba alrededor de su cabeza como un halo ingrávido, y sus ojos estaban cerrados con una serenidad perturbadora. Llevaba un vestido blanco de encaje antiguo, impoluto.

—La técnica es... diferente —susurró Elena, acercándose al cristal. Su aliento no empañó la superficie; el sistema de ventilación absorbía cualquier humedad—. No es criogenización estándar. Es una suspensión química. La ha vitrificado.

Lucas se situó a su lado. El hombre grande, de hombros anchos y manos callosas acostumbradas a lidiar con borrachos y turistas perdidos, parecía encogerse ante la visión. Su rostro, marcado por el cansancio y la sombra de una barba de tres días, palideció bajo la iluminación cianótica.

—No puede ser —el susurro de Lucas fue un hilo de voz estrangulado.

Elena se giró hacia él. Detectó el temblor en las manos del policía, la forma en que su mandíbula se tensaba para contener una arcada.

—¿La conoces? —preguntó ella. No era una acusación, sino una necesidad de datos.

Lucas se apoyó pesadamente en una mesa de metal cercana, llena de instrumentos quirúrgicos alineados con una precisión milimétrica. El olor a menta y antiséptico, la firma olfativa que habían rastreado hasta allí, era abrumador en ese rincón.

—Es Julia —dijo él, y el nombre salió cargado de un dolor antiguo—. La hija de Arnald.

Elena volvió la vista al tanque. La pieza encajaba con un chasquido mental ensordecedor. La obsesión por la pureza. El rechazo a la corrupción de la carne.

—Desapareció hace quince años —continuó Lucas, con la mirada fija en el rostro suspendido de la chica—. Se dijo que se había fugado con un novio a la costa. Arnald... él interpretó el papel del padre devastado. Organizó batidas. Lloró en mi oficina.

Elena observó los rasgos de la chica. Tenía la misma estructura ósea que el doctor Soler, esa belleza aristocrática y fría. Pero donde Arnald tenía una mirada de hielo, esta niña conservaba una inocencia eterna, congelada en el tiempo.

—No se fugó —dedujo Elena, su mente trabajando a toda velocidad —. Él no podía permitir que creciera. Que cambiara.

—Tenía dieciséis años —Lucas se pasó una mano por el cabello negro, donde las canas prematuras brillaban bajo la luz artificial—. Era la viva imagen de la bondad en este valle. Arnald siempre decía que el mundo no la merecía. Que la vida acabaría manchándola.

—Y decidió salvarla —concluyó ella, sintiendo una náusea gélida en el estómago—. Preservarla antes de que el tiempo pudiera tocarla. Esta es su «Obra Maestra», Lucas. Todo lo demás... las otras víctimas... fueron ensayos. Pruebas para perfeccionar la fórmula que la mantendría así para siempre.

Elena rodeó el tanque lentamente. En la base del cilindro, una placa de metal grabada rezaba una sola palabra en latín: *AETERNITAS*.

La perfiladora comprendió entonces la magnitud del monstruo al que se enfrentaban. Arnald Soler no mataba por sadismo, ni por una pulsión sexual convencional. Mataba para detener el reloj. Su psicopatía era una rebelión contra la mortalidad misma, un intento desesperado y sangriento de congelar un momento de perfección percibida.

—Si ella está aquí... —Lucas se enderezó, su mano descendiendo hacia la funda de su arma, aunque el gesto parecía inútil contra el horror que tenían delante—, significa que él nunca se fue. Que ha estado bajando aquí cada día, durante quince años, a mirarla.

—A cuidarla —corrigió Elena. Señaló los monitores que parpadeaban con lecturas constantes—. El mantenimiento de este equipo requiere atención diaria. Es un santuario, Lucas. Y nosotros lo hemos profanado.

Un sonido metálico, pesado y seco, resonó desde la entrada de la cámara, detrás de ellos. No fue el viento. Fue el mecanismo de cierre de la puerta de seguridad.

El zumbido de los generadores cambió de tono, volviéndose más agudo, más urgente.

Elena y Lucas se giraron al unísono. La figura que se recortaba en la entrada no llevaba máscara. No la necesitaba aquí abajo, en su dominio. Arnald Soler los observaba con esos ojos azul hielo que ahora parecían reflejar el mismo vacío que el tanque de su hija. Llevaba un delantal de goma sobre su ropa impecable, y el olor a menta pareció intensificarse, inundando la estancia hasta hacer difícil respirar.

—Julia tiene el sueño ligero —dijo el doctor, con una voz suave, paternal, que heló la sangre de Elena más que cualquier amenaza a gritos—. Y no nos gustan las visitas sin invitación.

Lucas desenfundó, pero su movimiento fue lento, torpe por el dolor de la pierna y el peso de la verdad que acababa de descubrir. Arnald ni siquiera parpadeó. Sostenía en su mano derecha un dispositivo

remoto, un pequeño control con un solo botón rojo que pulsaba rítmicamente.

—La belleza es frágil, agente Riera —continuó Arnald, dando un paso hacia dentro mientras la puerta terminaba de sellarse a sus espaldas con un siseo hidráulico—. Requiere sacrificios para mantenerse intacta.

Elena miró el tanque, luego al padre, y finalmente al control en su mano. Comprendió la amenaza implícita. No iba a matarlos directamente. Iba a incorporarlos a la colección, o peor, iba a destruir el santuario con ellos dentro para proteger su secreto.

—No es amor, Arnald —dijo Elena, dando un paso al frente, interponiéndose entre el arma de Lucas y el doctor. Necesitaba tiempo, necesitaba que él hablara—. Es taxidermia. La has convertido en un objeto.

—La he convertido en eterna, querida Elena. Y ahora, vosotros seréis los testigos de su inmortalidad... o los cimientos de su nuevo templo.

CAPÍTULO 44: HORIZONTE DE ESCARCHA

El eco metálico del cerrojo al deslizarse fue definitivo, un sonido seco que decapitó cualquier esperanza de retorno inmediato. Lucas Riera embistió la puerta con el hombro, un golpe sordo que apenas hizo vibrar la hoja de acero reforzado. El jefe de policía soltó un gruñido, mezcla de dolor y frustración, mientras la vibración del impacto recorría su brazo hasta el cuello.

—Está sellada —dijo, la voz ronca rebotando en las paredes de hormigón desnudo—. Hidráulica. Arnald nos ha guiado exactamente a donde quería.

Elena Vives no respondió de inmediato. Su atención estaba secuestrada por la atmósfera opresiva del pasillo de mantenimiento. El aire allí abajo no solo era frío; tenía una densidad mineral, cargada de humedad estancada y electricidad estática. Las luces de emergencia parpadeaban con un ritmo arrítmico, proyectando sombras que parecían estirarse como dedos deformes sobre las tuberías oxidadas que corrían por el techo.

La ex-perfiladora cerró los ojos un instante, luchando contra la presión que empezaba a acumularse en su pecho. Las paredes parecían inclinarse hacia adentro. *No es el lugar, es tu mente. Clasifica. Analiza.* Abrió los párpados, revelando el verde musgo de sus iris, ahora oscurecidos por la penumbra.

—No nos ha encerrado para dejarnos morir de hambre, Lucas —susurró ella, obligando a su respiración a mantener un compás lento

—. Si quisiera matarnos, ya lo habría hecho arriba. Esto es una antesala. Quiere que veamos algo antes de la función final.

Lucas se apartó de la puerta, cojeando visiblemente. La humedad del túnel se estaba filtrando en sus articulaciones, y su rodilla derecha, esa vieja enemiga que predecía tormentas, ahora aullaba con cada paso.

—¿Ver qué? —preguntó él, alumbrando con su linterna hacia la profundidad del corredor—. Solo veo óxido y cemento. Estamos bajo el nivel del lago, Elena. Millones de litros de agua empujando sobre nuestras cabezas.

—El proceso —respondió ella, avanzando hacia la oscuridad—. Un narcisista de su calibre necesita testigos que comprendan su «genialidad». No le basta con el acto; necesita la crítica.

Caminaron en fila india. El suelo era una rejilla metálica sobre un vacío insondable donde se escuchaba el goteo constante de filtraciones lejanas. El rugido de las turbinas era una vibración de fondo, un latido tectónico que se sentía en los dientes más que en los oídos.

A unos cincuenta metros, el pasillo se ensanchaba. No era una salida, sino un antiguo almacén de repuestos, una cavidad excavada en la roca viva y revestida de ladrillo industrial. Pero algo desentonaba violentamente con la decrepitud del entorno.

En el centro de la estancia, iluminado por una luz blanca, casi quirúrgica, que provenía de lámparas halógenas portátiles, había un espacio de trabajo inmaculado.

Elena se detuvo en seco. El olor la golpeó antes que la imagen. No olía a grasa de motor ni a moho. Olía a menta piperita y soluciones antisépticas. Un aroma limpio, cortante, que hería las fosas nasales.

—Dios santo —murmuró Lucas, bajando el haz de luz.

Habían encontrado el taller del Escultor.

No había cadáveres, pero la muerte estaba presente en cada detalle. Una mesa de acero inoxidable, pulida hasta el espejo, dominaba el centro. Sobre ella, alineados con una precisión geométrica obsesiva, descansaban instrumentos que no pertenecían a una presa hidroeléctrica: bisturís, separadores, cánulas de drenaje y rollos de vendaje térmico.

Elena se acercó, sus manos enguantadas flotando sobre los objetos sin tocarlos. Su mente comenzó a reconstruir los movimientos de Arnald. *Orden. Control. Simetría.*

—Mira esto —dijo Lucas, señalando un panel de corcho en la pared del fondo.

Estaba cubierto de bocetos. No eran garabatos de un loco, sino dibujos anatómicos de una calidad técnica soberbia, realizados a carboncillo. Representaban posturas, ángulos de reposo, expresiones faciales de serenidad absoluta. Elena reconoció los rostros. Eran las víctimas de los últimos diez años. Pero en los dibujos no parecían muertas; parecían dormidas, eternas, liberadas del deterioro del tiempo.

En el centro del panel, el boceto más grande y detallado mostraba a Julia. Debajo, una anotación en caligrafía cursiva, elegante y antigua: *La Pietà del Hielo. Opus Magnum.*

—No son asesinatos para él —dijo Elena, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente. Se frotó la cicatriz de la palma izquierda con el pulgar, un tic nervioso que delataba su agitación—. Es curaduría. Arnald cree que está rescatando la belleza de la corrupción biológica.

Lucas se acercó a un escritorio lateral donde reposaba un grueso cuaderno encuadernado en piel. Lo abrió con cautela. Sus manos grandes y callosas parecían torpes frente a la delicadeza del papel.

—Es un diario —leyó Lucas, entrecerrando los ojos bajo la luz cruda —. Hay fórmulas químicas. Mezclas de refrigerantes... Tiempos de congelación. Habla de «cristalización celular sin ruptura».

—Está perfeccionando la técnica —Elena se situó a su lado, leyendo por encima de su hombro—. Las primeras víctimas fueron ensayos. Errores. Por eso las abandonaba cuando el hielo quemaba la piel o deformaba los rasgos. Pero con Julia... cree que lo ha conseguido.

—«El sujeto debe estar vivo para la transición» —leyó Lucas en voz alta, y la frase quedó suspendida en el aire gélido como una sentencia—. «El miedo conserva la expresión. La adrenalina actúa como fijador antes del frío».

Lucas cerró el libro de golpe, un estallido seco que resonó como un disparo.

—Está viva, Elena. La tiene preparada para la... «transición».

—La sala de turbinas —dedujo Elena, girándose hacia la única otra puerta de la estancia, una compuerta pesada con una rueda de apertura—. Necesita energía masiva para los sistemas de enfriamiento industrial. Ha conectado su equipo a la red principal de la presa.

Elena caminó hacia la compuerta. Podía sentir la vibración al otro lado, mucho más fuerte ahora. Era el corazón de la bestia, el lugar donde la fuerza bruta del agua se convertía en electricidad. Arnald Soler los esperaba allí.

Se ajustó el reloj de su padre en la muñeca, comprobando la hora por puro hábito, buscando un ancla de realidad. Las agujas avanzaban inexorables.

—Lucas —dijo ella sin volverse—, cuando crucemos esta puerta, no habrá negociación. Él no ve personas, ve materia prima. Si intentamos razonar, Julia morirá.

El policía desenfundó su arma de servicio. El metal negro parecía absorber la luz aséptica del taller. Su rostro, marcado por el cansancio y el dolor físico, se endureció hasta parecer tallado en la misma roca de la montaña.

—No voy a razonar con él —aseguró Lucas.

Elena agarró la rueda de la compuerta. El metal estaba helado, mordiendo su piel a través de la tela. Hizo fuerza. El mecanismo gimió, una protesta de óxido y falta de uso, pero cedió. Giró la rueda una vuelta, dos. El sello hermético se rompió con un siseo de aire presurizado.

El sonido que entró fue ensordecedor. El estrépito mecánico de los generadores ahogó cualquier otro ruido. Elena empujó la puerta y la luz ámbar de la sala de máquinas se derramó sobre ellos, bañando el taller inmaculado con un tono enfermizo.

Dieron un paso hacia el umbral, dejando atrás la teoría, los bocetos y la locura ordenada, para entrar en el caos.

CAPÍTULO 45: EL ABISMO DE NIEVE

El hormigón de la presa de Cavallers no estaba simplemente frío; exhalaba una helor mineral, antigua, como el aliento de una bestia hibernando. Elena Vives descendió el siguiente tramo de escaleras metálicas, con la mano enguantada rozando la barandilla oxidada. El metal vibraba bajo sus dedos, una resonancia grave y constante que nacía en las entrañas de la estructura, donde las turbinas batallaban contra la presión de millones de litros de agua.

Detrás de ella, el paso de Lucas Riera era irregular. El arrastrar de su bota derecha contra el enrejado del suelo rompía la cadencia hipnótica del zumbido eléctrico. Elena se detuvo un instante en el rellano, se giró. La luz de emergencia, un rojo agónico que parpadeaba cada cuatro segundos, bañaba el rostro del policía. Lucas tenía la piel del color de la ceniza húmeda, perlada de un sudor que no correspondía a la temperatura gélida del túnel.

—Estoy bien —gruñó él antes de que ella pudiera formular la pregunta—. Su voz era lija sobre piedra—. Sigue.

Elena asintió, aunque sus ojos de perfiladora registraron la tensión en la mandíbula de él, el modo en que sus nudillos blanqueaban al aferrar su arma reglamentaria. No le quedaba mucho tiempo. A ninguno de los dos.

Continuaron el descenso hacia la galería de inspección inferior. El aire allí abajo era denso, cargado de un olor a ozono y agua estancada que se pegaba al paladar. La arquitectura de la presa,

brutalista y opresiva, parecía diseñada para aplastar el espíritu humano. Para Elena, cada metro que bajaban era una vuelta de tuerca en su pecho. Los muros parecían estrecharse. La inmensidad del agua contenida al otro lado de la pared de hormigón pesaba sobre su nuca como una sentencia física. *Claustrofobia*, le susurró su mente, pero ella la empujó hacia un rincón oscuro de su consciencia, cerrando la puerta con llave. Ahora no.

Al final del pasillo, una puerta de acero reforzado se distinguía de las demás. No tenía el óxido ni el abandono que caracterizaba al resto de las instalaciones de mantenimiento. El cerrojo brillaba, recién engrasado, y una tira de luz blanca, clínica, se escapaba por la rendija inferior, cortando la penumbra roja del pasillo.

Elena alzó un puño, indicando alto. Lucas se pegó a la pared, ignorando el dolor que tal movimiento debió causarle en la pierna herida. Con una sincronización nacida de la necesidad desesperada, ella empujó la manija. La puerta cedió sin un chirrido.

Entraron con las armas en alto, barriendo el espacio en un arco tenso.

No había nadie. Pero lo que encontraron hizo que Elena bajara la pistola lentamente, sintiendo cómo la bilis le subía por la garganta.

No era una sala de máquinas. Era un santuario.

El espacio, originalmente destinado a almacenar repuestos de generadores, había sido transformado con una meticulosidad enferma. Las paredes de hormigón estaban cubiertas de lonas blancas, inmaculadas, creando una cámara estéril dentro del monstruo industrial. En el centro, una mesa de acero inoxidable, limpia hasta el brillo quirúrgico, sostenía una serie de instrumentos alineados por tamaño: bisturís, separadores, agujas de calibre grueso y rollos de gasa.

Pero no era el equipo médico lo que detuvo la respiración de Elena. Eran los dibujos.

Decenas de bocetos a carboncillo estaban adheridos a las lonas con cinta adhesiva. Estudios anatómicos de una precisión renacentista. Una mano relajada en la muerte. La curva de un cuello expuesto. Un ojo cerrado, con cada pestaña detallada con obsesión maniática. Todos mostraban el mismo rostro.

—Julia —susurró Lucas. El nombre salió de su boca como una oración rota.

El policía avanzó cojeando hacia la mesa de trabajo lateral, donde un ordenador portátil descansaba junto a una grabadora de voz digital y varios cuadernos de cuero negro.

Elena se acercó a los dibujos. La técnica era soberbia, pero evidenciaba una visión desalmada. Para su creador, no se trataba de una persona, sino de una composición de carne y hueso que debía ser perfeccionada. El «Escultor». El apodo cobraba ahora un sentido literal y aterrador.

—Mira esto —dijo Lucas, su voz temblando de una furia apenas contenida.

Elena se reunió con él frente a la mesa. Había un mapa topográfico de la presa extendido, con anotaciones en tinta roja marcando la sala de turbinas principal, el «Atrium». Pero lo que capturó su atención fue la grabadora. Junto a ella, un vendaje manchado de sangre seca y un frasco de analgésicos potentes vacío.

—Está herido —dedujo Elena, rozando el vendaje—. Sobrevivió al derrumbe de la cueva, pero no salió indemne.

Pulsó el botón de reproducción, y la cinta giró con un siseo suave.

«Entrada 412. El sujeto muestra signos de deterioro celular acelerado tras la última fase de enfriamiento. La imperfección de la carne es... decepcionante. La belleza es efímera solo si permitimos que la entropía gane.»

La voz de Arnald Soler llenó la habitación, calmada, culta, con esa cadencia pedagógica que Elena había escuchado tantas veces cuando él analizaba un caso con ella.

«He tenido que ajustar la mezcla de nitrógeno. El proceso debe ser absoluto. No busco la muerte, Julia. Busco la pausa. La eternidad estática.»

Hubo una pausa en la grabación, y luego un sonido metálico, como si Arnald hubiera golpeado la mesa.

«La intrusión de Vives y el policía local ha acelerado el cronograma. No entienden la obra. Solo ven el crimen, no la conservación. Tuve que abandonar el laboratorio de la casa, pero el Atrium proveerá la energía necesaria para la inmersión final. Si no puedo mantenerte en este mundo bajo mis condiciones... te llevaré al siguiente en un estado de perfección inalterable.»

Elena detuvo la grabación. El silencio regresó, más pesado que antes.

—No hablaba con nadie en el conducto de ventilación aquella vez —murmuró Elena, mientras las piezas del rompecabezas encajaban con un chasquido mental—. Se grababa a sí mismo. Documentaba su «Gran Obra». Su narcisismo es tal que necesita una audiencia, aunque sea futura.

—Está loco —escupió Lucas, golpeando la mesa con el puño sano—. La tiene ahí abajo. La va a matar.

—No —corrigió Elena. El verde musgo de sus iris se ensombreció mientras sus párpados se abrían de nuevo—. En su mente, él la está salvando. Cree que la vida biológica es una corrupción. Quiere congelarla en el momento exacto que él considera perfecto. Es peor que un asesinato, Lucas. Es la objetivación total.

Elena tomó uno de los cuadernos. Lo abrió al azar. No eran solo notas médicas; eran delirios filosóficos mezclados con cálculos de ingeniería hidráulica. Arnald había planeado esto durante meses,

quizás años. La presa no era un escondite de emergencia; era su catedral elegida desde el principio. La energía hidroeléctrica le proporcionaba la potencia masiva necesaria para sus unidades de criogenización improvisadas.

Lucas se apartó de la mesa, respirando con dificultad. Se llevó la mano al pecho, frotando sobre el esternón.

—¿Dónde está? —preguntó, mirando hacia la única otra puerta de la sala, una compuerta estanca al fondo.

Elena siguió su mirada. Esa puerta conducía más profundo. Hacia el rugido.

—En el Atrium, la sala de turbinas —respondió ella, guardando la grabadora en su bolsillo. Necesitarían la prueba si salían de esta—. Allí es donde el frío es más intenso y la energía más pura.

Revisó el cargador de su pistola. Completo. Tenía catorce balas para detener a un hombre que conocía cada rincón de su psique, un hombre que había sido su mentor y que ahora amenazaba con convertir a una niña en una estatua de hielo.

—Lucas —dijo ella, acercándose a él. Puso una mano sobre su hombro. El tejido de su abrigo estaba húmedo—. Si entramos ahí, no habrá vuelta atrás. Él conoce este lugar. Ha tenido tiempo para prepararlo.

El jefe de policía la miró. El dolor en sus ojos marrones había sido reemplazado por una determinación granítica. La lealtad, su mayor virtud y su mayor debilidad, ahora se había forjado en un arma.

Elena asintió. No había nada más que decir.

Salieron del falso santuario, dejando atrás la luz blanca y los dibujos de la niña muerta. El pasillo exterior parecía aún más oscuro en contraste. El sonido de las turbinas creció a medida que avanzaban, transformándose de un zumbido a un estruendo físico que hacía temblar los dientes.

Llegaron a una galería circular que rodeaba el pozo central de la presa. Abajo, en la oscuridad, el agua negra se agitaba. Un puente de rejilla cruzaba el vacío hacia una estructura central suspendida: la sala de control de las compuertas, la antesala del Atrium.

Elena avanzó primero, con el arma pegada al cuerpo. El aire era gélido, cortante como cuchillas de afeitar. Su respiración formaba nubes blancas que se disipaban rápidamente en la corriente de aire forzado.

A mitad del puente, algo llamó su atención. En el suelo de rejilla, una gota de sangre fresca brillaba bajo la luz tenue, roja y viscosa. Arnald había pasado por aquí hacía poco. La herida que se había curado en el santuario debía de haberse abierto por el esfuerzo. Era humano. Sangraba. Podía morir.

Ese pensamiento fue el ancla a la que Elena se aferró mientras un miedo gélido pugnaba por inmovilizar sus piernas. Arnald Soler no era un fantasma, ni un monstruo sobrenatural, ni una fuerza de la naturaleza. Era un hombre arrogante, herido y desesperado.

Llegaron al final de la pasarela. Frente a ellos se alzaba la entrada al Atrium, dos puertas colosales de metal remachado. No había cerradura electrónica, solo una rueda de apertura manual, pesada y fría.

Lucas se colocó a un lado del marco, Elena al otro. Sus miradas se encontraron por última vez. En aquel intercambio mudo se condensó todo lo que no podían expresarse con palabras: el miedo, la confianza y la certeza de que uno de los dos, o quizás ambos, no vería el amanecer.

Elena agarró la rueda con ambas manos. El metal mordió sus palmas a través de los guantes. Tiró con fuerza. El mecanismo gimió, una protesta de acero oxidado que resonó en la caverna de hormigón. Giró una vuelta. Dos.

La puerta se destrabó con un *clanc* sordo que reverberó como un disparo.

Elena empujó. La hoja de metal se abrió hacia adentro, revelando una oscuridad vasta, solo rota por el brillo azulado de los paneles de control y el vapor que se elevaba desde el suelo como niebla en un cementerio.

El frío que salió de la sala golpeó sus rostros, tan intenso que quemaba.

—Vamos —dijo Elena, y dio el primer paso hacia el final de todo.

CAPÍTULO 46: CENIZAS Y CRISTALES

El rugido de las turbinas en las entrañas de la presa de Cavallers no era un sonido, sino una vibración tectónica que ascendía por las suelas de las botas hasta castañetear en los dientes. Elena Vives se obligó a ignorar la presión de miles de toneladas de agua que se cernían sobre sus cabezas, separadas de ellos por apenas unos metros de hormigón armado. Su atención, afilada por el pánico que intentaba domar, convergía en un único punto: el cilindro de policarbonato reforzado situado en el centro de la sala de máquinas.

Dentro, suspendida en una solución viscosa y translúcida, flotaba Julia.

No parecía muerta. Parecía una ofrenda a un dios invernal. Su cabello formaba un halo estático alrededor del rostro pálido, y la iluminación azulada de los paneles de control otorgaba a su piel un brillo de porcelana antigua.

—No la toques —la voz del doctor Arnald Soler cortó el aire gélido con la precisión de un bisturí.

Lucas Riera, situado a tres pasos del médico, ajustó el agarre de su arma reglamentaria. Sus nudillos, blancos por la tensión, contrastaban con el metal oscuro. La pierna derecha del policía temblaba imperceptiblemente, el dolor fantasma de la vieja lesión despertado por la humedad agresiva del túnel, pero su postura se mantenía firme como la roca madre de la montaña.

—Apártese de la consola, Arnald —ordenó Lucas. Su tono no tenía la calidez habitual del jefe de policía local; era grava y advertencia.

El Escultor, despojado ya de su máscara de mentor afable, no se inmutó. Sus ojos azul hielo, inexpresivos y vacíos de cualquier remordimiento humano, pasaron de la pistola de Lucas al rostro de Elena. Había una pulcritud obscena en él; incluso en aquel sótano industrial, emanaba ese olor clínico a menta y antiséptico que ahora Elena reconocía como el aroma de la locura.

—Si me aparto, ella muere —dijo Arnald con una calma didáctica, como si explicara un diagnóstico rutinario—. El proceso de vitrificación es inestable. Si interrumpen el flujo del crioprotector bruscamente, el agua en sus células se expandirá. Los cristales de hielo la desgarrarán desde dentro. Será... biológicamente desastroso. Y estéticamente imperdonable.

Elena sintió una náusea ácida subir por su garganta. Miró el reloj de su padre en su muñeca izquierda. Las agujas avanzaban implacables. La tormenta exterior, la «Bestia Blanca», aullaba tan fuerte que su lamento se filtraba por los conductos de ventilación, compitiendo con las turbinas.

—Tú la pusiste ahí —el susurro de Elena fue más aterrador que un grito. Sus ojos verde musgo, habitualmente analíticos, ardían con una furia primitiva—. Tú eres quien sabe cómo sacarla. Hazlo. Ahora.

Se acercó al tanque, buscando cualquier signo de vida en el pecho de la chica. La cicatriz de media luna en su palma izquierda le picaba, una señal somática que siempre precedía al desastre.

—Elena, querida, siempre fuiste mi alumna más brillante, pero te falta visión —Arnald tecleó una secuencia en el panel. Una luz ámbar parpadeó en la base del cilindro—. No la puse ahí. La preservé. El mundo exterior es decadencia, entropía. Aquí, en el hielo, la belleza es absoluta. Eterna. ¿No buscabas tú el orden en el caos de los glaciares? Esto es el orden supremo.

—¡Descongelación, Arnald! —bramó Lucas, dando un paso al frente, arrastrando la bota pesada sobre la rejilla metálica. El eco del metal resonó como un disparo fallido.

El médico suspiró, un gesto teatral de decepción.

—Muy bien. Pero requiere precisión. Un error de grado y el choque térmico parará su corazón antes de que pueda volver a latir.

Arnald comenzó a manipular las válvulas hidráulicas. El líquido dentro del tanque empezó a burbujear, descendiendo el nivel lentamente. El olor a ozono y productos químicos se intensificó, mezclándose con la humedad rancia del subsuelo.

Elena observaba cada movimiento de las manos del doctor. Manos de cirujano. Manos de asesino. Su mente de perfiladora, que había intentado silenciar durante años bajo capas de nieve y estudio geológico, ahora trabajaba a toda potencia. *Narcisista. Control total. Se siente superior a nosotros. No va a ceder su obra maestra sin un último acto de arrogancia.*

—Lucas, no le quites los ojos de encima —advirtió ella, rodeando el tanque para situarse al otro lado, buscando una válvula de emergencia manual—. Está disfrutando de esto.

—Lo tengo, Elena. Un movimiento en falso y le vuelo la rodilla.

El líquido drenó hasta dejar a Julia expuesta al aire frío de la sala. Su cuerpo se desplomó suavemente contra el cristal curvo, inerte. La piel tenía un tinte azulado antinatural.

—Fase uno completa —anunció Arnald sin mirarlos—. Ahora, la reanimación térmica. Necesito acceso al panel secundario. Está detrás de ti, Lucas.

El policía no se movió.

—Dime qué tocar. No te vas a mover de ahí.

Arnald sonrió, una mueca fina que no llegaba a sus ojos.

—Es un sistema de seguridad biométrico, Lucas. Huella dactilar. A menos que quieras cortarme la mano, tendrás que dejarme pasar.

Lucas vaciló una fracción de segundo. Sus ojos buscaron a Elena. Ella asintió levemente, con el estómago convertido en un nudo de alambre. No tenían opción. La vida de Julia pendía de la vanidad técnica de un monstruo.

—Despacio —gruñó Lucas, pivotando sobre su pierna sana para abrirle paso, pero manteniendo el cañón de la pistola pegado a las costillas del médico.

Arnald avanzó. Al pasar junto a Lucas, el edificio entero se estremeció.

No fue una metáfora. Una sacudida violenta recorrió la estructura de hormigón. Las luces de la sala parpadearon y se apagaron durante dos segundos eternos antes de que los generadores de emergencia se activaran, bañando la estancia en una luz roja de pesadilla.

—La red eléctrica ha caído —dijo Elena, su voz temblando por primera vez. La claustrofobia, esa vieja enemiga, arañó las paredes de su mente. La oscuridad, el peso de la montaña, el encierro...—. La tormenta ha cortado la línea principal.

—Los sistemas de soporte vital fallarán en tres minutos —informó Arnald, su voz extrañamente animada por el caos—. Si no estabilizamos la temperatura manualmente, morirá.

Aprovechando la distracción del apagón y el cambio de luz, Arnald actuó. No fue hacia el panel biométrico. Con un movimiento fluido, impropio de su edad, giró sobre sus talones y golpeó con el codo la rodilla mala de Lucas.

El crujido fue audible. Lucas bramó de dolor y su pierna derecha cedió bajo su peso, haciéndolo caer de rodillas. El disparo salió desviado, impactando contra una tubería de vapor que estalló con un silbido ensordecedor, llenando el espacio entre ellos de una niebla blanca y abrasadora.

—¡Lucas! —gritó Elena, lanzándose hacia adelante.

Arnald ya no estaba junto al panel. Se había fundido con la nube de vapor, una sombra moviéndose con propósito.

—¡El tanque, Elena! —gritó Lucas desde el suelo, luchando por ponerse en pie mientras se aferraba a su pierna—. ¡Olvídame a mí, salva a la chica!

Elena se detuvo en seco, dividida entre el instinto de ayudar a su compañero y la necesidad de proteger a la víctima. A través de la niebla, vio la silueta de Arnald manipulando una palanca roja junto a la salida de emergencia.

—La belleza es efímera si no se cuida, Elena —la voz del doctor llegó distorsionada por el estruendo del vapor—. Pero la tragedia... la tragedia dura para siempre.

Tiró de la palanca.

Un sonido mecánico, pesado y final, resonó en la sala. Las compuertas de seguridad del túnel comenzaron a descender. No solo estaba escapando; los estaba encerrando. Y peor aún, había activado el protocolo de purga del tanque.

El cilindro donde yacía Julia comenzó a vibrar. No se estaba calentando. Se estaba enfriando de nuevo, rápido, buscando el cero absoluto.

Elena corrió hacia la consola, sus manos volando sobre los controles que apenas entendía, guiada solo por la lógica desesperada y los manuales técnicos que había devorado noches atrás.

—¡Lucas, la puerta! —gritó ella sin mirar atrás—. ¡Si se cierra, nos quedamos sin oxígeno!

Lucas, con el rostro perlado de sudor por el dolor agónico, se arrastró. No podía caminar, pero podía disparar. Apuntó a la caja de control hidráulico que regulaba la compuerta descendente. Sus

manos grandes y callosas, habitualmente firmes, temblaban por el esfuerzo de mantener la consciencia.

Un tiro. Solo tengo un tiro antes de que el vapor me ciegue.

El fragor de la presa parecía reírse de ellos. Elena luchaba contra la máquina; Lucas luchaba contra su propio cuerpo. Y Arnald Soler, el Escultor, desaparecía en la oscuridad de los túneles de servicio, dejando atrás su obra maestra rota.

Elena giró una válvula, quemándose la palma de la mano con el metal helado. El indicador de temperatura de Julia se detuvo en la zona crítica.

—¡Aguanta, niña! —le rogó al cuerpo inerte—. ¡No te atrevas a rendirte ahora!

El disparo de Lucas tronó en la sala, un sonido seco que pareció detener el tiempo.

CAPÍTULO 47: EL MURMULLO DEL GLACIAR

Presa de Cavallers, Vall de Boí 26 de diciembre de 2018 04:32 h

El sonido no se escuchaba; se sentía en la médula ósea. Un rugido de tono bajo, una vibración tectónica que nacía en las entrañas de la montaña y ascendía por el hormigón hasta sacudir los dientes de Elena Vives.

Estaba en el Atrium.

No era una catedral, sino el vientre de una bestia de ingeniería. La pasarela metálica bajo sus botas vibraba con la furia de miles de litros de agua presionando contra las compuertas. Elena alzó la linterna táctica, cuyo haz de luz cortó la oscuridad absoluta como un bisturí en una herida infectada. El aire olía a humedad antigua, a limo y a esa electricidad estática que precede a las tragedias.

—¿Lucas? —Su voz se quebró, insignificante ante el estruendo de la maquinaria hidráulica.

Apuntó hacia abajo. El abismo se abría a sus pies, una caída de quince metros hacia la Cámara de Válvulas.

Allí estaba.

La visión le golpeó el pecho con la fuerza de un martillo físico. Lucas Riera no era más que una mancha oscura luchando contra una marea negra que subía implacable. El agua le llegaba al cuello. Su rostro, bañado por el círculo de luz de Elena, tenía el color de la cera vieja. No nadaba; flotaba con la torpeza de quien ha perdido la batalla contra el frío.

—¡Lucas! —gritó de nuevo, esta vez desgarrándose la garganta.

Él alzó la cabeza. El movimiento fue lento, agónico, como si el aire pesara tanto como el agua. Sus ojos, normalmente cálidos y oscuros, eran dos pozos de confusión vidriosa. La hipotermia ya no era una amenaza; era una sentencia que se estaba ejecutando.

Elena barrió el perímetro con la linterna, buscando una escalera, un panel de control, cualquier cosa que no fuera acero oxidado y paredes verticales. La luz iluminó una silueta en el extremo opuesto de la pasarela, a apenas diez metros de ella.

Se detuvo. El corazón de Elena, que hasta ese momento galopaba desbocado, se saltó un latido y luego se detuvo en una suspensión gélida.

El Escultor.

Estaba allí, de pie, con la inmovilidad de una estatua griega. No llevaba máscara, pero las sombras esculpían sus facciones de modo que solo se intuía una mandíbula tensa y el brillo especular de unos ojos azul hielo. Vestía un abrigo de lana gris, impoluto, una anomalía de elegancia en aquel infierno industrial.

Elena alzó su arma de servicio. El peso del acero en su mano derecha fue lo único que la ancló a la realidad.

—¡Aléjate de los controles! —ordenó. Su entrenamiento policial intentó tomar el mando, pero sus manos temblaban, no por miedo, sino por la furia que le quemaba la sangre.

El hombre no se inmutó. No levantó las manos. Ni siquiera parpadeó. Simplemente inclinó la cabeza hacia un lado, observándola con la curiosidad clínica de un entomólogo que estudia a un insecto atrapado en ámbar.

—La belleza requiere sacrificio, agente Vives —su voz llegó clara, proyectada con una dicción perfecta que atravesó el ruido ambiente —. El frío conserva. El agua purifica. Él está a punto de convertirse en algo eterno.

—¡Cierra la maldita válvula!

—La elección es tuya —señaló el abismo con un gesto mínimo de su mano enguantada—. Puedes perseguirme. Tengo la llave de salida. O puedes intentar sacarlo antes de que el nivel alcance el techo. Tienes... —miró un reloj imaginario en su muñeca— menos de tres minutos antes de la inmersión total.

El agua abajo rugió, subiendo un palmo más. Lucas tosió, un sonido húmedo y lastimero que reptó por las paredes del silo.

Elena miró al hombre. Tenía el tiro limpio. Podía acabar con la pesadilla que había asolado el valle. Podía vengar a las chicas congeladas. Pero si disparaba, si corría hacia él para quitarle la llave, Lucas moriría ahogado en la oscuridad.

El Escultor lo sabía. Era su obra maestra: no un cadáver en hielo, sino la culpa viva de Elena.

—Hijo de puta —susurró ella.

Guardó la pistola en la funda con un movimiento brusco, aceptando la derrota moral para ganar la batalla vital. El Escultor le dedicó una última mirada, una mezcla de decepción y respeto, y se giró, desapareciendo por una puerta de servicio que se cerró tras él con un *clic* metálico definitivo.

Elena corrió hacia la barandilla.

—¡Aguanta! —bramó hacia el pozo.

Localizó una escala de mantenimiento, una estructura de barras de hierro incrustadas en el hormigón, resbaladiza por el moho de décadas. No lo pensó. Se lanzó al vacío, aferrándose a los peldaños con una desesperación que ignoraba el dolor.

El metal frío mordió la cicatriz de media luna en su palma izquierda, enviando un latigazo de dolor hasta su codo. Lo ignoró. Bajó saltando de tres en tres, con las botas resbalando en el verdín. La humedad se le pegaba a la ropa, pesada y asfixiante.

Cuando llegó al nivel del agua, el frío la golpeó como una bofetada física. No era solo agua helada; era dolor líquido, mil agujas clavándose simultáneamente en cada poro de su piel.

Se soltó de la escalera y se sumergió hasta el pecho. El impacto le robó el aire de los pulmones. Jadeó, buscando oxígeno, y el sabor a aceite y metal le llenó la boca.

—¡Lucas!

Él estaba a unos metros, aferrado a una tubería vertical, con la barbilla apenas por encima de la superficie negra. Sus labios eran una línea azulada, temblorosa.

—E-Elena... —El nombre salió como un suspiro roto.

Ella nadó hacia él. La ropa mojada pesaba toneladas, arrastrándola hacia el fondo, pero la adrenalina era un motor potente. Llegó a su lado y le pasó el brazo por debajo de las axilas.

El contacto fue aterrador. Lucas estaba ardiendo de fiebre o tan frío que su piel quemaba; su cerebro no lograba distinguir la diferencia térmica.

—Te tengo. Te tengo, ¿me oyes? No te atrevas a cerrar los ojos.

—La pierna... —murmuró él, con la cabeza cayendo sobre el hombro de ella—. Atascada...

Elena se sumergió. El agua turbia era impenetrable para la vista, así que tuvo que usar el tacto. Sus dedos recorrieron el muslo de Lucas, sintiendo la tela del uniforme empapada, hasta llegar a la espinilla. Su pie estaba encajado entre dos rejillas del suelo de la cámara.

El agua seguía subiendo. Ya rozaba la barbilla de Elena.

—Voy a empujar —dijo ella, emergiendo y escupiendo agua—. A la de tres. Tienes que tirar hacia arriba. ¡Lucas! ¡Mírame!

Él abrió los ojos. Había rendición en ellos. Esa calma estúpida y mortal que precede al final.

—No... vete. No llegas...

—¡Cállate! —le gritó, y le dio una bofetada. El sonido fue nítido, brutal. La cabeza de Lucas se sacudió y algo de vida volvió a su mirada, aunque fuera ira—. ¡No vas a dejarme sola con esto! ¡Uno!

Elena se hundió de nuevo.

Apoyó los pies en la rejilla, buscó un punto de apoyo y agarró el tobillo de Lucas con ambas manos.

—¡Dos!

Tiró. Tiró con todo lo que tenía, con la rabia del caso fallido de hacía años, con el miedo a perder a la única persona que la anclaba al mundo, con la fuerza bruta de la supervivencia.

—¡TRES!

Sintió cómo la bota de Lucas se liberaba con un crujido sordo. Quizá le había roto algo, pero estaba libre.

Salieron a la superficie boqueando, tosiendo agua y bilis. El nivel ya cubría la rejilla de ventilación inferior. Quedaba poco aire respirable antes de que la cámara se sellara con líquido.

—La escalera... —jadeó Elena, arrastrando a Lucas hacia la pared.

Él intentó ayudar, pataleando débilmente, pero su pierna derecha era peso muerto. Elena tuvo que cargarlo casi por completo. Cada brazada era una tortura; sus músculos ardían por el ácido láctico y el frío empezaba a entumecer sus dedos.

Llegaron a los peldaños de hierro.

—Sube. Tienes que subir.

—No puedo... las manos... no las siento.

Elena se colocó detrás de él. Empujó su trasero, obligándolo a agarrar el primer peldaño.

—Sube o te disparo yo misma en el culo, Riera. ¡Muévete!

Lucas soltó un gruñido gutural y comenzó el ascenso. Era lento, penoso. Elena subía pegada a él, usando su propia cabeza y hombros para sostenerlo si resbalaba. Un paso. Otro. El sonido del agua llenando el vacío bajo ellos se transformó en un borboteo hambriento, lamiendo las suelas de sus botas.

Quince metros. Una eternidad vertical.

Cuando la mano de Lucas tocó el borde de la pasarela superior, sus fuerzas colapsaron. Resbaló.

Elena reaccionó por puro instinto. Soltó una mano de la escalera, quedando colgada solo por la derecha, y agarró el cinturón de Lucas en el aire. El tirón casi le disloca el hombro. Gritó, un alarido que rebotó en la cúpula de hormigón, pero no lo soltó.

Sus dedos resbalaban en el cuero mojado.

—¡Arriba! —chilló, y con un último esfuerzo titánico, impulsado por el terror absoluto, izó a Lucas lo suficiente para que él pudiera echar el torso sobre la rejilla metálica.

Él rodó hacia la seguridad de la pasarela, tosiendo violentamente. Elena trepó tras él y se derrumbó sobre el metal frío, temblando incontrolablemente.

Durante un minuto, solo existió el sonido de sus respiraciones rasgadas y el rugido del agua abajo, que finalmente alcanzó el nivel de la pasarela inferior, engulléndola por completo. Si hubieran tardado treinta segundos más, estarían muertos.

Elena se obligó a incorporarse. El mundo daba vueltas. Se arrastró hasta Lucas.

Estaba ovillado en posición fetal, tiritando con espasmos violentos. Elena le tocó la cara. Estaba gélido. Necesitaba calor urgente, o su corazón entraría en fibrilación.

—Lucas... —Le quitó la chaqueta empapada con manos torpes. Él no opuso resistencia—. Tenemos que movernos.

—Se ha ido... —murmuró él, con los dientes castañeando—. Lo vi... arriba.

—Lo sé. —Elena miró hacia la puerta por la que había desaparecido el Escultor. Estaba cerrada—. Lo sé.

Se quitó su propia parka, que aunque húmeda por fuera, conservaba algo de calor corporal en el forro interior, y se la echó por encima a él. Luego sacó la navaja multiusos y cortó la pernera del pantalón de Lucas.

El tobillo estaba hinchado, morado y deforme. Probablemente roto. Pero eso era problema para después. Ahora, el problema era la hipotermia y el asesino suelto.

Elena se puso en pie, tambaleándose. Recogió su pistola del suelo, donde se le había caído al derrumbarse. Verificó la recámara. Seca. Lista.

Caminó hacia la puerta de salida. Agarró el pomo.

Giró.

Bloqueada.

Por supuesto.

Golpeó el metal con la culata del arma, frustrada. El sonido fue hueco, burlón.

—Elena... —la voz de Lucas era más fuerte ahora, el miedo le daba claridad—. Mira eso.

Señaló hacia la pared junto a la puerta.

Elena enfocó la linterna.

Había algo pegado al hormigón con cinta adhesiva industrial. Un sobre de plástico transparente, sellado herméticamente. Dentro, una hoja de papel de gramaje grueso, color crema.

Elena se acercó. Arrancó el sobre y rasgó el plástico.

La letra era caligrafía antigua, elegante, trazos de pluma estilográfica con tinta azul oscuro.

«La verdadera obra de arte no es la muerte, sino la transformación. Hoy has elegido la vida, Agente Vives. Has alterado la composición. Pero toda acción tiene una reacción opuesta. Mientras jugábamos aquí, la naturaleza ha seguido su curso fuera. La tormenta ha cerrado el valle. Y yo tengo la única llave de la calefacción central de la presa. Disfruten del invierno.»

La luz de la linterna parpadeó una vez. Dos veces.

Y entonces, todo el sistema eléctrico del Atrium murió.

El rugido de las turbinas cambió de tono. Se detuvo. El silencio que siguió fue más aterrador que el ruido. No era paz; era el sonido de la maquinaria deteniéndose, de los sistemas de soporte vital de la presa apagándose uno a uno.

La oscuridad era total y densa como el alquitrán.

Elena encendió su linterna de nuevo, pero el haz parecía más débil ahora, devorado por la inmensidad de la sala. El frío empezó a descender, ya no desde el agua, sino desde el aire mismo, una garra invisible que apretaba la garganta.

Sin calefacción. Sin electricidad. Mojados. Aislados.

Elena se giró hacia Lucas, iluminando su rostro pálido.

—No hemos ganado —susurró ella, sintiendo cómo el verdadero juego acababa de empezar—. Solo hemos cambiado de celda.

CAPÍTULO 48: ATRAPADOS EN EL TIEMPO

Presa de Cavallers, Vall de Boí 26 de diciembre de 2018

El sonido del cerrojo al deslizarse no fue un clic metálico, sino el estruendo definitivo de una sentencia.

Elena Vives se quedó inmóvil frente a la puerta de acero reforzado, con la palma de la mano aún extendida hacia el pomo que ya no giraba. El eco del cierre rebotó contra las paredes de hormigón desnudo del Atrium, multiplicándose en una cacofonía burlona que tardó segundos en morir. Cuando lo hizo, lo que quedó no fue silencio. Fue una ausencia de sonido tan absoluta que sus propios oídos empezaron a zumbar, buscando desesperadamente una frecuencia que ya no existía.

La oscuridad era casi total, apenas rasgada por el haz tembloroso de su linterna táctica. El aire, que segundos antes olía a humedad estancada, ahora traía un matiz nuevo, afilado y cristalino: el olor de la nieve cuando se endurece.

—¡Elena!

La voz de Lucas Riera sonó acuosa, rota por un castañeteo involuntario de dientes.

Ella giró sobre sus talones, barriendo el espacio con la luz. El jefe de policía yacía contra la barandilla de la pasarela, con la pierna

derecha estirada en un ángulo antinatural. La parka que ella le había cedido estaba empapada, pesada como una losa de plomo sobre su cuerpo, pero era la única barrera entre su piel y la hipotermia que ya reclamaba su derecho de cobro.

Elena se arrodilló a su lado. No hubo vacilación, ni tiempo para el pánico. Su mente, entrenada en los peores escenarios del comportamiento humano, archivó el miedo en una caja mental hermética y se centró en la mecánica de la supervivencia.

—No te muevas —ordenó. Su voz salió ronca, una nube de vaho blanco escapando de sus labios para disolverse en la negrura—. Necesito ver ese tobillo.

Lucas intentó una sonrisa que terminó en una mueca de dolor. Su piel tenía el color de la cera vieja, y sus ojos oscuros, habitualmente cálidos, brillaban con la fiebre del *shock*.

Elena bajó la mirada hacia la bota de montaña. El cuero estaba deformado por la hinchazón interna. No se atrevió a desabrocharla; la compresión del calzado era lo único que mantenía la articulación estable y, probablemente, contenía la hemorragia interna.

—La bota se queda puesta —dictaminó ella, pasando sus manos enguantadas por la tibia de él, buscando fracturas expuestas. No las había. Lucas soltó un gemido ahogado cuando ella presionó un punto sensible sobre el maléolo—. Esguince de grado tres, o rotura limpia. De cualquier forma, no puedes caminar.

—Tengo que hacerlo. Él está ahí fuera. O aquí dentro.

—Él controla el tablero, Lucas. Nosotros somos las fichas que acaba de tirar de la mesa. —Elena se incorporó, iluminando el vasto espacio que se abría ante ellos.

El Atrium era una catedral industrial. Tuberías del grosor de un torso humano recorrían las paredes como venas varicosas de metal, desapareciendo en la altura de una bóveda que la linterna no alcanzaba a revelar. Abajo, en la oscuridad del pozo, se adivinaba el

rumor lejano de las turbinas, un latido subterráneo que hacía vibrar el suelo bajo sus suelas.

Hacía frío. Un frío agresivo, físico, que no solo bajaba la temperatura de la piel, sino que parecía ralentizar el pensamiento.

—¿Tienes el arma? —preguntó Lucas, intentando incorporarse sobre los codos.

Elena palmeó su costado. La Glock 19 seguía en la funda, un peso reconfortante pero inútil contra el enemigo invisible que ahora los acechaba: los grados bajo cero.

—Tengo el arma. Tengo tu teléfono, pero aquí abajo es un ladrillo inerte. Y tenemos... —Miró su reloj de muñeca, el viejo analógico de su padre. Las manecillas brillaban débilmente—. Quizás tres horas antes de que tu temperatura central caiga a niveles críticos. Necesitamos calor.

—La sala de control... debe haber... un panel de emergencia.

—Quédate aquí. Y por lo que más quieras, intenta no dormirte.

Elena se alejó. Sus pasos resonaban con una claridad obscena en la pasarela metálica. Cada metro que la separaba de Lucas aumentaba la presión en su pecho, esa vieja garra de la ansiedad que le cerraba la garganta en espacios confinados. *Respira. Analiza. Ejecuta.*

Siguió la trayectoria luminosa hasta una caja de fusibles adosada a un pilar de carga. La tapa estaba abierta. Al iluminar el interior, Elena sintió una náusea que nada tenía que ver con el frío.

No era un cortocircuito. Los cables no estaban quemados por una sobrecarga. Habían sido extraídos. No cortados, sino desatornillados con precisión quirúrgica y retirados. Los huecos vacíos donde debían estar los relés de la calefacción parecían cuencas oculares vacías mirándola.

—¡Maldito hijo de perra! —susurró.

El Escultor no improvisaba. Aquello no era una reacción a su llegada; era un escenario preparado. Había convertido la presa en una nevera gigante, esperando pacientemente a que la carne entrara para ser conservada.

Continuó su marcha por la plataforma, rodeando el perímetro circular del Atrium. La estructura era laberíntica. Pasó junto a válvulas oxidadas y manómetros cuyos cristales estaban empañados por la escarcha que comenzaba a formarse en el interior.

Entonces lo vio.

Al final del pasillo, una puerta entreabierta arrojaba una línea de luz tenue, casi imperceptible, sobre el suelo de rejilla. No era luz eléctrica convencional. Era un resplandor azulado, químico.

Elena desenfundó. El metal de la pistola quemaba por el frío. Avanzó pegada a la pared, controlando su respiración para que el vaho no delatara su posición antes que su cuerpo.

Se asomó al umbral.

No había nadie. La habitación era un antiguo despacho de mantenimiento, ahora despojado de cualquier mobiliario útil. En el centro, sobre una silla de plástico plegable, descansaba una lámpara de *camping* LED, la fuente de aquella luz espectral.

Y junto a la lámpara, una hoja de papel.

Elena entró, barriendo las esquinas con el cañón de su arma. Despejado. Se acercó a la silla. El papel era un folio de gramaje grueso, de calidad artística, incongruente en aquel entorno de grasa y metal.

Había una frase escrita con una caligrafía impecable, casi arquitectónica, en tinta negra:

«La belleza solo es eterna si se detiene el tiempo. Bienvenidos a mi museo.»

Debajo de la nota, había un objeto pequeño. Elena lo iluminó. Era un termómetro digital industrial, de los que se usan para calibrar las turbinas. Los números rojos parpadeaban, descendiendo con una rapidez hipnótica.

—8 °C. —8.5 °C.

Elena frunció el ceño. La temperatura exterior era baja, pero el aislamiento de la presa debería mantener el interior por encima del punto de congelación gracias a la inercia térmica del hormigón y el agua. A menos que...

Un zumbido sordo comenzó a emanar de las rejillas de ventilación situadas en el techo. No era el sonido de la calefacción arrancando. Era un soplido constante, seco. Elena se quitó un guante y alzó la mano hacia el conducto.

El aire que salía no estaba reciclando el ambiente. Era una inyección directa de aire polar, forzado desde el exterior y, posiblemente, enfriado aún más por algún sistema de intercambio de calor invertido.

El Escultor no solo había apagado la calefacción. Había convertido el sistema de ventilación en un arma de congelación rápida.

—¡Elena!

El grito de Lucas, cargado de urgencia, la arrancó de su análisis.

Corrió de regreso a lo largo de la pasarela, ignorando el ardor en sus pulmones al tragar el aire helado. La luz de su linterna bailaba caóticamente sobre las paredes curvas.

Cuando llegó a la posición de Lucas, lo encontró intentando arrastrarse hacia atrás, alejándose de la barandilla.

—¿Qué pasa? —Elena se agachó, apuntando hacia donde él miraba.

Lucas señalaba hacia abajo, hacia el pozo oscuro del Atrium.

—¡Escucha! —dijo él, con la voz temblando violentamente—. El agua.

Elena aguzó el oído. El rumor de las turbinas había cambiado. Ya no era un zumbido constante. Ahora había un gorgoteo, un sonido líquido y ascendente.

Se asomó por la barandilla, iluminando el vacío. El rayo luminoso se perdió en la profundidad, pero algo devolvió el reflejo: una superficie negra, aceitosa, que se agitaba.

—Ha abierto las válvulas de fondo —comprendió Elena, sintiendo cómo la sangre se le retiraba de la cara—. Está inundando la cámara inferior para aumentar la humedad.

—Humedad y frío extremo —murmuró Lucas, comprendiendo la física elemental de la muerte—. Nos va a convertir en hielo.

Elena miró a su compañero. La escarcha ya empezaba a brillar en las pestañas del policía. El dolor de su pierna, el frío que calaba los huesos, el nivel del agua creciendo como una marea negra... todo estaba diseñado para inducir la desesperación.

—¡Levántate! —dijo ella, tirando de su brazo sano con una fuerza que no sabía que le quedaba—. Tenemos que subir al nivel de coronación. ¡Ahora!

—No puedo...

—¡He dicho que te levantes! —gritó, su voz rompiendo la calma mortal del recinto. Sus ojos verdes, habitualmente analíticos y distantes, ardían con una furia primitiva—. No voy a dejar que te conviertas en parte de su maldita colección.

Lucas asintió, apretando los dientes hasta que la mandíbula le dolió. Se apoyó en ella, cargando todo su peso sobre el hombro izquierdo de Elena. Ella se tambaleó un instante, reajustando su centro de gravedad, asumiendo la carga física y emocional.

Juntos, formaron una silueta torpe y cojeante bajo la luz azulada que se filtraba desde el despacho, avanzando hacia las escaleras de servicio mientras el termómetro digital, olvidado en la silla, marcaba un nuevo descenso.

—10 °C.

Y el agua seguía subiendo.

CAPÍTULO 49: LA TORMENTA FINAL

El pasillo de hormigón descendía hacia las entrañas de la montaña, una garganta artificial que se tragaba el sonido de la tormenta exterior. Aquí abajo, el aullido del viento había sido sustituido por un zumbido eléctrico, grave y constante, similar al latido de un animal moribundo.

Elena Vives avanzaba pegada a la pared izquierda, sintiendo la rugosidad del cemento frío a través de los guantes. Su respiración se condensaba en nubes efímeras que la luz parpadeante de los fluorescentes teñía de gris. Detrás de ella, el ritmo irregular de unos pasos delataba el esfuerzo de Lucas Riera. El jefe de policía arrastraba la pierna derecha; el dolor de su vieja lesión, exacerbado por la humedad y el descenso de la presión barométrica, debía ser un tormento, pero él no había emitido ni una sola queja.

—Falta poco —susurró Elena, no tanto para informar como para convencerse a sí misma.

Consultó el reloj de su padre. La esfera analógica marcaba las tres de la madrugada, aunque en aquel búnker el tiempo parecía haberse disuelto. La aguja del segundero avanzaba con una indiferencia cruel.

—Huele a él —gruñó Lucas. Su voz sonaba rasposa, cargada de fatiga.

Tenía razón. El aire, hasta entonces viciado por el moho y la humedad subterránea, comenzaba a impregnarse de un aroma clínico. Mentol y desinfectante industrial. Un olor pulcro que, en aquel contexto de oscuridad y peligro, resultaba más nauseabundo que la putrefacción. Era la firma olfativa del Escultor.

Llegaron a una bifurcación. El corredor principal terminaba en una puerta de acero reforzado, sellada herméticamente. A la derecha, un panel de control destripado mostraba cables de colores como venas expuestas.

Elena se acercó al mecanismo. Sus dedos, entumecidos, trazaron el recorrido de los cables.

—Es un sistema de esclusa —dictaminó, su mente de perfiladora cambiando al modo analítico para sofocar la aprensión que le trepaba por el estómago—. Necesita un código o una llave física.

Lucas se apoyó contra el muro, liberando peso de su pierna mala. Aferraba su arma reglamentaria con las manos callosas, los nudillos blancos por la tensión.

—O un poco de persuasión bruta —dijo él, señalando las bisagras oxidadas—. Arnald no es ingeniero. Adaptó esta vieja mina, pero la estructura está cediendo.

Antes de que pudieran decidir el método, un chasquido metálico resonó sobre sus cabezas. Los altavoces, ocultos en algún punto del techo abovedado, cobraron vida con un siseo de estática.

—La impaciencia es un defecto de la carne viva —la voz del Dr. Arnald Soler llenó el pasillo, amplificada y carente de cualquier calidez humana—. La perfección requiere pausa. Requiere... quietud.

Elena sintió que los vellos de su nuca se erizaban. No era una grabación. Los estaba viendo.

—¡Soler! —gritó Lucas, apuntando con su arma hacia la cámara de seguridad que parpadeaba con una luz roja en la esquina superior—.

¡Se acabó! Sal con las manos en alto.

Una risa suave, seca como hojas muertas, brotó de los altavoces.

—Lucas, siempre tan predecible. Tan... dinámico. Pero tu papel en esta obra ha concluido.

El suelo bajo sus pies vibró. No fue un temblor de tierra, sino el accionamiento de maquinaria pesada. Una mampara de seguridad, una gruesa lámina de metal que había estado oculta en el techo, comenzó a descender rápidamente entre ellos, dividiendo a Elena y al policía.

—¡Lucas! —Elena se lanzó hacia adelante, pero el instinto la detuvo a centímetros de la guillotina de acero que caía.

—¡Atrás, Elena! —bramó él.

El estruendo del metal impactando contra el hormigón selló el pasillo. El eco del golpe retumbó en el pecho de Elena, dejándola en un silencio rotundo y total. Estaba sola en el lado de la zona aislada. Lucas había quedado atrás.

—No... —jadeó, golpeando la superficie fría con la palma abierta, la cicatriz de media luna en su mano izquierda ardiendo por el impacto.

—La soledad agudiza los sentidos, ¿verdad, Elena? —la voz de Arnald regresó, ahora más íntima, como si le susurrara directamente al oído—. Él era un estorbo. Una variable caótica. Tú y yo compartimos la búsqueda de la verdad. Ven. El Santuario está abierto para ti.

La cerradura electrónica de la puerta frente a ella emitió un pitido agudo y la luz roja cambió a verde. El mecanismo se liberó con un suspiro hidráulico.

Elena miró hacia atrás, a la barrera que la separaba de su aliado. Una oleada de pánico, esa vieja sombra que la acechaba desde su último caso fallido, intentó cerrar sus garras alrededor de su garganta. Experimentó la presión en el pecho, la falta de aire, la

certeza de que estaba atrapada en una tumba de hielo y metal. *Claustrofobia emocional*.

«Orden en el caos», se repitió mentalmente. «Analiza. Ejecuta».

Lucas estaba herido, sí. Pero Lucas Riera era la fuerza inamovible de Aigüestortes. Si Arnald creía que una puerta de metal detendría al hombre que había cargado con el peso de todo un valle durante años, es que no lo conocía.

Elena no podía esperar. Si entraba en el juego del Escultor, si avanzaba sola hacia la trampa, moriría. Y Lucas moriría intentando salvarla. Tenía que cambiar las reglas.

Ignoró la puerta abierta que la invitaba a entrar en la guarida del lobo. En su lugar, buscó en sus bolsillos. Sacó la pequeña linterna táctica que había cogido del equipo de suministros y, en lugar de alumbrar el camino, la usó como un martillo. Golpeó la caja de fusibles expuesta junto al panel de la esclusa.

Uno, dos, tres golpes secos. El plástico se rompió. Chispas azules saltaron iluminando sus ojos verde musgo.

—Vamos, Lucas —susurró, con la voz quebrada por la tensión—. Sé que estás ahí.

Al otro lado de la pared de metal, se oyó un ruido sordo. Luego otro. Un sonido rítmico, brutal. Metal contra metal.

—¡Elena! —la voz de Lucas, aunque amortiguada, resonó con firmeza—. ¡Aléjate de la puerta!

Ella corrió hacia el extremo opuesto del pasillo angosto, cubriéndose la cabeza.

Hubo una detonación contenida. No una explosión, sino el sonido de la física cediendo ante la fuerza bruta. Lucas debía haber disparado a las bisagras o usado algún objeto pesado del entorno industrial para apalancar el mecanismo dañado.

Con un chirrido que le heló la sangre, la hoja de metal se combó en la parte inferior. Unas manos grandes, con los dedos manchados de grasa y sangre, aparecieron por el hueco, agarrando el borde inferior.

Elena vio los músculos de los antebrazos de Lucas tensarse bajo la tela de su uniforme. Con un rugido de esfuerzo que mezclaba dolor y furia, el policía levantó la mampara lo suficiente, bloqueándola con un trozo de tubería que había arrancado de la pared.

Se deslizó por la abertura, cayendo de rodillas al otro lado, junto a ella. Respiraba con dificultad, el sudor le perlaba la frente mezclándose con el polvo gris del búnker. Su pierna derecha temblaba visiblemente, incapaz de sostenerlo por un momento.

Elena se arrodilló a su lado, agarrándole por los hombros.

—Pensé que... —empezó ella, pero las palabras se le atascaron.

Lucas alzó la vista. Sus ojos oscuros, habitualmente cansados, ardían ahora con una determinación feroz. Se pasó el dorso de la mano por la boca, limpiándose un hilo de sangre.

—Ese bastardo... —jadeó Lucas, obligándose a ponerse en pie, usando a Elena como apoyo momentáneo hasta recuperar el equilibrio—. Me ha subestimado. Cree que soy un viejo lisiado.

—Eres un viejo lisiado —dijo Elena, y por primera vez en horas, una sonrisa fugaz y nerviosa cruzó su rostro—. Pero eres mi viejo lisiado.

Lucas recargó su arma con un movimiento seco. El «clac-clac» de la corredera sonó como una sentencia.

—Arnald ha cometido un error —dijo él, mirando la puerta abierta al final del pasillo, esa boca oscura que llevaba al laboratorio—. Nos quería dividir. Ahora nos tiene a los dos, y estoy muy cabreado.

La voz del Escultor ya no sonaba por los altavoces. El silencio había regresado, pero ahora era diferente. No era la quietud de la

observación, sino la tensión previa al asalto. Arnald sabía que habían burlado su primer filtro. La partida final había comenzado.

Elena se puso en pie, sacudiéndose el polvo de los pantalones. Su mirada se endureció. El miedo seguía ahí, un pasajero indeseado en su estómago, pero la presencia sólida de Lucas a su lado actuaba como un ancla.

Avanzaron juntos hacia el umbral. El olor a menta se hizo más intenso, casi insoportable, mezclándose con la baja temperatura que emanaba de la sala contigua. Era un frío antinatural, de origen químico, diseñado para detener la vida en un instante perfecto.

Se detuvieron frente al marco de la puerta. Elena miró a Lucas y asintió una sola vez. Lucas devolvió el gesto, ajustando el agarre de su pistola.

No había necesidad de palabras. Iban a entrar en el infierno helado, pero entrarían de pie y juntos. Elena extendió la mano y empujó la hoja de acero.

CAPÍTULO 50: EL ECO DEL DESTINO

El aire dentro de la presa de Cavallers no tenía la pureza de la montaña; sabía a óxido, a aceite hidráulico rancio y a un frío artificial que no nacía del invierno, sino de la química. Elena Vives sintió cómo el vaho se congelaba en sus labios antes de siquiera exhalarlo. Estaban en las entrañas de la bestia de hormigón, una sala de turbinas auxiliar abandonada que el doctor Arnald Soler había convertido en su quirófano final.

No había estalactitas naturales aquí, solo tuberías reventadas por la presión que colgaban de las vigas de acero como intestinos metálicos, goteando un líquido refrigerante que siseaba al tocar el suelo de cemento pulido. La luz de los fluorescentes parpadeaba, proyectando sombras espasmódicas sobre las paredes grises, manchadas de humedad y años de negligencia estructural.

—El arte requiere permanencia, Elena —la voz de Arnald rebotó en la acústica metálica de la cámara.

El Escultor estaba de pie junto a los controles de las compuertas, pero su atención no estaba en el agua contenida tras el muro, sino en el tanque criogénico industrial situado en el centro de la sala. Sus ojos, de ese azul inexpresivo que Elena había confundido con serenidad clínica, ahora brillaban con la fiebre de la culminación. El olor a antiséptico y menta que emanaba de él lograba imponerse incluso al hedor a grasa vieja de la maquinaria.

Lucas Riera se movió a la derecha de Elena. El jefe de policía arrastraba la pierna; el dolor en su rodilla debía ser un grito constante en aquel entorno glacial, pero sus manos grandes y callosas sostenían su arma reglamentaria con una firmeza que desmentía su agotamiento.

—Se acabó, Arnald —gruñó Lucas. Su voz sonó rasposa, cargada de la fatiga de tres jornadas de persecución—. No hay salida. Los túneles de mantenimiento están bloqueados.

—¿Salida? —Arnald sonrió, un gesto pulcro que no llegaba a su mirada—. No busco huir, Lucas. Busco preservar.

El médico levantó una mano, revelando un detonador remoto. No estaba conectado a explosivos convencionales, sino a las válvulas de presión del sistema de refrigeración masiva que alimentaba el tanque.

Elena analizó el entorno con la velocidad de quien ha pasado años estudiando fracturas en el hielo. Pero esto no era hielo glaciar; era ingeniería humana llevada al límite. La bóveda de hormigón sobre sus cabezas presentaba grietas finas, capilares oscuros en la piedra artificial causados por las vibraciones de la tormenta exterior y el estrés térmico interior.

—Si abres esas válvulas de golpe —dijo Elena, manteniendo su tono bajo, clínico, intentando apelar a la lógica del hombre de ciencia que Arnald creía ser—, la expansión térmica destrozará los cimientos. No conservarás nada. Esta sala se convertirá en una tumba de escombros, no en un museo.

Arnald ladeó la cabeza, como si considerara un diagnóstico interesante.

—La destrucción es solo una fase de la transformación.

El dedo del doctor se tensó sobre el botón.

—¡Ahora! —gritó Lucas.

El policía se lanzó hacia adelante, ignorando la protesta de su pierna lisiada, buscando cerrar la distancia. Arnald reaccionó con una velocidad sorprendente, retrocediendo hacia la cobertura del tanque principal mientras accionaba el detonador.

Un siseo ensordecedor llenó la cámara de hormigón. No hubo fuego, solo una nube blanca y densa de nitrógeno líquido que estalló desde las válvulas auxiliares, devorando el oxígeno y la temperatura en cuestión de microsegundos.

Elena sintió el mordisco del frío absoluto en la piel expuesta de su rostro. Sus pulmones se contrajeron. Vio a Lucas trastabillar cuando el suelo bajo sus botas se cubrió instantáneamente de una capa de escarcha resbaladiza. Arnald, protegido por su posición detrás del tanque y una máscara que se había colocado con movimientos practicados, se preparaba para disparar contra el policía caído.

El tiempo se fracturó en la mente de Elena. No podía llegar hasta Lucas. No podía desarmar a Arnald. Su mirada verde musgo se clavó en el único punto vulnerable de la estructura industrial: el inyector principal del tanque de nitrógeno, una tubería de acero cromado que vibraba bajo la presión inestable.

Orden en el caos.

Alzó el arma que había tomado del cuerpo de un agente caído en los túneles superiores. Sus manos no temblaron; el miedo se había sublimado en una claridad geométrica. Apuntó no al hombre, sino a la máquina.

El disparo atronó en el espacio confinado, sonando más como un martillazo contra un yunque que como una detonación.

La bala perforó el inyector.

El resultado no fue una explosión, sino una implosión de temperatura. El tanque se rasgó con el chillido del metal torturado. Un géiser de vapor blanco, a casi doscientos grados bajo cero, salió

disparado con la fuerza de un cañón hidráulico, golpeando directamente las vigas de carga que sostenían el techo de la sala.

El acero, sometido a un choque térmico imposible, gritó. Las vigas maestras se quebraron con un estruendo que hizo vibrar los empastes de Elena.

—¡Lucas, cúbrete! —bramó ella, lanzándose detrás de una turbina oxidada.

La bóveda de hormigón, privada de su soporte y agrietada por la contracción súbita del frío, cedió.

No fue un derrumbe paulatino. Fue un colapso total. Bloques de cemento del tamaño de vehículos se desprendieron del techo, arrastrando consigo redes de cableado eléctrico y conductos de ventilación. El polvo de la construcción se mezcló con la niebla del nitrógeno, creando una ceguera blanca y gris.

Arnald Soler gritó. No fue un grito de dolor, sino de furia al ver su obra maestra interrumpida. Intentó correr hacia la salida de servicio, pero el suelo bajo sus pies se fracturó. Una sección del pasillo elevado, hecha de rejilla metálica y barandillas de seguridad, se retorció como si fuera de alambre dulce bajo el impacto de una losa de hormigón armado.

Elena se encogió en posición fetal, cubriéndose la cabeza mientras el mundo se venía abajo. Sintió el impacto de los cascotes rebotando en su espalda, el polvo llenándole la boca, el sabor cobrizo del miedo en la lengua. El ruido era apocalíptico: el rugido de la piedra rompiéndose, el lamento del metal y, de fondo, el rumor lejano pero creciente del agua de la presa presionando contra muros que acababan de perder su integridad estructural interna.

Luego, el silencio. Una quietud densa y pesada, solo rota por el goteo de alguna tubería superviviente y el asentamiento de los escombros.

Elena tosió, expulsando el polvo de yeso y cemento de sus vías respiratorias. Le pitaban los oídos. Se obligó a abrir los ojos. La visibilidad era casi nula, una penumbra lechosa iluminada apenas por las chispas de un cable arrancado que oscilaba como un péndulo macabro.

—¿Lucas? —su voz salió quebrada, apenas un susurro.

—Estoy... aquí.

La respuesta vino de su izquierda, ahogada pero viva. Elena se arrastró sobre los escombros, ignorando el dolor agudo en sus rodillas y el corte en su mejilla. Encontró a Lucas medio sepultado bajo una plancha de aislamiento térmico y grava, pero el hormigón pesado había caído a escasos centímetros de él, formando un triángulo de supervivencia gracias a la turbina caída.

Le ayudó a liberarse, sus dedos buscando frenéticamente cualquier señal de daño crítico. Lucas gruñó al mover su pierna herida, pero asintió.

—Estoy bien. Solo magullado.

Ambos se giraron hacia donde había estado Arnald.

Ya no había tanque, ni plataforma de control, ni suelo. En su lugar, una montaña de vigas retorcidas, losas de hormigón fracturadas y tuberías destrozadas se alzaba hasta el techo arruinado. De entre los escombros emanaba un humo frío, el último aliento del nitrógeno disipándose.

En la base del derrumbe, atrapado bajo una viga maestra en forma de I y toneladas de mampostería, algo brillaba. Era un reflejo metálico, pulcro, fuera de lugar entre tanta destrucción sucia.

Se acercaron, cojeando, respirando con dificultad el aire enrarecido.

Bajo la montaña de ruinas industriales, solo era visible una mano. Pálida, inmaculada, con los dedos extendidos como si intentara alcanzar algo. El reloj de pulsera de Arnald seguía marcando los

segundos con una precisión indiferente. El resto del Escultor había quedado fusionado con el hormigón y el hielo, sepultado para siempre en los cimientos de la presa que había pretendido usar como santuario.

Elena miró la mano inerte. No sintió triunfo, solo un vaciado repentino, como si le hubieran extraído la adrenalina con una jeringa. La cicatriz de media luna en su palma izquierda le pulsaba al ritmo de su corazón.

—Se acabó —dijo Lucas, su voz grave resonando en la nueva caverna artificial que habían creado.

Elena asintió, pero sus ojos verdes no dejaban de escanear la estructura sobre ellos.

—La presa está comprometida —dictaminó ella, observando una nueva grieta que supuraba agua negra en la pared lejana—. Tenemos que salir. Ahora.

El estruendo lejano del agua buscando una salida confirmó su análisis. La tumba de Arnald no tardaría en convertirse en una fosa submarina.

Lucas se apoyó en el hombro de Elena. Ella sostuvo su peso, aceptando la carga física como la única realidad tangible en ese momento. Juntos, dieron la espalda a los restos del quirófano de hormigón y comenzaron el ascenso penoso hacia la superficie, dejando atrás al hombre que había querido congelar el tiempo y que ahora era, irónicamente, parte estática de la arquitectura.

EPÍLOGO

Hospital de Vielha, Valle de Arán 14 de febrero, un mes después

El olor a desinfectante nunca llegaba a cubrir del todo el aroma rancio de la enfermedad. Elena Vives caminaba por el pasillo de la tercera planta contando las baldosas blancas, un hábito nervioso que había sobrevivido a la tormenta. Ciento doce pasos desde el ascensor hasta la habitación 304. Sus botas, todavía con restos de barro seco del deshielo, chirriaban levemente sobre el linóleo pulido, rompiendo el silencio aséptico del sanatorio.

Se detuvo frente a la puerta entreabierta. Su mano izquierda, donde la cicatriz en forma de media luna palpitaba con los cambios de presión atmosférica, vaciló sobre el pomo metálico. Al otro lado del cristal, la luz grisácea de una tarde de invierno bañaba la estancia.

Empujó la hoja de madera.

Lucas Riera no estaba en la cama. El jefe de policía se encontraba sentado en una silla de ruedas junto al ventanal, con la pierna derecha escayolada y elevada sobre un reposapiés. La luz perfilaba su silueta ancha, ahora algo más delgada, acentuando las canas prematuras que le teñían las sienes. Parecía una estatua erosionada por la intemperie, un monumento al agotamiento.

—No deberías estar levantado —dijo Elena. Su voz sonó rasposa, como si no la hubiera usado en días.

Lucas giró la cabeza lentamente. Sus ojos marrones, hundidos en cuencas oscurecidas por la falta de sueño, la escrutaron. No había reproche en su mirada, solo un reconocimiento mutuo, el saludo silencioso de dos supervivientes de un naufragio.

—Las enfermeras dicen que si no me muevo, me oxidaré —respondió él, esbozando una media sonrisa que no llegó a iluminar su rostro—. Y la cama me recuerda demasiado a una losa.

Elena cerró la puerta tras de sí, dejando fuera el bullicio lejano del control de enfermería. Se acercó a la ventana, manteniendo una distancia prudencial, respetando el campo magnético de dolor que rodeaba al policía.

—El informe forense final llegó esta mañana —comentó ella, mirando hacia el exterior. Los picos de las montañas, antes devoradores implacables, ahora se alzaban indiferentes bajo un cielo de plomo—. Han identificado todos los restos. Incluso los que llevaban décadas bajo el permafrost.

Lucas asintió, tamborileando con sus dedos callosos sobre el reposabrazos de la silla.

—El deshielo siempre devuelve lo que le prestamos —murmuró con voz grave—. El valle tiene memoria, Elena. Más que nosotros.

—Arnald... —empezó ella, pero la palabra se le atragantó. El nombre de su mentor, ahora manchado por la sombra de la sospecha y la tragedia, pesaba como una piedra en el estómago—. Confirmaron que su caída no fue accidental. Él sabía lo que hacía, consciente de que era la única forma de detener la maquinaria.

—A veces, cortar la cuerda es el único modo de que los demás no caigan al vacío —sentenció Lucas. Se frotó el muslo derecho justo por encima de la escayola, un gesto reflejo ante un dolor fantasma —. Aquí abajo, la gente empieza a olvidar. Quitan la nieve de las aceras, abren las tiendas, preparan la temporada de primavera. Es obsceno lo rápido que la vida cubre a la muerte.

Elena se giró para mirarlo de frente. La luz del atardecer incidía sobre su corte *bob* asimétrico, revelando nuevas líneas de expresión alrededor de sus ojos verde musgo.

—No es olvido, Lucas. Es supervivencia. La misma que te hizo arrastrarte dos kilómetros con la tibia destrozada para pedir ayuda.

Él desvió la mirada, incómodo ante el elogio implícito. Metió la mano en el bolsillo de su bata de hospital, buscando algo con torpeza.

—Casi se me pasa. Uno de los equipos de rescate encontró esto cerca de la entrada de la cueva, donde la nieve se había retirado.

Extendió la mano. En su palma abierta, grande y áspera, descansaba un objeto metálico.

El corazón de Elena omitió un latido. Era el reloj analógico de su padre. La correa de cuero estaba oscurecida por la humedad y el cristal presentaba una grieta diagonal que partía la esfera en dos, separando las doce de las seis.

Lo tomó con reverencia, como si fuera una reliquia sagrada. El metal estaba frío, pero al acercarlo a su oído, escuchó el tenue y rítmico *tic-tac*.

—Sigue funcionando —susurró, sintiendo un nudo en la garganta que amenazaba con deshacer su compostura analítica.

—Es maquinaria antigua —dijo Lucas, observándola con una intensidad que la hizo sentir vulnerable—. De la que se fabricaba para durar, para resistir golpes y seguir marcando el tiempo. Como tú.

Elena se abrochó el reloj en la muñeca. El peso familiar en su brazo actuó como un ancla, estabilizando el vértigo que había sentido desde que salió de la cueva. La grieta en el cristal no impedía ver la hora; solo le recordaba que el tiempo, a partir de ahora, estaría marcado.

—Mañana me dan el alta —anunció Lucas, rompiendo el hechizo—. Supongo que tú volverás a Madrid. Tu tesis sobre glaciología debe de estar esperándote, y dudo que quieras ver nieve en una temporada.

Hubo un silencio denso. Elena volvió a mirar por la ventana. Abajo, en el aparcamiento, los coches eran manchas de color sobre el asfalto gris. Más allá, la carretera serpenteaba hacia el túnel, la boca de salida hacia la civilización, hacia los cafés ruidosos, el tráfico incesante y el anonimato de la gran ciudad. Hacia una vida donde el hielo solo existía en cubitos dentro de una copa.

Pero luego alzó la vista hacia las cumbres. Los imponentes picos, que antes le habían parecido devoradores implacables, se erguían ahora inmutables bajo un cielo de plomo. Ya no veía monstruos en sus laderas. En su mente, se perfilaban placas tectónicas, ciclos de congelación, grietas que necesitaban ser medidas y comprendidas. Comprendía el caos natural que tanto la aterraba y que, paradójicamente, era lo único que ahora le resultaba honesto.

—No —dijo ella, con una claridad que la sorprendió.

—¿Cómo dices?

—He solicitado el traslado de mi expediente a la estación de monitoreo del Valle de Arán. Necesitan a alguien que supervise los glaciares residuales. Alguien que entienda cómo se mueve el hielo por dentro.

Lucas frunció el ceño, incrédulo.

—Elena, este lugar casi te mata. Aquí es donde están tus fantasmas.

—Mis fantasmas van conmigo a donde yo vaya, Lucas. En Madrid se esconden en los rincones de mi apartamento, en el ruido del metro. Aquí, al menos, tienen espacio para correr. —Se apoyó en el alféizar, cruzando los brazos—. Además, alguien tiene que vigilar que la nieve no vuelva a cubrir lo que no debe.

El jefe de policía la observó largamente. Buscó en sus ojos verdes algún rastro de locura o de trauma no resuelto, pero solo encontró una determinación tranquila, sólida como la roca madre.

—Te quedarás —repitió él, no como una pregunta, sino probando el sabor de la afirmación.

—Me quedaré.

Lucas asintió lentamente. La tensión en sus hombros pareció disiparse, como si acabara de soltar una carga invisible que no sabía que llevaba.

—Entonces supongo que nos veremos. Aigüestortes es un pueblo pequeño.

—Supongo que sí. —Elena esbozó una sonrisa tenue, la primera real en un mes—. Y vas a necesitar a alguien que te ayude con la rehabilitación si quieres volver a patrullar esos senderos.

—Tengo un fisio asignado —replicó él, aunque el brillo en sus ojos desmentía su tono defensivo.

—Tu fisio no sabe distinguir una grieta segura de una trampa mortal. Yo sí.

Se miraron, y en ese intercambio no hubo palabras de amor ni promesas eternas, solo la comprensión de dos piezas rotas que, al juntarse, formaban algo distinto, imperfecto pero funcional. Una alianza forjada en el frío absoluto.

Elena se apartó de la ventana y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y miró el reloj de su padre. Las manecillas seguían avanzando, indiferentes al pasado, devorando el futuro segundo a segundo.

—Descansa, Lucas —dijo sin volverse—. El invierno se acaba, pero la montaña sigue ahí.

Salió al pasillo. El aire del hospital ya no le parecía tan asfixiante. Al final del corredor, las puertas automáticas se abrieron dejando entrar una ráfaga de viento helado. Elena no se estremeció. Inspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire afilado de la tarde, y salió al exterior.

La nieve en los bordes de la carretera se estaba derritiendo, convirtiéndose en agua sucia que corría hacia las alcantarillas. Pero arriba, en las cumbres, el blanco permanecía impoluto, eterno, esperando.

Ya no había miedo. Solo un respeto profundo y silencioso. La paz no era la ausencia de tormenta, comprendió mientras caminaba hacia su coche; la paz era la certeza de que, cuando la tormenta regresara, ella estaría lista para leer las señales en el hielo.
